

*Selecta*

**Sandra Heys**

*Un amor  
perfecto*

*En el último rincón del mundo*

# Un amor perfecto

*Sandra Heys*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**me**gustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

A T.G. por la inspiración, aunque no lo sepas y probablemente nunca te enteres.

Y a mi esposo, porque te encontré cuando ni siquiera te buscaba.

*Debes vaciarte de aquello con lo que estás lleno,  
para que puedas llenarte de aquello de lo que estás vacío.*

San Agustín

## Capítulo uno

La mujer perfecta había llegado. No que pensara que ella era la «mujer perfecta» para él, no. Ya no pensaba en esas cosas, por muy bella y deseable que la hallara.

Simple y llanamente era perfecta.

Siempre la veía con esos trajes que parecían hechos a medida. Y si algún par de zapatos era de cuero italiano trabajado a mano, era el que ella llevaba. Su pelo rubio también era perfecto; parecía recién salida de la peluquería. Y no podía hacerle ningún reproche al maquillaje. Ocultaba las mínimas imperfecciones de la blanca piel, si es que las había, y destacaba los bellos y delicados rasgos. Los ojos verdes eran luminosos, y sus suaves y rosados labios, muy apetitosos. Era bastante alta, quizás le llegara hasta los hombros. Y delgada, pero curvilínea. Él estaba acostumbrado a mujeres pequeñas y menudas. Era lo normal entre las gimnastas.

Como de costumbre, la acompañaba la mujer pequeña y un poco mayor, que llevaba todo tipo de aparatos de última generación, tablet, Smartphone, y quien sabe qué más que él no alcanzaba a distinguir por la distancia.

Por la manera en que la mujer mayor miraba a la mujer perfecta, y por el lenguaje corporal, daba la impresión de ser su secretaria.

Cada vez que venían, se sentaban en el mismo lugar. La mujer perfecta miraba en torno a ella y le dictaba algo a la otra mujer. Apenas terminaba la competencia, ambas se ponían de pie y se iban. En ese momento se les unían

dos hombres vestidos de traje. Uno con el pelo entrecano, y el otro con toda la apariencia de practicar lucha grecorromana o algo así. Ambos se quedaba a varios metros de las mujeres, para luego escoltarlas.

Cualquier otra mujer habría estado sudada y con el traje arrugado, pero no la mujer perfecta. Ella parecía fresca como una lechuga. Como recién salida de la ducha, con el traje planchado a la perfección.

Pero en ese momento había algo distinto. Después de que el resto de la concurrencia comenzara a retirarse, ella se puso de pie, bajó hasta la pista y caminó acercándosele.

Él siguió guardando los implementos y ordenando las colchonetas hasta que escuchó el leve taconeo detenerse a escasos pasos.

—¿Matías del Río? —Y eso confirmaba su teoría: la mujer era perfecta, hasta su voz lo era. Suave, sensual, ligeramente ronca, muy articulada—. Mi nombre es Emilia Larraín Mackenna. —Le tendió la mano.

—Un gusto —dijo Matías, tomando la mano de piel cálida y tersa.

—Lo mismo digo —respondió Emilia después de soltarse—. No sé si usted sabe quién soy.

—Lo siento, señorita, pero la verdad es que no.

—Lo suponía. Como le decía, mi nombre es Mackenna. Mi familia es la que controla el grupo Mackenna —explicó Emilia.

—Es decir que usted es la dueña de la mitad de Chile. —Matías siguió enrollando una cinta mientras consideraba si sería apropiado hacer una reverencia. La mujer prácticamente era de la realeza. Si aún existiera en el país.

—Solo el treinta y cinco por ciento —aclaró ella—. Yo soy la heredera del cincuenta y un por ciento del grupo, por lo tanto, soy la dueña de algo menos que la quinta parte del país.

—Suerte la suya; yo con suerte soy el dueño de la quinta parte de este gimnasio —replicó Matías, sardónico.

—Según mis fuentes, solo la décima parte le pertenece. —Al parecer,

Emilia no se dio por enterada de la actitud del hombre, ya que siguió hablando de la misma manera, como si estuviera dando instrucciones a un empleado cualquiera—. El resto es del banco que le concedió un crédito con esta propiedad como garantía.

—Dígame que puedo hacer por usted, señorita. —Matías estaba comenzando a hartarse de la mujer. Quería terminar de ordenar e irse a casa. Estaba muy cansado y aún faltaban todas las labores hogareñas y conseguir que su hija hiciera las tareas para la escuela. «Tuve una competencia anoche» no era considerada excusa suficiente.

—Tengo una proposición que hacerle. —La mujer miró de reojo y vio que un reducido grupo de hombres se acercaba a ellos, caminando lento, fingiendo que miraban alrededor, pero cualquiera podría asegurar que no les interesaba nada de lo que veían—. No es mi afán restregarle en la cara lo mal que le ha ido en el último tiempo pero, según mis fuentes, tiene varias cuotas atrasadas con el banco, además de problemas para pagar las cuentas de los gastos básicos y nadie puede negar que este local necesita muchas reparaciones y que todos los implementos son viejos y urge renovarlos.

—Me gustaría... —comenzó a decir Matías, pero la mujer levantó la mano.

—Me consta que el banco tiene planes para este terreno, en cuanto pueda ejecutar la hipoteca, lo que será luego, si no consigue ponerse al día.

—Señorita...

—Lo que es aún más importante —Emilia siguió, sin dejarse interrumpir—, según mis fuentes, todo lo que tiene lo invierte en la preparación de su hija, que podría llegar a ser la primera mujer chilena que se cuelgue una medalla olímpica en gimnasia. Y lo único que la separa del podio son varios ceros, precedidos de un número aún indeterminado.

—Me encantaría conocer esas fuentes a que usted se refiere —intervino él veloz, para evitar que lo hicieran callar por tercera vez—. Quizás podrían darme los números de la Lotería del domingo, así solucionaría todos mis problemas.

—¿Confirma, entonces, todo lo que le he dicho? —preguntó la mujer.

—Mi situación económica es, en efecto, la que usted dice —contestó Matías—, y mi hija es una gran gimnasta; que pueda o no llegar a ser medallista olímpica, eso solo lo dirá el tiempo.

—Pero no le vendría nada mal tener el respaldo de una de las fortunas más grandes del país —aseveró Emilia, mientras miraba otra vez a los hombres que se acercaban.

—Por cierto que no, pero no entiendo por qué o cómo podría conseguir dicho apoyo. —Miró sobre su hombro y vio por primera vez al grupo que se le acercaba. No los conocía a todos, pero reconocía al agente del banco donde le habían prestado dinero. Un hombre importante para él, pero se veía insignificante junto a los otros.

—Muy fácil —concluyó Emilia, con un tono más duro que el anterior—. Yo se lo daré. Pagaré todas sus deudas, reformaré el gimnasio, compraré todos los implementos nuevos y de última generación. Lo más importante, financiaré la contratación de un equipo médico y técnico para su hija. Usted es un buen padre y un buen entrenador: eso es evidente. Pero ella ya llegó al nivel máximo que usted le puede dar.

—¿Y por qué haría usted algo así? —preguntó Matías, frunciendo el ceño—. ¿Qué quiere recibir a cambio? ¿Qué tendríamos que hacer nosotros para recibir dicha ayuda?

—Casarse conmigo.

—¿Qué?! —gritó Matías, sin dar crédito a lo que escuchaba—. ¿Está usted loca?

—No estoy loca ni nada que se le parezca —afirmó la mujer, con una sonrisa curiosa—. Es muy sencillo. Usted necesita dinero y yo lo tengo. Yo necesito un marido y usted es soltero.

—P-pero... no entiendo, ¿por qué yo?

—Me imagino que tendrá un espejo en alguna parte, ¿no? —Emilia lo miró de pies a cabeza—. Una sugerencia: úselo. Es usted un hombre muy atractivo;

está en inmejorables condiciones físicas. Le hace falta un buen corte de pelo y un sastre que sepa lo que hace y podría acompañarme a cualquier evento social, de los que tengo muchos. Por supuesto, tendría que firmar un acuerdo prematrimonial. Jamás recibiría un céntimo de mi fortuna, salvo lo que yo disponga compartir con usted.

—¿Este matrimonio... cómo... es decir...? —Matías no podía unir coherentemente dos palabras.

—Déjeme resumirlo: todas sus deudas pagadas y lo mejor para su hija. A cambio usted se convierte en mi esposo y me acompaña en todo lo que yo necesite.

—¿Usted necesitaría que yo la acompañe... —Miró a la niña que estaba a una prudente distancia, no así los hombres, que ya no disimulaban e intentaban escuchar su conversación— al dormitorio?

—Es lo que marido y mujer hacen, ¿no? —Emilia cruzó los brazos y siguió hablando con rudeza—. Y más le vale hacerlo bien. —De nuevo lo miró con detalle—. Aunque no dudo que vale la pena pagar un buen dinero por tenerlo en mi cama, a mi disposición.

—Yo... no sé qué decirle.

—Puede decir que no, perder todo y condenar a su hija al olvido o decir que sí y obtener hasta el último céntimo que pueda necesitar en diez vidas juntas. Diga lo que crea conveniente, pero decida rápido. Los tiburones podemos oler la sangre —agregó, con calma mortal, mirando al grupo de hombres.

—¿Son ellos los que tienen planes para mi gimnasio? —preguntó Matías, interpretando correctamente a Emilia.

—En efecto. —Tendió la mano y la otra mujer le pasó una tarjeta—. Tiene veinticuatro horas. Si para mañana a las ocho de la noche no sé nada de usted, entenderé que la respuesta es no. Hasta luego.

Inclinó la cabeza, se dio la vuelta y caminó hasta la salida, donde la esperaban los hombres de traje. Considerando su posición, lo más seguro es

que fueran guardaespaldas.

\*\*\*

Si la tarde anterior no sabía que decir, media noche sin dormir no lo había ayudado a aclararse.

Estaba en el baño afeitándose y aprovechó para seguir el consejo de Emilia Larraín Mackenna. Se miró en el espejo.

Sabía que era el tipo de hombre que las mujeres encontraban atractivo. Era alto y, gracias a su pasado deportista, había desarrollado un buen físico, que aún a los treinta y cuatro años conservaba. Tenía la tez morena por todo el tiempo que pasaba al sol. De cabellera café y con algunos rizos, sus ojos eran de un color muy parecido; los rasgos fuertes: mandíbula cuadrada, nariz aguileña y pómulos altos.

Por un momento recordó a Katherine, la madre de Carolina, su hija. Ella lo había encontrado muy atractivo y había gozado de su compañía, en particular en la cama. Él nunca había estado ciego respecto a su relación. Sabía que era algo superficial y cualquiera podía haber adivinado el final. Lo mismo el comienzo.

En apariencia habían sido la pareja ideal. Ambos jóvenes deportistas ambiciosos, ambos gimnastas que, a pesar de lo limitado de sus posibilidades reales, trabajaban para triunfar. Hasta que cometieron un gran error. O así lo había clasificado ella.

No tuvo el coraje de buscar un médico que le practicara un aborto ilegal, pero no tardó más de un minuto en desaparecer después de que su hija naciera.

Y nunca había vuelto.

Él renunció a toda ambición y consiguió un trabajo en el mismo gimnasio en el que practicaba. Algunos años después había comprado el local, con ayuda de sus padres y del crédito hipotecario. Si hubiera sabido que iba a resultar un enorme desastre, jamás lo habría adquirido.

Aunque intentaba controlarlos, los pensamientos volaban una y otra vez hasta la perfecta señorita heredera. Desde su nombre hasta su apariencia, todo en ella gritaba riqueza y poder.

No se tragaba eso de que lo encontrara tan atractivo como para gastarse un buen montón de dinero para poder disponer de él. Seguro que en su mundo habría muchos hombres, más atractivos y sin la necesidad de ser un mantenido.

Claro que ella era una mujer preciosa. De piel suave y curvas provocadoras; lo tentaba como nunca nadie lo había hecho. No le costaba nada imaginarse en la cama con ella. Claro que si aceptara esa ridícula proposición, y no estaba diciendo que lo iba a hacer, sentiría que dejaba su profesión por la más antigua del mundo.

Caminaba por el pasillo, cuando pasó algo que lo ayudó, por fin, a tomar una decisión.

Carolina tenía un trozo de cartón en las manos y lo cortaba de acuerdo con una figura que había marcado. Ya que él mismo la ayudó a terminar las tareas escolares la noche anterior, le llamó la atención que estuviera haciendo manualidades.

Lo que vio después hizo que el corazón cayera hasta los pies. La niña tomó un zapato e introdujo el cartón en él, luego se lo calzó y amarró.

—¿Qué haces, hija? —le preguntó a la niña.

—¡Papá! —El agudo grito fue acompañado por un rápido giro sobre la cama—. Me asustaste.

—Lo siento, cariño, pero aún quiero saber qué haces. —Se acercó a ella, insistiendo.

La niña lo miró avergonzada y triste. Bajó la cabeza y volvió a girar para quedar de espaldas a su progenitor.

—Es que te vas a enojar, papá.

—¿Por qué no me explicas qué haces y después decido si me enojo o no?

—Papito, te juro que he sido cuidadosa, lo juro —susurró la niña—, pero se me rompió un zapato de la escuela. Y estaba tratando de arreglarlo. Había

pensado que podía hablar con la orientadora, a ver si consigo un par nuevo.

—Hija, no es necesario...

—Sí que lo es, papá. Sé que tenemos problemas, y yo voy a ayudarte. Es mi obligación de hija.

—No, cariño, tu única obligación es estudiar y ejercitar. Yo me encargo del resto.

—Pero, papá...

—De hecho, ya lo tengo solucionado. —La decisión ya estaba tomada, así que más le valía preparar a la niña para sus consecuencias—. ¿Viste a la mujer con la que conversaba ayer, después del torneo?

—¿La que estaba vestida con ese maravilloso traje de lino celeste?

—Esa misma. Verás, la conozco hace algún tiempo y... —Matías decidió que una pequeña mentira no la dañaría—. Pues bien, hemos estado considerando la idea de casarnos.

—¡Papá! —La felicidad de la niña no se podía ocultar con nada. Sus ojos brillaban cuando saltó de la cama directo a los brazos del hombre—. Papito, ¡qué feliz me haces! Voy a tener una mamá. Ya no vamos a ser los dos solos contra el mundo, ¿eh?

—Claro, hija. Pero no has escuchado lo mejor. —Matías la bajó al suelo y acarició el pelo trenzado—. Ella... su familia tiene dinero y nos va a ayudar con el gimnasio y con todo

—¿En serio? —Carolina lo miró por un breve instante. Matías pensó que la pequeña se daba cuenta de lo que pasaba. Pero no había manera, solo tenía once años; no sabía nada de la vida de los adultos—. ¿Crees que podrás comprarme unos zapatos nuevos, entonces?

—Yo diría que sí, tal vez no enseguida, pero definitivamente sí. Y ahora termina de arreglarte, que tenemos que salir luego.

\*\*\*

Cuando Matías llegó al gimnasio, lo primero que hizo fue ir a la destartalada oficina y buscar el teléfono antes de que pudiera pensarlo mucho. Después de todo, ¿Qué tenía que perder? Dejó «mi libertad» y «a mí mismo» aparcados en lo más profundo de sus pensamientos y se quedó solo con la idea de tener que acompañar a la perfecta señorita heredera al dormitorio, lo cual, en realidad, no pesaba tanto como un gran sacrificio. De hecho, cada vez que se concentraba en la imagen de la mujer, le atraía más la idea.

¿Qué tan bruja podría ser una mujer para que la extrema belleza de la que era dueña contara más a la hora de... bueno de... De inmediato, horribles imágenes de calabozos, cadenas y artilugios varios que parecían pensados para toda clase de torturas hicieron su aparición. Considerando que tenía que comprarse un marido, bien podría ser que tuviera una fosa de cocodrilos en vez de... bueno de...

«Matías», se gruñó, ¿Qué tan idiota podía ser un hombre de treinta y cuatro años para que ni en sus pensamientos pudiera decir «hacer el amor» y «vagina»?

Nuevamente se concentró en relegar todas esas ideas, invocando mejores imágenes: Carolina feliz esa mañana, descubriendo que por fin tendría una madre... ay, no, eso no servía. Ya, Carolina feliz y punto. Su hija ya de adulta, bella, sofisticada, con la mejor educación que el dinero pudiera comprar. Carolina sonriendo desde un podio, con una medalla en el pecho, la bandera ascendiendo atrás de ella y el himno nacional sonando por los parlantes.

Temblaba cuando sacó la tarjeta de Emilia de la billetera. Discó el número y esperó.

—Empresas Mackenna, buenos días.

—Buenos días —dijo al aparato—. Por favor, me comunica con la señorita Emilia Larraín Mackenna.

—¿Quién la llama?

—Mi nombre es Matías del Río. Emilia espera mi llamada —respondió con más confianza de la que sentía.

—Un momento por favor, voy a ver si se encuentra en su despacho.

Lo dejaron unos minutos en espera, con la típica música pregrabada, chillona y desagradable. Después, Emilia en persona le contestó. Reconocería su bella voz en cualquier parte, a pesar de haberla escuchado solo una vez.

—¿Matías? ¿Es usted?

—El mismo. —No pudo decir nada más, apretaba tanto el viejo teléfono que pronto se uniría a la larga lista de cosas que debía reemplazar.

—Buen día, ¿cómo se encuentra?

—Perfectamente, gracias. ¿Y usted? —Sin pensarlo mucho, Matías concluyó que la formalidad, y tal vez ese tipo de conversaciones, era parte de la vida de Emilia. Le salía de manera natural.

—Muy bien, gracias. —O quizás, esa en particular, no era tan común, porque la mujer hizo una pausa, carraspeó y luego continuó hablando—. Me imagino que no llama para saber cómo estoy. Me tiene una respuesta. Y espero que sea positiva.

—Tiene razón, tengo una respuesta. Y es positiva.

—Es maravilloso, muchas gracias; no se va a arrepentir. Me gustaría que nos encontráramos en el despacho de mi abogado, para discutir los términos de nuestro arreglo.

—Bien. Eh... —Quería decirle lo de Carolina, que se había ilusionado con que tendría una madre, pero no sabía cómo se lo tomaría la mujer y no quería estropear todo. Y además necesitaba el dinero con urgencia. Desesperación, mejor aún.

—¿Pasa algo? ¿Tiene algún problema?

—No. Es decir, sí. ¿Cuándo cree usted que... esto...

—¿Nos casemos?

—Sí.

—Apenas consigamos un oficial civil que realice la ceremonia. Yo no tengo familia directa. Lo más cercano es un primo, a quien no le va a gustar mucho que me case. Y tampoco tengo muchos amigos, solo conocidos sociales y de

negocios. Mi secretaria personal, Berta, a quien usted ya conoce, va a ser mi testigo.

—Bien, yo tampoco tengo familia, excepto mi hija. Supongo que podría buscar a alguien que sea mi testigo.

—Mi abogado puede serlo, si usted quiere.

—Mejor. ¿Usted...

—¿Sabe, Matías? Estamos hablando de nuestro matrimonio; tal vez sería bueno que comenzáramos a tutearnos y a tratarnos por nuestros nombres.

—Creo que sería una buena idea, Emilia. Entonces, ¿cómo lo hacemos con el abogado? No sé dónde es y en estos momentos no cuento con medio de transporte propio; mi rango de acción es limitado.

—Yo te mando mi chofer. Él sabe dónde está la oficina del abogado. ¿Te viene bien a las cuatro? Ya tengo una cita con él a esa hora, así que podemos matar dos pájaros de un tiro.

—Perfecto. Emilia, esto es un poco incómodo, pero yo...

—No te preocupes, en cuanto estén firmados los papeles y tengamos la hora en el Registro Civil voy a dar la orden para el pago total de la hipoteca y ya hablé con un constructor para que se encargue de las reformas. Abriremos una cuenta corriente a tu nombre y te voy a entregar tarjetas de crédito, para que puedas disponer de dinero para tus gastos.

—Gracias. Ya sé que debemos esperar a que esté todo firmado, pero ¿crees que podrías... eh... adelantar...

—¿Dejarte dinero? —O sea que, además, la perfecta señorita heredera era adivina. ¿Qué otra sorpresa le esperaba con este enlace?—. ¿Qué pasó? ¿Tienes algún problema?

—No un problema, pero sí una situación. A Carolina, mi hija, se le rompieron los zapatos de escuela. Y me gustaría...

—No digas más. ¿A qué hora sale de la escuela?

—A las tres de la tarde, pero hoy se queda allá hasta las cinco, porque participa en la academia de danza.

—Nada mejor, después del abogado vamos a buscarla y la llevamos de compras.

—Emilia, esto es muy extraño para mí. Y ella no reaccionaría muy bien si supiera... Bueno, ella piensa que nosotros nos conocemos hace tiempo y que esto de casarnos es por los motivos tradicionales. Mi hija nunca ha tenido madre y cree que tú vas a serlo.

—Pobrecita. La entiendo; yo perdí a mi madre muy niña, pero al menos la recuerdo. Mis fuentes me indican que la madre de Carolina ni siquiera se quedó en el hospital el tiempo suficiente para conocerla.

—Eso de tus fuentes... ¿Me hiciste investigar?

—Por supuesto, ¿Piensas que le pediría a cualquiera que se casara conmigo?

—No, me imagino que no —respondió, hablando entre los dientes.

—Mira, yo soy una persona muy ocupada: tengo un imperio que dirigir, pero te prometo que voy a ser la mejor madre que pueda. Espero que no resulte muy difícil cuando se vayan a vivir conmigo.

—¿Vivir contigo?

—Claro, ¿O pensabas que me iría a tu casa? Dijimos mi dormitorio, ¿recuerdas?

—Sí, en efecto lo recuerdo. —No podía verla, pero la imagen de la mujer se formó en su mente con una claridad impresionante. Se preguntaba si sería tan perfecta sin el «maravilloso traje de lino celeste» como había dicho Carolina. Y no le cabía duda de que jamás se iría a vivir con él en su modesta y ruinoso casa, en una población tan marginal—. Aún no tengo claro todos los detalles y lo que es peor, aún no sé por qué yo.

—Mira, Matías, como te decía, soy una mujer muy ocupada; puedo responder todas tus preguntas a la tarde, cuando nos encontremos en la oficina de Cristóbal, mi abogado. Te mando la limosina a las tres treinta al gimnasio.

—Emilia...

—¿Estamos claros? —Otra vez lo interrumpía, sin dejarlo siquiera

preguntar nada—. Bien, nos vemos en la tarde.

Y colgó el teléfono.

Por cierto no era el tipo de conversación que uno quiere tener con la mujer con la que se va a casar dentro de poco.

Ni te quiero o te extraño, nada.

Le parecía que debía cambiar su apodo de «la mujer perfecta» a «la mujer avasalladora». Así se sentía. Como si le hubiera pasado una aplanadora por encima.

Aunque un hombre se casara por amor con Emilia Larraín Mackenna, sería ella la que llevaría los pantalones. Y su situación era aún peor. Prácticamente lo habían comprado.

Levantó los ojos y vio la pared donde los premios de Carolina se acumulaban. Era considerada la mejor gimnasta de once años en América Latina. Y se debía solo a que no tenía dinero para llevarla a encuentros fuera del continente. Si había un camino por tierra, se las ingeniaba para llegar.

La niña tenía mucho talento. Era como si hubiera heredado lo bueno que habían tenido sus padres y dejado de lado lo malo, concentrando todo en una sola persona.

Miró la fotografía de la niña en la que ganaba una competición dos años antes. Él la había tomado, con sus padres posando a cada lado.

Era la última competencia a la que habían asistido los cuatro juntos. Un par de meses después, Martina, su madre, había sido atropellada en las locas calles de Santiago. Alejandro, su padre, no resistió la tristeza y se consumió en vida, muriendo escasos seis meses después de Martina. Un paro cardíaco fulminante se lo había llevado.

Ellos lo habían apoyado siempre. Y después, con Carolina, habían seguido. Siempre fueron cien por ciento incondicionales a su familia. No había nada que no hubieran hecho por ellos. Trabajaban hasta caer rendidos, en lo que fuera; Martina había lavado, planchado, cocinado, cualquier cosa... Y Alejandro había trabajado incluso después de jubilarse.

Se preguntaba qué pensarían de la decisión que él había tomado.

Se preguntaba si «cualquier cosa» consideraría casarse con una mujer multimillonaria, que ella pagara tus deudas y contratara los mejores profesores para Carolina.

Todo a cambio de acompañarla a donde ella quisiera ir, incluyendo a la cama. La verdad, no creía que el concepto de sus padres de «cualquier cosa» fuera tan amplio. En fin, concluyó con un suspiro, era su decisión y ya la había tomado.

A partir de ese momento, debía vivir con ello.

## Capítulo dos

—No entiendo por qué estás haciendo esto; es de lo más absurdo — Cristóbal dejó de lado su café y miró seriamente a Emilia—. Y tú nunca haces cosas absurdas, Mili.

—Te he dicho que esto es lo único que puedo hacer; tú mejor que nadie conoces los términos del testamento de mi abuelo —respondió Emilia—. Y sabes que he hecho todo lo posible para refutarlo, pero es inquebrantable. Después de todo, tú ayudaste a redactarlo.

—No me lo recuerdes, por favor —le pidió Cristóbal—. En ese momento no hubo nada que hacer. Tu abuelo estaba empeinado en establecer esa cláusula. Ya tenía en la mira otro abogado, si yo no encontraba la forma de hacerlo. Y con ese te hubiese ido mucho peor. Pero ya te he dicho que puedo renunciar a mi cargo de albacea testamentario y casarme contigo. No me vendría nada mal, tampoco.

—Me imagino que no te vendría nada mal, Cris —Emilia sonrió con una ceja arqueada—. Con tanta señorita de la buena sociedad persiguiéndote.

—Y sin esperanzas —Cristóbal devolvió la sonrisa—. No saben que nunca me voy a casar con ninguna de ellas, son todas un montón de cabezas huecas, igual que mi madrastra.

—Ay, Dios, no digas esa palabra, por favor —Emilia llevó una delicada mano a la frente—. Cuando elegí a Matías del Río sabía que tenía una hija. Es más, pensé que sería mi arma más poderosa, pero nunca pensé que se

ilusionaría con la idea de tener una madre.

—Pobrecita, como nunca la ha tenido, debe desearla con toda su alma — dijo Cristóbal, apoyándose en el respaldo del magnífico sillón de cuero—. Por muy deportista de elite que sea, sigue siendo una niña pequeña. Incluso — Cristóbal hizo una pausa para tomar su taza y comprobar que no podía alargar la espera bebiendo un trago de café—, Mili, tú y yo sabemos, mejor que nadie, lo que implica jugar con las ilusiones de un niño...

—Yo no pienso jugar con las ilusiones de esa pequeña —replicó Emilia molesta.

—No te pongas toda señorita Larraín Mackenna conmigo, Mili. ¿O tengo que recordarte que ya te he visto desnuda?

—Y tú no me hagas buscar una piscina donde tirarte, que parece ser la única manera de tratar contigo —Emilia se puso de pie y se acercó al escritorio del abogado.

—No importa, nada de eso importa —replicó Cristóbal tan molesto como Emilia—. Por esa niña, déjame reiterar una vez más mi oferta. Podríamos tener todo solucionado en un par de días y...

—No, Cristóbal —repuso Emilia más tranquila—. Justamente, por una niña... ¿O tú piensas que voy a ser tan mala con ella como... En todo caso — siguió Emilia después de una pausa incómoda—. ¿Has pensado alguna vez que la cláusula está ahí por este mismo motivo? ¿Y que el viejo pudo amenazarte con buscar otro abogado, pero que quería que fueras tú, no otro, el que quedara metido en medio de esta situación? ¿O es que eres tan inocente, que nunca te diste cuenta de las intenciones del viejo?

—Suficiente. —Cristóbal levantó una mano para detener el torrente de palabras de Emilia—. Lo sé, y lo entiendo. Yo solo quería ayudar —aceptó con un leve encogimiento de hombros—. Sé que... —El repiqueteo del teléfono interrumpió lo que quería decir, por lo que Cristóbal miró a la mujer, levantó el teléfono y pidió que esperaran un minuto—. Para lo que valga, lo sé. Estoy igual que tú, nunca entendí el porqué, pero ahí está. Un hecho

innegable. Además, tú, mejor que nadie sabes...

—Sí, Cris, lo sé. —Emilia lo miró fijamente y compartieron uno de los escasos momentos de cariño y sinceridad que se permitía, aún con Cristóbal, que era mucho más que un simple abogado para ella—. No nos vamos a sacar la suerte entre gitanos.

Mientras Cristóbal contestaba el teléfono, Emilia miró en torno a ella. La oficina no era distinta de la que ella usaba en el edificio corporativo. Ambas tenían el poder que representaban escrito en las cuatro paredes. La elegancia de la decoración y los magníficos muebles antiguos, en excelente estado de conservación, hablaban de varias generaciones amasando dinero y ejerciendo poder e influencias. Decidiendo el destino de la nación.

Ellos, Emilia, Cristóbal y sus asociados, representaban la más rancia aristocracia criolla. Eran el verdadero poder en el país.

Además del control en el Grupo Mackenna, Emilia tenía acciones en las empresas más grandes e influyentes de Chile, un conglomerado que manejaba el noventa por ciento de los recursos del país. En definitiva, la opinión de Emilia valía, literalmente, oro.

De niña, Emilia solía aceptar la suerte que le había tocado por nacimiento como si fuera algo sagrado. Así se lo había hecho creer su abuelo. Casi como los reyes de antaño, que pensaban que habían sido elegidos por Dios para gobernar sus países.

Lo curioso es que fue él mismo quien, sin querer, le abrió los ojos.

Cuando ella, en alguna medida, osó rebelarse en contra de sus designios, fue forzada a participar en diversos grupos de voluntariado, ayudando a los más pobres del país, construyendo casas, repartiendo alimentos. Felipe Mackenna pensó que la ayudaría a comprender, y agradecer, los privilegios que había recibido.

Incluso llegó a increpárselo un día. «¿Comprendes, ahora, la gran hipocresía de tu vida? ¿Negándote a recibir la educación que preparé para ti con tanto cuidado? ¿Qué sería de ti sin mí? Una pobre niña asalariada, que

tendría que trabajar para vivir. ¿Piensas que levantarte temprano e ir un día a ayudar en esa población es duro? ¿Te duele la espalda de tanto cargar a esos mocosos mugrientos? Imagínate cómo sería si tuvieras que hacerlo todos y cada uno de tus días. No eres otra cosa que una malagradecida. ¡Ni siquiera me sirves para preservar el maldito apellido! ¡Tú y la inútil de tu madre!»

Pero lo que Emilia comprendió fue algo muy distinto: sí, había nacido con grandes privilegios, pero eso conllevaba grandes responsabilidades. Y una de las primeras, sino la principal, era la de compartir tales ventajas, pero no con gente de su misma condición social, sino con aquellos que por mérito propio los merecían.

Como Matías del Río y su hija Carolina.

Claro que ese era un secreto que se llevaría a la tumba.

Frente a todos, no era más que una rica heredera. Algo así como la típica pobre niña rica que tenía que comprarse un marido.

Incluso Cristóbal, que era casi el único amigo en el mundo, no conocía esa faceta de ella por completo. Sabía del dinero que donaba a diversas instituciones de caridad, aunque no de la real cuantía de las sumas.

Pero no tenía ni la más leve idea del tiempo que dedicaba a un hogar de ancianos. Ni de los niños que patrocinaba y visitaba constantemente. Sabía que los ayudaba y cómo había llegado a hacerlo, pero nada más.

Todas las personas a su alrededor creían en verdad que era la dura mujer de negocios que fingía ser. Pensaban que era la avaricia la que guiaba sus pasos, para la obtención definitiva de la herencia del viejo Felipe.

Ella podría haber pasado el resto de la vida sin trabajar. Después de todo, el viejo había dispuesto que ella recibiera todas sus otras propiedades, en caso de que no pudiera o no quisiera cumplir con las condiciones impuestas en su testamento. Solo parte del legado Mackenna estaba condicionado, aquellas empresas que tenían vínculo en el extranjero. Usando subterfugios, resquicios legales y, conociéndolo tan bien, con toda probabilidad hasta sobornos, había conseguido imponerse, ya que en Chile solo podía disponer de una cuarta

parte de sus propiedades para testarlas. Así y todo, sin esas inversiones y acciones, perdería la presidencia del conglomerado y vendrían los auténticos tiburones a ocupar su lugar, volviendo a las prácticas abusivas que hicieron famoso a Felipe Mackenna. Temido y odiado por algunos, imitado y reverenciado por tantos otros.

Emilia tampoco podría olvidar la pequeña fortuna que había recibido de la familia paterna. Era pequeña en comparación con la herencia de su abuelo, pero le alcanzaría para vivir treinta vidas si la administraba con sabiduría. Y como no estaba ligada a las empresas Mackenna, era la parte de su fortuna que ocupaba en los gastos que necesitaba mantener ocultos del mundo.

—¡Emilia! —gritó el abogado, sacándola de sus pensamientos—. Tu novio ya llegó —agregó con un cierto retintín burlesco—. Va a entrar en cualquier momento, viene acompañado por alguien de la recepción.

Cristóbal recién había terminado de hablar, cuando se escucharon golpes en la puerta.

—Pase —indicó a quien tocaba.

La puerta se abrió, dejando entrar a un joven que Emilia no conocía.

—Don Matías del Río Álvarez —anunció. Se movió para darle paso al hombre que sería su esposo.

Emilia casi babeó. Si con ropa deportiva se veía muy bien, con ese traje de tienda mal hecho lucía aún mejor. No quería ni pensar lo que pasaría con un traje bien cortado. Carraspeando, estiró la espalda y cuadró los hombros. Envió todas sus emociones hasta lo más hondo del alma, dejando que fuera solo la mente que gobernara.

El joven que guiaba a Matías se retiró y Cristóbal se le acercó para presentarse y saludarlo.

—Cristóbal Gumucio Echaurren —le dijo, tendiendo su mano.

—Un gusto —replicó Matías. Miró a Emilia y le sonrió—. Hola, Emilia.

—Matías, buenas tardes. —La mujer lo saludó inclinando la cabeza, sin ningún gesto amistoso, por pequeño que fuera.

—Por favor, toma asiento. —Cristóbal señaló un sillón junto a Emilia.

La miró, pero ella no movió ni un músculo, nada que la delatara. A pesar de eso, él hizo amago de acercarse a la mujer, incluso levantó una mano, pero ella retomó su lugar, mostrándose elegante e indiferente. El abogado la miró con el ceño fruncido, negó con la cabeza y fue hasta su escritorio. Suspiró al sentarse.

Sería una tarde muy larga.

Matías se sentó y miró con mucha atención al abogado. Se había imaginado un hombre viejo, paternal. El joven rubio no era nada paternal. Y parecía tener cierta confianza con Emilia. Se preguntó si habrían sido amantes. «Vaya pensamiento absurdo —se reprendió—, si hubieran sido amantes, ¿qué tendría que importarme a mí?».

—¿Café? —ofreció el abogado.

—No, gracias —replicó Matías—. Preferiría que fuéramos directo a nuestros asuntos; tengo que ir a buscar a mi hija al colegio en menos de una hora.

—Por supuesto —dijo Cristóbal—. En la mesa tienes el acuerdo prematrimonial que Mili quiere que se firme. —Emilia carraspeó, haciendo que el abogado perdiera el hilo de la conversación por un minuto. Exhaló y siguió dejando de lado el tono amistoso con el que había recibido a Matías para adquirir un tono frío y profesional, muy parecido a la manera en que Emilia hablaba—. En este se estipulan todos los beneficios económicos que usted recibirá producto del enlace. Si gusta revisarlo...

Matías tomó la carpeta y se sorprendió al ver que también incluía el pago de la hipoteca de la casa. Y ella había mencionado una cuenta corriente y tarjetas de crédito, pero no el saldo que tendrían disponible.

—¿Qué es esta cláusula de dos años? —preguntó.

—Cualquiera de las partes puede poner término al matrimonio al cabo de dos años —explicó Cristóbal—. De cualquier manera, sus deudas actuales estarían canceladas, el gimnasio renovado. El nuevo entrenador y los gastos de

los viajes y competencias estarán siempre cubiertos por la señorita Larraín Mackenna. La única diferencia la supondría la cobertura de sus gastos personales, señor del Río. Si es usted quien solicita la disolución del matrimonio, recibiría la suma estipulada en la cláusula vigesimotercera. Si Emilia lo hace, además de ese valor, ella cubrirá sus gastos personales de la misma manera en que hará mientras estén casados, es decir, con la cuenta corriente y tarjetas de crédito que pondrá a su disposición.

—Esto es mucho más de lo que habías ofrecido, Emilia —dijo Matías con tono formal.

—Lo sé, pero no podía discutir contigo todos los detalles anoche, Matías —le respondió ella con igual formalidad.

—Hablando de detalles, aún no respondes mi pregunta más importante. — Ignorando al abogado, se giró para mirarla—. ¿Por qué yo?

Emilia miró a Cristóbal, quien, comprendiendo lo que le solicitaba, se puso de pie y anunció que los dejaría solos por unos momentos.

Cuando el abogado salió, Emilia contestó a su pregunta.

—Como bien sabes, necesito un marido. Los términos del testamento de mi abuelo son muy claros. Debo estar casada antes de que cumpla treinta años o no podré heredar.

—Tu abuelo estaba loco —dijo Matías sonriendo.

—Cuando cumpla un año de matrimonio —siguió Emilia sin responder a su gesto—, las acciones de la compañía pasarán a mi nombre en forma definitiva. Mi abuelo no creía que una mujer pudiera presidir el Grupo Mackenna, menos aún una soltera. Después de todo, mi madre fue una muchacha muy alocada, pero por el corto tiempo que estuvo casada, fue capaz de sentar cabeza. Al morir mi padre, ella volvió a su vida disipada, dándole razón a mi abuelo.

—Sigo sin saber por qué yo —replicó él.

—Tienes que comprender a mi familia.

—Creí que dijiste que tenías un primo y nada más.

—No es en realidad mi primo. Él es nieto del medio hermano de mi abuelo.

Mi tatarabuelo fue quien comenzó la empresa, pero fue mi bisabuelo, quien la hizo crecer exponencialmente. En el testamento, dividió sus propiedades entre ambos hijos y le dejó la mayor parte a mi abuelo. Su hijo menor, producto de un segundo matrimonio, era casi tan descocado como mi madre. Y perdió gran parte de lo heredado a manos de mi abuelo. No hubo nada ilegal, apenas un poco inmoral. Mi abuelo abusó del poder que tenía como accionista mayoritario. Y su hermano se dedicó a despilfarrar el resto, dejando muy poco al morir. Mi tío se casó bien, con una Subercaseaux, y con eso pudo rearmar su fortuna, pero siguen teniendo un interés minoritario en el grupo Mackenna. Y mi primo, que es ahora el dueño de las acciones, creció con las historias de cómo mi rama de la familia había perjudicado a la suya. Y que una buena venganza sería conseguir que yo perdiera todo lo que tengo. Y lo voy a hacer a menos que me case en las próximas seis semanas.

—Entiendo perfectamente lo del marido, pero...

—Nunca me interrumpas —le dijo con rudeza—. Es la cláusula no escrita de nuestro acuerdo prematrimonial.

—Lo siento, yo...

—El objetivo de la vida de mi primo es vengarse de mí —continuó, ignorando sus disculpas, tenía una reputación que proteger—. En cuanto se entere de la boda va a arremeter en contra nuestra. Por lo tanto, es imprescindible que el mismo lunes solucionemos todo con el banco.

—¿El crédito hipotecario?

—Por supuesto. Me imagino que has oído hablar de espionaje industrial. En mi caso es además espionaje familiar. Mi primo es quien quiere tu terreno. Es más, ya compró cuatro de las ocho casas aledañas al gimnasio. Dos las compré yo usando una firma que él desconoce que poseo. Y confío en que los otros dueños no quieran vender o me vendan a mí. Pero lo más importante es el gimnasio. Es algo tonto, lo sé, pero mi primo incluso tiene los planos del edificio que quiere construir y pagó las coimas correspondientes en el municipio para obtener los permisos apenas pueda poner sus garras sobre el

gimnasio. Y me encantaría verle la cara cuando sepa que no va a poder. Y que además perderá las acciones en el grupo Mackenna, gracias al mismo pobre gimnasta muerto de hambre, como te llama.

—Ya veo, soy un peón en un juego de los ricos —acotó Matías, frunciendo el ceño.

—Yo no diría que eres un peón. Si de ajedrez se trata, la reina es la que hace todo el trabajo. Esa soy yo, pero el juego se pierde cuando eliminan al rey. Y ese serías tú.

—Por dos años.

—Exactamente.

—¿Por qué dices que perderá las acciones del grupo Mackenna? —le preguntó al cabo de unos momentos de cavilación.

—Porque él es el único hombre Mackenna vivo. Es el único con derecho a exigir las acciones una vez que yo las pierda —explicó Emilia—. El testamento de mi abuelo así lo estipula. Heredo yo si a la edad de treinta años estoy casada y solo después de cumplir un año de matrimonio, o el primer hombre que demuestre tener derecho al apellido Mackenna a través de un examen de ADN.

—Y ese sería tu primo.

—Exacto, lo que no sé es por qué puso la cláusula de esa manera, bien pudo escribir su nombre.

—Entonces todo el dinero que estás invirtiendo en mí no es nada, comparado con lo que vas a ganar. Y además te voy a servir para frustrar los planes de tu primo. Dos al mismo tiempo, ni más ni menos.

Una sonrisa levemente malévolamente se dibujó en el rostro femenino.

—Y eso vale mucho más de lo que estoy pagando por ti. —Emilia se puso de pie y se dirigió al teléfono. Activó el parlante, marcó un número y esperó la respuesta. Cuando se escuchó una voz femenina habló con el mismo tono duro al que Matías se estaba acostumbrando—. Dile a Cristóbal que estamos listos. —Apretó un botón y colgó la llamada.

—Un momento —dijo Matías—. Aún falta que me expliques lo de la casa.

—Es evidente. Tenemos que vivir juntos y fingir frente a todos que somos una pequeña familia feliz —expuso con un tono burlesco horrible—. De lo contrario, mi primo va a tener pruebas suficientes para impugnarme frente a una corte. Y no me voy a ir a vivir a ese sucucho de mala muerte que llamas casa. Firma, faltan veinte minutos para que sean las cinco, debemos ir a buscar a tu hija.

«Avasalladora, definitivamente avasalladora», concluyó Matías.

Una media hora después, la limusina estaba estacionada frente al colegio de Carolina cuando ella apareció.

Era una imagen que rayaba en lo ridículo. La escuela, al igual que su casa y el gimnasio, requería una intervención con urgencia. Se caía a pedazos y los estudiantes y apoderados eran gente modesta.

El enorme y elegante vehículo no tenía nada que hacer ahí. Menos aún su dueña.

Sin embargo, ahí estaban, esperando que la niña saliera. Emilia la reconoció en cuanto la vio, a pesar de la lejanía. Tenía la misma sonrisa cautivadora de Matías, al despedirse de una compañera. Miró su uniforme con ojos críticos. Se notaba cuidado y remendado con esmero, pero estaba más viejo que la ropa que ella usaba para hacer ejercicio.

Algo había que hacer, lo mismo con la escuela. Podría hacer una donación para que refaccionaran lo más urgente, pero lo más importante para ella era buscarle matrícula en alguna escuela exclusiva de los barrios altos. Así se lo dijo a Matías.

—¿Para qué? —le preguntó él.

—De partida, la escuela está muy lejos de casa. Segundo, no creo que la educación que ella está recibiendo acá sea la mejor. Necesita conocimientos que aquí no imparten, y aprender idiomas, si va a competir por todo el mundo. Además de cierta flexibilidad para ausentarse.

—Algo de razón podrías tener. Si compite fuera de Santiago, le permiten

ausentarse un par de días y le dan un calendario de pruebas, pero jamás la dejan salir antes de tiempo, ni le dan facilidades con los trabajos o tareas si no sale de la ciudad. Pero...

—Mañana mismo voy a pedir a Berta que busque un colegio más apropiado.

Estuvieron en silencio unos minutos, aunque Emilia notaba la incomodidad del hombre, que se removía en su sitio. Sin embargo, ella miraba fijamente a través de la ventana, sin darle la oportunidad de hablar hasta que apareció la niña.

—Ahí está —dijo Emilia, abriendo la puerta del auto.

Si el vehículo estaba fuera de lugar, ella lo estaba más. Su immaculado traje rosa pálido y los zapatos italianos costaban más que toda la escuela. Ella misma exudaba riqueza.

Matías salió del automóvil detrás de ella y le ofreció una mano. Emilia había acordado que la actuación no se limitaría a su entorno, es decir, a los contactos de negocios, sino que la harían también frente a todo el mundo. Sobre todo, frente a Carolina.

Tomó la mano y juntos se dirigieron a la niña.

—¡Papá! —gritó Carolina al verlo y corrió a abrazarlo—. Te ves guapísimo con ese traje.

—Gracias, Carito —se inclinó para recibir su beso—. Hija, ella es Emilia, de quien te hablé en la mañana —agregó apuntándola—. Emilia, ella es mi hija Carolina.

—Hola, Carolina —Emilia se inclinó y le habló con un tono dulce—. ¿Me das un beso a mí también?

La niña la miró tímida, pero se acercó a ella y le dio un pequeño beso en la mejilla.

—¿Vamos? —preguntó después de erguirse. Una sonrisa radiante se había dibujado en su rostro. Tomó a la niña de la mano y la guio al interior de la limosina.

Matías se preguntaba cuál de las dos sería la verdadera Emilia. Si la ruda

mujer de negocios o la tierna futura madrastra que llevaba de la mano a Carolina.

—Espero que te guste ir de compras. —Escuchó que le decía a la niña cuando entraban a la limosina—. Tu padre, por muy buena compañía que sea, no es un apropiado compañero de compras.

—Pero tiene muy buen gusto —dijo la niña frunciendo el ceño. «Oh, oh, ahí te tiene» se burló Matías en silencio—. Siempre elige mis mallas.

—¿Y me dices a mí que tiene buen gusto? —La sonrisa coqueta de Emilia le atravesó el alma.

Se acercó y le dio un beso en la mejilla al tiempo que tomaba su mano. Con gusto notó que un leve tono rosa bañaba el rostro de Emilia.

—A lo que me refiero es que, bueno, una chica siempre necesita la opinión de otra chica —explicó atropelladamente—. Y el mismo interés por los zapatos.

La pequeña la miró, sonrió y aceptó la explicación. Su padre nunca había comprendido que una niña nunca tenía suficiente calzado. Y ella, como buena hija, nunca había pedido más de lo esencial.

—Eso sí es cierto —dijo la niña—. Los zapatos son lo mejor que hay en el mundo. Los tuyos son muy lindos.

—¿Te gustan? —Elevó una preciosa y delgada piernas, mostrando los bellos zapatos—. Son mis favoritos. Me los hacen a medida. Voy una vez al año a Italia y a Francia a renovar mi guardarropa y a buscar los zapatos. El próximo año vienes conmigo, ¿te gustaría? —Miró a Matías, siendo su turno de fruncir el ceño—. Por supuesto, también te llevo a ti, pero tú puedes quedarte en el hotel o ir a ver los museos.

—Después hablamos de eso —pidió apretando su mano; necesitaba hacerle ver que hablaba muy en serio—. No sé si quiera que mi hija se convierta en una niña consentida y materialista.

—Cuando se trata de zapatos una no es materialista —replicó Emilia con su sonrisa coqueta—. Simplemente es mujer.

Carolina y Emilia se miraron cómplices y rieron de la cara de estupefacción de Matías.

—Llegamos, señorita Emilia —dijo el chofer.

—Gracias, Marcos, yo te aviso —le respondió Emilia, acercándose a la puerta del vehículo—. Vamos, Carolina.

—¿Adónde van? —interrogó Matías preocupado.

—¡Matías, por Dios, de qué hemos estado hablando! —exclamó Emilia exasperada—. Zapatos. Tú puedes quedarte en el auto.

Salió del vehículo seguida por la niña, pero no cerró la puerta. El chofer carraspeó.

—¿Sí? —Miró al hombre por primera vez, descubriendo que era quien la acompañaba siempre al gimnasio.

—Cuando la señorita Emilia dice: «Tú puedes quedarte» quiere decir: «Más te vale seguirme» —respondió mirándolo por el espejo retrovisor.

—¿Cuánto tiempo conoce usted a Emilia?

—Conozco a la señorita Emilia desde que era la niña Mili y no sabía ni hablar —le explicó el chofer—. Mi señora y yo hemos cuidado de ella toda su vida.

—Bien, creo que será mejor que la siga, entonces —replicó Matías y salió del auto, cerrando la puerta.

Cuando entró a la zapatería en la que habían desaparecido Emilia y Carolina, no encontró rastro de ninguna de ellas. Una mujer se le acercó y le preguntó por ambas.

—La señorita Larraín Mackenna está en el privado, donde le prepararon la selección de zapatos que solicitó —explicó la altiva dependienta.

—Me imagino que mi hija está con ella.

—La niña Carolina está con la señorita en el privado —confirmó la mujer sin creer totalmente que el hombre frente a ella fuera el acompañante de Emilia y no solo un caso de caridad.

—Bien, me señala dónde, por favor —le pidió cortésmente, aunque estaba

un poco disgustado. «¿Qué se cree esta mujer? —pensó—, aún no me caso con ella y ya se apropió de mi vida y de mi hija».

Cuando las volvió a ver, Carolina se probaba zapatos. Estaba rodeada de ellos, no solo zapatos de escuela, sino zapatillas, sandalias, zapatos de calle. Todos ellos del mejor gusto y la máxima calidad

—Papá, mira todos los zapatos que Mili me ha elegido —dijo la niña entusiasmada, señalando al menos seis pares de zapatos a su derecha.

—Emilia, son muchos —le reclamó a la mujer.

—No hemos hecho más que empezar —Emilia le respondió sonriendo—, y después tenemos que ir a comprar ropa. Al menos un vestido para la ceremonia. Pero no te preocupes, también nos están esperando con una selección.

Luego de quince minutos y demasiados zapatos para el gusto de Matías, caminaron un par de cuadras y entraron en una boutique especializada en moda infantil.

Seleccionaron un par de vestidos con los que Carolina se veía preciosa y algo de ropa para el día a día, después llamó al chofer y, cuando salieron, la limosina ya los esperaba.

Matías abrió la puerta y le dio la mano a Emilia para ayudarla a subir. Sus maneras eran delicadas y tenía una gracia que solo la más fina educación podía dar. Con una sonrisa notó que Carolina trataba de imitarla.

Subió al automóvil y cerró la puerta.

—Vamos a casa, Marcos —pidió Emilia.

Él la miró extrañado. La compra de zapatos estaba planificada. La visita a la boutique lo había sorprendido, pero no le pareció mala idea. Pero ir a su casa... eso sí le resultó extraño. Quería preguntarle por qué, pero antes de abrir la boca, sonó un celular y ella contestó.

No le prestó atención a lo que decía. Se dedicó a observar a Carolina, que sonreía feliz mirando el contenido de las bolsas que llevaba.

Era una niña después de todo y comprarse ropa y zapatos bonitos la hacía

feliz. Lamentó no ser él quien lo hubiera conseguido, aunque indirectamente sí lo había hecho. Matías cerró los ojos y se apoyó en el respaldo buscando relajarse. Supuso, con justa razón, que el viaje sería largo.

Cuando llegaron a la casa, lo primero que pensó fue que había dejado atrás el mundo real, de casas pequeñas y pareadas, con muros que se descascararan y llaves que gotean, para entrar en un mundo que solo existía en el cine.

Si ella vivía ahí, no le extrañaba que hubiera llamado sucucho a su hogar.

Eso no era una casa, era una mansión. Era enorme y hermosa, rodeada de árboles y por un gran terreno que la separaba por muchos, muchísimos, metros de la casa más cercana.

El portón era automático y Marcos lo abrió con un mando a distancia desde el vehículo y entró por el camino privado hasta detenerse frente a una escalera de piedra que llevaba hacia una enorme puerta de madera, donde una mujer mayor estaba de pie, esperándolos.

—Bienvenidos a mi no muy humilde hogar. —Emilia abrió la puerta y salió de la limosina. Sin mirar si ellos la seguían o no, comenzó a caminar hacia la escalera.

Se quedó junto a la mujer y conversaron brevemente mientras ellos la alcanzaban.

—Ella es Sofía, la esposa de Marcos y mi ama de llaves —dijo cuando Matías estuvo a su lado—. Sofi, ella es Carolina, la hija de Matías. Por supuesto, recuerdas a Matías.

—Claro, señorita Emilia. Hola, niña Carolina —respondió la mujer con una dulce voz maternal, y Matías la miró extrañado. Poco después comprendió que el personal debía estar tan bien entrenado que jamás harían algo para contradecir lo que dijera Emilia.

—¿Te gusta mi casa, Carolina? —le preguntó a la niña—. ¿Te gustaría vivir acá conmigo?

—¿Papá? —la niña miró dudosa a su padre, pero él le guiñó un ojo—. ¿Tienes piscina, Mili?

—Claro. Dos, de hecho —le contestó Emilia—. Una cubierta y otra al aire libre. Me encanta nadar.

—Entonces sí me gustaría vivir acá —le dijo la pequeña—. ¿Es verdad que tú y papá se van a casar? ¿Y tú vas a ser mi madre?

—Sí a ambas, cariño —Emilia le sonrió—. ¿Te gustaría conocer tu nueva habitación? —La niña asintió vigorosamente—. Sofi, por favor lleva a Carolina a su habitación y muéstrale un poco la casa. Yo necesito conversar algunas cosas con Matías; vamos a estar en el estudio. Me gustaría cenar dentro de media hora, por favor.

—Por supuesto —el ama de llaves le tendió la mano a Carolina y desapareció con ella al interior de la casa.

Después de que se fueron, Emilia se giró hacia él y volvió a hablar con su voz dura.

—Ven conmigo —ordenó, y comenzó a caminar sin fijarse si él iba con ella. A Matías no le quedó más remedio que hacerlo. Ya se acostumbraría a seguir cada una de sus instrucciones, a caminar junto a ella a donde fuera que le indicara. «Como un perrito amaestrado», gruñó para sí.

Cuando llegaron al estudio, ella se sentó al escritorio y le indicó una silla al otro lado para que se sentara.

—Mi primo ya sabe de nuestros planes, pues Berta ha hecho un excelente trabajo esparciendo la noticia por los canales adecuados, para que parezca que es algo preparado, pero que intentamos mantener en privado. Los que saben que nos vamos a casar, no tienen idea que es en realidad una treta, pero tendremos que apresurarnos y comenzar a dejarnos ver como pareja.

—Por supuesto —frunció el ceño—. Esto del espionaje industrial y familiar funciona más rápido de lo que supuse.

—Ni te lo imaginas. Pero yo soy mejor. Berta ha solucionado todo para que el sábado venga un oficial del Civil y Sofi tiene instrucciones de preparar un almuerzo especial para ese día. Cristóbal ya está al tanto de todo. Quiero que mañana vayas a la oficina a buscarme, solo debes decir tu nombre en la

recepción y ellos te guiarán. Vamos a ir inmediatamente al banco, Berta ya se encargó de que tengan los papeles listos. También nos vamos a reunir con el constructor en el gimnasio. Y con un sastre para que te tome las medidas y comience a confeccionarte varios trajes. Para el sábado nos tendremos que conformar con uno de cualquier tienda.

—A veces siento que me contrataron para un trabajo, que no seré tu esposo, sino tu empleado —dijo Matías, apoyando las manos sobre el escritorio.

—Míralo así si te hace sentir mejor, a mí me da lo mismo. —Emilia encogió los hombros con tranquila indiferencia—. También necesito que me dejes una copia de la llave de la casa, para que saquen tus cosas personales y las trasladen acá. Y del gimnasio.

—Preferiría sacar yo mis cosas —Matías se preguntaba si alguna vez se acostumbraría a que Emilia tomara todas las decisiones—. No quiero que nadie meta las manos en mi cajón de ropa interior.

—Claro, pero vas a tener que acostumbrarte. Como mi esposo, se espera cierto comportamiento de ti. En mis aposentos privados no entra nadie más que Sofía, que es de mi absoluta confianza y está al tanto de todo. Pero tengo más personal en la casa y no quiero crear ninguna duda sobre mi relación contigo. Tiene que parecer cien por ciento real. Volviendo al tema de la casa, no sé qué pretendes hacer con ella; podrías vaciarla, vender o regalar los muebles y arrendarla o dejarla tal como está, aunque yo no te lo recomendaría. Lo único que sé es que quiero que entre mañana y el sábado traslades la mayor cantidad de cosas y estés oficialmente instalado después de la ceremonia. Aunque bien podrías dejar todo olvidado, en cualquier caso, tenemos que rehacer tu ropero y el de Carolina.

—Sabes qué, Emilia, tú eres la jefa; yo solo voy a seguir tus instrucciones.

—Esa es la actitud que más me gusta. Vamos.

Sin esperar respuesta, salió de la habitación y caminó muy rápidamente. Como Matías no conocía la casa, no tenía idea a dónde se dirigía. Solo la siguió a través de pasillos y habitaciones que pasaron frente a sus ojos como

un gran borrón.

Un par de minutos después descubrió que iban a la cochera, que era más grande que su casa. «Unas tres o cuatro veces más grande que mi casa», concluyó, sin saber qué sentir. Además, estaba llena.

Junto con la limosina y otros vehículos igual de elegantes, había varios automóviles deportivos y un par de camionetas. Algunas motos y cuatrimotos. Todos vehículos muy lujosos. Con la carcacha que tenía en casa, tal vez podría pagar la tapa de una rueda.

Marcos trabajaba en una de las camionetas. Una belleza plateada con tracción en las cuatro ruedas y una enorme capacidad de transporte.

—¿Está lista, Marcos? —le preguntó la mujer.

—Claro, señorita Emilia, está recién pulida —respondió el hombre.

—Marcos, por favor, déjate con esa tontera de la señorita Emilia, siempre me has llamado Mili —replicó la mujer con una hermosa sonrisa—. Matías va a ser mi esposo, parte de la familia y ya sabe todo lo que tiene que saber.

—Claro, niña Mili, como quieras. —El hombre habló con mucho cariño—. ¿Y con la niña Carolina?

—Ella piensa que este es un matrimonio de verdad; es la única consideración que hay que tener.

—Y yo siempre le digo Carito —agregó Matías—. Nada de niña Carolina, menos señorita Carolina.

—Como usted diga, don Matías —le respondió Marcos, respetuoso.

—Y sin don, por favor —Matías rio.

—Por supuesto, esto es en la casa, entre nosotros —aclaró Emilia—. Delante de las demás personas sigo siendo la señorita Larraín Mackenna y él tendrá que ser don Matías o el señor del Río.

—Claro, Mili. Aquí están las llaves. Los documentos están guardados en la guantera junto con un control remoto del portón —dijo Marcos entregándole las llaves del vehículo—. Con su permiso.

Después de que el hombre se retirara, Emilia y Matías estuvieron en un

silencio incómodo por algunos minutos. Fue Emilia quien lo rompió.

—Esta camioneta queda a tu disposición a partir de ahora —le entregó las llaves—. Te la puedes llevar hoy mismo, después de la cena.

—Gracias. —La miró brevemente; tenía una pregunta que hacerle y como a ella le gustaba la franqueza, sería franco—. ¿Cómo debo llamarte yo, frente a las otras personas?

—¿Cómo me llamarías si fuera tu esposa por elección?

—Mili, creo. Así te llaman tus allegados, incluso el abogado.

—Que así sea, entonces. Lo único que te pido es que, cuando hables de mí, me llames Emilia, en especial con los trabajadores de la empresa.

—De acuerdo.

—Vamos a la casa, ya debe estar servida la cena.

—Una última cosa, Emilia. Al menos mi hija, y me imagino otras personas, van a esperar que de vez en cuando nos mostremos cariñosos entre nosotros.

—¿Y eso qué implica? ¿Besarnos? Aunque nuestro matrimonio fuera de verdad, yo no te besaría en público.

—No creo que podamos considerar a mi hija como público. Tú prometiste hacer todo lo posible por ser una buena madre con ella; esto es parte. Sabes que a esa edad la ilusión del romance y los cuentos de hadas son parte de su vida.

Emilia se alejó de él para pensar con tranquilidad. Luego de varios minutos de considerar la propuesta pareció llegar a una decisión

—Besarse en público de vez en cuando le dará un toque de realidad a nuestro matrimonio —explicó, pero había algo que la detenía. ¿Sería miedo, tal vez?—. Así se hará, entonces.

—Creo que sería bueno que lo hiciéramos sin público la primera vez. —La voz de Matías bajaba peligrosamente de tono. Estaba emocionándose más de la cuenta.

Se acercó a ella, puso las manos sobre sus mejillas. Con una sonrisa notó que ella respiraba a un ritmo más veloz. También notó que se humedecía los

labios con la punta de la lengua. Y eso lo enardeció más.

No era conveniente, pero no podía evitarlo.

Bajó la cabeza hasta que las bocas se encontraron. Sus labios también eran perfectos. Suaves y dulces, jugosos como un trozo de sandía.

No quería profundizar el beso, pero el leve gemido que salió de ella lo hizo buscar el interior de la boca femenina con la lengua.

Bajó sus manos hasta la cintura de la mujer y la acercó a sí, deleitándose con las suaves curvas que se apretaban contra sus duros músculos, notó que comenzaba a perder el control. Por suerte, Emilia fue capaz de separarse de él. Aunque en realidad no sabía que tenía eso de afortunado.

—Creo que el ensayo ha terminado —murmuró Emilia, alisando la falda y dándose vuelta—. Vamos a cenar.

Matías no pudo evitar notar que el traje seguía arrugado, a pesar de los esfuerzos de Emilia por devolverle la forma.

La señorita perfecta no lo era tanto, al parecer.

## Capítulo tres

Cuando Matías estacionó frente a las oficinas corporativas del grupo Mackenna, sabía que se estaba tomando con mucha frivolidad algo tan serio como el matrimonio, pero la camioneta que le había entregado Emilia era magnífica. No solo era casi tan bella como la mujer, sino que también era una excelente pieza de ingeniería. Respondía a sus órdenes con tal facilidad que le parecía que le leía el pensamiento. Nada que ver con la antigualla que él manejaba, que fallaba un día sí y al otro también.

Y Carolina estaba vuelta loca con toda la ropa y zapatos que le había comprado, y muy emocionada con la idea de vivir en la maravillosa casa con dos piscinas y gimnasio privado. Y un dormitorio de princesa de un cuento de hadas.

Tenía que reconocer que Emilia se estaba esforzando al máximo con Carolina. Como si todo lo que ya le había dado fuera poco, había sido maravillosa con ella durante la cena.

La agradable noche de octubre les había permitido cenar en la terraza, en una pequeña mesa redonda que había dado a todos los comensales la sensación de ser el centro entre los otros dos. Y Emilia se había dedicado a conversar y a reír con Carolina, a enseñarle cuál era el servicio adecuado para lo que comían, a corregir el vocabulario y su forma de expresarse, en fin, todas las cosas que una madre devota haría.

Lo único malo, desde su punto de vista, era que se había dedicado a

ignorarle toda la velada, concentrándose en forma exclusiva en la niña.

Y él no podía dejar de recordar el beso que habían compartido, la dulce boca y el perfecto cuerpo que había abrazado.

Con una crueldad que no sabía que poseía, aguardó con paciencia el fin de la velada. Esperó a que Emilia se despidiera de Carolina con un tierno abrazo y un más tierno beso. Y su maravillosa hija, como si estuviera interpretando un papel previamente solicitado, se quedó mirándolos, dándoles el tiempo para que se despidieran como dos personas que se casarían en pocos días. Casi instigando el beso.

—¿No vas a besar a mi papá, Mili? —había preguntado con su voz dulce y aguda.

Él la habría abrazado y felicitado ahí mismo por la excelente intervención.

—Claro —había respondido Emilia con una sonrisa perfecta, que mostraba los perfectos dientes.

Se había girado hacia él y se había acercado un par de pasos. Matías había puesto las manos en la cintura estrecha de la mujer y había esperado el beso. En el último segundo, había notado el color rojo que cubría sus mejillas.

Cuando sintió los labios de Emilia rozando los suyos cerró los ojos y se dejó llevar por el tímido beso de su futura esposa, apropiándose de él.

—¡Hey! —había exclamado Carolina riendo—. Dejen algo para la luna de miel.

Con mucho pesar, Matías soltó a Emilia, quien evadió su mirada.

—Nos vemos mañana a las diez en tu oficina —había concluido con voz ronca.

Y en ese momento estaba ahí, a punto de comenzar la interpretación del prometido devoto de la heredera, con el único traje decente que poseía.

Sabía que las murmuraciones no se harían esperar, que todos los conocidos de Emilia susurrarían a sus espaldas que se casaban por dinero, no por amor. Y que era él quien se llevaba el premio mayor.

Pero no le importaba, nada le importaba excepto la sonrisa de Carolina.

Bajó de la camioneta y la cerró. Caminó hasta la puerta y se dirigió a la recepción. Una mujer joven y excesivamente maquillada lo saludó.

—Buenos días —saludó efusiva—. Bienvenido al edificio corporativo del Grupo Mackenna.

—Buenos días —respondió él con una sonrisa—. Mi nombre es Matías del Río, Emilia Larraín Mackenna me espera.

—Un momento, por favor —pidió la mujer, buscando en una pantalla de computador su nombre—. Lo siento, señor, pero no aparece en la lista de invitados de la señorita Larraín Mackenna.

—Imposible, quedé con ella anoche, me dijo que solo tenía que presentarme en la recepción —era amable, como de costumbre, cuando de pronto recordó el tono altivo y brusco con el que Emilia hablaba y cambió estrategia—. Busque de nuevo.

—Lo siento, pero no aparece —insistió la mujer.

—Llame a su oficina, pregúntele a Berta, a la misma Emilia si es necesario —incluso a él las palabras sonaban demasiado bruscas, pero no podía hacer otra cosa. Como había dicho Emilia, la gente esperaría ciertas cosas de él.

—Tiene que esperar un momento, tengo que seguir el curso regular. No estoy autorizada para llamar a la señora Berta, menos aún a la señorita Larraín Mackenna —la mujer tomó el teléfono y comenzó a discar, pero un ruido a la derecha llamó su atención y de inmediato el exceso de maquillaje se hizo más evidente sobre la palidez extrema de la piel.

—Matías, te estaba esperando, llegas tarde —escuchó la voz perfectamente modulada de Emilia y se giró para verla alejándose del ascensor más bella y radiante que nunca.

—Lo siento, Mili, llegué hace varios minutos, pero no me encuentran en la lista de tus visitas —le explicó acercándose y dándole un pequeño beso en la mejilla.

—Imposible. Berta dejó todo listo anoche —replicó la mujer girando hacia la recepcionista—. ¿Qué pasa? ¿Por qué no le ha entregado a Matías su

identificación?

—¿I-identificación? —preguntó la joven temblorosa, colgando el auricular—. No está en la lista, señorita Larraín Mackenna, no puedo entregarle una identificación de invitado.

—Él no es un invitado, Jenny —dijo con su tono rudo, mirando la placa que traía la mujer en el pecho—. Pedí una identificación permanente para Matías del Río. Y debía estar lista hoy por la mañana.

—Pero, señorita La...

—Ningún pero, Jenny —Emilia la interrumpió, sin permitirle otra explicación—. Está despedida.

Se giró hacia Matías, que la miraba con los ojos muy abiertos.

—Cariño —susurró tímido—. No creo que sea necesario...

—Yo no te digo como administrar el gimnasio, no me digas tú como administrar mi empresa —replicó Emilia muy molesta—. Voy a llamar a seguridad y nos vamos.

Se acercó al mesón donde Jenny aún estaba sentada, estupefacta. Tomó el teléfono y discó, pero antes que le contestaran, se abrió una puerta atrás del mesón y apareció otra mujer apenas un poco mayor, con el mismo uniforme que llevaba Jenny.

—¡Señorita Larraín Mackenna! —exclamó la recién llegada—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Podría estar en su puesto de trabajo de partida, Olivia —replicó Emilia, colgando el teléfono—. Jenny está despedida y, a menos que puedas entregarme en menos de un minuto la identificación de Matías, considérate despedida también.

—Disculpe, señorita Larraín Mackenna, me había tomado mi descanso reglamentario para ir al servicio —respondió suavemente la mujer sin mirar a Emilia. Se sentó y abrió un cajón, de donde sacó una identificación de plástico con la respectiva correa para el cuello—. Dijeron en Seguridad que era provisoria, ya que necesitan una fotografía del señor del Río y sus

anteriores, pero tiene todas las atribuciones que solicitó. Solo falta que se programe la clave de acceso a las dependencias privadas de la presidencia.

—Gracias, Olivia —Emilia tomó la identificación que ella le tendía—. Dígale a Seguridad que en algún momento de la próxima semana, Matías va a reunirse con ellos para los temas pendientes.

—Claro, señorita —respondió la mujer, que no levantaba la vista del escritorio—. Si me permite el atrevimiento, Jenny no tiene culpa alguna en esto. En Seguridad me indicaron que este tema debía tratarse con absoluta discreción y yo no se lo comuniqué a ella.

Emilia miró a ambas mujeres y luego le habló a Jenny.

—Usted sabe que yo no perdono ningún error, Jenny. Sin embargo, por esta vez se lo voy a dejar pasar, pero no quiero ningún otro incidente. Y por el amor de Dios, haga algo por su maquillaje, parece que va a actuar en una función del circo.

—Sí, señorita Larraín Mackenna —dijo la mujer secándose las lágrimas—. Enseguida, señorita. Gracias.

Emilia se volvió hacia Matías y con un gesto totalmente distinto y su voz suave y sensual le habló.

—¿Andas con la camioneta?

—Claro, Mili.

—Bien, Berta salió con Marcos en la limo y no han vuelto —le sonrió—. Vamos al banco en la camioneta.

—Por supuesto, querida —le tendió la mano, que ella aceptó en el acto—. Hasta luego —dijo mirando a las recepcionistas.

Emilia, claro está, no se despidió de las mujeres.

\*\*\*

Cuando llegaron a su destino, como ya se había hecho una costumbre, Emilia bajó de la camioneta y sin esperarlo se dirigió a la puerta del banco.

Verla en acción fue toda una revelación. El pobre ejecutivo llegaba a temblar ante la imponente presencia de la mujer.

Tal como había anunciado, tenían todos los documentos preparados y los cálculos hechos, aunque Emilia quiso revisarlos.

Matías no entendía nada de lo que hablaban, que el plazo, los atrasos y multas, si la tasa de interés convencional o la tasa de descuentos. En esos momentos estaba muy confundido, no entendía por qué hablaban de conceptos que para él eran antónimos. Es decir, era interés o descuento, no las dos cosas.

Después de una breve discusión por un cálculo que estaba incorrecto, según Emilia, llegaron a un acuerdo y ella sacó de su cartera una chequera. Matías no pudo dejar de notar que mientras el ejecutivo usaba una calculadora para revisar los valores, Emilia apenas dudaba un par de segundos antes de seguir hablando.

Lo siguiente que le llamó la atención fue que nunca había visto a Emilia con cartera. Ni siquiera el día anterior, cuando fueron a comprar. Tanto en la zapatería como en la boutique había firmado recibos que enviarían a la oficina. Pero claro, el gorila que siempre iba pegado a ella, y que los había seguido en otro vehículo, se le acercó. Ella solo recibió la cartera y lo despachó sin miramientos.

Después, lo sorprendió la firmeza en la escritura de los cheques con los que liquidaba sus cuentas. Él habría temblado entero por cheques del uno por ciento del valor.

Pero claro, unos pocos millones de pesos no eran nada para una mujer que valía cientos de miles de millones de pesos.

Con toda seguridad, ella gastaba más en esos viajes a Europa para renovar su vestuario.

En el segundo banco que visitaron no vio gente temblando ante la sola presencia de Emilia, pero sí que los trataron con la mayor deferencia. Casi pleitesía.

—Este es mi banco —le informó Emilia cuando estaban sentados en una

sala de reuniones, a la que los habían llevado apenas traspasaron la puerta.

—¿Tienes tu cuenta corriente acá? —preguntó Matías.

—Tengo cuentas corrientes, en plural —explicó—. Y no solo en este banco, aunque aquí manejo casi todas mis cuentas personales, me refiero a que soy accionista en este banco. También en otros, pero el paquete de acciones que tengo acá es mayor. El grupo Mackenna controla el treinta y cinco por ciento del capital. Y yo tengo el cinco por ciento en forma personal, herencia de mi padre y algo de adquisición propia.

—Eso quiere decir que controlas el cuarenta por ciento del capital —dijo Matías con una sonrisa. A Emilia le encantaba hablar de porcentajes, estaba claro. Y él comenzaba a encontrarle la gracia al asunto —definitivamente, este banco es tuyo.

—Así es.

Se escuchó una puerta abrirse y entró un hombre mayor, seguido de dos mujeres jóvenes que portaban una bandeja y varias carpetas y un hombre de mediana edad con las manos vacías.

—Emilia, querida —dijo el hombre mayor.

Emilia se puso de pie y recibió el saludo. Un beso al aire en cada mejilla. «Oh, oh», pensó Matías, «mañana de cine». Ya era muy lejano a su realidad todo lo que había pasado, pero ver el saludo era algo de otro planeta.

—Gert, un gusto, como siempre —saludó Emilia con una sonrisa de cartón —déjame presentarte a mi novio, Matías del Río. Cariño, él es Gert, el gerente general del banco.

—Un gusto. —Matías tomó la mano que le ofrecían.

—El gusto es mío, Matías —el hombre le sonrió con afectación—. Permíteme expresarte mis más sinceras felicitaciones por tus próximas nupcias. Te llevas toda una joya.

«Traducción», pensó Matías: «eres un maldito perro afortunado, que conseguiste de alguna muy extraña manera casarte con una mujer inmensamente rica y además hermosa, te envidio y siempre lo haré, aunque Emilia podría ser

mi nieta».

—Gracias, Gert —respondió Matías en el mismo tono afectado del hombre—. Y créeme, ninguno de ustedes saben la verdadera joya que es mi Mili —intentaba que el hombre creyera que tenía más motivos que el económico para casarse con Emilia y que sus relaciones eran más íntimas de lo que en realidad eran. Parte de espectáculo que tenía que montar, ¿no?

Emilia le sonrió agradecida. Luego se volvió hacia Gert y como si fuera ella la anfitriona y no la invitada le pidió que tomara asiento.

Enseguida, Matías tomó la silla en que había estado sentada Emilia y la movió para ella.

Cuando los cuatro, incluyendo al otro hombre, estuvieron sentados, las muchachas les sirvieron café y pusieron las carpetas frente a ellos. Luego se retiraron.

—Bien, Emilia, hemos dispuesto todo como lo solicitaste —comentó Gert—. La cuenta corriente y las tarjetas de crédito. Espero que encuentres todo a tu conformidad.

Emilia tomó la carpeta que estaba a su alcance y comenzó a leer los documentos que contenían.

—Está todo en orden —confirmó al cabo de unos minutos—. Excepto que no sale el nombre del ejecutivo de cuentas.

—Te queríamos preguntar si querías que fuera yo —contestó Gert—. O si podía ser Alberto, que es el agente de esta sucursal.

—¿Querido? —preguntó Emilia, mirando a Matías.

—A mí me da lo mismo —respondió él encogiendo los hombros con lo que creía era indiferencia—. Espero de hecho no necesitar asistencia y que todo funcione a la perfección.

—Por supuesto que así será —repuso Alberto sonando terriblemente condescendiente—. Pero de todas maneras necesitamos tener un contacto directo, en especial para cuando gire cheques o haga movimientos por cantidades muy elevadas. Es política del banco que sea el ejecutivo de cuentas

quien se comunique con el cliente para comprobar que no hay algún tipo de fraude.

—Entonces será mejor que tú seas mi ejecutivo, Alberto —replicó Matías, tratando de actuar como pensaba que lo haría Emilia—. De esa manera no interrumpiré nada importante, como podría pasar si Gert es mi ejecutivo, podría encontrarse en alguna reunión o algo por el estilo.

—Así se hará, entonces —dijo Gert con una sonrisa mal disimulada—. Si fueras tan amable, Emilia querida, de prestarme esa carpeta, escribo el nombre de Alberto y quedaría listo el contrato para la firma de Matías.

Emilia le entregó la carpeta y luego tomó el sobre que estaba bajo ella. Sacó una chequera, varias tarjetas y un porta documentos del tamaño adecuado para la chequera.

—Bien, Matías por favor, tu firma al pie de las tres últimas páginas y en esa pantalla, donde queda registrada para comprobación de firma en los cheques —le señaló un pequeño aparato que Matías jamás había visto en su vida, pero tomó el lápiz con punta plástica y firmó donde le indicaban. Después lo cambió por la pluma que le pasó Emilia y firmó los papeles—. Y necesito tu cédula de identidad para fotocopiarla e ingresarla a tu ficha.

Cuando todos los trámites estuvieron completados, Emilia y Matías se retiraron del banco.

Una vez que estuvieron en la camioneta, Emilia rio.

—¿Qué? —preguntó Matías, mirando el flujo de vehículos para incorporarse a él.

—Ni yo podría haberlo hecho mejor —dijo la mujer—. «mejor que seas tú, Alberto, no quiero interrumpir nada importante» —agregó imitándolo, luego volvió a reír—. Y eso de mi Mili, te quedó precioso. Un tanto posesivo, ligeramente peyorativo y devolviéndole la pelota al empalagoso ese. Me fastidia, pero es un excelente banquero.

—Creo que empiezo a entender tu mundo, Emilia —Matías sonrió—. Tus enemigos tiemblan, tus trabajadores te rinden pleitesía y los tienes a todos

bajo tu dedo meñique. Y solo por asociación, a mí me tratan de la misma manera. Muy sabio es el dicho ese: «Poderoso caballero es don dinero»

—Parece que te molesta —de inmediato Emilia perdió su tono festivo.

—Es muy distinto de lo que siempre he vivido —le explicó Matías con un breve encogimiento de hombros—. Si hubiera ido solo al banco, aún estaría esperando, en cambio a ti te atienden como si fueras la única persona en el planeta. No me molesta, pero tampoco me gusta. En especial la manera como trataste a Jenny, pobre chica, pensaba que se iba a caer muerta ahí mismo.

—No puedo dejar pasar nada —dijo Emilia con tono molesto—. No es mi manera de hacer negocios. Y no tengo que justificarme ante nadie, mucho menos ante ti. Recuerda que acordamos anoche que eres un empleado más.

—Un empleado que te besa, Mili querida —replicó Matías burlón.

—Nunca más vuelvas a hacer lo que hiciste anoche en la cochera, ¿Te queda claro? —Emilia se volvió para mirarlo, cada vez más enojada.

—Me confundes, Emilia. Me pareció entender que actividades como esas y más íntimas aún eran parte del trato.

—Son parte del trato —soltó Emilia rauda, girando nuevamente para quedar de cara a la puerta—. Pero solo si yo las solicito. Tú no puedes tomar la iniciativa. En eso, ni en nada. Y jamás... escúchame bien ¡jamás! me contradigas o interrumpas.

—Quiero saber una cosa —pidió Matías, tratando de mantenerse sereno—. ¿Quién es la verdadera Emilia y cuál es la fachada? ¿La dura mujer de negocios o la dulce futura madrastra que hizo todo lo posible para que una pequeña niña se sintiera a gusto? ¿O tal vez sea la que me besa apasionada y se derrite en mis brazos?

—No tienes derecho a hacer esas preguntas.

—¿No puedo hacerle una simple pregunta a mi futura esposa, dices? —no pudo evitarlo y se burlaba de ella.

—Puedes preguntar todo lo que quieras, pero no te voy a contestar. Vamos a la oficina, por favor, ya perdí demasiado tiempo por hoy.

Luego de eso guardó un silencio sepulcral, quedándose sola con sus pensamientos.

## Capítulo cuatro

Tanto Marcos como su esposa eran de la absoluta confianza de Emilia. Ellos incluso sabían algo de la vida que ocultaba a todos. Y también sabían que la ruda mujer de negocios era una fachada.

Iba a estar casada con Matías, pero no quería que él supiera más de la cuenta.

No creía que fuera necesario. O prudente.

Y en menos de cuarenta y ocho horas, él ya se había percatado de la verdadera personalidad de Emilia.

Era un alma dulce y caritativa. Muy necesitada del amor que le negaron de niña. La muerte temprana Juan Pablo Larraín fue un duro revés para la felicidad de Estefanía Mackenna. Y luego la pequeña Emilia había quedado totalmente sola en el mundo, excepto por su rígido y despótico abuelo. Solo había tenido el cariño de las personas a las que se les pagaba por quererla.

Además, ella adoraba a los niños. Si su posición en la vida hubiese sido otra, habría sido muy feliz casada con un hombre como Matías, atractivo, inteligente y con un gran sentido del humor. Trabajaría hombro con hombro con él, cuidándolo y a los hijos que pudieran tener. Durmiendo juntos cada noche. Amándolo.

Pero, como siempre le decía el viejo Felipe, con grandes privilegios vienen grandes responsabilidades. Y su vida era su vida. Punto. Tenía una corporación multimillonaria que dirigir y una reputación que cuidar. No podía

ser una blandengue.

Y estaba el estúpido de su primo. Le encantaría verle la cara en esos momentos. Seguro ya se había enterado de que ella había liquidado la hipoteca que pesaba sobre el gimnasio de Matías. Cuando viera las obras que se realizarían en el gimnasio, en especial la ampliación hacia las casas que había comprado querría morir. O matarla. Pobre de aquellos que estuvieran cerca.

—Ya llegamos —la voz pausada y tranquila de Matías la sacó de sus oscuros pensamientos, pero no reaccionó con la suficiente rapidez. Cuando se giró para mirarlo, él ya había bajado del vehículo y caminaba en dirección a la puerta del copiloto.

Abrió el vehículo y le tendió la mano para ayudarla a bajar.

Emilia tomó su mano y un intenso hormigueo le recorrió el brazo, llegándole al corazón. Lo miró y él le sonrió. Por un momento, Emilia pensó que las rodillas no la sostendrían.

Al parecer, Matías notó eso, porque dio un paso hacia delante y rodeó su cintura con un brazo.

—Cuidado, pareces a punto de desmayarte —le dijo con una expresión preocupada en el rostro—. ¿Tomaste desayuno? Ya sabes que es la comida más importante del día.

Emilia agradeció que pensara que su debilidad se debía a la falta de comida y no por tenerlo tan cerca.

—Un poco y hace muchas horas ya, me levanté a las seis de la mañana como todos los días —explicó—. En todo caso, mucho celebro este incidente. No necesito mirar para saber que Jenny y Olivia lo notaron. Pronto será la comidilla de toda la empresa. No podemos permanecer mucho tiempo alejado el uno del otro. Eso le dará a nuestro matrimonio una buena reputación.

—Para ti todo es actuación —dijo Matías alejándose de ella.

Si alguien forzaba a Emilia a adivinar, diría que estaba dolido porque su preocupación no fuera más que otro motivo para representar el papel para el que había sido contratado.

—Espera —le pidió Emilia—. Toma mi mano.

—Como lo ordene la jefa —respondió Matías con una sonrisa radiante y voz dulce, como si estuviera haciendo declaraciones de amor eterno.

Emilia lo miró dudosa, sin entender el motivo de tanta molestia. Había sido bien clara y estaba cumpliendo a cabalidad su parte del trato.

Tomó la mano del hombre y comenzó a caminar, entrando en la recepción. De la cartera sacó la identificación de Matías.

—Cuando vengas para acá —explicó Emilia, que había pasado junto al mesón sin mirar a las mujeres que estaban ahí—. Tienes que subir en este ascensor —señaló el mismo ascensor por el que ella había bajado. Apretó el botón de llamado y el cubículo se abrió inmediatamente. Acercó la identificación a un sensor y luego marcó el piso treinta y nueve —como puedes ver, hay tres tipos de botones para los distintos pisos. Los de botón negro son para el público general y los trabajadores hasta un determinado rango. A partir del piso once necesitas credencial. Los pisos de botón azul son para el personal de nivel gerencial. Entre los pisos treinta y el treinta y ocho, los botones verdes, se encuentran las oficinas de los gerentes generales de las distintas divisiones y algunas gerencias departamentales importantes, como finanzas. Y en el piso treinta y nueve está la presidencia y las oficinas de los directores, incluyendo la de mi primo.

—¿Y el piso cuarenta? ¿El botón rojo?

—A mi abuelo le gustaba tener un departamento dentro del edificio corporativo —explicó Emilia—. Cuando él murió, yo lo reformé. No lo uso mucho, pero a veces me tengo que quedar hasta tarde en alguna reunión o simplemente trabajando, esperando alguna conferencia. O cuando voy a viajar y el vuelo es muy temprano, prefiero salir desde acá.

Llegaron al piso treinta y nueve y las puertas del ascensor se abrieron.

A escasos metros se encontraba un escritorio y al lado izquierdo una puerta de cristal con un sensor a un costado. Emilia saludó a la persona que estaba en el escritorio sin dejar de caminar y de explicar lo que veían.

—En cada uno de los pisos superiores hay una recepcionista, ya que abajo se maneja una tarjeta para usar el ascensor hacia estos pisos con la debida autorización. —Emilia seguía hablando, como de costumbre, sin dejar que nada la interrumpiera. Se dirigió a la puerta de cristal y acercó la tarjeta al sensor, abriendo la puerta automáticamente—. Por este pasillo se va hacia las oficinas de los directores —indicó hacia la derecha — y por este a las dependencias del baño, cocina y comedor —señaló el pasillo de la izquierda—. Esa puerta lleva a la sala de reuniones grande y la del frente es la sala de reuniones pequeña. —Señaló dos puertas a lados contrarios del vestíbulo. Caminó con paso seguro, hasta el otro extremo, donde dos mujeres estaban sentadas frente a sus respectivos escritorios. Había varios sillones y sillas ubicados en torno a ellas y a lo largo de la sala.

—¿Para qué necesitas dos salas de reuniones? —preguntó Matías—. Yo con suerte tengo dos sillas útiles en mi oficina.

—La pequeña tiene una capacidad para veinte personas —le contó Emilia —, es decir, los directores, una secretaria, Berta y yo. La grande, que tiene capacidad para ciento cincuenta personas, se usa para reuniones de accionistas ampliadas o encuentros de gerencia.

Llegaron al lado de las mujeres, que saludaron de inmediato a Emilia. Ella devolvió el saludo cortés y fríamente.

—Matías, ellas son Graciela y Luisa —señaló a cada una—. Son las secretarias de presidencia. Él es Matías del Río, mi novio.

—Un gusto. —Matías le sonrió a las mujeres. Ellas solo asintieron en muestra de reconocimiento.

—¿Algún mensaje? ¿Berta llegó?

—Berta llegó —le respondió Luisa— y tomó los mensajes, pero después hubo otra llamada. Fue don Federico. No quiso hablar con Berta ni dejar recado, dijo que necesitaba hablar urgente con usted. ¿Desea que la comunique?

—No, gracias, Luisa —Emilia se permitió un breve momento de diversión

que no llegó a su rostro—. No quiero hablar con él, quizás el lunes. De momento, evádanlo. Díganle que estoy en reuniones, lo que sea, incluso si viene en persona.

Comenzó a caminar otra vez, pero Matías llamó su atención.

—¿No ibas a pedir algo para comer, cariño? —le recordó con una voz tan tierna que realmente parecía que se preocupaba por ella.

—Tienes razón —Emilia le sonrió—. Graciela, por favor pide a la cocina un servicio de té para dos. Vamos —indicó cuando reanudó la caminata.

Se acercó a una nueva puerta de cristal, donde entregó la credencial a Matías y sacó la suya de la cartera. La acercó al sensor y luego digitó una clave en un panel que estaba al lado.

—A partir de este punto necesitas una clave junto con la credencial —le explicó—, y tiene que coincidir. No puedo usar tu tarjeta y mi clave, por eso la cambié por la mía.

Entraron a una sala amplia, con un escritorio junto a una puerta de madera. Varios sillones ocupaban el espacio disponible.

En el escritorio estaba Berta trabajando en el computador y en uno de los sillones estaba sentado un hombre mayor. Junto a él tenía un perchero móvil lleno de porta trajes y varias cajas apiladas a un lado.

—Buenos días, Joaquín —Emilia saludó al hombre—. Tanto tiempo sin verlo.

—Señorita Emilia, muy buenos días —respondió Joaquín, poniéndose de pie.

—¿Es ese mi pedido? —preguntó apuntando el perchero.

—Claro, señorita Emilia, espero que la talla sea la correcta.

—Yo espero lo mismo. ¿Por qué no pasamos a mi privado para que comience a probarlos? —Emilia caminó hacia la puerta de madera que estaba detrás del escritorio de Berta y abrió combinando su tarjeta y la clave—. Berta, enseguida estoy contigo. Joaquín, deme un minuto y comenzamos. Ven, Matías.

Entraron a una oficina mucho más amplia que la anterior. Tenía un enorme y antiguo escritorio al lado de un ventanal gigantesco que le daba una magnífica vista a la ciudad.

En un extremo de la oficina había una mesa redonda con cuatro sillas y el otro extremo lo ocupaban un sofá y dos sillones con una mesa de centro.

La mesa de reuniones estaba franqueada por dos puertas.

—Ese es el baño —dijo Emilia siguiendo su mirada y apuntando la puerta de la derecha —y la otra es el acceso al departamento. También se necesita la tarjeta y una clave, en cualquiera de los sentidos. También puedes llegar por el ascensor, solo con la tarjeta. Las restricciones de claves son para ingresar a mi oficina.

Se volvió hacia la puerta al escuchar el ruido de unas ruedas girar sobre la gruesa alfombra.

—Joaquín, bien —Emilia miró al hombre mayor—. ¿Por qué no comienzan mientras hablo con Berta unos minutos? Matías, puedes cambiarte en el baño.

Regresó al despacho de Berta y se sentó frente al escritorio suspirando de alivio.

—¿Qué? —le preguntó la mujer.

—Estoy agotada, Berta —respondió Emilia—, y aún no es el medio día. No sabes la cantidad de veces que he maldecido a mi abuelo durante la mañana.

—Tu abuelo era un maldito bastardo, Mili —Berta sonrió—. Si hubieras sido como tu madre lo habría entendido, pero desde pequeña has sido seria y trabajadora.

Emilia miró a Berta agradecida. Berta era hija de un antiguo trabajador de la firma. Era siete años mayor que Emilia y en varias ocasiones había ido a su casa cuando Emilia era una niña. Siempre se había compadecido de ella. De la pobre princesa solitaria, que tenía todo menos amigos.

Se habían vuelto a encontrar años después, cuando ambas estudiaban un curso superior en Administración y Finanzas en la universidad.

Berta tenía en su haber varios títulos en el área administrativa, contable y

financiera. En esa época renovaron la antigua amistad.

Poco después, cuando Emilia comenzó a trabajar en la empresa la contrató. En esos momentos la posición oficial de Berta era de secretaria. Y hasta la actualidad era considerada su secretaria personal, pero Emilia sabía que era mucho más. No podría hacer nada sin la asistencia de Berta.

—En fin —Berta siguió hablando después de mirar brevemente a Emilia—, sé que falta la parte más complicada, que es en efecto estar casada, pero al menos es un tipo agradable. Y muy atractivo.

Emilia expulsó aire por la nariz con fuerza.

—¿Qué?

—Pienso que sería mejor que fuera menos agradable —explicó— y, sobre todo, menos atractivo.

—Lo entiendo, es toda una tentación —Berta sonrió—, y me imagino que no tienes intenciones de aprovecharte de tu situación, a pesar de lo que dijiste en el gimnasio.

—Por supuesto que no, ¿quién piensas que soy?

—Una mujer con sangre en las venas. Pasando a temas menos agradables que tu futuro esposo, me dijo Luisa que llamó Federico.

—Creo que en esta ocasión es un tema agradable, pero de todas maneras lo haré esperar, aunque me muero de ganas de verle la cara.

—El lunes será aún mejor, cuando ya estés casada.

—Claro. Berta, antes de que me olvide, pedí un servicio de té para dos, porque no llamas para ampliarlo a cuatro y nos acompañas.

—Bien. Tengo el colegio solucionado —le contó después de llamar a la cocina —pero a partir de marzo. La niña va a tener que terminar el año en su escuela actual. —Le dio todos los detalles.

—Ya. Una lástima, pero falta poco para que termine el año escolar.

—Exactamente. Llamé al constructor; puede encontrarse con ustedes a las cuatro en el gimnasio. Y la joyería mandó la selección de anillos. Debes devolverlos antes de las tres de la tarde y ellos se encargarán de grabarlos y

llevarlos en la mañana a la casa.

—¿Dónde están? —preguntó poniéndose de pie.

—En la caja fuerte de tu oficina.

—Terminemos con eso de una buena vez. —Entró a su oficina usando de nuevo la identificación y la clave. Por lo general, cuando estaba sola con Berta, mantenía la puerta abierta, pero no quería ser oída por casualidad.

Deseó haber llamado primero. Matías estaba sin camisa, exponiendo el musculoso pecho de marcados pectorales cubiertos por un escaso vello un poco más claro que su pelo.

Cometió un segundo error cuando bajó la vista y notó los desarrollados abdominales. El mismo suave vello bajaba desde el ombligo y se perdía bajo el pantalón.

Se quedó mirándolo cinco segundos más de la cuenta, que bien podrían haber sido cinco horas, sentía que no podía despegar los ojos de su cuerpo parcialmente desnudo.

«Contrólate, Emilia», se reprendió, obligándose a mirar al sastre.

—¿Cómo les va? —le preguntó.

—Bastante bien, señorita Emilia —contó Joaquín—, para las camisas ya tenemos la talla y tengo varias listas, faltaría solo escoger los colores. Además, tengo las muestras de las telas.

—Perfecto, Joaquín. —Emilia caminó segura hacia la mesa y se sentó en una de las sillas—. No sabe cuánto me alegro de que Berta se haya acordado de usted. Yo no recordaba los tiempos en que iba a la casa para hacerle los trajes a mi abuelo.

—Es que era una niña aún, señorita Emilia —dijo el hombre sonriendo y pasándole una chaqueta a Matías—. Después venía para acá, cuando don Felipe pasaba más tiempo en el departamento arriba.

—Me contó Berta que ahora, además de la ropa a medida, tiene una línea que vende en una tienda. —La verdad era que no le interesaba nada los negocios del hombre, pero necesitaba hacer conversación, para sacarse de la

mente la imagen de Matías. La tarea la superaba por momentos ya que la chaqueta solo cubría parte del pecho.

—Gracias a su abuelo, que se acordó de mí en el testamento —confidenció Joaquín feliz— con la herencia que me dejó pude ampliar el local y comprar maquinarias modernas, abastecerme de telas al por mayor y contratar más costureras. Y ahora mi hija también trabaja conmigo.

—Eso es muy bueno —Emilia le sonrió por cortesía—. Volviendo a lo nuestro ¿Qué pasa con los trajes?

—Por sugerencia de la señora Berta traje varias tallas —explicó el sastre—. El caballero es un cliente complicado, ya que tiene una talla de pantalón y otra de chaqueta, pues es delgado, pero ancho de hombros. El problema más grande es que la talla cincuenta de chaqueta le queda bien arriba y muy suelta en la cintura —le mostró lo que decía—, por lo que hay que hacer las chaquetas a medida sí o sí o tomar la talla cincuenta de referencia y angostarla aquí. —Tomó la tela para señalarle los ajustes que debían hacerse.

—Le dejo a usted que juzgue que es mejor. —Emilia seguía luchando con ella misma, decidida a no mirar a Matías—. El único problema es que necesitamos un traje completo para mañana al mediodía.

—Lo bueno es que al pantalón solo le hace falta la basta, por lo que me puedo dedicar inmediatamente a la chaqueta —dijo el hombre—. Debo tener una talla cincuenta cortada, solo tendría que adaptarla. Y ya tengo las medidas del caballero.

—Excelente —Emilia se puso de pie—. ¿Alcanza a tenerla para mañana?

—Por supuesto, señorita Emilia. —Joaquín lucía positivamente ofendido por la insinuación de la mujer, algo que, en verdad, la hizo sonreír—. La puedo llevar a la mansión, si quiere.

—Mejor aún, Joaquín, pero tiene que ser antes de las diez de la mañana. —El hombre asintió—. ¿Veamos las telas?

—Mili, voy a cambiarme —Matías lucía incómodo. Emilia no podía decidir si era por estar parcialmente desnudo o porque se sentía ignorado.

—Claro. —Y entonces Emilia cometió otro error: volvió a mirarlo mientras caminaba hacia el baño viendo su ancha y musculosa espalda desnuda. «¡Por Dios!», gimoteó entre dientes, ignorando al sastre que intentaba pasar desapercibido.

Fue una suerte que entrara Berta en ese mismo momento, seguida por un trabajador de la cocina que llevaba un carro con el servicio solicitado.

Media hora después, habían tomado el té con algunos sándwiches y galletas mientras elegían las telas. Lo único que Emilia deseaba era quedarse sola, o al menos sin Matías, pero sabía que faltaban varias horas antes de que eso pasara.

Cuando terminaron con las telas para camisas, trajes y corbatas, Joaquín se retiró llevándose el perchero móvil y las cajas, dejando la ropa ya seleccionada. Berta lo acompañó hasta la salida.

—Matías, espero que no te moleste, pero voy a trabajar un rato con Berta —dijo Emilia cuando ya estaban solos, por cortesía. Lo que de verdad quería era ordenarle que la dejara en paz, pero era consciente que él no había hecho nada para molestarla.

—Ningún problema, Emilia —Matías se puso de pie—. De hecho, quiero ir un rato al gimnasio, antes de ir a buscar a mi hija al colegio.

—¿A qué hora sale de la escuela? —preguntó Emilia.

—Hoy sale a las tres y como no tiene ninguna academia, practicamos el resto del día en el gimnasio.

—¿Y a esta hora no hay nadie?

—El viernes hasta las cuatro de la tarde lo ocupa una escuela, que paga un arriendo, así que yo voy a abrir en la mañana, a veces me quedo o salgo a realizar trámites, ya que no tengo alumnos propios que atender.

—Vas a tener que cesar el contrato con la escuela cuando empiecen las obras.

—El contrato es hasta fines de noviembre, ¿será necesario?

—A las cuatro nos vamos a reunir con el constructor en el gimnasio —le

contó Emilia—. Aprovechemos de aclarar todos los detalles.

—Perfecto. ¿Me vas a acompañar a buscar a Carolina?

—Veamos cómo se dan las cosas. —Emilia se puso de pie e iba hacia la puerta cuando Berta volvió a entrar.

—Emilia, llegaron de la zapatería, están en la recepción —anunció la mujer al entrar en la oficina—. Y Luisa me dice que está Federico afuera.

—A los de la zapatería hazlos pasar y a Federico dile que estoy ocupada —respondió Emilia—. Mejor dile que no estoy.

—¿Y cómo lo hago? —Berta sonrió—. No creo que Federico se trague que no estás si hago subir a la gente de la zapatería. Es decir, tan tonto no es.

Emilia consideró por unos momentos qué hacer, luego le pidió a Matías su credencial.

—Lleva a los de la zapatería directo al departamento y nosotros subimos por acá —dijo riendo—. Me encanta fastidiar a mi querido primo.

—Lo sé, Mili —respondió Berta uniéndose a las risas—. A todo esto, ¿viste los anillos?

—Los llevo al departamento. —Se giró y caminó hacia el escritorio donde se inclinó y abrió una puerta que revelaba una pequeña caja de seguridad. Digitó la clave y la abrió. Sacó una caja de cuero, verificó el contenido—. Vamos —le indicó a Matías, cerró todo y se dirigió a la puerta que llevaba al departamento.

Al abrir, reveló una escalera por donde precedió el ascenso. Cuando llegaron al departamento escuchó un pequeño silbido.

—Yo pensaba que el departamento sería pequeño y de un ambiente, tal vez una minúscula cocina y un baño pequeño y funcional, una cama y un ropero, claro.

Pero lejos de eso, en la espaciosa estancia se conjugaban colores alegres y modernos con muebles clásicos y elegantes. La cocina no tenía nada de pequeña, era grande y moderna, abierta hacia un comedor para ocho personas.

—Por ese pasillo se va hacia los dormitorios: son cuatro —explicó Emilia

—. Esa puerta de ahí es un baño de visita. Veamos los anillos para que Berta pueda devolverlos a la joyería.

Se sentó en un sillón y abrió la caja sobre una mesa de centro.

—Siempre me han gustado las argollas de matrimonio clásicas —contó mientras miraba el contenido de la caja—, de los que no tienen figuras. ¿Qué opinas?

—La verdad es que nunca he pensado mucho en el tema, así que me da lo mismo, escoge tú. —Matías se sentó en un sillón frente a ella.

—Estos entonces —le mostró un par de argollas como las que había descrito—. De unos diez gramos, creo. Pruébala.

A Matías ya no le sorprendía que Emilia supiera exactamente cuál era su medida de anillo o de nada, al cabo. La argolla le quedaba perfecta.

—Emilia, yo no puedo usar un anillo —le indicó cuando se lo devolvió.

—¿Cómo? —la mujer frunció el ceño—. ¿Por qué?

—Es peligroso en el gimnasio, me puedo enganchar en las máquinas o hacerle daño a alguna de las gimnastas.

—Lo puedes usar fuera del gimnasio. —Emilia se apoyó en el respaldo del sillón relajándose—. Y podemos pedir una cadena para que cuelgues el anillo cuando estés en el gimnasio.

—No creo que eso sea práctico tampoco, mejor lo dejo en el escritorio cuando esté trabajando.

—Haz lo que consideres necesario en el gimnasio, pero fuera de él quiero que ocupes el anillo en todo momento.

—Por supuesto, Emilia, tú eres la jefa.

Eso era lo que ella quería, ¿no? Ser la jefa siempre; tener el control de todo. ¿Por qué le molestaba tanto, entonces, que Matías lo repitiera una y otra vez?

—Más te vale recordarlo —le dijo con su típico tono duro. Después de todo, tenía una reputación que cuidar.

Sin saber qué más decirle, se entretuvo guardando los anillos seleccionados en una pequeña caja y cerrando la muestra.

Por suerte no tuvo que esperar mucho, unos minutos después se escuchó la puerta del ascensor y Berta apareció con dos hombres que portaban una enorme maleta cada uno.

—Por fin, Berta, pensé que te habías olvidado de nosotros —le dijo Emilia a la recién llegada.

—Antes de poder bajar tuve que solucionar un problema. —El gesto de Berta no necesitaba explicación. El problema era su primo Federico.

—Toma. —Le entregó la caja de los anillos—. Este es el par que seleccionamos.

—Perfecto, los mando inmediatamente a la joyería —volvió a acercarse al ascensor.

—Gracias —después de despedirse, Emilia miró a los hombres—. Por favor, muéstrenos los zapatos.

Media hora después, Matías había perdido la cuenta de los zapatos que se había probado. Cuando él había dicho que no le gustaban o le molestaba, Emilia los había dejado de lado. Si él no encontraba nada que criticar, eran elegidos.

Al final, habían seleccionado zapatos de vestir, algún par de botas y varios zapatos informales.

Cuando los hombres se retiraron, Emilia llamó a Berta, quien subió con Marcos para llevar los zapatos a la limosina.

—Federico está en su oficina aún, esperando que llegues —le comunicó Berta.

—Que siga esperando —Emilia se puso de pie—. Tenemos que revisar unos informes, lo podemos hacer acá.

—Como quieras —replicó Berta—. Voy a buscar las carpetas y vuelvo.

Después de que la mujer desapareciera, Emilia se volvió hacia Matías.

—La ropa informal la vamos a comprar la próxima semana —le dijo cruzando los brazos—. Te dejo a ti solo para que compres la ropa deportiva y zapatillas, lo mismo para Carolina. Del resto de la ropa de Carolina me

encargo yo.

—Como tú digas, Emilia —Matías se puso de pie—. No creo que me necesites ahora. Voy a casa a ordenar algunas cosas que quiero llevarme.

—Perfecto, nos vemos a las cuatro en el gimnasio.

—Por supuesto. Supongo que puedo bajar directo por el ascensor.

—Claro —Emilia se acercó al panel de mando y llamó al aparato—. Recuerda comprar el uniforme y la ropa deportiva nueva, del colegio, para Carolina.

—Estoy totalmente en contra de eso, mejor comprarle ropa nueva cuando comience el próximo año —quería mantenerse firme en ese punto. La educación de Carolina era problema suyo.

—Y lo haremos, después de todo el uniforme va a ser distinto en el colegio nuevo.

—No quiero cambiarla, Carolina tiene toda su vida en ese colegio.

—Hará nuevos amigos, lo más importante es la educación, no los amigos.

—Emilia —no pudo seguir hablando, porque se abrieron las puertas del ascensor—, no hemos terminado esta conversación. Hay que poner ciertos límites en esto.

—Lo único que estoy haciendo es cumplir con mi parte del trato, que es darle la mejor educación posible a tu hija.

—No, lo único que estás haciendo es apropiándote de nosotros. —Puso un pie en la puerta del ascensor para evitar que se cerrara—. Y no te lo voy a permitir. Al menos no con mi hija. El trato era que yo te acompañaría donde fuera.

—Y a cambio recibirías para tu hija lo mejor que el dinero puede pagar.

—Mira, Emilia...

—No, mira tú, Matías —Emilia respiró profundo, buscando calmarse — ¿Por qué no seguimos con esta conversación después? Por mientras considera esto. La escuela que seleccionamos es una que privilegia las actividades deportivas. Incluso le dijeron a Berta que tú habías tratado de inscribir a

Carolina allá, que ellos te ofrecieron media beca, pero que la rechazaste.

—Solicité una beca completa, pero lo más que ofrecen es media beca y lo que yo tenía que pagar era demasiado.

—Entonces, ahora conseguiste la beca completa —dijo Emilia, absolutamente tranquila, considerando la batalla estaba ganada—. Piénsalo y conversémoslo a la tarde.

—Lo voy a pensar, pero la decisión es mía, Emilia. Cuando hablamos de mi hija, solo consideramos el entrenador, no el colegio. —Matías dio un paso atrás y sin que ninguno pudiera decir nada, las puertas del ascensor se cerraron, separándolos.

Emilia miró la puerta del ascensor cerrarse, llevándose a Matías y dejándolo con la última palabra.

Era una experiencia nueva para ella. Estaba acostumbrada a tener la última palabra siempre. El único que no le había dado ese privilegio era su abuelo.

Claro que él casi no le hablaba, así que era prácticamente lo mismo, ¿no?

A pesar de todo, para Emilia fue un alivio poder pasar varias horas sin Matías. Pudo trabajar tranquila. O al menos con la suficiente tranquilidad, ya que el recuerdo del hombre volvía una y otra vez y casi podía sentir su mano grande y fuerte rodeando la suya, pequeña y delicada.

Lo peor era que, a pesar de haberle prohibido a él que volviera a besarla, se encontraba recordando sus besos cada vez que se distraía. Y eso no era nada bueno, nada bueno en absoluto. Ni distraerse ni recordar sus besos la llevarían a ninguna parte.

Cerca de las tres y media de la tarde, llamó a Marcos para que la esperara en la puerta del edificio y bajó. La breve tregua se había acabado y tenía que ir al gimnasio a encontrarse con su futuro marido e hija.

La bella y alegre sonrisa con la que la saludó la niña compensó con creces la breve hosquedad con que la recibió Matías. Algo tenía que haber pasado, algo malo, no se explicaba su expresión de otro modo. No creía que fuera solo por la discusión que habían tenido en el departamento.

—Mili —le contó Carolina feliz—, mi papá me compró un buzo nuevo para la escuela. Y también el uniforme.

—Qué bien, cariño —respondió Emilia acariciándole la cabeza.

—Papá, ¿empiezo a calentar? —Carolina miró a Matías, con el pequeño rostro radiante y ansioso.

—Claro, hija, empieza, enseguida te alcanzo —respondió Matías, dejando su gesto adusto por un momento.

Ambos adultos se giraron para ver a la niña alejándose, sin mirarse, sin hablarse, dejando que el ambiente se llenara de tensión.

—¿Qué? —preguntó Emilia, sin poder aguantar más.

—Ganaste —replicó Matías—. Estuve conversando con Carolina y a ella le hace mucha ilusión cambiarse al colegio que le seleccionaste. Tiene una conocida, con la que siempre comparte podio en todas las competencias, que estudia en ese colegio.

—Matías, yo no quiero pasar a llevar tu autoridad con Carolina —le dijo Emilia con una voz muy suave—. Y no es cuestión de ganar o perder, solo quiero cumplir con lo que prometí: lo que te ofrecí a cambio de que te casaras conmigo. Me hago cargo de que para ti debe ser un sacrificio muy grande —hizo una breve pausa—. Por otro lado, te prometí que sería la madre que ella quiere. Si yo realmente fuera su madre, la llevaría a un colegio de alto rendimiento como ese.

—Lo entiendo —Matías suspiró, mucho más calmado—. Y agradezco tu insistencia. Ha sido un día muy largo. Estoy cansado.

—Y eso que no estuviste las tres horas que tuve que estar encerrada en el departamento porque mi primo no se iba.

—¿Por qué no quieres hablar con él? —preguntó Matías.

—Quiero esperar al lunes, cuando ya estemos casados, así la sorpresa va a ser mejor —dijo Emilia con una sonrisa dibujándose en su rostro.

—A tu primo le va a dar una buena pataleta. —Matías le devolvió la sonrisa, travieso.

—¡Oh, sí! Mira —señaló la puerta—. Ahí vienen los representantes de la empresa constructora, vamos a hablar con ellos.

Por un buen rato, Emilia y Matías recorrieron el gimnasio en compañía de los constructores. Revisando, analizando y decidiendo qué harían.

Emilia dio su opinión con fuerza, como de costumbre, pero en honor a su recién reabierto comunicación con Matías le permitió tomar la mayor parte de las decisiones.

Finalmente, decidieron comenzar con las obras la primera semana de diciembre, después de que caducaran los contratos de arriendo que Matías tenía con dos escuelas de las cercanías. Los trabajos debían durar máximo tres meses para que pudiera reabrir antes del comienzo del próximo período lectivo.

—Podemos avanzar con la parte que está fuera del gimnasio y que hay que incorporar —agregó quien sería el jefe de la obra.

—Deme hasta lunes o martes para confirmarle, tal vez cambien los planes —pidió Emilia.

—¿De qué están hablando? —preguntó Matías temeroso.

—Pero, cariño, si te conté que había comprado las dos casas del centro de la cuadra, atrás del gimnasio —explicó Emilia con el ceño ligeramente fruncido.

—Claro, Mili. —Matías se llevó una mano a la cara y se restregó los ojos—. Disculpa, es que tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—No te preocupes, amor. —Emilia le sonrió con ternura—. Mi idea es que en ese sector se construyan las oficinas nuevas y estacionamiento. Las casas fueron compradas con muebles y todo —siguió hablándole a los constructores—. Los dueños anteriores ya sacaron todo lo que querían y entregaron las llaves.

—Por suerte no están en muy buen estado, si no daría pena destruirlas —dijo Pablo, jefe de obras.

—Claro, yo... —comenzó a decir Emilia, pero Matías la interrumpió.

—¿Por qué quieres esperar hasta el lunes o martes para dar el «vamos» a esa parte? —preguntó.

—Sabes que Federico compró las cuatro casas que están hacia la derecha de las que compré yo —explicó Emilia— y llegan hasta la esquina. Mi idea es que, si él consiente en venderlas, se construye la oficina en la esquina y el resto se ocupe de estacionamiento, incluso podríamos pensar en una piscina si los dueños de las casas del lado contrario consienten en vender. Yo les propuse que me dieran una respuesta definitiva el lunes.

—Si esperamos ese día, vamos a saber si podemos disponer de toda la cuadra —terminó Matías.

—Exacto —la sonrisa perfecta de Emilia colgaba nuevamente de su rostro.

—¿Qué hacemos con los muebles y enseres de las casas? —quiso saber Pablo.

—Llévenlos a una institución de caridad o regáleselos a sus empleados, lo que sea. —Emilia encogió los hombros con indiferencia—. A mí lo único que me interesa es que las casas se destruyan apenas tengamos los permisos. Se pueden vaciar por mientras.

—De acuerdo, entonces, señorita Emilia —dijo el constructor—. El lunes mando una cuadrilla para comenzar a vaciarlas y espero su respuesta.

—De acuerdo. —Emilia tendió una mano para despedirse de los hombres.

Después de las despedidas, Matías comenzó a avanzar hacia las colchonetas donde Carolina practicaba algunos movimientos.

—Espera, Matías —pidió Emilia reteniéndolo por un brazo, que soltó de inmediato—. ¿Cómo te ha ido con la mudanza?

—Bien, tengo varias cajas preparadas, aunque no creo que de momento me lleve más cosas —le explicó—. Estoy pensando en deshacerme de los muebles y de todas las cosas, excepto las fotografías y recuerdos personales, y arrendar la casa.

—Me parece una idea muy buena. Tus muebles ya están bastante viejos.

—Sabes, Emilia, te agradeceré que a partir de ahora me preguntes a mí lo

que quieras saber y dejes de enviar espías a registrar mi basura —exigió Matías, evidentemente molesto.

—No son espías, son detectives. —Emilia sonreía sin culpas en el rostro—. Y de algo tienen que vivir. Pero en cuanto a ti, ya sé todo lo que necesitaba saber. Y despreocúpate, nadie ha metido las manos en tus cajones de ropa interior.

—¿Sabes? No me sirve de consuelo —dijo Matías irónico.

—La investigación no consideró nada demasiado personal —le explicó—. Por ejemplo, de la madre de Carolina solo tengo una fotografía viejísima. Nada de las mujeres con las que has estado en los últimos diez años. Por supuesto, me aseguré de que no tuvieras una pareja en la actualidad. Si quieres, después te muestro tu dossier.

—No sé si quiera ver mi vida desde el punto de vista de un detective.

—A veces es entretenido —replicó Emilia con una sonrisa traviesa—. Me encantan tus fotografías de niño, por ejemplo. Y me he reído cada vez que la secretaria de la ginecóloga de la esposa de mi primo me llama para contarme que el bebé es niña. Ya van dos de dos, espero que la tercera sea lo mismo.

—Eso es cruel e inhumano, Emilia —se podía escuchar el tono de censura en la voz de Matías.

—Es solo para asegurarme de estar en una posición firme cuando mi primo me dice que yo no soy una verdadera Mackenna —explicó Emilia con indiferencia— porque el apellido se muere conmigo. Él ya va por el tercer hijo y son todas niñas. No me interesa particularmente, por mí que tenga quinientas hijas si quiere, pero que no me venga a decir a mí otra cosa. Las niñas serán verdaderas Mackenna, según los parámetros con los que me mide, pero no sus nietos o nietas.

—No entiendo a tu primo.

—Ya somos dos —puntualizó un poco resentida—. Yo no comencé la pelea, fue él; traté desde niña de acercarme. No tenía más familia que mi abuelo y ellos, mi primo y su padre, pero a él ya le habían envenenado la cabeza.

—Y ahora...

—Ya es demasiado tarde, él declaró la guerra, pero yo voy a ganarla —sentenció Emilia con voz dura y desapasionada.

—Entonces ahora soy un soldado. —Matías no quería, nunca más, dejarse amilantar por la perfecta señorita heredera, y ese era un buen momento para comenzar—. Ya estoy acostumbrado a esto de tener múltiples papeles: padre, madre, entrenador, cocinero. Pero esto es mucho, ahora seré esposo, trabajador, peón, rey y soldado.

—Claro, pero no te preocupes, todo va a salir bien —aseguró Emilia.

—Vamos. —Matías siguió su camino en dirección a Carolina—. Comencemos con el entrenamiento.

—Yo me voy a despedir —dijo Emilia alcanzándolo—. Voy a trabajar hasta tarde, para compensar todas las horas perdidas.

—Bien, ¿nos veremos mañana, entonces?

—Sí, como máximo espero que llegues a las once a casa, el oficial va a las doce.

—Por supuesto. Carolina, ven a despedirte de Mili —pidió Matías cuando llegaron junto a la niña.

Ella terminó la voltereta que estaba haciendo y se dirigió hacia donde estaban los adultos.

—¿Te vas, Mili? —le preguntó apenada—. Yo pensaba que te ibas a quedar viendo mi práctica y después podríamos ir a comer pizzas.

—Carito, ¡pizzas! —exclamó Matías—. El viernes pasado comimos hamburguesas, ese fue tu desastre del mes.

—¡Pero, papá! —reclamó la niña, sin embargo, no fue él quien contestó.

—Pero nada, Carolina —sentenció Emilia en tono severo—. Si tu padre dice que no puedes comer pizzas es porque no puedes y punto.

—Yo pensé que tú ibas a estar de mi lado, Mili —murmuró la niña con voz triste.

—Estoy de tu lado, cariño. —Emilia se inclinó hasta quedar a su altura y

siguió hablando con dulzura—. Pero en esto las dos tenemos que hacerle caso a tu papá. Él sabe mejor lo que le conviene a una deportista tan maravillosa como tú, ¿sí?

—Bueno, Mili —respondió Carolina resignada.

—Además, hoy tienes que acostarte temprano, ya que mañana nos espera un gran día. —Matías apoyó la mano en la espalda de Emilia, que ya se había enderezado.

—Tienes razón, Matías —dijo Emilia—. Mañana vas a poder estrenar uno de los vestidos lindos que compramos ayer.

—¿Qué va a pasar mañana? —preguntó Carolina.

—Nos vamos a la casa de Mili, cariño, a vivir allá —le explicó Matías— y al mediodía Emilia y yo nos vamos a casar.

—¿En serio? —la ilusión brillaba en el rostro de la niña—. ¿Mañana? ¿Y voy a poder nadar en la piscina?

—Así que esto es lo que se siente ser desplazada por un objeto. —Emilia fingió una sonrisa triste.

—Bienvenida a mi mundo. —Matías prestó su apoyo rodeando la cintura de Emilia con un brazo y pegándola a él—. A mí me desplazaron ayer por un montón de zapatos y vestidos.

—No, papá. —Carolina estaba muy seria—. Yo los quiero más a ustedes, pero es lindo tener tantos vestidos y zapatos. Y una piscina —agregó mirando a Emilia.

—Lo sé, mi niña. —Matías levantó su brazo libre, para que la niña fuera a refugiarse en él.

Emilia apoyó un brazo en el hombro de Carolina, sintiendo el calor que inundaba su corazón. Por primera vez en mucho tiempo, deseó ser parte de una familia de verdad. Ser la verdadera madre de Carolina y la verdadera y amada esposa de Matías, no solo estar fingiéndolo.

Antes que las lágrimas, totalmente desconocidas para ella, inundaran sus ojos, rompió el tierno abrazo.

—Me voy —dijo con un nudo en la garganta—. Quiero terminar algunas cosas en la oficina y quedar libre para disfrutar de nuestro día mañana—. Volvió a inclinarse para besar a Carolina, que se alejó unos pasos, pero siguió mirando a los adultos, esperando su despedida, tratando de convencerse de que era verdad, que tendría una madre bella y maravillosa como Emilia y que irían a vivir a su fantástica casa.

Matías, interpretando correctamente el gesto de la pequeña, tomó a Emilia por la cintura y se acercó a ella, bajando la cabeza hasta que las bocas se encontraron.

Para Matías era una verdadera tortura. Besarla sabiendo que no era más que actuación. Quería besar a Emilia de verdad, que sus besos fueran tan auténticos como la conversación que acababan de tener, que ella se entregara como lo hacía con sus negocios. Con todo lo que tenía para dar.

Dejó que el beso durara todo lo que Emilia le permitió, rozó sus labios con ternura, estrechando aún más la cintura, arimándola a él.

Mucho después, Emilia se separó de Matías, con cierta reticencia. No quería que el mágico momento se acabara, pero sabía que tendría que ser así, que era lo mejor.

Miró a Matías intentando no revelar sus sentimientos, intentando descubrir los de él, pero su mente estaba en un estado de mucha confusión y lo único que pudo hacer fue alejarse de ellos, levantando una mano como despedida final.

Al llegar a la limosina, Marcos la esperaba con la puerta abierta. Subió y se acomodó; no se percató que el vehículo se movía. Lo único que pudo hacer fue llevar sus dedos sobre los labios, que guardaban el calor y sabor del beso de Matías.

—Dios, ¿en qué me he metido? —susurró.

—¿Dijiste algo, Mili? —le preguntó el chofer.

—No, Marcos, nada, si no te molesta voy a cerrar el vidrio, necesito pensar.

—Claro, niña.

Después de que el vidrio los separara, Emilia trató de organizar sus pensamientos, pero no podía.

No pudo en todo el camino ni al llegar a la oficina. Una hora después, dejó de fingir que trabajaba. Berta le había preguntado lo mismo cuatro veces y ella aún no tenía la respuesta.

—Me voy a casa, Berta —anunció—. Estoy muy cansada.

—Claro, Mili, nos vemos mañana.

«Mañana», gimoteó. Otra dura prueba.

## Capítulo cinco

Faltaban menos de quince minutos para las once de la mañana e iban apenas por la mitad del camino hacia la casa de Emilia.

Matías no podía creer lo mal que había ido la mañana ni todo lo que se había atrasado.

Confió en que el despertador sonara como siempre a las seis y media, olvidó que era sábado y que para ese día estaba programado a las siete y media.

Después, Carolina continuaba insistiendo en llevarse de inmediato todos sus juguetes y muñecas, a pesar de que Matías le había dicho que llevarían solo parte. Además, dejó la mitad de los libros, cuadernos y otros materiales escolares en su habitación y él se dio cuenta muy tarde, ya casi no le quedaba espacio en la camioneta. Ni que decir de cajas.

Una nueva discusión se suscitó cuando Matías sacó algunas cajas de juguetes para colocar el material escolar.

Y otra más cuando Carolina salió de la ducha y se dirigió a su dormitorio. Quería ponerse los zapatos y vestido que había seleccionado para el día, pero Matías ya los había guardado en la camioneta y le había dejado un short y una camiseta.

—No quiero que te ensucies —le dijo, tratando de ser razonable.

—No soy una niña pequeña, papá, no me voy a ensuciar —replicó Carolina.

—El vestido se te va a arrugar en la camioneta, mejor te vistes allá.

Como Carolina no se prestaba a ser razonable, finalmente, tuvo que ponerse pesado y exigirle que se vistiera con la ropa que él había dispuesto para ella.

—Como quieras, padre —replicó la niña elevando su mentón y caminando con una gracia y altivez que le era algo familiar.

«Ya empieza a parecer de verdad su hija», pensó, reconociendo en Carolina los gestos de Emilia.

No quería ni pensar qué pasaría cuando vivieran con ella.

Cuando se dio cuenta de la hora, ya eran las diez y media. Decidió bañarse en la mansión. Estaba muy transpirado y el día prometía ser caluroso. Además, le quedaba solo media hora para llegar a la casa de Emilia, que estaba al menos a cuarenta minutos, si tenía suerte. No podía llegar tarde al primer día de trabajo.

Cometió varias infracciones a la ley de tránsito con el propósito de llegar a tiempo. Cuando accionó el mando a distancia de la reja notó que eran dos minutos pasadas las once. Se felicitó por unos segundos, hasta que se dio cuenta de que Carolina llevaba una hora sin hablarle. Eso nunca era buena señal.

Cuando llegó al pie de la escalera de piedra, Marcos lo esperaba, nervioso.

—Qué bueno que llegó, don Matías —saludó presuroso—. La niña Mili está preocupada. Ya está todo listo y la peluquera espera a la niña Carolina para arreglarla.

—Marcos, habíamos acordado que nada de don Matías ni de la niña Carolina —le recordó Matías al bajarse de la camioneta.

—Lo sé, es que cuando estoy nervioso me pongo así —explicó el hombre—. Deje las llaves puestas; vengo enseguida a acomodar la camioneta. Acompañeme, por favor.

—Claro —dijo Matías—. Voy a sacar el vestido de Carolina y subo.

Cuando entraron a la casa, Sofía los esperaba, más nerviosa que su marido. Le pidió a una ayudante que tomara las cosas que Matías traía y cogió a la niña de la mano para llevarla a su dormitorio y ayudarla a arreglarse.

—José —Marcos llamó a un joven—. Por favor, lleva a don Matías al dormitorio y ve que tenga todo lo que necesite. Joaquín dejó el traje colgado en el primer dormitorio del ala derecha, porque la señorita Emilia está en la suite.

—Por supuesto, Marcos, no se preocupe —respondió el joven acercándose—. Don Matías, por acá, por favor. —Señaló la escalera y lo dejó que lo precediera.

Como era la segunda vez que iba a la casa, todo le parecía un laberinto. Sin las indicaciones de José, Matías ni siquiera hubiera sabido que escalera debía usar, ya que al fondo del vestíbulo había dos. En lo alto de la escalera doblaron hacia la izquierda, a pesar de las instrucciones de Marcos.

Caminaron unos pocos metros y volvieron a doblar hacia la izquierda, para recorrer varios metros más. Al final del pasillo, José abrió una puerta, y Matías pensó que ya habían llegado, pero se encontró con una agradable y luminosa sala de estar, con una mesa baja en el centro, algunas sillas, sillones y sofás distribuidos en torno a ella y un mueble bar en una esquina. Y para su sorpresa, una escalera a mano derecha y en el fondo se vislumbraba otro pasillo.

—Por favor, dime que aquí se acaba la casa. Y si tienes un mapa te lo agradecería.

—No se preocupe, si no es tan complicado una vez que entiende la distribución.

—Ilumíname —pidió Matías aun sabiendo que perdía tiempo precioso.

—Imagínese que la mansión es un animal con la cabeza apuntando al jardín. Toda la parte central sería su cuerpo. En el primer piso está la recepción, la sala pequeña y el comedor al frente. Y hacia atrás el salón, la sala de música, los baños para los invitados y el acceso hacia la cocina, que vendría siendo la pata trasera izquierda del animal. ¿Me entiende?

—Eso creo —repuso Matías intentando quedar mirando al jardín, para orientarse—. ¿Así, verdad?

—Exacto, al frente de usted está la entrada principal.

—La oficina de Emilia está en la pata derecha, ¿verdad?

—Técnicamente, la señorita Emilia trabaja en lo que es la biblioteca, aunque sí, esa es la *atid*, donde además hay dos oficinas y una sala de reuniones.

—¿Atid? —preguntó Matías, ignorando el resto de la información.

—Ala trasera inferior derecha. Entre los empleados les decimos así para no enredarnos.

—Me gusta, corto y claro. Entonces, ahora estamos en la Adsi.

—Puede ser, pero esta es el ala de los invitados o solo ala derecha, ya que el primer piso también es para los invitados, ahí están la sala de billar, la sala de cartas, la sala de cine y algunas dependencias que no tienen un destino fijo.

—Cielos, ¿quiero saber lo que tiene esta bestia en sus otras patas?

—Debería, al menos. —Al parecer, José recordó de pronto que estaba hablando con el que en pocos minutos se convertiría en su jefe, porque bajó la mirada avergonzado.

—Entonces cuéntame.

—La primera puerta por donde pasamos al subir es la suite matrimonial. Si uno dobla a la derecha, es decir, sobre la cocina —José siguió hablando, pero apenas levantaba la vista— se encuentra con el ala de los niños. El dormitorio de la niña Carolina es el primero. Al frente está el dormitorio de la niñera, pero está desocupado en estos momentos. Hay dos habitaciones más y también la sala de juegos y la de estudio.

—Me dio la impresión de que pasamos por otra habitación, ¿no? ¿Frente a la suite?

—Sí, eso... en fin —José suspiró resignado —. Eso es la guardería. Sobre el garaje está el ala de los empleados.

—¿Tú vives acá? —José sonaba tan incómodo con el tema de la guardería, y como a Matías tampoco le gustaba, no solo aceptó el cambio, sino que también contribuyó a él con una pregunta.

—Los únicos que viven acá en forma permanente son Sofía y Marcos. Los demás trabajamos en un sistema de turnos y a veces nos toca quedarnos. Bajo el garaje se encuentran las bodegas.

—¿Hay subterráneo? —Matías procuró no gemir en voz alta, pero ya estaba tan sorprendido por el tamaño de la mansión que no creía poder entenderla nunca si además tenía subterráneo.

—No, de hecho, solo las... es decir, solo hay subterráneo en el garaje, que es también donde está el ascensor. En realidad, es de servicio, pero don Felipe lo usaba porque se negaba tajantemente a subir escaleras... —La piel de José se puso roja y volvió a bajar la mirada—. Perdón. ¿Podría olvidar que dije eso?

—No te preocupes, no sé si pueda recordar cualquier cosa del día de hoy.

—Oh, lo entiendo, yo tampoco puedo acordarme nada del día de mi matrimonio.

—¿Eres casado?

—Sí, mi esposa es la encargada de la lavandería. Y hablando de matrimonio, don Matías, estamos muy atrasados. A la derecha de este pasillo. —dijo y caminó hacia él— están los dormitorios para invitados. Al frente, unos pequeños departamentos, para cuando se quedan más tiempo o quieren independencia del servicio. Sus cosas están acá. —Abrió una puerta—. En el baño hay toallas. La ropa que trajo el sastre está en el armario. —Se la mostró y agregó—: y los zapatos. ¿Necesita algo más, don Matías?

—Por favor, José, necesito un pequeño bolso negro que está en el asiento trasero de la camioneta —pidió Matías amablemente—. Tengo hasta mi máquina de afeitar ahí.

—Por supuesto, don Matías se lo traigo enseguida. —Casi como por arte de magia, el joven volvió a ser el empleado modelo que Marcos puso a su disposición—. Si quiere, entre a la ducha mientras voy.

—Me parece una buena idea. Las novias pueden llegar atrasadas, no los novios —dijo Matías con una sonrisa incómoda.

—No he visto a la señorita Emilia llegar jamás tarde, don Matías — respondió el joven, evadiendo su mirada una vez más.

—Creo que yo tampoco —confidenció Matías, sin querer dar detalles, aunque no le cabían dudas respecto de lo que el joven sabía—. Manos a la obra, entonces.

—Por supuesto, don Matías, vengo enseguida —replicó José antes de retirarse.

Cuarenta minutos después, estaba duchado, afeitado y vestido. Se sorprendió a sí mismo al mirarse en el espejo de cuerpo completo. No recordaba jamás en su vida haberse visto tan bien.

«Y después dicen que el hábito no hace al monje —pensó—. Si hasta parece que fuera yo el rico heredero».

Escuchó un pequeño golpe en la puerta.

—Pase —le indicó a quien tocaba.

La puerta se abrió y entró José, que traía una pequeña bandeja con una delicada flor que él no reconoció.

—Permiso, don Matías —dijo el joven al entrar en el dormitorio—. Dice la señorita Emilia que por favor use esta flor en la solapa.

—Claro, pásamela —después de varios intentos, Matías aún no podía colocarla en su posición—. Creo que estoy más nervioso de lo que pensaba.

José se acercó y lo ayudó a poner la flor y con un pequeño rodillo le eliminó las minúsculas pelusas que se habían pegado en el traje.

—Gracias, José.

—De nada. Ya están todos los invitados abajo, incluido el oficial del Civil. Dice la señora Berta que por favor baje, para que la señorita Emilia pueda bajar y comience la ceremonia.

—Por supuesto —se miró una última vez en el espejo, inhaló profundo y volvió a mirar al joven—. Guíame, por favor.

\*\*\*

Atrás de una mesa cubierta con un delicado mantel, un hombre mayor y con aspecto rígido preparaba los últimos detalles para el enlace.

Delante de la mesa, Berta conversaba con un hombre que había sido presentado como Pedro, su esposo, manteniendo un ojo atento a dos niños que jugaban un poco más allá. Junto a Matías, Cristóbal se prestaba para ser su testigo.

A unos metros, una joven mujer, que acompañaba a Cristóbal, conversaba con Sofía y con Marcos. Y a una discreta distancia, el resto del personal de la casa esperaba pacientemente el arribo de la novia y de su nueva hija.

Por décima vez en un par de minutos, Matías se arregló la corbata.

—¿Nervioso? —le preguntó Cristóbal.

—Un poco. —Matías inhaló profundo para calmarse.

—La verdad es que no te envidio nada —dijo el abogado con una sonrisa irónica—. Emilia es una mujer complicada.

Matías no le respondió. No sabía qué decirle. Él no habría ocupado la palabra complicada. Compleja, tal vez, pero si todo lo que creía haber descubierto de ella era cierto, valía la pena tanta complicación y complejidad.

Un fotógrafo, contratado para la ocasión, se acercó a tomar una fotografía del novio con su testigo. Ambos hombres sonrieron a la cámara. Unos segundos después, la sonrisa de Matías se quedó congelada en su rostro.

Junto a la puerta aparecieron Emilia y Carolina. La niña se veía hermosa con el vestido rosado de falda acampanada y con muchos volos. Pero la visión de Emilia lo dejó sin aliento.

El vestido tenía un fondo de seda verde y sobre la seda, una ligera gasa con flores blancas esparcidas. Parecía flotar en torno al cuerpo grácil de la mujer. Una cinta de seda apretaba la estrecha cintura de Emilia. Sandalias del mismo verde adornaban sus pies.

La larga melena rubia estaba peinada hacia un lado, adornada con una pequeña flor, idéntica a la que llevaba él en la solapa. Sus delicados rasgos estaban acentuados por un maquillaje suave y los labios mostraban un color

rosa que lo tentaba más allá de lo imaginable.

Se veía hermosa. Y el delicado vestido parecía ir con ella, mucho mejor que sus perfectos trajes de oficina.

Parecía la primavera hecha mujer.

—Tan bobo —masculló Cristóbal a su lado.

—¿Perdón? —Matías se giró y miró al abogado.

—Tan bobo —repitió Cristóbal, más fuerte en esa ocasión y con un leve acento que Matías no acertaba a descubrir—. ¿Cómo tan rápido, hombre, por Dios? ¿Estás preparado para morir, entonces? ¿Qué disposiciones pretendes tomar para la custodia de tu hija?

—¿Sabes? Yo no soy ni abogado, ni psicólogo, ni adivino. No me molestaría que me explicaras qué quieres decir.

—Pero ya sabes lo que dicen, que de psicólogo y loco todos tenemos un poco. Y en mi caso es mucho de ambos, también soy abogado, y aunque no soy adivino, he visto esa cara en demasiados hombres a lo largo de los años.

—No...

—De acuerdo, Mili se va a tomar solo unos minutos en recibir los buenos deseos de todos, así que vamos al grano. Muchos hombres han estado interesados en ella a lo largo de su vida. Algunos por su dinero y posición, otros solo interesados en su belleza y en... ya tú sabes —concluyó, nuevamente imitando ese acento extraño—. Muy pocos, por lo general hombres mayores y aburridos, en el cerebro prodigioso que le pusieron adentro de su linda cabecita. Pero ninguno ha sido capaz de ver todo lo que ella tiene para dar. No es necesario que me lo digas. —Cristóbal lo interrumpió al ver que Emilia seguía avanzando—. Ella hace un excelente trabajo ocultándolo. Pero tú ya viste lo que es, al menos en parte. ¿Sabes lo peor? No tienes ninguna posibilidad, y no es por ti, sino por ella. Nadie lo lamenta más que yo. Quiero a esa cabeza dura como si fuera mi hermana y si hay alguien que merezca más ser feliz, aún no lo conozco.

—No sabía que era tan transparente.

—Más que un traje de baño blanco mojado.

—Pero estás equivocado.

—¿Sí? —evidentemente, Cristóbal no se tragaba sus palabras.

—Posibilidades tengo. Y muchas —después de todo, Emilia podía exigirle que no la besara, pero seguía respondiendo a sus avances.

—Buena suerte, entonces. —Cristóbal le dio un pequeño golpe en la espalda, lo que lo ayudó a centrarse.

Cuando Emilia se puso a su lado, le tomó la mano para llevársela a los labios y besarla. Un sudor frío cubría la delicada piel, delatando el nerviosismo que sentía.

Ella le sonrió y miró a Carolina, obligándolo a desviar también su mirada.

La niña estaba radiante, mientras sostenía un pequeño cojín con los anillos. Al parecer, se le había pasado el enojo. Matías puso la mano libre sobre el hombro de Carolina y sonriéndole a Emilia, se giró para enfrentar al oficial civil.

\*\*\*

«Está hecho —pensó Emilia unos momentos después, cuando ya había firmado el registro—. Estoy casada. Ahora soy la esposa de Matías del Río y la madre de Carolina».

La niña la había abrazado con ternura al llegar a su dormitorio, donde estaba preparándose.

—Mili, después de la ceremonia ¿Te puedo llamar mamá? —había preguntado nada más verla.

—Claro, cariño, después de la ceremonia voy a ser tu mamá y a mí me gusta llamar las cosas por su nombre —le había dicho ella sonriendo.

—A mí también. Por eso tengo que decir que mi papá es muy injusto.

—¿Qué pasó, cariño?

—Es que yo me quería poner el vestido en casa, para que todos mis vecinos

vieran lo linda que estaba —había dicho Carolina triste—, pero él no me dejó, pensaba que me iba a ensuciar o que iba a arrugar el vestido.

—Vamos por partes —le había pedido Emilia, sentándose frente a ella—. Es casi inevitable que un vestido tan lindo como el tuyo se arrugue al subirse a una camioneta. También existe una alta posibilidad de que se ensucie. Y me imagino que quieres estar muy linda durante la ceremonia.

—Sí, pero...

—Pero nada, Carolina, tu papá sabe mejor lo que te conviene. Él te quiere mucho y nunca va a hacer nada para dañarte, lo sabes.

—Pero...

—Carito, hija —Emilia le había tomado la mano—, a veces hay que hacer cosas porque hay que hacerlas y punto. No requieren mayores explicaciones. Mírame a mí, por ejemplo. Ya estoy peinada y maquillada, pero no me he puesto el vestido para que no le pase nada, ¿ves?

—Bueno —había dicho la niña al darse cuenta de lo que Emilia le decía—, así sí. Mi papá ni siquiera se bañó en casa para no ensuciarse en el camino.

—Eso es bueno. A veces uno no es suficientemente precavido.

—Pero así no se disfruta de las cosas lindas que tenemos.

—Te prometo que después de la ceremonia puedes estar con el vestido todo el tiempo que quieras y vamos a sacar muchas fotografías, así le puedes mostrar a quien quieras lo linda que te ves. Y ahora, anda para que te peinen.

En esos momentos veía como Matías firmaba el registro, que los unía legalmente como marido y mujer. Después firmaron los testigos.

Antes de dar por terminada la ceremonia, el oficial dijo algunas palabras, invocando las razones por las que dos personas decidían unir sus vidas. Habló de compartir, de acompañar. Habló del apoyo y de la familia. Habló del amor y el compromiso.

Después, invitó a los contrayentes a poner cada uno en el dedo del otro los anillos que simbolizarían su unión.

—Mientras nosotros aplaudimos —agregó después—, ustedes sellen su

amor con un beso.

Era la parte de la ceremonia que más temía y esperaba. Ya había enumerado miles de veces las razones en contra de ser besada por Matías. Sin embargo, deseaba que la besara. Sí que lo deseaba. Era un hombre muy atractivo y sus labios estaban llenos de promesas. Y era precisamente eso lo que la detenía. Habiendo probado un par de ellos, ya sabía que mientras más lo besara, más desearía. Mucho más. Y no quería eso.

«Emilia, por Dios, ya tienes casi treinta años, un besito pequeño no te va a hacer nada», se reprendió.

Matías la miró y le acarició una mejilla. Bajó la cabeza hasta su altura y la besó con ternura.

Pese a todo, fue incapaz de ignorar que, si hubiera sido de verdad, habría sido un gran primer beso de casados. Pero no era así. El pensamiento la entristeció y fue bastante evidente.

—Sonríe, Emilia —le dijo Matías al oído—. Se supone que estamos felices.

Luego volvió a besarla, tomándola por la cintura, convirtiendo la tierna caricia en un profundo y apasionado beso.

Carolina fue la primera en acercarse para felicitarlos y abrazarlos. Los hizo inclinarse y rodeó a cada uno con un brazo, dejando su carita entre ambos. Luego se giró hacia la izquierda.

—Papá. —Le dio un beso en la mejilla a Matías—. Mamá —agregó, girándose hacia la derecha y besando a Emilia.

Después de las felicitaciones y fotografías de rigor, algunos de los empleados sirvieron champaña para brindar, y un pequeño cóctel.

Exactamente a la una de la tarde se inició el almuerzo, bajo la carpa que estaba preparada y con una mesa decorada con un enorme arreglo floral y nueve sillas.

Durante la tarde, Carolina bailó y giró, haciendo su vestido flotar. Matías la miraba y sonreía. La felicidad de la niña hacía que todo valiera la pena.

Emilia también sonreía. Y eso era bueno. Era una sonrisa auténtica, no la sonrisa perfecta.

A media tarde, los pocos invitados se retiraron, del peinado de las mujeres no quedaba nada. La corbata y chaqueta de Matías habían sido dejadas de lado mucho rato atrás y la camisa tenía tres botones abiertos. El calor arreciaba. El sudor perlaba la frente de Carolina. De pronto, Emilia se puso de pie.

—Voy a subir a ponerme el traje de baño —anunció—. ¿Alguien quiere acompañarme?

—¡Yo! —exclamó Carolina—. Papá, ¿tengo un traje de baño acá?

—Sí, pero no sé dónde —Matías miró a Emilia interrogante—. Venía en la camioneta, en un bolso rojo.

—De seguro Marcos ya vació la camioneta —contestó Emilia—, así que el bolso debería estar en la suite o en el dormitorio de Carolina.

—¿Vamos a buscarlo, entonces? —pidió Carolina, tirando de la mano de Emilia—. ¿Mamá?

—Vamos —dijo Emilia sonriendo.

\*\*\*

El agua estaba deliciosa. Matías no se había demorado nada en cambiarse de ropa y dejar el dormitorio atrás para volver al patio. Emilia y Carolina aún no volvían, por lo que podía gozar de la piscina sin mayor compañía que sus propios pensamientos, que volaron innegablemente a la mujer que en ese momento era su esposa.

No podía creer que fuera real, que de verdad estuviera casado. Y no era porque no hubiera deseado casarse en algún momento de la vida.

Cuando Katherine le anunció que estaba embarazada, las primeras palabras que pronunció fueron «cásate conmigo». Pero ella lo rechazó.

Y después de eso nunca deseó pedírselo a nadie en concreto. Sí, en algún momento deseó encontrar una mujer con quien pudiera compartir la vida, que

fuera la madre de Carolina y quizás tener otros hijos.

Sin embargo, en ese momento se había casado con una mujer que no deseaba compartir su vida, que había aceptado el papel de madre de Carolina como una actriz que interpreta una obra y, lo más importante, que no lo quería, que simplemente necesitaba un marido para heredar, para ganar la guerra que tenía con su primo. Cualquier hombre le hubiera servido. Él no era especial, solo necesitado y dispuesto a venderse por el futuro de su hija.

En cuanto a tener más hijos... no creía que entrara en los planes de Emilia.

O tal vez sí. Tal vez no le importara cuál fuera el otro aporte genético, mientras ella tuviera un hijo y heredero.

Se recostó de espalda para flotar, mientras recordaba varios momentos vividos en los últimos tres días.

Emilia, bella y perfecta, presentándose y pidiéndole que se casara con ella, dejando muy claro lo que esperaba de él. Emilia, en la oficina del abogado, explicándole por qué necesitaba casarse y por qué lo había elegido a él. Emilia disgustada, despidiendo a la pobre chica de la recepción. Emilia en los bancos, manipulando a su regalado antojo a hombres de mayor o menor importancia. Emilia recibiendo sus besos. Finalmente, Emilia diciendo que aceptaba ser su esposa y firmando el registro.

Y otra vez Emilia recibiendo sus besos. Besándolo también, el día anterior, en el gimnasio. Sabía que a ella le gustaba besarlo. Lo había visto en sus ojos cuando se alejó de él y se despidió apresurada. Había notado la dificultad que le suponía separarse.

Por eso le molestaban tanto las palabras de Cristóbal antes de la ceremonia. Considerando que su vida estaba ligada a la de Emilia, claro que le interesaba la mujer. El muy maldito tenía razón. Emilia era mucho más de lo que dejaba ver, y él, Matías, ya lo había descubierto. Eso era lo que lo intrigaba, más que ninguna cosa.

¿De dónde había salido eso de que tenía posibilidades? ¿Posibilidades de qué, si se podía saber? ¿De acostarse con ella? porque si era brutalmente

honesto, y al menos con él debía serlo, eso era lo único que le preocupaba en esos momentos.

De pronto, un curioso pensamiento se formó en su cabeza. Nunca había pagado por sexo. Jamás. Había invitado mujeres a cenar y, en algunas ocasiones esas salidas habían terminado en la cama, pero jamás le había dado dinero a una mujer para que se acostara con él.

En cambio, él había aceptado mucho más de lo que se consideraría una tarifa normal para esos asuntos. Prácticamente le habían regalado dos propiedades en impecable estado. Emilia había insistido en hacer arreglar la casa también.

Y toda la ropa, zapatos y demás cosas que le había dado. Eso, sin contar todas las que él podría comprar con las tarjetas de crédito y la cuenta corriente que Emilia había abierto para él.

«Bueno —pensó, su papá tenía una filosofía que hasta el momento él no había entendido—. Si vas a fracasar, fracasa en grande. Sé el mejor fracasado de la historia del mundo».

Solo tenía que reemplazar la palabra fracasar.

Recordó una mujer, algunos años atrás, madre de una alumna, casada con un tipo rico. Aunque muy lejos de la riqueza de Emilia, ella le había hecho ciertas proposiciones indecorosas que él no había tardado en rechazar.

Claro que esa mujer no le llegaba ni a los talones a Emilia. Y no estaba hablando de su belleza, sino de las cosas que él intuía que ella era. La dulzura y gentileza, la amabilidad y empuje. Y su necesidad de cariño.

Solo la rodeaban personas que trabajaban para ella. Se les pagaba un sueldo por ser amables y por quererla. Hasta los testigos de la ceremonia, a quienes ella había llamado amigos, eran sus trabajadores. Tal vez la posición de Cristóbal era distinta, sus palabras así lo indicaban, pero igualmente trabajaba para Emilia.

Y él era el peor de todos.

A él, Emilia le pagaba por satisfacer sus necesidades más básicas.

Una nueva serie de imágenes se formaron en su cabeza. Esta vez, todas imaginadas.

Se veía en la privacidad de un enorme dormitorio, tomando a Emilia en brazos, besándola... acariciándola... haciéndole el amor.

Los dos días anteriores, con la más férrea disciplina, había conseguido apartar esos pensamientos, había ignorado voluntariamente lo que tendría que hacer esa noche, cuando Emilia y él se quedaran a solas en la habitación.

«No dudo, vale la pena pagar un buen dinero por tenerlo en mi cama», había dicho Emilia.

Al verla caminar junto a su hija por el pasto, dirigiéndose a la piscina, Matías no pudo dejar de pensar que él se habría acostado con ella, aunque no le hubiese pagado un peso.

Es más, preferiría que fuera tan pobre como él y que meterse en la cama fuera por los motivos correctos. Que ella lo deseara tanto como él.

«Que ella también pensara que corre grave riesgo de enamorarse de mí», concluyó, cuando la vio saltar al agua a escasos metros, consiguiendo por fin darle forma a sus caóticos pensamientos.

El resto de la tarde fue muy normal. Los tres jugando y nadando, persiguiéndose unos a otros. Carolina y él haciendo increíbles piruetas dentro y fuera de la piscina, solo para entretener a Emilia.

Cuando ya el sol comenzaba a ocultarse en el horizonte, Sofía les sirvió la cena en la misma mesa pequeña que habían usado la primera noche.

Los tres se pusieron ropa holgada y sandalias plásticas para cenar.

Emilia no tenía una gota de maquillaje en el rostro y el pelo húmedo caía largo y liso sobre su espalda. La aristocrática nariz estaba enrojecida por el sol. Lo mismo sus delicadas mejillas.

Matías la miró y sonrió. Nunca la había visto más hermosa.

## Capítulo seis

La suite era enorme, como un pequeño departamento. Al entrar desde el pasillo, lo primero que se veía era un *living* muy cómodo. En el centro había una mesa de café baja, que hacía juego con un mueble que se apoyaba sobre la pared a la derecha de la entrada y que ocultaba en su interior un televisor de pantalla plana, un equipo de música, un reproductor de DVD y algunas películas. Frente al mueble había un enorme y cómodo sofá.

En el lado contrario había una puerta que llevaba al espacioso baño, con ducha y tina separadas, dos lavamanos apoyados en sendos muebles. Un enorme espejo los unía y a cada lado había una repisa en las que se habían acomodado los artículos de aseo de Emilia y de Matías, en forma separada.

Un retrete y un bidé, ocultos tras una mampara con puerta de cristal pintado, completaban la lujosa habitación.

Al caminar unos pasos alejándose del *living*, una escala de dos peldaños separaba el ambiente de un desayunador, formado por una pequeña mesa redonda con dos sillas y una minúscula cocina abierta.

Un ventanal, que llegaba hasta el piso, daba paso a la terraza con vistas a la parte trasera de la propiedad, donde se ubicaba la piscina y el gimnasio y al costado, donde solo había vegetación.

En un rincón, casi oculto de la vista, un escritorio funcional daba apoyo a un computador portátil, un teléfono y una máquina que incorporaba escáner, impresora y fotocopidora. Una silla de cuero, de aspecto muy cómodo,

completaba el discreto rincón-oficina.

La pared trasera de la suite tenía dos puertas. Cuando las vio, Matías descubrió por qué habían sido Marcos y Sofía quienes habían acomodado sus cosas en el dormitorio. Y por qué Emilia le había pedido a Marcos que lo guiara después de la cena, cuando ella fue a atender una misteriosa llamada.

—La puerta de la izquierda es el dormitorio de Mili y el suyo es el de la derecha —explicó Marcos mientras lo guiaba hasta ese dormitorio. —Ha estado vacío desde los tiempos en que la señora Leonor, la abuela de la señorita Emilia, vivía, aunque hace algún tiempo se reformaron ambos dormitorios. Después de que falleciera don Felipe, la señorita Emilia se mudó a la suite. Entonces dispuso que el dormitorio de la izquierda tuviera decoración femenina y el de la derecha, masculina.

—La señora Emilia —dijo Matías—. Puede que nuestra situación sea muy irregular, pero ella es mi esposa.

—Por supuesto, don Matías. —El hombre inclinó la cabeza—. Me disculpo. Yo...

—No es necesario que te disculpes, Marcos, ni que me digas don Matías. Pero creo que sería bueno que te acostumbraras a llamarla señora Emilia. En sus palabras, le daría más realismo a todo.

—Don Matías, yo...

—¿Qué te acabo de decir? —preguntó Matías frunciendo el ceño.

—Lo siento...

—¡Marcos, por favor!

—En fin —dijo el hombre exhalando—, con Sofí hemos estado muy preocupados los últimos cuatro años, desde que conocimos el contenido del testamento de don Felipe. Desde antes incluso, diría yo. Siempre tuvimos la esperanza de que Emilia pudiera conocer un hombre bueno y gentil, que pudiera quererla a ella, no a su fortuna. Sofí llegó a pensar que sería bueno que Mili perdiera todo, tal vez así le resultaría más fácil. Aunque ninguno consideró nunca que la niña realmente fuera a cumplir con los términos del

testamento a la fuerza, como había pensado ella al comienzo.

—No quiero ni considerar qué debe pensar de mí, Marcos. —Matías lo miró de frente—. Lo único que le puedo decir es que todo lo que he hecho ha sido por mi hija, no por el dinero o por mí. Todo ha sido por ella.

—Lo entiendo. Para mi esposa y para mí, Mili es como nuestra hija. Tenemos dos niños, ¿sabe? —Marcos le sonrió—. El más pequeño es cinco años mayor que la niña Mili y se casó el verano pasado, ahora está esperando su primer hijo. Y el mayor tiene dos niñas, que son nuestra felicidad y orgullo. Cuando ellos eran niños, nosotros no trabajábamos puertas adentro. Éramos un simple matrimonio que trabajaba en la casa. Yo era el segundo chofer de don Felipe y Sofi hacía aseo. Cuando don Juan Pablo, el papá de la niña Mili, falleció y la señora Estefanía... bueno, cuando ella dejó a la niña acá, nos designaron a nosotros para encargarnos de ella, en conjunto con una señorita británica que contrataron para que fuera su niñera. Yo creo que fue porque éramos los únicos que teníamos hijos, los únicos que sabíamos qué hacer con una niña de tres años. Don Felipe tenía dinero para su nieta, no tiempo ni cariño. Incluso cuando la niña quiso ir a Disneylandia, don Felipe prefirió pagar cinco pasajes, para la niña y para nosotros cuatro antes que llevarla él.

—No sé por qué me cuenta todo esto, Marcos.

—Yo sé que su situación es muy irregular, como usted mismo dijo, pero también sé que es usted un hombre bueno y gentil. Que es exactamente el tipo de hombre que un padre, aún uno falso como yo, puede desear para su hija. Lo único que le pido es que sea paciente con ella.

—Marcos, ¿me guardaría un secreto?

—Por supuesto, Matías.

—Yo quiero ser muy bueno con ella, hasta se puede decir que preferiría que nuestro matrimonio fuera normal, aunque no nos hayamos casado por los motivos tradicionales. Pero temo que ella no me va a dejar.

—Mili es así: no deja que nadie se le acerque. —Una sonrisa triste se dibujó en el amable rostro del hombre—. Lamentablemente, lo aprendió muy

pequeña. Don Felipe ni siquiera la miraba, excepto para criticarla.

—Entiendo.

—Lo dejo, Matías.

—Gracias, Marcos. Por todo.

—De nada.

«¿Querría decir que no puedo tener esperanza?», pensó Matías cuando el hombre ya se había ido. Por unos momentos miró la habitación. Era enorme, más del doble de la que tenía en su casa. Una gigantesca cama ocupaba el centro. Un mueble muy parecido al que estaba afuera se apoyaba en la pared contraria a la cama, y el contenido era el mismo.

Dos veladores, un sillón y una cómoda completaban los muebles.

Hacia un lado de la cama se veía una puerta doble que ocultaba el ropero más grande que Matías había visto en su vida. Toda la ropa y zapatos que Emilia le había comprado ocupaban un mínimo espacio en él.

También vio la ropa que él había traído. Había seleccionado lo mejor que tenía, con la idea de usarla para andar por la casa. Además, aparte de los trajes, no tenía más.

Cuando volvió a salir del ropero, fue hacia la cajonera y abrió el primer cajón, ahí encontró la ropa interior que había llevado. En el segundo cajón había más ropa interior, pero nueva y un papel impreso. «Espero que sea la talla adecuada», decía la nota. Sin firma ni otra palabra, aunque Matías supuso que era obra de Emilia.

—No metieron sus manos en mi cajón de ropa interior —murmuró—, pero no tuvo ningún problema en hacerme otro.

Salió del dormitorio y fue al baño. En la puerta había dos batas colgadas. Una blanca y pequeña y otra negra, de su talla. En una repisa junto a la ducha, lo esperaban muchas toallas. Bajo esta, dos pares de sandalias de plástico, para salir de la ducha, a juego con las batas.

Se desnudó y se metió a la ducha. Ya nada le extrañaba. Encontró champú y acondicionador, junto con el jabón que él solía comprarse. Todo nuevo,

evidentemente.

Cuando estaba de vuelta en el dormitorio, escuchó pasos dentro de la suite. Supuso que Emilia ya había llegado. Se terminó de secar y consideró qué ropa debía ponerse.

Emilia había dicho que era hora de ir a acostarse, por lo que supuso que un pijama sería lo más apropiado.

A pesar de saber y desear lo que le esperaba, no creía que debía presentarse desnudo inmediatamente frente a la mujer.

Caminó a su cama y descubrió que bajo la almohada habían dejado un pantalón de pijama para él. Sin la parte superior. Y era de un brillante y negro satín, pero muy masculino.

—Bastante evidente, ¿no? —preguntó a nadie, mientras se lo ponía.

Calzó unas pantuflas a juego con el pijama y mientras pensaba qué hacer con la toalla, la bata y las sandalias para la ducha. Finalmente, colgó la bata en la puerta, dejó la toalla extendida sobre la cómoda y las sandalias bajo ella.

Recordó que había visto sus artículos de aseo en el baño, pero también le habían dejado el bolso negro que él había llevado dentro del ropero.

Con la esperanza de tener al menos un peine y su colonia a mano buscó, y tuvo suerte.

Un par de minutos después se paró frente al espejo de cuerpo entero que estaba en mitad del ropero y estuvo muy satisfecho con el resultado.

Nunca había sido narcisista, pero en ese momento se alegraba de haberse conservado en excelente forma física.

—Parezco una novia la noche de bodas, pensando si el esposo encontraría sexy la lencería que eligió.

Salió del dormitorio y se sentó en el sofá del *living* a esperar a Emilia. No tardó en descubrir que estaba muy nervioso. Y excitado... Sentía su miembro endurecer bajo la única prenda que llevaba.

Cuando escuchó que Emilia apagaba el secador de pelo comenzó a respirar

para calmarse.

Al abrirse la puerta del baño se puso de pie. Emilia llevaba un pijama de un rosa pálido, también de satín.

Cuando lo vio, se quedó estática por unos segundos, pero se recuperó muy rápidamente.

—Buenas noches, Matías —dijo, caminando hacia su dormitorio.

—Emilia, espera...—¿Qué podía decirle? ¿Prefieres que lo hagamos en tu cama o en la mía? La miró y su gesto fue la única respuesta que necesitó. Ni siquiera cuando despidió a Jenny tenía su rostro como esculpido en mármol.

—¿Dime? —su voz reflejaba frialdad.

—No sé cómo decirte esto, pero yo pensaba... es decir, técnicamente estamos de luna de miel y...

—No digas más —Emilia levantó una mano—. Veo que estás preparado para cumplir con tus funciones y te lo agradezco, pero no te preocupes. La verdad es que nunca tuve intenciones de usar tus servicios. Es más, para ser honesta, tengo que decirte que el sexo no me interesa. Si así fuera, con toda seguridad tu presencia no habría sido necesaria. Ni requerida.

—¿Qué quiere decir eso, Emilia? —preguntó Matías frunciendo el ceño. ¿Quería decir lo que él pensaba? ¿Era virgen? ¿A semanas de cumplir treinta años y siendo la mujer más bella que él hubiera visto?

—Exactamente lo que estoy diciendo, no me interesa ni nunca me ha interesado el sexo. Supongo que algún día voy a tener que pasar por aquello. Es decir, ¿de qué sirve ser la dueña de la mitad del país si no tengo a quién dejárselo? Pero de momento, no gracias.

—¿Entonces por qué en el gimnasio dijiste que tendría que acompañarte a tu dormitorio? —Matías se acercó unos pasos, confiaba en que la penumbra ocultara su excitación. O mejor aún, que no la ocultara, que Emilia lo viera y no pudiera resistirse y quisiera que le hiciera el amor.

—Lo primero que me enseñó mi abuelo fue que la mejor estrategia es confundir al enemigo —seguía hablando como si estuviera en una reunión de

negocios, frente a un contrincante desagradable—. Y me imagino que recuerdas que teníamos espectadores. Quería que ellos escucharan lo que decía, que le contaran a mi primo. Así, cuando él nos viera juntos, fingiendo estar muy enamorados, fingiendo ser la perfecta familia feliz, no sabría a qué atenerse. Quién miente y quién dice la verdad. Un tema que no lo dejaría dormir.

—¿Por qué dejaste este pijama en mi cama entonces? Y todo un cajón lleno de ropa interior nueva, también

—No tengo ni idea de donde salió ese pijama, pensé que lo habías traído tú —conservó su frialdad aunque le dio una rápida mirada.

—No sé si sentirme aliviado o decepcionado —dijo Matías, acercándose aún más.

—Me da lo mismo lo que sientas, siempre y cuando seas convincente frente a mi primo. Quiero que piense que nuestro matrimonio es verdadero, más allá de no darle motivos para impugnar el testamento de mi abuelo. Quiero que piense que sí existe la posibilidad de que quede embarazada. Acostúmbrate. De seguro muy pronto va a comenzar a incordiarnos con la idea de los pequeños del Río Larraín.

—Necesito... —quiso decir que estaba dispuesto a que eso pasara, que le quedara claro que él deseaba que su matrimonio fuera auténtico, aunque no estuvieran enamorados, pero ella inmediatamente lo interrumpió.

—Entiendo. —Emilia evadió su mirada por unos momentos—. Entiendo que un hombre joven y atractivo tenga ciertas necesidades. Y mientras seas discreto, no tengo ningún problema en que satisfagas esas necesidades fuera de casa. Si quieres puede viajar, tal vez sea lo mejor. Puedes ir a Argentina por un fin de semana; Carolina va a estar bien cuidada, lo sabes.

—¿Qué quieres decir, Emilia? —se había acabado el bueno y amable de Matías; en ese momento estaba muy disgustado. Si su virginal esposa no quería acostarse con él, bien. Pero de ahí a proponerle que satisficiera sus necesidades en otra parte, era algo fuera de toda discusión.

—Lo que escuchas —dijo Emilia elevando una ceja—. Puedes sacar dinero de la cuenta corriente, ir a Argentina, Colombia, donde prefieras, a buscar compañía. Contratarla si quieres. Lo único que te pido es que seas discreto y pagues todo en efectivo, de esa manera no habrá rastros que se puedan seguir.

—Mira, Emilia, si no quieres acostarte conmigo solo tienes que decirlo. —Matías no pudo controlar lo que hablaba, ni cómo lo hacía, estaba claro que su proposición le había desagradado enormemente—. Pero no tienes por qué preocuparte de que vaya a estar acostándome con cualquiera. Nunca lo he hecho. Solo quería decirte que sin importar lo que hubiésemos acordado, me encantaría llevarte a la cama. Eres una mujer hermosa, muy deseable. Y estoy seguro de que, si dejas de lado esa armadura con la que enfrentas al mundo, cualquiera podría descubrir lo maravillosa que en verdad eres, la dulce y tierna criatura que escondes. Quiero que sepas que, a pesar de todo, podríamos intentarlo, podríamos no fingir, podríamos ser un matrimonio de verdad. Una verdadera familia feliz. Creo que sería una buena manera de sacar algo positivo de todo este embrollo en el que nos metimos. Dios sabe que eso es lo que deseo.

Matías la miró con mucha rabia, que se aplacó en parte al ver sus hermosos ojos verdes brillar en la penumbra y su boca entreabierta contener el aire.

—Y respecto a los pequeños del Río Larraín, solo tienes que pedirlo —agregó antes de girarse —hasta mañana, Emilia, que descanses... Si puedes.

Cerró la puerta dejando a una anonadada Emilia detrás. Si no fuera porque le estaba pasando a ella, pensaría que la situación era muy graciosa.

\*\*\*

El domingo Emilia se levantó como de costumbre a las siete de la mañana. No era que hubiese dormido mucho, la verdad, simplemente no podía seguir en la cama, a escasos metros de su esposo.

Se puso ropa deportiva y fue al gimnasio que estaba en la parte trasera de la

casa. Llevó también un traje de baño, por si deseaba dar unas vueltas en la piscina.

Tres horas después, estaba sentada en el estudio, revisando algunos contratos e informes que había llevado a casa.

Se daba cuenta de lo afortunada que había sido hasta ese momento. Solo se había cruzado con María, una de las empleadas de la cocina. A Matías no le había visto ni la sombra. Suponía que seguía en cama, ya que no había escuchado ruidos en la suite cuando subió a la ducha y vestirse.

Había tomado desayuno en la cocina, como siempre, y se había llevado una taza de café al estudio.

Intentaba sin mucho éxito leer un contrato y tomaba apuntes para volver a revisarlo con Berta o algún especialista en comercio con Asia, pero las imágenes y las palabras de Matías la noche anterior se le cruzaban y no la dejaban avanzar.

Y ella que había pensado que Matías no representaba ningún riesgo. Que sería un marido muy controlable.

Lo peor no era que él la deseara, que él quisiera tener un matrimonio de verdad, no. Lo peor era que ella había pasado toda la noche imaginando cómo sería.

No era cierto lo que le había dicho respecto del sexo. O al menos no era totalmente cierto.

Siempre había sido muy tímida con los hombres. Sabía que era bonita; muchos hombres la habían deseado, aún sin saber que era una rica heredera.

Pero un día, muchos años atrás, había escuchado a dos tipos hablar de ella. Con descripciones muy gráficas de lo que le harían si pudieran. Por un momento había deseado que se hiciera realidad. Al menos con uno de ellos, a quien Emilia encontraba muy atractivo y caballeroso. Proveniente de una familia del más alto raigambre; era un candidato muy adecuado para ella.

Por suerte se había quedado escuchando hasta el final de la conversación.

—Imagínate —había dicho el objeto de sus afectos—, además es la única

heredera de los Mackenna. Es tonta y antipática como pocas, pero vale la pena el sacrificio por poner mis manos en esa enorme fortuna.

—Y como está bien buena —le había respondido su amigo—, no tendrías ningún problema en hacérselo de diez mil maneras. Cuando ella te hable, lo único que tienes que hacer es decir «Sí, querida» e imaginarte como te la vas a servir en la noche.

Sabía que la mayoría la consideraba tonta y antipática, pero era solo timidez. Y hasta ese momento no se había enfrentado con la crudeza del mundo de esa manera.

Había estado muy protegida. Su abuelo la había educado en una burbuja de cristal formada por colegios exclusivos en Chile y en el extranjero, sin mayor contacto con hombres además de los que trabajaban en casa. Y Cristóbal, quien en realidad no contaba.

Cada vez que algún muchacho se le había acercado, ella no había sabido qué hacer, de qué hablar excepto de política, economía y finanzas.

No tenía esa facilidad que tenían otras muchachas de hablar de nada y sonreír coquetas.

Y en la universidad había sido lo mismo. Solo que ya había descubierto el poder que tenía en el mundo y sabía cómo ejercerlo. Ya había desarrollado su armadura de frialdad y perfección. Ya había creado el personaje duro y despótico del que su abuelo estaba tan orgulloso.

Cristóbal, a quién conocía de niño por ser el nieto del fundador de la oficina de abogados que se encargaba de los asuntos familiares de los Mackenna, le decía que de esa manera solo conseguía alejar a todos.

Ella lo miraba con su gesto glacial. Había dominado el arte del engaño a tal punto que hasta sus ojos se ponían más claros de lo que eran.

—Eres un tonto, Cristóbal —solía responder—, si piensas que me interesa alguno de estos estúpidos e insignificantes tipejos.

—No creo que quieras estar sola toda tu vida, Mili —replicaba su amigo.

—Siempre puedo pagar por un poco de compañía —decía ella sin pensarlo

en verdad—; los hombres lo hacen todo el tiempo.

—Bueno —decía en ocasiones Cristóbal, aguantando la risa—, la verdad es que ando un poco corto de efectivo. Siempre que quieras, puedo hacerte el favor.

—No eres mi tipo, Cris —decía ella, cayendo en las bromas también.

—¿Y cuál es tu tipo? —había preguntado infinidad de veces su amigo.

—Alto y musculoso —contestaba—. Ya sabes, deportista. Un cerebro de músculo. Lo único que necesita saber hacer es ocupar una tarjeta de crédito y quedarse callado. También puede ser un científico. Inteligente y callado, que lo único que me pida sea una tarjeta de crédito para pagar por su laboratorio. O un marino. Que esté once meses en alta mar y un mes en casa. Y ese mes pase durmiendo, así va a estar callado. Y si despierta, que tome la tarjeta de crédito y salga de compras.

Sonrió con el recuerdo. Finalmente había conseguido un deportista. Pero era el único requisito que cumplía. Matías no callaba lo que quisiera decir. Y no era fanático de las tarjetas de crédito. Claro que no podía juzgar su actuar por los dos días que habían pasado desde que le entregó la chequera y tarjetas.

Aun así, solo había usado un cheque. Y regateó hasta el último minuto. No quería comprarle la ropa nueva a Carolina.

Volvió a concentrarse en el contrato que estudiaba. Estiró la mano y tomó la taza, pero se encontró con la sorpresa de que estaba vacía.

Levantó el auricular del teléfono y digitó el anexo de la cocina.

—Café, por favor —dijo a quien contestó.

Unos minutos después, María entraba con una bandeja y el café solicitado.

Al abrir la puerta para salir, escuchó una alegre risa infantil y una voz masculina que le erizó los pelos de la nuca.

—Tienes que pedirle permiso a Emilia —le decía Matías a la niña.

—Mi mamá seguro me da permiso —replicó Carolina. Emilia sonrió. «Mi mamá». Esas palabras la llenaban de ternura.

—De todas maneras, tienes que pedirle permiso —insistió Matías,

golpeando la puerta—. Hola, querida —agregó mirándola.

—Hola, cariño —dijo Emilia sonriendo, con el corazón dando un bote muy a su pesar—. Hola, mi niña.

—Hola, mamá. —Carolina se detuvo a su lado. Emilia le puso una mano en la espalda y la empujó para que se le acercara hasta que pudo darle un beso en la mejilla—. ¿Qué haces?

—Trabajo un poco, hija —respondió Emilia, viendo como Carolina se acercaba a ver la hoja que leía.

—¿Y sabes leer chino? —preguntó la niña, abriendo sus ojos.

—Es japonés —explicó Emilia—, pero sé algo de ambos, en todo caso. Y solo el título está en japonés, el resto del documento está en inglés.

—¿Y sabes inglés? —con mucha naturalidad, Carolina se acomodó entre sus piernas.

—Fluido. También hablo francés, italiano, portugués, alemán y romanche. Y lo más inútil de todo: latín.

—¿Y cómo lo conseguiste? —Carolina la miró con auténtica curiosidad.

—De la misma manera en que tú consigues hacer todas esas piruetas. Trabajando duro.

—Mi papá dice que así uno puede conseguir lo que sea.

—Y tú papá tiene razón. —Emilia evadía la mirada de Matías, que sentía fija sobre ella—. ¿Qué querías pedirme?

—Si podía nadar en la piscina, mamá —le pidió con dulzura.

—¿Hiciste tus tareas? —quiso saber Emilia.

—Puedo hacerlas a la tarde —respondió Carolina con una sonrisa radiante.

—Yo creo que mejor haces las tareas temprano y después puedes jugar en la piscina. —Emilia reafirmaba su postura negando con la cabeza—. Eso, claro, si tu papá te lo permite. Tal vez quiera que practiques un poco, ayer no trabajaste nada con él.

—Pero el domingo nunca practico, tengo que descansar —explicó Carolina con la mirada triste.

—¿Y vas a descansar jugando en la piscina? —Emilia la interrogó con un gesto pícaro.

—Es que no es lo mismo, mamá. —El tono quejoso de su voz le daba mucha risa a Emilia, pero trató de mantenerse seria, tanto por la pequeña como por ella misma.

—Mira, hagamos un trato —propuso la mujer, después de todo, vivía de hacer tratos—. Anda a tu dormitorio y ordena tus cosas de la escuela, haz las tareas y después me traes tus cuadernos y el horario; quiero conocerlo. Si terminas todo antes de almuerzo y si tu papá lo autoriza, puedes jugar en la piscina a la tarde, siempre que alguien te acompañe.

—¿No te vas a bañar conmigo?

—Después lo vemos. A la tarde tengo un compromiso.

—¿Necesitas que te acompañe, Mili? —preguntó Matías interviniendo por primera vez en la conversación.

—No, no te preocupes —indicó, enfrentándolo por fin—. Es un compromiso laboral, no social.

—Como quieras —Matías respondió con una indiferencia absoluta, ni siquiera la miró—. Vamos, Carito, hagamos las tareas. Deja que Emilia trabaje tranquila.

—Después me traes los cuadernos, hija —pidió Emilia—, y a la tarde cuando vuelva podemos jugar a las cartas o ver una película.

—¡Sí! —exclamó la niña alegre, al salir del estudio. Matías no se despidió. Emilia no sabía qué era peor, su frialdad o su calor.

Después de almuerzo, y como hacía todos los domingos, Emilia tomó una camioneta, fue a un supermercado y compró todo lo que se le ocurrió. A continuación, se dirigió al hogar de ancianos que visitaba.

Estuvo dos horas; conversó con los ancianos, jugó con algunos, le dedicó mucho tiempo a un hombre que siempre la esperaba para jugar una partida de ajedrez. Y repartió los dulces y galletas que había llevado.

Luego entregó los pañales y otros útiles de aseo a la directora. Conversó un

poco con ella; le preguntó si necesitaban algo y dejó un generoso cheque.

Cuando salió se dirigió por segunda vez al supermercado y volvió a cargar el vehículo, en esta ocasión con alimentos no perecederos, algunos dulces y útiles escolares.

Fue hacia una población marginal y repartió las compras entre varias familias que apadrinaba. Iba una vez al mes a cada sector que tenía seleccionado. También dejó algunos cheques para ayudar a las familias con los gastos básicos.

Al llegar a casa escuchó las risas provenientes de la piscina y caminó hacia esta.

Matías estaba parado en el borde, mirando como Carolina nadaba de un extremo a otro. Lo único que llevaba era un corto pantaloncillo de baño de color azul y tenía el cuerpo húmedo, lo que oscurecía el fino vello que cubría los pectorales y el trabajado abdomen.

Emilia sintió un escalofrío recorrer su espalda. Sería tan fácil acercarse y aceptar su ofrecimiento de la noche anterior. Él se lo había dicho: solo tenía que pedirlo.

Sin embargo, no lo hizo. En el último momento, desvió el camino y entró en la casa.

No se sentía preparada para la clase de compromiso que implicaba aceptar a Matías como su verdadero esposo. A pesar de eso, cerraba los ojos y podía ver el cuerpo del hombre la noche anterior, con ese pantalón negro satinado. Muy, demasiado, sexy.

Nunca antes había experimentado lo que sentía en ese momento, aunque sabía perfectamente lo que era.

Estaba excitada. El corazón le latía apresurado, sentía un ingente calor apoderarse de su cuerpo, los pezones se endurecían dentro del sostén y la humedad se apropiaba de sus partes más íntimas.

Detuvo la caminata en medio de la cocina y respiró varias veces tratando de calmarse.

—¿Emilia? —escuchó la voz de Matías desde la puerta e hizo una mueca—. Me pareció oír un automóvil. ¿Vas a unirte a nosotros en la piscina?

La mujer se volvió y lo miró. Si la noche anterior le había parecido sexy e irresistible, no era nada comparado con verlo a escasos pasos de ella, casi desnudo y mojado.

—No lo creo, estoy cansada —le dijo evadiendo su mirada—. Voy a subir a ducharme y descansar un rato.

—Como quieras —se volvió para salir de la cocina, pero en el último segundo la miró de nuevo—. ¿Fuiste a una reunión de negocios con jeans y zapatillas? No es necesario que me respondas, pero tampoco es necesario que me mientas. Ni a Carolina.

Emilia no supo qué decir. No quería contarle lo que hacía el domingo en la tarde. Ni a él ni a nadie, por mucho que se sintiera tonta ocultando algo así, pero no quería que él supiera que no estaba tan lejos de la verdad. Que sí la estaba conociendo, mucho mejor que la gente que la había tratado por años. No quería que nadie conociera lo mejor de ella.

Le daba incluso más miedo que entregarse a él.

## Capítulo siete

El lunes llegó a la oficina, donde Berta la esperaba con dos tazas de café y la programación de la semana, lista para ser discutida.

—Bien, Berta. Antes de comenzar, necesito tratar contigo ciertos asuntos —dijo, mientras se sentaba tras su escritorio.

—Buenos días, Emilia —respondió Berta con una sonrisa suficiente—. Espero que hayas tenido un buen fin de semana.

—No me digas buenos días, ni me sonrías así, Berta Tamara. ¿Por qué diablos lo hiciste? —El enojo de Emilia era tan evidente, como la diversión de Berta.

—¿Hacer qué? —preguntó Berta, fingiendo inocencia.

—Ay, Berta, sabes perfectamente qué. Y si no me dices la verdad ahora, considérate despedida en este instante.

—No me vengas con la señorita Larraín Mackenna acá, Mili —replicó Berta sin inmutarse—. A mí no me vas a hacer tiritar como a la pobre Jenny.

—¡Berta! —gritó Emilia molesta—. De pobre nada, le perdoné la vida, ¿no?

—Primer milagro en el camino de la canonización de tu esposo. Quiero saber si sucedió el segundo durante el fin de semana. —Solo la confianza que daba conocer a Emilia desde su más tierna infancia y todos los años de trabajar juntas hacía que Berta continuara relajada, esperando la respuesta. Claro que nadie más se habría atrevido a dejar toda una montaña de ropa

interior de lo más sugerente en el cajón de Matías. Y por supuesto el pijama de satín. Bueno, el pantalón del pijama de satín. Dejarlo completo habría sido un crimen, considerando la musculatura del hombre en cuestión. Y como Berta sabía que Emilia adoraba el satín, había decidido hacerle un regalo especial.

—No sé de qué estás hablando —respondió Emilia, tratando de disimular su sonrojo tras la taza de café.

—Yo tampoco, entonces —replicó Berta, sin perder su sonrisa—. ¿Trabajamos?

—¡Sabes perfectamente de qué te estoy hablando! Solo tú serías capaz de comprar un pijama y meterte a hurtadillas en el dormitorio de Matías para dejarlo —reclamó Emilia.

—Creo que estás equivocada, Emilia —respondió Berta con mucha seriedad.

—¿Ah, sí? —preguntó Emilia enarcando las cejas—. Entonces el pijama es producto de mi imaginación.

—No, no es producto de tu imaginación, pero te equivocas en cuanto a que entré a hurtadillas. Le dije a Sofía que tenía que subir a dejar algo a tu dormitorio después del almuerzo y ella me dejó pasar. Y además era un pantalón de pijama no un pijama completo. Ah... y muchos, muchos calzoncillos, de variadas formas y colores, y de varias telas distintas, a ver si alguno despierta tu imaginación.

—¡Berta! Me pareció dejarte claro el viernes que no...

—Pero no quisiste escuchar mi opinión, así que aquí va: es tu esposo y está bien bueno; deberías aprovechar. ¿Qué malo puede pasar? Ya se casó contigo por el dinero y tienes contrato prenupcial.

—¡Berta! —La secretaria no había visto nunca a Emilia verdaderamente enojada con ella, pero le parecía que lo mejor era guardarse su opinión. Al menos hasta que estuviera un poco más receptiva.

—Bien, Emilia, entiendo. No quieres. Matías no tiene para qué usar esa ropa. ¿Trabajemos ahora?

Emilia miró por unos momentos; le parecía una cobardía no enfrentar el problema de fondo, pero prefería hundirse en el mar del olvido que le proporcionaría su trabajo. O al menos eso esperaba.

—Bien, trabajemos —respondió alejando la taza de café de su lado.

Berta le pasó una carpeta y estuvieron discutiendo algunos asuntos la siguiente media hora. Lo único en lo que Emilia podía pensar, era en quedarse sola por unos minutos. Berta, que después de todo la conocía más de veinte años, terminó rápidamente lo que tenía que decirle de manera urgente y se devolvió a su escritorio.

Un rato después, cuando por fin había conseguido concentrarse, sonó el teléfono. Era Berta anunciando a Federico Mackenna.

—Hazlo pasar —instruyó— y enciende las cámaras. Espero grabar una buena entretención para la posteridad.

Siguió escribiendo un correo electrónico, sintiendo una calma desbordante, como siempre que se preparaba para reunirse con su primo.

Cuando Federico, un hombre anodino y poco agraciado, entró en la oficina, Emilia lo miró un breve instante, apuntó una silla con la mano y le pidió que la esperara un segundo.

Siguió con su escritura, extendiéndola caprichosamente, revisándola tres o cuatro veces, agregando una coma aquí, un punto allá, hasta que no pudo seguir fingiendo. Apretó el botón de enviar y se volvió hacia el hombre que la esperaba impaciente y molesto.

—Federico —saludó—, ¿qué puedo hacer por ti?

—Puedes empezar por explicarme por qué me has estado evadiendo estos últimos días, prima querida —repuso el hombre mordaz.

—Me dijo Berta que habías estado acá el viernes —Emilia le sonrió beatífica—, pero la verdad es que estuve bastante ocupada ese día. Especialmente en la mañana, me quedé unas pocas horas y luego salí, regresé después del almuerzo para tratar de trabajar, aunque no conseguí mucho, y luego volví a salir.

—Vi tu limosina afuera —la increpó Federico sin tragarse el cuento.

—Claro, porque no salí con Marcos —explicó Emilia sin perder su sonrisa.

—¿Desde cuándo manejas tú, prima? —Un gesto de superioridad cruzó su cara. Pensaba que la había atrapado.

—No dije que manejara yo, sabes que no me gusta; dije que había salido. — Emilia ya se divertía y ni siquiera habían llegado al tema del banco, menos aún del matrimonio. Solo seguir haciendo creer a Federico que no manejaba era entretenido.

—Me imagino, entonces, que tienes chofer nuevo —replicó Federico poniendo el periódico que traía sobre el escritorio.

Emilia lo tomó, comprobando, como sospechaba, que se trataba de la página de sociales del domingo, donde se había publicado la noticia con algunas fotografías del matrimonio.

—Se ve linda mi niña, ¿no crees? —le mostró su sonrisa más amplia.

—¿Tan desesperada estás que te casas con un perfecto desconocido? ¿Un bueno para nada que conoces hace tres días? ¿Y adoptas una cría salida de cualquier parte? —Las palabras de Federico eran veneno puro, pero Emilia no recibió el golpe, todo lo contrario.

—Creo que estás muy equivocado, primo —respondió Emilia con dulzura.

—¿No estás desesperada? —interrogó Federico irónico.

—No es un bueno para nada. —Siguió hablando con el mismo tono, tan extraño en ella que ya era un anuncio en sí mismo—. Es bueno en muchas cosas. Un excelente padre, de partida. Carito es un cielo.

—Me imagino que es bueno en otra cosa, también. Así se lo especificaste en ese gimnasio de mala muerte. —El hombre sonreía con doblez.

Emilia lo miró y entrecerró los ojos, como pensando, intentando comprender de qué le hablaría Federico. De pronto, la luz del supuesto descubrimiento iluminó su rostro.

—Bonito espectáculo, ¿no? Ya me imagino el desconcierto de tus secuaces. Y cómo deben haber estado de felices por llevarte una teoría tan interesante.

—¿De qué teoría me hablas? —preguntó el hombre suspicaz.

—Asumo, por lo que dijiste recién, que piensas que lo conozco hace tres días, aunque considerando lo que dices del gimnasio, deben ser cinco. Y que tus secuaces tomaron como cierta la broma que le hice a Matías. Pobrecito, estuvo muy confundido hasta que conversamos esa noche. Una lástima que no hubiera conseguido niñera para Carito, de lo contrario podríamos haber puesto en práctica inmediatamente mi solicitud.

—¿Y hace cuánto tiempo conoces, entonces, a ese muerto de hambre?

—A veces pienso que lo conozco de toda la vida —susurró Emilia, provocando la exasperación del hombre.

—Me estropeaste un buen negocio, Emilia —reclamó Federico, cambiando el tema con brusquedad.

—Lo siento, primo, no era mi intención... —Emilia hizo una pausa, para darle mayor dramatismo a su actuación. Lo miró con algo de culpa dibujada en su rostro—. Bueno, sí era mi intención al comienzo. No estropear el negocio, sino que robártelo. En verdad era muy bueno. Cuando me acerqué a Matías la primera vez, fue con intenciones de comprarle el gimnasio...

—En cambio, le pagaste la hipoteca. Le regalaste la libertad económica.

—Bueno, una mujer puede hacerle un bonito regalo a su marido cuando quiera, sin tener que darle explicaciones a nadie —replicó Emilia rauda, como excusándose—. Ahora, Federico, si me disculpas, tengo mucho trabajo.

Emilia se puso de pie y comenzó a caminar hacia la puerta, esperando que la siguiera. Federico se puso de pie, pero no siguió a Emilia, no había terminado aún de destilar veneno.

—No me voy aún, prima querida.

—Creo que lo mejor es... —Emilia comenzó a hablar, pero guardó silencio repentinamente al escuchar la puerta abrirse.

—Querida, llegué. —La cariñosa voz de Matías se escuchó antes de que él apareciera, cuando vio que había alguien más en la oficina con Emilia, se detuvo—. Lo siento, no sabía que tenías compañía. Afuera está Luisa sola,

hablando por teléfono. Y Berta no está en su despacho, yo entré sin anunciarme.

—Matías, cariño, no es necesario que te anuncies. Y mi primo ya se iba. — Le tendió la mano para que se acercara.

—¿Tu primo? —Matías avanzó la distancia que los separaba, alzó una mano y sonrió al hombre—. Un gusto conocerte, por fin, Federico. Esperaba este momento, para darte las gracias.

—¿Gracias? ¿Por qué? —preguntó Federico comenzando a ganar algo de color en su cuello. Emilia sabía que estaba muy cerca de perder la calma.

—Por haber tratado de destruir mi gimnasio —explicó Matías, como si fuera lo más natural del mundo—. Gracias a eso conocí a mi Mili —miró a Emilia a los ojos, con gran ternura. Luego subió su mano libre y le acarició la mejilla.

—Lo mismo estaba tratando de explicarle —dijo Emilia al cabo de unos momentos de miradas tiernas y candorosas—. Gracias a él, yo me acerqué a ti con las intenciones de comprarte el gimnasio y robarle el negocio que estaba creando. Pero te conocí y el resto, como dicen, es historia.

—Exacto —Matías apartó con dificultad la mirada de Emilia—. Así que gracias, Federico.

—Sí, gracias Federico —agregó Emilia, después volvió a tirar de la mano de su esposo. Cuando él la miró, siguió hablando—. ¿Qué haces aquí? Pensé que tenías dos alumnas en la mañana.

—Lo que pasa, querida, es que desperté y ya no estabas a mi lado. Te extrañé mucho.

—Te conté anoche que vendría temprano para la oficina, porque necesitaba hablar con un asociado comercial en Japón.

—Sí, lo recuerdo, pero de todas maneras te extrañé. Quería recibir el beso de buenos días de mi esposa.

—Buenos días —Emilia se acercó a Matías para darle un beso en los labios.

—Buenos días —respondió Matías cuando ella se alejó—. La cosa es que mi primera alumna fue al gimnasio, pero la segunda no se presentó, así que pensé que mejor cerraba el gimnasio y venía por mi beso —se inclinó y volvió a besar a Emilia, esta vez tomándola por la cintura y acercándola más a su cuerpo.

Cuando Federico carraspeó, se separaron. Emilia se sonrojó como una adolescente. Solo para ella reconoció que el sonrojo era auténtico.

—Lo siento, Federico —murmuró Matías obligando a Emilia a refugiarse en sus brazos—. Me imagino que recuerdas aún cómo es ser un recién casado. Si Mili va al baño, ya la echo de menos terriblemente.

—Por supuesto —concedió Federico—, por lo que me extraña que no se hayan tomado unos días para salir de luna de miel.

—Tienes que considerar —dijo Emilia levantando su rostro— que tenemos una hija que va a la escuela. No valía la pena irnos a algún lugar el sábado en la tarde y tener que volver el domingo. El próximo viernes, aprovechando que Carito sale temprano de la escuela, vamos a ir a la costa por un par de días.

—En todo caso —agregó Matías—, no necesitamos ir a ningún lado para disfrutar de nuestra luna de miel.

—Pero no es bien visto que un matrimonio no tenga un viaje de luna de miel —repuso Federico, tratando de hacerlos caer en lo que él consideraba eran puras mentiras.

—A mí no me importa lo que diga la gente —replicó Emilia mirándolo fijamente—, pero si te interesa tanto, déjame contarte que en diciembre, después de que acaben las clases, vamos a viajar para tomarnos unas buenas vacaciones.

—Exacto —dijo Matías—. Carito viene transmitiendo hace al menos dos semanas que quiere pasar la Navidad en Disneylandia.

—De seguro lo consigue —Emilia le sonrió, tomando una repentina decisión—. Sabes que hace conmigo lo que quiere. Eso lo heredó de ti.

—¡Amor! —susurró Matías, antes de besarla por tercera vez. En esta

ocasión, Emilia no se hizo de rogar y rodeó los fuertes hombros con los brazos, entregándose al beso sin fingimientos. Disfrutando libremente de las caricias de su esposo.

Federico volvió a carraspear, sintiéndose incómodo, preguntándose por primera vez si la relación de Emilia sería auténtica

—Lo siento, Federico —dijo Matías—. Claro que, de verdad, es culpa tuya. Deberías haberte ido cuando yo llegué y permitir a dos recién casados disfrutar de su intimidad.

—Eres tú el que está fuera de lugar, Matías —replicó Federico muy molesto—. Este es un lugar de trabajo. Mi prima es la presidenta del Grupo Mackenna, muchos dependen de ella.

—Por mí, el Grupo Mackenna puede irse a freír monos a Guayaquil —dijo Matías sonriendo—, así Mili sería solo mía.

Federico lo miró, evaluándolo. Luego miró a Emilia, que sonreía como una niña el día de Navidad.

—Me voy, prima —Federico se despidió después de mirarla por unos minutos—. Espero que al menos hayas tenido la cordura de hacerlo firmar un acuerdo prematrimonial —agregó caminando a la puerta, pero no fue Emilia quien lo siguió, sino Matías. Al llegar a ella, le abrió con su identificación y clave, asegurándose de que lo viera hacerlo.

—Yo sabía que me había faltado algún trámite antes del matrimonio —respondió Emilia riendo.

Federico no pudo dilucidar si hablaba en serio o en broma.

Después de que se cerró la puerta, Emilia se acercó a un sofá y se dejó caer. Pensaba que sus temblorosas piernas no podrían sostenerla más. Se cubrió los ojos con una mano y comenzó a reír.

—Creo que fuimos bastante convincentes —le dijo Matías, sin compartir sus risas

—¿Bastante convincentes? —respondió Emilia entre risas—. Por favor, Matías, fue genial. No sabía que eras tan buen actor. Otra vez eso de «Mi

Mili». Dios, ¡Qué divertido! ¿Berta estás viendo? Apaga la grabación y hazme unas veinte mil copias, por favor.

Se escuchó un pitido en el teléfono y la voz de Berta a través del aparato.

—Claro, Emilia. Inmediatamente.

—¿Estabas grabando? ¿Cómo? —preguntó Matías sin poder contener la curiosidad.

—Tengo varias cámaras ocultas en la oficina. Grabo todas las noches, para asegurarme que nadie entra cuando no estoy —explicó Emilia aún muy feliz—, y también grabo ciertos encuentros y reuniones. Algunos para poder revisarlos después de que mi interlocutor se fue. Y otros, como este, para disfrutar cada vez que quiera ver las caras de estupefacción que pone mi primo. Todavía no me entiende nada y siempre procuro salir con algo que lo confunda más aún.

—Confunde a tus enemigos —dijo Matías cáustico.

—Por supuesto.

—Creo que eres un poco paranoica. Tienes tanta seguridad que es imposible que nadie llegue hasta acá, pero aun así grabas todas las noches cuando no estás.

—Más de la que tú crees; me imagino que nunca has notado que me siguen a todas partes, además del gorila que anda con Marcos. Y no necesito una veintena de jardineros, ni tanto personal de aseo, menos en este piso. El problema es que tengo muchos enemigos. —Emilia ya se había calmado. Más de la cuenta. Ella misma notaba como la alegría anterior, si bien no fingida sí exagerada, era reemplazada por un leve enojo que crecería hasta el infinito, aunque ella se cuidaría muy bien de ocultarlo—. Hay muchas personas, además de mi primo, que quieren destruirme. Claro que en el caso de ellos no es personal, solo un asunto de negocios.

—Creo que prefiero ser pobre y vivir tranquilo.

—Lo mejor es ser multimillonario y vivir tranquilo, pero eso es una utopía —dijo Emilia, poniéndose de pie y caminando hacia el escritorio. A medida que caminaba alisaba inexistentes arrugas en su traje y se reacomodaba el

cabello, que sí estaba desordenado. Al llegar al escritorio, tomó un pañuelo de papel y se limpió la cara y labios, borrando todo rastro de maquillaje, llevándose con él hasta el último recuerdo de los besos compartidos. Se sentó y ya era nuevamente la fría mujer de negocios que Matías empezaba a odiar—. Dime, ¿cómo llegaste tan a tiempo?

—Es verdad que mi alumna no se presentó, por lo que decidí ir a comprar la ropa deportiva y zapatillas que me ordenaste que comprara. Iba al *mall* deportivo, cuando pasé por fuera del edificio. Y recordé que tenía que ir a las oficinas de Seguridad a arreglar el asunto de mi identificación. Estaba allí cuando me llamó Berta. Quería saber si estaba cerca y podía llegar pronto. Me dijo que estabas con Federico. Apenas me entregaron la identificación subí.

—Fue providencial, entonces —Emilia no sabía qué sentir. Pero ganó el orgullo—. ¿Cómo te trataron todos?

—Excelente. Desde el jefe de seguridad para abajo, todos corrían por atenderme. —Matías, que ya había aprendido las reglas del juego, quiso hacerla beber de su propia medicina—. Y en la recepción no podría haber sido mejor. Jenny se ve mucho mejor sin tanto maquillaje, ¿no crees? Es realmente una joven muy hermosa y agradable. —Era verdad lo que decía, pero a él no podría haberle importado menos.

—Eso es bueno. —Y ahí estaba otra vez, la perfecta heredera, la señorita Larraín Mackenna en todo su esplendor, hablándole a todo el mundo con su voz más dura, casi golpeándolos con las palabras que decía—. Si no te importa, tengo mucho que hacer. Anda al *mall*. Aprovecha de comprarle algo a Carolina. Y también un poco de ropa informal para ti. El sábado vamos a ir a navegar a Viña del Mar, necesitas ropa apropiada. Lo más seguro es que haya algún fotógrafo cerca.

—Como digas, Emilia, tú eres la jefa —repuso Matías poniéndose de pie—. ¿Alguna instrucción más?

—Sí —dijo Emilia casi interrumpiéndolo y comenzó a darle órdenes como a cualquier empleado más —si no tienen pasaporte al día, sácalos. Para ti y

para Carolina. También quiero que vayas a una notaría y me hagas un poder para sacar a la niña del país. En caso de que decida llevarla de compras a Nueva York o Europa. Llama a Cristóbal, que él te asesore. Pídele el teléfono a Berta. Confirma en el colegio la fecha en que Carolina sale de clases para hacer las reservas de nuestro viaje. Y prepara un calendario con las próximas competiciones, tanto en Chile como en el resto de Latinoamérica. Cuando lo tengas listo, entrégaselo a Berta; ella se va a encargar de preparar los detalles para los viajes cuando la competencia sea fuera de Santiago.

—Por supuesto —aceptó Matías con toda la calma que fue capaz, aunque quería gritar y quebrar algunas cuantas cosas. Especialmente, quería sacarle el perfecto traje a Emilia y recuperar a la dulce mujer que había compartido la tarde del sábado con él y su hija.

—Eso es todo, Matías, gracias —indicó, volviéndose al computador y revisando los correos que había recibido en ese rato.

—Hasta la noche, señorita Larraín Mackenna. —Matías comenzó a caminar hacia la salida.

—Señora —corrigió Emilia aún sin mirarlo—, señora Larraín Mackenna.

—Eso es en el papel y frente a los demás. —Matías ni perdió la calma y ni dejó de caminar—. Yo sé, al igual que tú, que sigues siendo la señorita Larraín Mackenna.

Emilia no se molestó en contestar; no sabía cómo.

Después de escuchar la puerta cerrarse, Emilia apartó los ojos de la pantalla del computador y tragó saliva convulsivamente, tratando de controlarse. Unos minutos más y lo habría conseguido.

Antes de volver a trabajar, pensó en lo irónica que era la vida. Frente a las demás personas era una dura mujer de negocios. Fingía ser una dura mujer de negocios. Solo dejaba ver a la tierna mujer que en verdad era cuando la acompañaba su recién adquirido marido.

Y en la intimidad del hogar, de su dormitorio, donde podía ser en verdad quien era, tenía que seguir fingiendo.

En esa ocasión, para Matías.

\*\*\*

Las semanas que siguieron la vida continuó con el mismo ritmo. Emilia salía temprano de casa e iba a la oficina.

Matías seguía con sus alumnos y compromisos en el gimnasio. Carolina iba a la escuela y entrenaba todos los días. A veces la visitaban durante el día en la oficina, para que todos tuvieran muy claro que eran una familia feliz.

Y en casa, frente a todo el mundo la actuación continuaba hasta el momento de irse a dormir.

Todas las noches, después de cenar y conversar un rato los tres, iban a acostar a Carolina. Emilia cepillaba su pelo y la besaba de buenas noches. Luego de que Matías se despidiera de la niña, tomaba a Emilia de la mano y salían del dormitorio rumbo a la suite. Apenas llegaban allí, Matías iba a su dormitorio. Sin volverse, sin mirar a Emilia, le deseaba buenas noches, cerraba la puerta y no lo volvía a ver hasta la noche siguiente.

El sábado, Emilia iba a la oficina o se quedaba trabajando en casa, mientras Matías y Carolina practicaban. Emilia decidió arreglar parte del gimnasio que tenía en casa para que la niña no perdiera el tiempo yendo de un lado a otro. Cuando estuvo listo, el arreglo funcionó mejor de lo que esperaban.

En las tardes, Emilia ayudaba con las tareas escolares. Si terminaban, luego salían a dar una vuelta en la limosina, a ver una película o simplemente a pasear. Matías tomaba a cada una con una mano y caminaban largo rato. Emilia disfrutaba de esas tardes mucho más de lo que se atrevía a reconocer.

La mañana del domingo, los tres se levantaban tarde y tomaban desayuno al lado de la piscina; luego jugaban hasta la hora de almuerzo.

Después, Emilia se retiraba y anunciaba que tenía una reunión de negocios y salía sola de casa. Matías ni siquiera sospechaba donde iba, pero sabía, sin género de dudas, que no iba a una reunión.

A veces pensaba que Emilia iba a pasar unas horas a solas en el departamento de la oficina, que lo único que buscaba era alejarse de ellos. Otras, tenía la certeza absoluta de que Emilia le había mentado el día que se casaron. Que no era virgen, que tenía un amante. Aunque era tan tonto. ¿Para qué casarse con él si tenía un hombre en su vida? Pero después recordaba la disputa con Federico y la proverbial manzana de la discordia, o sea, su gimnasio, y la idea cobraba fuerza.

Una tarde, Sofía lo vio cuando miraba a Emilia subirse a un automóvil y salir de casa. Interpretando correctamente su gesto, se le acercó.

—No tiene nada de qué preocuparse, Matías —le dijo—. La niña es más buena que el pan. El problema es que no quiere que nadie sepa lo que hace. Con Marcos pretendemos ignorarlo, así somos todos felices.

—¿Qué hace, Sofi? ¿Qué hace todos los domingos que es tan importante para dejar a su familia a un lado y en la ignorancia?

—Eso es algo que la niña tiene que contarle —Sofía lo miró, sonriendo triste—. Lo único que le puedo decir es que el día que lo sepa, va a ser un hombre muy feliz. Y va a estar a un paso de ganar lo que quiere de la niña.

—¿Tan evidente es? —le preguntó Matías, sin dar crédito a lo que escuchaba. Una cosa era Cristóbal, que cada vez que lo veía le jugaba una broma absurda, pero otra cosa era Sofía.

—Para todos, excepto para Mili —dijo Sofía—, y más aún para mí. Yo he visto su mirada, cuando la niña se aleja de usted; he visto la añoranza en su gesto. Y he visto como irradia calor, aún en las fotografías esas que salen en las páginas sociales, cuando tiene que acompañar a la niña a un baile o evento. He visto como es feliz cuando tiene que fingir, solo fingir, que la ama.

—Yo no...

—¿No la ama? —Sofía sonrió—; yo sé y usted sabe que es así. Sé que usted descubrió a la verdadera Mili; no quien ella pretende ser.

—¿Por qué es así? ¿Por qué finge?

—Como casi todo en su vida, es culpa de don Felipe. La niña lo único que

hizo siempre fue tratar de agradarle. Solo lo consiguió cuando comenzó a tratar mal a quienes la rodeaban y a ser fría y calculadora.

—Maldito hombre, me gustaría que estuviera vivo para poder matarlo personalmente.

—Don Felipe era un maldito bastardo, como dice la niña Berta. Bueno, la señora Berta, ahora.

—¿Cómo? —por primera vez durante la conversación, Matías rio—. ¿La niña Berta?

—Un alma gentil y caritativa como pocas. Su papá trabajaba con don Felipe; era uno de sus ayudantes, una de las pocas personas en las que él confiaba. A veces, cuando ellas eran niñas, don Felipe los invitaba. Al papá de Berta y a otros empleados, para que vinieran a casa con sus familias. Berta era la única que se compadecía de la niña y jugaba con ella, a pesar de la diferencia de edad. Ahora casi no se les nota, pero en ese tiempo la niña tenía ocho o nueve años y Berta ya era una señorita de quince o dieciséis.

—No tenía idea —Matías agradecía recibir esa información—. ¿Cristóbal?

—Ah, el niño mimado —Sofía sonrió maternal—. Como tienen la misma edad, don Felipe incentivó su amistad desde pequeños. A pesar de que la familia de Cristóbal no tiene tanto dinero como los Mackenna...

—Nadie lo tiene. —Matías la interrumpió con una mueca burlona.

—No, nadie —aceptó la mujer con suavidad—. Bueno, ellos no tienen tanto dinero como los Mackenna, pero de todas maneras son una familia muy acomodada y con mucho renombre. Y a don Felipe le gustaba Cristóbal, como nunca le gustó Mili. Era un muchacho algo loco, pero muy inteligente. Don Felipe soñaba con ver a Mili casada con él y, por supuesto, con Cristóbal haciéndose cargo de las empresas. Sintió una enorme decepción cuando supo que había entrado a estudiar derecho y no ciencias empresariales, como él pretendía. Peor aun cuando Mili, ya en su personaje de la señorita Larraín Mackenna, le dijo que Cristóbal no era su tipo, porque hablaba mucho y que, para soportar cotorras, mejor se compraba un loro.

—¿Pero ellos no... es decir... —No sabía cómo plantearle un tema que lo inquietaba desde la primera vez que lo vio; sin embargo, la mujer lo salvó.

—Jamás. Ellos piensan que son hermanos que separaron al nacer. Al menos así decían cuando eran niños. A pesar de todo, Cristóbal le propuso a Emilia que se casaran y siguieran haciendo cada uno su vida. Él conocía desde antes la cláusula del matrimonio para heredar. Riendo, le dijo que era un gran sacrificio, pero alguien tenía que hacerlo. Verá, Cris es como Mili. Lleva años jurando que jamás se casará, por lo que no habría ningún problema en hacerlo con ella. Pero yo conozco a mis niños, lo hace solo por fastidiar a su madrastra que le presenta cuanta niña tonta se le cruza por el camino.

—¿La mujer que lo acompañaba el día del matrimonio?

—Ni idea. Estoy segura de que él aún está enamorado de una chica que conoció en la universidad. Ella estudiaba medicina, con becas y era de fuera de Santiago, de una familia pobre del sur. Bonita, inteligente y simpática. Cris siempre la traía. Aunque era una muchacha muy reservada, cualquiera podía ver que ella también estaba enamorada de él, pero una noche fue a la casa de su familia y allí desapareció. Mili siempre dice que tiene que ser culpa de la madrastra de Cris, que debió tratarla de lo peor. Usted ya la conoce, pero en realidad no lo hace. Si hay alguien en este mundo que tiene doble cara y malas intenciones, esa es la señora Patricia. Me imagino que le tiene que haber dicho que era una cualquiera cazafortunas y otras linduras que también dice de usted. Y la pobre no quiso saber más de Cristóbal.

—¿La madrastra de Cristóbal habla mal de mí? —preguntó con sorpresa. Cuando la conoció, un par de semanas antes, le había hecho la pelota a más no poder. Pero, tal como había dicho Sofía, en realidad no la conocía. Y estaba claro que una empleada de confianza, como ella, sabía todo lo que pasaba alrededor.

—Así dice Cris. Me contó el otro día. Me dio una rabia. Ni que ella fuera tan dama, no es más que una auténtica trepadora, que atrapó al tontón de don Alfredo con un embarazo falso. El pobre hombre seguía triste por la muerte de

su esposa y cayó redondito.

—Vaya, creo que no soy el único que finge en público —dijo riendo—; le agradezco toda la información que me dio, Sofi. Y no se preocupe, no le voy a decir nada a Emilia.

—Sé que no, Matías. —La mujer lo miró por unos momentos; luego se dio la vuelta y se fue.

Viendo cómo se alejaba, Matías repasó la conversación. Lo primero que analizó, y a profundidad, fue la seguridad con la que Sofía afirmó que él amaba a Emilia. ¿Cómo podía la mujer saber algo que ni él mismo había considerado? Es decir, era hermosa y una buena mujer por mucho que fingiera otra cosa. Y estaban casados, así que él había llegado a la conclusión que lo mejor sería mantener una relación de verdad, pero ¿Amarla? Comenzaba a comprenderla, a quererla con todas sus complejidades, pero de ahí a amarla...

El tema de Cristóbal aún le provocaba ciertos resquemores. Por mucho que Sofía dijera que en realidad eran como hermanos y que a eso se debía su cercanía, él le propuso un matrimonio solo de nombre. Nada distinto a su situación, pero solo porque Emilia lo alejaba. ¿Habría sido lo mismo con Cristóbal? Aunque la actitud del abogado no pasaba de ser protectora con ella y bromista con él, ¿qué sabía Matías de los sentimientos que de verdad le profesaba?

Lo que no le sorprendió fue saber que Emilia conocía a Berta por tanto tiempo. Si alguien las escuchaba hablar, cuando creían que estaban solas, quedaba claro que su relación no era meramente laboral.

Después, recordó que el siguiente fin de semana sería el cumpleaños de Emilia. Quería hacer algo especial para ese día, pero no sabía qué. Lo peor era que nunca sabía cuándo iba a ir ella a trabajar y cuando no, por lo que llamó a Berta intentando conseguir la información. La respuesta de la mujer fue una auténtica sorpresa.

—Mira, Matías —dijo Berta al cabo de unos minutos en que lo único que se escuchaba era su respiración—. Emilia nunca viene a trabajar los sábados. Va

al cementerio a ver a sus padres. Va siempre en días importantes. Para el cumpleaños de ellos y para su aniversario de fallecimiento. Y para el cumpleaños de Emilia. En esas cinco fechas va, sin importar el día que sea. Bueno, debo aclarar que solía ir todos los sábados. Pero ahora, desde que Carolina entrena en casa no va casi nunca. Verás, la oficina no es nada comparado con el gimnasio.

—¿A qué te refieres? —preguntó Matías.

—¿Recuerdas el día que conociste a Federico?

—Por supuesto. Más de una vez me he preguntado si de verdad ve las... — Matías calló repentinamente, entendiendo lo que le decía Berta—. ¿Me estás diciendo que instaló cámaras en el gimnasio? ¿Qué no va al cementerio porque se queda en la oficina viendo las prácticas? ¿A pesar de que podría caminar unos pocos metros y estar con nosotros?

—Que quede claro que lo dijiste tú, no yo. Y te tengo que dejar, está a punto de entrar.

Berta colgó sin decir nada más, dejándolo con una gran inquietud. ¿Hasta cuándo se prohibiría disfrutar de la vida? Si dependiera de él, solo hasta ese mismo día.

Decidió que ayudaría a Carolina a preparar una bonita rutina, especial, para que se la mostrara a Emilia al día siguiente, después de que visitara las tumbas de sus padres.

## Capítulo ocho

El viernes en la noche fue una de esas ocasiones en que Emilia necesitaba la compañía de su esposo, para un evento social.

—Nuestra presidenta no cumple treinta años todos los días —fueron las palabras con las que Gert los recibió, en el tono más empalagoso que le había escuchado hasta la fecha.

Los directores y gerentes del grupo Mackenna prepararon una elegante y costosa celebración, en vísperas del cumpleaños de Emilia.

Asistieron todos, hasta Federico, escoltando a su embarazadísima esposa.

Al verla, Emilia casi saltó de alegría. Se acercó a ella y con una sonrisa muy falsa en los labios la saludó, preguntándole por su estado y el del bebé.

—¿Sabes ya qué es? —le preguntó atenta, aunque Matías, viendo la felicidad que Emilia no podía ocultar, supo que el bebé era niña y que ya había recibido esa información.

—Es una nena —respondió la mujer con un suave acento argentino y un leve color rojo en sus mejillas.

—¡Una niña! —exclamó Emilia mirando a su primo—. Felicidades, Federico, una más para tu colección.

—He sido bendecido con otra maravillosa hija —masculló Federico, comiéndose la rabia—. Espero que algún día conozcas tanta dicha. Que no nos hagas esperar para conocer a los pequeños del Río Larraín. —Sin saberlo, Federico le dijo justo lo que Emilia esperaba escuchar.

—Te olvidas, primo querido, que ya tengo una niña que colma todos mis días de dichas —Emilia respondió con una sonrisa, que Matías identificó como auténtica —En todo caso, hablando de los pequeños del Río Larraín, ya sabes que la práctica hace al maestro y nosotros estamos practicando.

—¿Ah, sí? —preguntó Federico mirando de Emilia a Matías.

—Todos los días —replicó Matías, con una sonrisa pícar—. Todos los días.

—Si nos disculpan, tenemos que saludar a otras personas. —Emilia tomó la mano de Matías y se alejó de ellos.

El resto de la velada no fue tan agradable como la conversación con su primo. Al menos no para Emilia. Aunque no comentó nada, Matías sabía que estaba harta de tanta gente alabándola y felicitándola. Le parecía que casi prefería las discusiones con Federico. Al menos eran auténticas.

Al día siguiente, Emilia se levantó temprano, como de costumbre, pero Matías estaba preparado y se había levantado antes que ella. La esperaba sentado en el sofá de la suite; la había escuchado salir del baño e ir a su dormitorio.

A su lado, un pequeño regalo la esperaba junto con una bella rosa.

Cuando escuchó que se abría la puerta se puso de pie y la miró atentamente.

Llevaba un veraniego vestido sin mangas, con una falda corta que flotaba feliz en torno a sus piernas y zapatos bajos y cómodos. El pelo lo llevaba en una coleta y tenía muy poco maquillaje. Parecía una niña en su decimoquinto cumpleaños, no una mujer en el trigésimo.

—Buenos días, Matías —saludó sin detenerse.

—Buen día, Emilia. Feliz cumpleaños —respondió Matías, con un nudo en la garganta. Como ella no se detenía, volvió a hablarle—. Espera, tengo un pequeño regalo para ti.

Se inclinó para tomar el paquete y la rosa, tranquilizándose al ver que había detenido su andar.

—Toma. Es poca cosa, más aún para ti, pero te lo doy con mucho cariño.

—Gracias —susurró Emilia, tomando el regalo. Aunque no hizo intento alguno por abrirlo, su agradecimiento sonó auténtico.

—Quiero que sepas que no espero nada de esto —avanzó unos pasos acercándose a ella—, pero que es absolutamente sincero.

Sin decir otra palabra, rodeó el suave cuerpo de Emilia con sus fuertes brazos y la apretó contra el suyo al tiempo que apoyaba su cabeza en la de ella, tratando de transmitir en un simple abrazo todo lo que sentía por ella, el cariño y preocupación, lo feliz que lo hacía solo abrazarla en el día de su cumpleaños.

Sin soltarla, se alejó unos pocos centímetros, mirando cada detalle de su rostro, perdiéndose en los tormentosos ojos. Veía angustia y quería consolarla, cambiar soledad por compañía, atravesar la barrera con la que se aislaba y traerla de vuelta al mundo real. Nerviosa, Emilia pasó la punta de la lengua por los labios y Matías se encontró ansiando tomar la dulce boca dentro de su beso.

—No puedo —le dijo compungido—, lo siento, pero no puedo resistirlo.

Bajó la cabeza y la besó con mucha ternura, acariciando sus labios con los de él, robando el dulce néctar con la lengua, apretándola y sintiendo cada curva y cada ángulo de su cuerpo contra él, recorriéndolo con las manos, buscando desesperado un mayor acercamiento.

Emilia lo sorprendió subiendo los brazos hasta los hombros, abriendo su boca y acercándose más y más. Hasta que se hizo evidente, aún para una mujer sin experiencia como ella, que Matías estaba llegando rápidamente a un punto de no retorno. Cuando sintió su virilidad apretarse contra la tierna carne del estómago, Emilia retrocedió.

No se necesitaba ser un gran observador para saber que la mujer estaba asustada. Matías no sabía si le temía a él o temía a sus propias reacciones.

—Te dije una vez que no hicieras nunca lo que acabas de hacer —dijo Emilia con una voz que era casi inaudible.

—Por eso me disculpé antes de acercarme, incluso. —Matías no creía

posible sonar tan seguro—. Y me disculpo de nuevo, si quieres, pero son palabras vacías, porque no lo siento en absoluto. Volvería a hacerlo una y otra vez, hasta que te quede bien clara la sinceridad de mis actos.

—Hasta la tarde, Matías. —Sin otra respuesta, Emilia volvió a caminar y salió de la habitación.

El almuerzo fue especial. Lo tomaron junto a la piscina, como ya se había hecho costumbre en ellos. De postre, Sofía había ordenado una exquisita torta de chocolate. Todos los trabajadores de la casa se reunieron en torno a la mesa para cantar el cumpleaños feliz. Emilia les repartió torta a todos y luego retomaron sus actividades normales.

Cuando terminaron de comer, Carolina y Matías guiaron a Emilia hacia el gimnasio, donde la niña le presentó la rutina que había preparado especialmente para ella.

—Este es mi regalo —le dijo, antes de empezar.

Emilia aplaudió hasta que le dolieron las manos.

Esa noche, en la soledad de la alcoba, Emilia pensaba que había sido el mejor cumpleaños de su vida. Lo único que le había faltado para que fuera perfecto había sido un poco de coraje, para no detener a Matías, para permitirle que le hubiera hecho el amor por primera vez. Y muchas más, luego de eso.

Tomó la fotografía que le había dado Matías de regalo de cumpleaños y con un dedo acarició el rostro de Carolina. No había considerado que el cariño que le había tomado tan pronto la había conocido crecería a tal punto que no podría considerarla más su hija, ni aunque la hubiera llevado en su vientre por nueve meses.

Y sabía que su amor era correspondido, por lo que lo prodigaba sin tapujos. Abrazaba y besaba a Carolina todos los días. Cepillaba su cabello y la ayudaba con las tareas. La acompañaba al médico, hablaba con kinesiólogos, enfermeras, nutricionistas, profesores e inspectores.

Asistía a las reuniones de apoderados y cuando podía la iba a buscar a la

escuela.

La llevaba de compras y a la peluquería. Incluso la había llevado a que le hicieran una manicura y pedicura, unas semanas atrás, antes de una competencia muy importante.

—¿Para qué? —había preguntado Matías, tontamente, según Emilia.

—No es una niña —respondió Emilia—. Se está convirtiendo en una señorita y debe preocuparse de su apariencia.

Al día siguiente, Matías y Carolina habían viajado a Buenos Aires.

Aquella noche, Emilia no había dormido bien. Se excusó con el nerviosismo. «Es un evento importantísimo —le dijo a Berta—, y el entrenador que quiero contratar va a estar ahí, viéndola. Él puede marcar un antes y un después en la carrera de Carolina».

El verdadero motivo, que casi no se atrevía a confesar, ni siquiera a sí misma, era que por primera en su cortísimo matrimonio, Matías no iba a dormir en la habitación contigua a la de ella.

E iba a estar solo en Buenos Aires. No tendría ningún impedimento para conseguir una niñera para Carolina y salir a pasear, tal vez buscar otra mujer, como tan irreflexivamente le había propuesto el día del matrimonio. Incluso le había ofrecido dinero para ello.

Emilia les había prometido que iría el día de la final, pero no pudo aguantar más, pidió su avión privado y voló el segundo día de competencia.

Cuando llegaron al hotel, se percató que no había tomado en cuenta los arreglos para dormir. Pero todo tuvo una fácil solución. Casi. Otra competidora, con quien Carolina había trabado amistad dormía sola, por lo que las niñas decidieron compartir habitación y dejar a Emilia y Matías en la habitación de ellos que, por suerte, tenía dos camas individuales. A pesar de eso, o quizás precisamente por la cercanía de Matías, Emilia tuvo un descanso tranquilo y reparador esa noche.

Emilia ya había perdido la cuenta de las competencias a las que había asistido, sin importar lo grande o pequeña que fueran.

Y cuando se realizaban en Santiago, había llevado a casi todo el personal de la casa y al menos a dos secretarias, incluyendo a Berta, que preparaba carteles para apoyarla.

La fotografía que Matías había enmarcado era del día final de la competencia en Buenos Aires. Carolina había ganado tres de los cuatro implementos y en el cuarto implemento quedó en segundo lugar, con un margen muy estrecho que la separaba de la ganadora.

Con cuatro medallas al cuello, la niña abrazó a sus padres. Matías, que andaba con una cámara, le pidió a una asistente que los retratara con Carolina en el centro y él y Emilia a cada lado.

Después de recibir las felicitaciones de muchas personas del público, se acercaron al entrenador que estaba sentado en las galerías.

Cuando llegaron a su lado, Emilia lo saludó y se presentó, luego trató de presentar a Carolina, pero el hombre la interrumpió.

—No es necesario que me presente a su hija, señora —había dicho el hombre en un torpe español con acento extraño, como de Europa del Este, apoyando su mano en el hombro de la niña. No después de la magnífica actuación que acabo de presenciar. Tiene la marca del campeón escrita en la frente.

—Me alegra que lo diga —había respondido Emilia con una sonrisa—, y espero que eso signifique que va a aceptar la proposición para entrenar a nuestra hija.

—Antes de verla en vivo no estaba seguro, pero ahora ya estoy decidido, solo me falta convencer a mi esposa.

—Eso déjelo en mis manos —replicó Emilia—, como le decía, su contrato incluiría una casa en la parte de la ciudad que decidan, dos vehículos y mi cooperación para inscribir a sus hijos en el colegio que deseen, además del sueldo y otras condiciones que ya discutimos.

—Y si Mili ofrece su cooperación, eso quiere decir que todo Santiago se va a poner a sus pies —había dicho Matías burlesco—, y probablemente la mitad

de Chile.

—¡Matías! —había exclamado Emilia, pero los otros tres se reían—. ¿Tenemos un trato, entonces? —preguntó Emilia, ignorando las risas y ofreciendo su mano.

—Por supuesto —el hombre aceptó el apretón—, pero ya sabe que no podría comenzar hasta marzo. Quiero tomar vacaciones antes de ir a Chile

—Ningún problema, el gimnasio va a estar listo para esas fechas y nosotros también vamos a tomar vacaciones. —Matías también estrechó la mano del nuevo entrenador de su hija.

Después de unos minutos más de conversación, Emilia les propuso ir a celebrar con una exquisita cena. Mucho más tarde se retiraron al hotel; todos estaban felices. Por un momento, Emilia pensó y deseó que las cosas fueran distintas, que los abrazos que Matías le había dado se extendieran después de que la niña se durmiera. Que la tomara en sus brazos y la llevara a la cama.

Pero no fue así, recordó Emilia, mirando la fotografía nuevamente. Matías le había dado las buenas noches, se había acostado y, dándole la espalda, se quedó dormido.

Lo único bueno que sacó del viaje a Argentina fue la seguridad de que él no había salido con nadie. Carolina le había contado que la primera noche, la única que ella no había estado allí, habían estado revisando sus rutinas hasta que se quedaron dormidos.

Y que Matías ya no la trataba con tanta frialdad. En ese momento, antes de acostarse, le sonreía y le deseaba dulces sueños.

Al día siguiente de su cumpleaños, antes de ir al hogar de ancianos, tomó una decisión que quiso compartir enseguida con Matías, por lo que le pidió que se encontrara con ella en el estudio.

—Tú dirás —dijo Matías, cuando se sentó en la silla que ocupaba siempre.

—He estado pensando. Tú dijiste... bien, esto... —Emilia guardó silencio por unos momentos para tranquilizarse—. Quiero adoptar legalmente a Carolina.

—¿Esta es tu propia versión de los pequeños del Río Larraín? —le preguntó elevando una ceja—. Yo te dije que solo tenías que pedirlo y es lo que estás haciendo.

—Piénsalo —siguió ella, ignorando su comentario—, lo mejor sería hacerlo este verano, de tal manera que Carolina tuviera el apellido nuevo antes del cambio de colegio. Le escribí un correo a Cristóbal para que comience los trámites.

—¿Sin discutirlo conmigo antes? —Matías frunció el ceño y se acercó al escritorio que los separaba.

—Es un mero trámite, ya soy la madre de Carolina para todos los efectos prácticos; tú así lo pediste —indicó Emilia calmada, sabía que Matías le iba a dar guerra, pero se había preparado—. Además, esto me permitiría arreglar mi testamento y dejarlo como realmente quiero. Hasta el día que nos casamos, tuve que usar las mismas tretas de mi abuelo para conseguir dejarle lo menos posible a Federico. En estos momentos, tú eres mi único heredero legal. Tenemos un acuerdo prematrimonial y las ramificaciones legales de eso son espantosas, en cuanto a lo que tienes derecho en caso de mi fallecimiento. Pero confío en que no vas a perjudicar a tu propia hija. Quiero que ella sea mi heredera universal. Es decir, aparte de algunas propiedades que les dejo a Berta, Sofía, Marcos y algunas otras personas, quiero que ella reciba todas mis propiedades. Para eso no debería necesitar tu permiso ni el de nadie, pero la ley en Chile me amarra. Sin embargo, si yo la adopto, automáticamente tiene derecho al menos a la mitad de mis bienes. Solo da firmeza a lo que estipule en mi testamento, de tal manera que ella no tendrá los problemas que he tenido yo con mi primo.

—Lo primero, a mí no me interesa tu fortuna. He sido pobre toda mi vida y no tengo ningún problema en volver a serlo. Y como tú misma dices, tenemos un acuerdo prematrimonial, por lo que es muy probable que, en cuanto cumplamos dos años casados, todo se acabe y yo vuelva a mi vida anterior. Mejorada, sí, pero lejos de esta mansión y de ti. Sin embargo, no quiero que

juegues con las ilusiones de Carolina. ¿Qué va a pasar si te vuelves a casar o si en algún momento decides tener hijos propios? —preguntó Matías suspicaz.

—La parte de mi herencia que le corresponde a Carolina se repartiría en partes iguales entre todos mis hijos —explicó Emilia, como si estuviera en una junta de negocios—. En números, y en estos momentos, heredaría cerca del noventa por ciento de mi fortuna. Si llegara a tener un hijo, cada uno heredaría el cuarenta y cinco por ciento. Con dos hijos, el treinta por ciento y así sucesivamente. Por supuesto, si me pasara algo mientras sea menor de edad, tú serías su apoderado, y Cristóbal el albacea testamentario para arbitrar entre las distintas partes, si llegara a darse el caso, cosa que dudo.

—No sé si quiero que mi hija tenga una vida como la tuya —dijo Matías con acidez—. Eres...

—¿Crees que yo le haría a Carolina lo que mi abuelo me hizo a mí? —preguntó Emilia, perdiendo la calma y frialdad con la que exponía los hechos. Se puso de pie y empujó la silla contra un mueble que tenía a sus espaldas, sin detenerse a mirar los papeles que botó ni los destrozos que hizo—. De partida, ya estaría atrasada en seis años. O más, incluso. ¿Sabías que fue mi abuelo quien me enseñó a leer? Tenía que saber interpretar todos esos brillantes numeritos en las pizarras de las casas bursátiles y cambiarias. Y también fue él quien me enseñó mis primeras palabras en inglés. Por supuesto, era necesario que supiera poner a las personas en su correspondiente lugar en dos idiomas. Solo me enseñó insultos. Para obtener un vocabulario auténtico, contrató a un profesor británico. Cuando yo tenía cuatro años.

—Disculpa, yo...

—No te preocupes, tengo muy claro lo que piensas de mí, lo que todos piensan de mí —dijo Emilia saliendo de detrás del escritorio—. ¿Qué me dices, entonces?

—Necesito más antecedentes. —No por primera vez sintió lástima por Emilia. Sabía que había tenido una vida triste, pero no que el dolor corría tan profundamente en su ser.

—¿Qué otros antecedentes necesitas? En esencia, Carolina recibiría todo lo que tengo. —Emilia respiraba, intentando calmarse. No le gustaba dar rienda suelta a su temperamento, menos aún con Matías. Él no tenía culpa de nada, ella lo había arrastrado a su vida.

—Y también recibiría las responsabilidades que tienes tú —dijo Matías, como sopesando los pro y los contra.

—Eso es evidente, pero no entorpecería para nada su carrera. Una vez que no pueda seguir practicando deportes, puede ir a la universidad y prepararse para asumirlas. Y si lo consideras bien, yo soy una persona joven, me quedan al menos unos treinta y cinco años para trabajar, tal vez ella nunca tenga que asumir ninguna función corporativa. Tal vez, antes de que yo me jubile ya nos haya dado un nieto que pueda... —Emilia calló de pronto, asaltada por una imagen absolutamente inconcebible.

—¿Qué? —preguntó Matías acercándose a ella. Como Emilia no le respondía y había perdido todo el color de sus mejillas, la tomó por los hombros, preocupado—. Emilia, ¿qué pasa? ¿Qué estás pensando? Dímelo, por favor.

—Nada —respondió por fin, con una sonrisa triste—. Nada. Algo absurdo, que no vale la pena mencionar.

—Dímelo —pidió Matías suavemente—, a mí me interesa.

Emilia levantó la cara y lo miró por unos momentos; su sonrisa se apagaba más y más.

—Por un momento tuve una visión, pero es absurda e irreal. Irrealizable.

—Cuéntame, por favor, Mili.

Emilia tragó saliva. La ternura con la que Matías le hablaba tocaba la fibra más sensible de su ser.

—Por un momento lo vi, como si fuera real —evadió la mirada masculina, no quería que notara las lágrimas que quemaban sus ojos. Emilia Antonia Larraín Mackenna nunca lloraba—. Un niño precioso, perfecto. Tu físico y mi cerebro. Tu apariencia y mis habilidades. El heredero perfecto —se alejó de

él y luego emitió una carcajada dura, irónica—. Cada día me parezco más a mi abuelo. Ya casi soy él. Hasta la noche, Matías, voy a salir.

Caminó hasta dejar atrás el estudio. Caminó hasta dejar atrás la casa, hasta llegar al garaje. Sacó un automóvil cualquiera, sin notar que era un deportivo, algo que ella detestaba, porque no la ocultaba del mundo exterior. Claro que estaba tan alterada que no le avisó a nadie; ni siquiera se tomó la molestia de esperar a un guardaespaldas.

Manejó algunos kilómetros, no lo tenía claro. Igual que su vista no estaba clara. Estacionó. Con los ojos anegados de lágrimas era un peligro al volante.

Apoyó los codos sobre el manubrio, y el rostro sobre las manos, dando rienda suelta a sus lágrimas, a su tristeza. A la desesperación que sentía por todos los errores que había cometido en la vida, tanto aquellos a los que la habían forzado como aquellos que no. Lloró por los treinta años de abandono que había vivido. Lloró por su padre muerto tan joven que ella ni siquiera lo recordaba. Lloró por su madre, que vivió el mismo abandono que ella, que encontró el amor solo para perderlo unos pocos años después, que no tuvo otro consuelo que la vida disipada, llena de drogas y alcohol, que la llevó a la muerte.

Y lloró por su abuelo, al que amó tan desesperadamente, casi con la misma intensidad que lo odiaba.

—Te odio, maldito bastardo —murmuró—; te odio desgraciado, viejo sin corazón. Espero que te pudras en el infierno.

No notaba otros vehículos que pasaban cerca del suyo. No escuchaba los bocinazos ni los frenazos que el automóvil mal estacionado provocaba. No los escuchó hasta que un hombre detuvo el suyo al lado, tocó la bocina y le gritó.

—Anda a llorar a otra parte, rubia tonta.

Por primera vez en su vida, Emilia deseó perder el control y gritarle todos los insultos que se le venían a la cabeza. Y en todos los idiomas que conocía. Deseó encender el vehículo y tirárselo encima, sin importar las consecuencias económicas, judiciales o sociales.

Sin embargo, no lo hizo. Tomó un pañuelo y se limpió, se puso los lentes de sol y siguió camino al supermercado donde compraba antes de ir al asilo.

Cuando entró al local se dirigió al baño, para lavar su rostro, intentando borrar las huellas del llanto.

El resto de la tarde ocurrió igual que siempre. Con los ancianos y las familias. Con ellos tenía todo el consuelo que necesitaba.

¿O no?

## Capítulo nueve

La semana siguiente fue increíblemente agotadora para todos. Emilia trabajó todos los días hasta muy tarde. Al llegar a casa, todos dormían, incluso Matías. Y en la mañana salía tan temprano que no alcanzaba a verlos.

Pero con Carolina ya de vacaciones, los días volaron a una velocidad increíble y llegó el segundo sábado de diciembre, día en que viajarían a Estados Unidos para pasar una semana en Disneylandia. Luego irían a una casa que habían arrendado en medio de ninguna parte.

A todos los llenaba de ilusión pasar una blanca Navidad, jugando en la nieve y entrando a la casa a beber chocolate caliente y abrigarse junto a la chimenea.

La más feliz era Emilia. Tendría una casa pequeña, con una cocina minúscula, pero sería toda de ella. No habría sirvientes ni aparatos modernos. Estarían casi incomunicados, así que no llegarían correos electrónicos urgentes, ni llamadas telefónicas. No habría limosina blindada ni guardaespaldas escondidos entre los matorrales. Por unos pocos días podría fingir que era una persona normal.

Disneylandia fue todo lo que tenía que ser: juegos, diversión, risas, fotografía con los personajes.

La segunda semana cocinó comidas sencillas y se permitió jugar a la familia feliz. Se permitió ser realmente feliz. El único día que se esclavizó, según sus propias palabras, a la cocina, fue el día de Nochebuena.

Preparó la tradicional cena de pavo con puré de papas y otros acompañamientos y, para la mañana de Navidad, cocinó diversos pasteles y galletas. Incluso amasó pan. Desde pequeña, de la mano de Sofía, jamás hubo algo que la relajara tanto como trabajar con un poco de harina. Hundirse hasta los codos y golpear la masa con fuerza. Así que se levantó muy temprano y, cuando Carolina y Matías, bajaron tenía la mesa preparada.

Después del desayuno abrieron los regalos. A Matías le regaló un jersey con motivos navideños. Y en conjunto le regalaron a Carolina una consola de juegos.

Matías le entregó un paquete que abrió inmediatamente para descubrir, risueña, que él también le había comprado un jersey idéntico al que ella le había dado.

Levantó los ojos para descubrirse observada por él, que aguantaba la risa.

Cuando ella lo miró, no pudo aguantar más y comenzó a reír con fuerza. Su risa era contagiosa, y Emilia no demoró nada en acompañarlo, lo mismo que Carolina.

—Gracias —dijo cuando se calmó—. Me encanta. —Se sacó el jersey con el que andaba y se puso el nuevo.

—A mí también —respondió Matías, imitándola.

—No se vale —reclamó Carolina—. Yo no tengo jersey igual al de ustedes.

—Mira ahí —Matías señaló uno de los paquetes que quedaban bajo el árbol.

La niña lo abrió y un minuto después tenía su jersey puesto.

—Faltan los míos —anunció volviendo al árbol y sacando dos paquetes que entregó a sus padres.

Emilia y Matías se miraron; ella tenía la cara cubierta de asombro. Matías, en cambio, estaba acostumbrado a los regalos navideños de Carolina. En la escuela siempre la incentivaban para que regalara cosas hechas por ella misma. Le guiñó un ojo y abrió su paquete.

El regalo de ese año era un cuello de polar rojo con la palabra «Papá»

bordado con letras blancas e irregulares y pequeños pinos verdes. El de Emilia era idéntico, excepto que decía «Mamá».

—Gracias, Carito —susurró Emilia emocionada—. Es precioso.

—De nada, mamá —dijo Carolina abrazando a Emilia. Miró a Matías y le tendió una mano para que se acercara.

Él las rodeó con los brazos y le dio un beso en la frente a cada una. Emilia levantó su rostro, con los ojos brillando con pequeñas lágrimas, pero sonriendo.

Matías bajó levemente su cabeza y depositó un suave y cariñoso beso en los labios femeninos. Cuando se separó de ella, la miró por unos segundos, hasta que Emilia no pudo soportar más la intensidad de su mirada y se alejó del abrazo.

—Vamos a jugar a la nieve —pidió alegre.

—¡Sí! —gritó Carolina, poniéndose de pie y acercándose a la puerta.

—Hija. —La niña se detuvo al escuchar a Matías—. Las botas y la chaqueta.

—Claro, papá. —Carolina caminó hasta su dormitorio, aunque no tan rápido como se dirigía a la puerta de salida.

Después de un agotador día jugando y haciendo guerras de bolas de nieve, cenaron los restos de la comida preparada por Emilia.

Al recoger la mesa, Matías mandó a Carolina a acostarse, ya que la niña se estaba quedando dormida sobre el postre. Y a Emilia le indicó que fuera a sentarse junto al fuego a beber el café; él ordenaría y limpiaría todo.

Cuando terminó, observó a Emilia por unos instantes, antes de hacer notar su presencia. El rostro de la mujer, tenuemente iluminado por el fuego, guardaba la felicidad del día. Y algo de nostalgia.

Si Matías hubiese sido capaz de adivinar sus pensamientos, se habría sorprendido mucho. Y hubiera actuado en consecuencia, tomándola en brazos, besándola y acariciándola hasta que ella le suplicara que la desvistiera y le hiciera el amor junto al fuego. Y no habría tenido que esperar mucho.

Pero como no pudo leer su mente, se sentó y le preguntó qué pensaba.

—Nada, en realidad —le dijo con voz delicada, clara y musical—. Esto me recuerda las Navidades en el colegio en Suiza.

—¿Colegio en Suiza? —preguntó Matías curioso.

—El exclusivo internado para señoritas en Suiza, donde terminé mis estudios secundarios —explicó Emilia—. La enseñanza media en Chile.

—Cuéntame.

—Cuando estaba en octavo básico, mi abuelo contrató profesores particulares para mí e hizo que estudiara con un sistema modular. Es decir, avanzaba a mi propio ritmo.

—Un buen sistema —comentó Matías.

—Por supuesto. El colegio en Chile también era exclusivo. Me parece que en octavo básico ya había estudiado lo que la mayoría estudia hasta cuarto medio. Tú mismo lo dijiste en una ocasión: poderoso caballero es don dinero.

—¿Qué pasó cuando estabas en octavo? —preguntó Matías al cabo de unos minutos de silencio, para que volviera a hablar.

—Cuando mis compañeras salieron de vacaciones de invierno, yo seguí estudiando. Y a mediados de agosto me licencié. Ya me habían aceptado en el colegio en Suiza. Eso estaba claro desde el comienzo. Era un secreto a voces que su principal parámetro era la fortuna de la heredera, es decir, estudiante.

—No tiene que haber sido mucho problema para ti, entonces. —Matías sonreía.

—No, aunque de igual manera, las normas son muy estrictas. Tienes que postular el año que cumplas catorce años y tienes que tener aprobada la educación primaria en tu país de origen. Hablar a lo menos inglés, italiano y alemán. Si tu idioma materno es alguno de ellos, tienes que saber francés, español u otra lengua latina. También te exigen conocimientos en otras áreas, como matemáticas, literatura e historia universal. El examen es muy exigente.

—Me lo imagino, con todo lo que cuentas.

—No tienes ni idea —Emilia negó con la cabeza—. Además, tienes que

pasar pruebas de aptitud física.

—¿Deportivas?

—Sí, pero también de belleza. Aunque no hay nada escrito y nadie habla de esto, es peor que el concurso de Miss Universo. No exigen un prototipo específico, pero sí que seas atractiva para tu propia raza y color. Yo sé que hay padres que someten a sus hijas a cirugías cosméticas con tal de ingresar.

—¿Tú?

—Gracias a Dios, no. Porque mi abuelo no habría dudado un segundo en contratar un equipo médico para que me hicieran completa de nuevo. Pero por suerte, heredé la belleza de mi abuela, al igual que mi madre. Y de los genes Larraín saqué la estatura y delgadez necesaria. Como habrás notado en Federico, los Mackenna tienden a engordar, pero no yo. Mi papá era muy delgado.

—¿Por qué tan exigentes?

—Espera, si no has escuchado todo. Otra vez, no hay nada de esto por escrito, pero todos saben que es así. —Emilia continuó hablando con su voz cargada de ironía—. Tienes que ser una auténtica heredera. Eso quiere decir sin hermanos. Y de preferencia sin hermanas. La salvedad son las princesas, hijas de jeques árabes o de algún rey muy acaudalado. No importa que no sean las herederas de la corona, siempre se necesitan princesas consortes para los príncipes herederos.

—¿Y ese colegio está dirigido por seres humanos?

—Siempre sospeché que Madame Chantal, la directora, era un robot, pero hasta el día de hoy no tengo pruebas —dijo Emilia riendo—, pero aún no he terminado.

—No creo que quiera seguir escuchando. —Matías se cubrió las orejas con las manos.

—Tú preguntaste. —Emilia tironeó su brazo hasta que él lo bajó—. Una vez que superaste todas esas pruebas, entras a competir con las demás postulantes.

—¿Qué quiere decir eso?

—Esto tampoco es oficial, pero por lo que todo el mundo dice, una vez que se rindieron las pruebas, ordenan las fortunas familiares y seleccionan a las diez más ricas. O no, si consideran que la familia no tiene suficiente dinero. Prefieren declarar desierto el cupo que dárselo a alguien que no lo merezca. A Florencia, la esposa de Federico, le pasó así. Su padre es un rico hacendado argentino, pero ella tiene dos hermanas, ambas menores, si hubiera sido hija única, tal vez la habrían seleccionado, pero con tres herederas, la fortuna se diluía mucho.

—No entiendo el propósito de un colegio así.

—No te esfuerces. Es solo algo que un imbécil elitista, como mi abuelo, comprendería.

—Quiero que tengas veinte hijos, por favor. Después de que terminen los trámites de adopción de Carolina, te faltarían diecinueve. Yo te ayudo si es necesario.

Emilia lo miró, sin saber si hablaba en serio o no. Y si lo hacía, que era lo más probable, daba igual, porque no tenía idea qué hacer o decir para aceptar su propuesta.

—Jamás enviaría a ningún hijo mío a un colegio como ese. Daba asco.

—Bien, me tranquilizas. ¿Cómo era la vida en tan cálido lugar?

—No sé, la verdad, para mí era igual que en todas partes. Cada alumna recibía un departamento, del que la familia tenía que hacerse cargo. Sofía y Marcos fueron conmigo. Sus dos hijos ya estaban en la universidad. Y como era mi abuelo quien la pagaba, no tenían más que hacer. Se quedaron a cargo de una hermana de Sofía. De cierta manera me recordaba los tiempos en que mi madre vivió en Nueva York, antes de morir. Yo fui a vivir con mi abuelo, y Sofi y Marcos me cuidaban, junto con una niñera que contrató mi abuelo. Y si tú piensas que contrató a cualquiera, estás muy equivocado. Graduada de Norland College, de donde salen las mejores niñeras del mundo, al punto que son las únicas que contrata la Familia Real Británica.

—Yo le pagaba a una niña del barrio para que cuidara a Carolina cuando

quería salir y no molestar a mis padres.

—Es lo normal, pero en mi vida no hay nada normal —dijo Emilia con una sonrisa triste—. El colegio exigía que las familias llevaran un profesor de historia del país de origen, que además fuera el tutor particular. Ellos solo enseñaban historia universal. Mi abuelo contrató una doctora en historia, cuyo marido era el agregado cultural de la embajada chilena en Suiza.

—¿Qué te enseñaron en ese colegio, entonces?

—Bueno, de todo. Matemáticas, Historia, Ciencias, Arte, Economía y Finanzas, hablo seis idiomas como nativa y creo varios más con menor fluidez. Puedo preparar cualquier receta de cocina que me pongan por el frente. Lo mismo con las bebidas y licores, aunque era la materia que más odiaba. Sé distinguir cualquier tela con solo rozarla; soy estilista profesional, también diseñadora de ropa. Sé exactamente qué decir a cada persona y autoridad en el mundo entero. Con toda seguridad, la ONU llamaría a cualquiera de mis compañeras el día que los extraterrestres invadan la Tierra, aunque nuestras influencias y riquezas no tendrían nada que ver. Seremos las únicas con la preparación para hablarles y hacerlos sentir como en su casa.

—¿Eso nada más? —Matías levantó las cejas.

—En resumen, el colegio podía tomar cualquier niña asquerosamente millonaria y convertirla en una mujer perfecta. Ese era su lema. Perfección, perfección, perfección.

Emilia vio la sonrisa mal disimulada de Matías y le preguntó qué pasaba.

—Cuando te conocí, lo único que podía pensar era eso. Que eras perfecta. Ni una sola arruga en el traje perfecto que cubría un cuerpo con las medidas perfectas; ni un solo pelo fuera de lugar en tu perfecta cabeza, ni una gota de maquillaje corrido coloreando tu perfecto rostro. Ni una sola palabra inapropiada salía de tu perfecta boca con tu perfecta voz. Ni siquiera sudabas, aunque el gimnasio parecía un horno. Me sentía redundante y repetitivo. Tal como debo sonar ahora.

—Por supuesto que no sudo, mi abuelo hizo que me extrajeran las glándulas

sudoríficas —dijo Emilia con su perfecta voz, perfectamente calmada.

—¿Hablas en serio? —Estaba claro que Matías no sabía qué pensar, su ceño fruncido lo delataba.

—¡Claro que no! —exclamó riendo—. Me habría hecho menos perfecta. Pero no se me ocurriría jamás sudar fuera del gimnasio que hay en casa. Seguro que mi abuelo consigue que Satanás lo deje salir un rato para venir a retarme. Y unos pasos atrás vendría Madame Chantal a quitarme todos mis títulos.

—Estoy seguro de que hasta el mismísimo diablo querría perder de vista un rato a tu abuelo, Mili —le dijo Matías, compartiendo sus risas.

—De seguro, el viejo Felipe querría usurparle el puesto —agregó Emilia feliz.

—Dime una cosa, ¿no tienes otra familia por parte de tu papá? —preguntó Matías, después de ir a la cocina a buscar más café.

—Mi abuelo paterno murió antes que mis padres se casaran. Y mi abuela, cuando yo tenía dos meses —le contó Emilia, después de tomar un trago de café—. Mi papá murió cuando yo tenía dos años y algo más y poco después de eso, mi tío Julián, el único que iba quedando de la familia, se fue a vivir a España y luego a Italia, donde se casó y tuvo dos hijos.

—¿Lo volviste a ver?

—Siempre me enviaba un regalo de Navidad y de cumpleaños, ocasionalmente me escribía y llamaba por teléfono, pero no muchas veces. A mi abuelo no le gustaba nada mi tío. Era ingeniero medioambiental, incluso antes que se pusiera de moda ser ecologista. Y eso es algo que un buen capitalista no puede soportar.

—Lo único verde que le gustaba a tu abuelo eran los billetes americanos —aportó Matías—. Entonces, nunca volviste a ver a tu tío.

—Cuando entré al colegio en Suiza, Sofía se encargó de comunicarse con él. Siempre habían estado en contacto. Y mi tío Julián me iba a visitar al internado.

—¿Cuántos años estuviste en Suiza?

—Cinco. Los primeros tres años, él iba a visitarme con frecuencia. Yo le decía a mi abuelo que no iba a ir de vacaciones a Chile, porque me habían invitado a casa de alguna compañera, pero era mentira. Me iba a casa de mi tío. Ahí pasaba agosto, el mejor mes del año para mí.

—¿Solo agosto? ¿Y el resto de las vacaciones?

—No tenía más vacaciones. Un mes en verano y una semana en Navidad, por eso esto me hace acordar al internado. Esa semana se quedaba vacío, excepto por nosotros, que además recibíamos la visita de Adolfo y Miguel, los hijos de Sofía y Marcos.

—Entonces, durante agosto te ibas a casa de tu tío y le mentías descaradamente a tu abuelo. Creo que me gusta esa faceta tuya, Mili.

—Gracias, me encanta recibir el reconocimiento que merezco. —Emilia se pasó las manos por el pecho, con un mal disimulado orgullo—. Pero todo lo bueno se acaba, así que las vacaciones en Italia me duraron solo tres años.

—¿Por qué?

—Gracias a la bruja de la madrastra de Cristóbal. Ese año él fue a visitarme. Después de todo, no nos habíamos visto en tres años. Y esa estúpida mujer le contó al viejo sin querer, según ella, que Cris se iba a reunir conmigo en Italia.

—¿Qué hizo tu abuelo?

—Tomó el primer avión disponible y fue a buscarme. A mi tío Julián le gritó de todo lo que quiso y también a mi tía Antonella, pobrecita ella, quedó histérica; casi tuvieron que internarla. Mi abuelo le prohibió a mi tío Julián volver a verme. Lo peor fue que mi abuelo no murió con la suficiente rapidez. Yo tenía la esperanza que cuando muriera mi abuelo podría restablecer mis relaciones con ellos, pero cuando fui a Italia a buscarlos, me enteré de que mi tío había fallecido tres meses antes. Y Guido, mi primo, me dijo que lo lamentaba mucho, que me tenía mucho cariño y que guardaba muy buenos recuerdos de los veranos que pasábamos juntos, pero que también se acordaba

claramente de mi abuelo y de cómo había quedado su mamá después de su visita. Y que tenía miedo. Que era cierto que yo compartía la mitad de mi sangre con él, pero la otra mitad la compartía con un hombre que no provocó más que dolor en su familia y no se iba a arriesgar a que volviera a pasar.

—Lo siento, Mili. ¿Qué hiciste?

—Le dejé mi tarjeta y le dije que si alguna vez tenía algún problema, el que fuera, o si cambiaba de opinión se pusiera en contacto conmigo. Pero en cuatro años no lo ha hecho y no creo que lo haga ahora.

—Yo no sé qué habría hecho sin mis padres cuando Katherine se fue; lo único que podía enseñarle a mi hija eran unas cuantas piruetas y a tener sueños y deseos irrealizables —dijo Matías al cabo de unos minutos de silencio.

—Háblame de ellos —pidió Emilia, acurrucándose en el sofá—; háblame de tu vida.

—Pensé que ya lo sabías todo —le dijo Matías mirándola atentamente. Era primera vez que Emilia le pedía que le contara algo de él.

—No todo, más que nada hechos concretos sobre tu vida actual y tu posición económica —le explicó—. Yo quiero saber de tu niñez y de tu adolescencia. De tus padres y de tu vida después de que nació Carolina. Quiero que me cuentes de tus experiencias deportivas.

—Fui el típico hijo único malcriado —le contó después de sopesar su pregunta—, algo de lo que tú sabes bastante.

—No te hagas el gracioso conmigo, Matías, que te mando a dormir con los perros.

—Lo digo porque debiste conocer bastantes niñitas mimadas en ese colegio tuyo. —La sonrisa de Matías era derechamente mal intencionada.

—Voy a hacerte un favor e ignorar tu comentario. ¿Cómo llegaste a ser deportista?

—Era bastante flojo de chico, ¿sabes? Aunque no era gordo, no me alimentaba bien. Todo por culpa de mi madre, que me daba todo lo que yo quería. Cuando estaba en tercero básico nos hicieron un control médico en la

escuela y yo estaba en pésima forma. Lo único bueno que dijo el kinesiólogo fue que tenía un gran sentido del equilibrio y elasticidad, pero que si seguía por ese camino, pronto subiría de peso y mi salud se vería seriamente afectada. Mi papá se enojó mucho con mi mamá y la obligó a seguir al pie de la letra la dieta que el médico había dejado y me compraron un cachorro. Yo tenía que encargarme de él, darle comida, limpiarlo y principalmente sacarlo a pasear. Y Dino, mi perro, era muy inquieto. Salía desahogado de la casa, corría como loco y yo tenía que correr detrás de él. Así comencé a ponerme en forma. Un par de meses después de eso, mi escuela recibió las estadísticas completas del estudio médico y los resultados fueron desastrosos para todos. Nos obligaron a quedarnos todos los días una hora después de clases y comenzar a practicar deportes. Yo era malo para el fútbol, para el básquetbol, para el tenis... Básicamente para cualquier deporte que incluyera una pelota y un equipo. Buscando en que deporte incluirme, el profesor de educación física encontró la ficha y evaluación que el kinesiólogo había dejado y comenzó a enseñarme ejercicios de suelo y caballete. Después, cuando consiguió los implementos adecuados, incorporó salto y anillas. Siempre dijo que el primer día que me vio saltar supo que había encontrado mi vocación, por lo que me seleccionó, junto con alumnos de varios cursos, para formar los equipos oficiales de la escuela para cualquier competencia. Estábamos eximidos de la hora extra de educación física, porque teníamos que ir a casa, almorzar y volver para entrenamiento serio.

—Yo creo que te iban mal los deportes con pelotas, porque te daba envidia lo redondas que eran y no poder seguir su ejemplo —le dijo Emilia muy seriamente. Pero al ver el ceño fruncido de Matías se puso a reír—. ¿Qué pasó después?

—Lo primero fue perder grasa y ganar musculatura. Y después empecé con las prácticas gimnásticas. Cuando estaba en quinto empecé a competir y en sexto gané mi primera medalla en el nacional de gimnasia.

—¿En qué disciplina?

—En salto saqué el primer lugar y en anillas el tercero.

—¿Y entrenabas solo en el colegio?

—No, pronto mi profesor me consiguió una beca con un gimnasio de verdad. El mío. Bueno, el que después, gracias a ti, es mío y no del banco. Seguía compitiendo por el colegio, pero entrenaba en ambos lados. Fue en esa época que mi madre empezó a trabajar, para poder financiar mis gastos.

—¿Qué hacía?

—Lo que pudiera: cuidaba niños, hacía aseo, cocinaba, planchaba, hasta vendía por catálogos para tres marcas distintas. Esa era la parte que más me gustaba. A mí me mandaban a repartir los pedidos y para eso me compraron una bicicleta.

—¿Cómo eran tus padres?

—Físicamente mi papá era muy parecido a mí. O yo a él, mejor dicho. Y mi mamá era bajita y menudita. Como Carolina. Tenía el pelo castaño claro. Lo que más me gustaba de ella eran sus manos. —Emilia sintió mucha envidia al ver la mirada tierna y soñadora de Matías—. Antes las tenía suaves y siempre cuidadas, sus uñas pintadas y todo. Pero después le salieron durezas y callos, tenía las uñas disparejas, feas y descascaradas. Y yo más la quería por eso, porque había sacrificado su tranquila vida de dueña de casa por mí.

—¿Qué dijeron cuando les contaste de Carolina?

—Mi mamá estaba feliz. Bueno, los dos estaban felices, pero sé que mi papá estaba un poco decepcionado. Él tenía la esperanza de que yo terminara la universidad.

—Pero terminaste.

—Con mucho esfuerzo. Aún era joven y seguía soñando con las olimpiadas, aunque era algo muy lejano. Katherine igual soñaba con las olimpiadas; ella fue la que tomó peor su embarazo. Era, es, dos años menor que yo. Después de que nació Carolina nunca la volví a ver. De hecho, ni siquiera la vi cuando le dieron el alta. Tomó sus cosas y se fue. No se despidió y no quiso conocer a Carolina.

—¡Qué triste! Yo, al menos, recuerdo a mi madre, aunque a la larga no me sirvió de nada.

—Pero tuviste a Sofía, y Carolina tuvo a mi madre y te tiene a ti. Eres maravillosa con ella, mi hija te adora.

—Y yo a ella —Emilia le sonrió—. Has hecho un trabajo excelente educándola solo.

—Ni tan solo, mis padres me ayudaron los años más difíciles. Yo no sabía qué hacer con ella cuando llegué del hospital.

—¿Cómo fueron esos años?

—Complicados. Trabajaba todo el día en el gimnasio, hasta las cuatro de la tarde. En esa época teníamos máquinas de ejercicio y se atendía público general, no solo deportistas profesionales o en vías de serlo. Después iba a la universidad, tenía clases de cinco a nueve y cuando llegaba a casa me tocaba ser papá y finalmente estudiar. Por suerte terminé luego mis estudios y me dediqué solo a trabajar y a mi hija.

—¿Cómo llegaste a comprar el gimnasio?

—Carlos, el anterior dueño, se quería retirar. Para ese año ya quedábamos dos trabajadores y él. Las máquinas estaban en pésimo estado y no teníamos muchos clientes. Fue casi una ganga, tal y como estaba el gimnasio. A mi papá se le ocurrió que podíamos comprarlo. Carito ya tenía cuatro años y había dado muestras irrefutables de su talento. Nunca había visto una niña tan pequeña trabajar con tanta precisión. Él ya estaba jubilado, pero seguía trabajando en la misma empresa, así que tenía dos sueldos y mi mamá seguía con lo suyo. Yo podía atender el gimnasio solo y al año siguiente Carolina tendría que empezar la escuela.

—¿Y la hipoteca de la casa?

—Después de que ellos fallecieron. Estaba haciendo agua, no tenía de donde sacar recursos y tuve que hacerlo; no tenía alternativa.

—Pero volviste a caer en la insolvencia —le dijo Emilia entrecerrando los ojos.

—Porque seguía teniendo los mismos ingresos, los mismos gastos y dos hipotecas. Si no hubiera sido por ti, ahora estaría en la calle.

Emilia sonrió, se levantó y avivó el fuego.

—Siempre he querido preguntarte —Matías volvió a hablarle cuando ella se sentó— cómo diste conmigo, exactamente.

—Tengo un detective privado que me da un reporte de las actividades de mi primo una vez a la semana. Un día, en julio, me llamó la atención lo que decía de un gimnasio. Primero me reí, no podía imaginarme a mi primo ejercitándose y menos aún patrocinando a algún deportista, o a nadie en todo caso. Y después me di cuenta de algo que el detective no. Mi primo había comprado dos casas en la parte de atrás del gimnasio. Dos casas que casi no tenían valor económico y había pagado en efectivo, demasiado dinero para mi gusto. Le pedí que investigara el caso y una semana después tenía un reporte titulado Matías del Río.

—¿Y cómo...

—¿Decidí pedirte que te casaras conmigo?

—Eso mismo.

—Después de que llegó el primer reporte, yo le pedí al detective que ampliara ciertas investigaciones, principalmente tus finanzas. Y también del proyecto de mi primo. Una semana después tenía claridad respecto de sus intenciones y de tu precaria posición. La última línea del informe del detective llamó mi atención. A pesar de que no tenías con qué, estabas auspiciando una competencia esa misma tarde. Así que fui al gimnasio por primera vez. Al otro día le pedí al detective un informe de Carolina y tu carrera deportiva. Cada vez que recibía un reporte, quería saber más.

—Pero ¿cómo...

—Un día estábamos con Cristóbal y Berta en la oficina, conversando de varias cosas. —Emilia lo miró recuperando por un momento su actitud dura—. Entre ellas que me quedaban ya dos meses y dos semanas para satisfacer la cláusula de mi abuelo o desocupar la oficina. Cris, bromeando, se acordó de

un tiempo en que yo incordiaba a todos diciendo que me iba a casar con un deportista cabeza hueca, que supiera usar una tarjeta de crédito. Y me dijo: «Acá tienes un buen candidato» y me tiró una fotografía tuya. Yo me reí. Pero después, mientras más lo pensaba, mejor me parecía. Era tan lógico que me molestaba que Cris lo hubiera pensado primero. Mataba tres pájaros de un tiro. Le daba una mano a alguien que la necesitaba desesperadamente y que además la merecía. Le estropeaba un negocio a mi primo, en el que había invertido ya un buen montón de dinero y tiempo, me conseguía un marido y podía olvidarme del testamento de mi abuelo.

—¿Alguna vez tuviste dudas de que iba a aceptar?

—Hasta que llamaste. Ya casi estaba dispuesta a decirle a Cristóbal que renunciara a ser albacea y se casara conmigo. Aunque tenía bastante confianza en que mi as bajo la manga no me iba a fallar.

—¿Y cuál era ese as?

—Carolina, por supuesto. Hasta ese momento habías hecho de todo por ella, casarte conmigo no debía ser muy complicado.

—¿Por qué me dijiste eso de acompañarte a tu dormitorio? —Matías carraspeó para eliminar el tono estridente de su voz—. Si hubo algo que pudo hacerme dudar, fue justamente eso.

—Ya te expliqué en parte el porqué. Lo otro es mi reputación de mujer dura y negociadora implacable. Si tú no lo hubieras mencionado, yo tampoco lo habría hecho. —Emilia había bajado su voz de a poco, hasta terminar hablando casi en susurros. Parecía tan desamparada. Matías no sabía qué hacer, qué decir para volver a sacar a la mujer alegre de unos minutos antes

—Quiero saber algo —dijo Emilia al rato, interrumpiendo sus pensamientos.

—Pregunta.

—¿Qué... si yo...? ¿Por qué dices que si algo te hizo dudar fue eso? ¿Y cómo fue que tomaste la decisión? —No era eso lo que quería preguntar, pero valía de momento.

—Te dije recién que tanto mi mamá como mi papá habían hecho de todo, cualquier cosa, con tal de ayudarme. Y a Carolina. Me preguntaba si no pasaría un límite que a ellos los hubiera avergonzado. Después de todo, había estudiado en la universidad Pedagogía en Educación Física y Deportes. Si hubiera perdido todo, podría haber vuelto a empezar. Habría significado renunciar a la casa y por segunda vez a los sueños olímpicos, pero no me habría muerto de hambre. Y hasta eso era mejor, pensaba, que convertirme en un... eh... acompañante.

—¿Y qué te hizo decidirte?

—Tu as, por supuesto. Ese día se le rompieron los zapatos de escuela.

—Lo recuerdo.

—En realidad, debo decir que ese día yo me di cuenta, tenía los zapatos malos varios días. La sorprendí haciendo una plantilla de cartón. Me dio mucha vergüenza y una pena atroz. No me di ni cuenta de cómo pasaba, solo me encontré hablándole de ti. Y ella estaba tan feliz, que supe que había tomado la decisión correcta.

—¿Qué habrías hecho si yo de verdad hubiese tenido intenciones de...

—Esa decisión fue mucho más fácil que la otra, Mili —le dijo Matías rápidamente, al ver el color que tomaban sus mejillas—. Te voy a devolver tu consejo. Tienes un espejo, ¿verdad? Úsalo.

Emilia lo miró con un gesto extraño, que Matías no sabía ni quería descifrar.

—Eres hermosa, Emilia —Matías siguió hablando con voz ronca—, mucho. Eres la mujer más bella que conozco. Absolutamente deseable. No sé cómo se las ha arreglado Cristóbal toda su vida para no sucumbir ante tu belleza. Pero ¿sabes lo mejor? Tu belleza exterior no es nada comparada con tu belleza interior. Con la verdadera Emilia. Mili, no la señorita Larraín Mackenna. Una vez te lo pregunté, quién era la auténtica, la dura mujer de negocios o la tierna mujer que había hecho todo lo posible para que una pequeña niña sin madre se sintiera bien. Tú no quisiste contestarme, pero ya sé la respuesta. La descubrí

el día que nos casamos, cuando estábamos sentados al lado de la piscina. Excepto hoy en la nieve, nunca te había visto tan hermosa. Tan lejana a la mujer perfecta.

Emilia no sabía qué decirle. Trataba de mirarlo de frente, pero el calor en su mirada se lo impedía y evadía sus ojos sin poder remediarlo.

—No sabes, no tienes idea lo que me dolió, lo que aún me duele tu rechazo, Emilia.

Emilia se puso de pie y quedó de espalda al sofá que compartían.

—Hay veces que me gustaría ser otra persona —le dijo en un susurro tímido—. No la pobre niña rica, no la princesa encerrada en su torre solitaria.

—Si pudieras no ser Emilia Larraín Mackenna, si pudieras ser Emilia Larraín Pérez, digamos, ¿cómo sería ella?

Emilia lo miró por encima de su hombro, luego limpió una pequeña lágrima que corría por su mejilla izquierda.

—Creo que me gustaría ser profesora —Emilia se giró para volver a mirarlo—, tal vez de matemáticas, como papá.

—Serías muy buena, me imagino. A Carolina nunca le había ido tan bien en la escuela, como en este tiempo que tú la has ayudado.

—Gracias. No es como que se pueda comparar un mes y medio con once años.

—Claro que no te imagino como profesora. O viviendo con un sueldo de profesora, la verdad.

—No sería necesario si fuera Emilia Larraín. Recuerda que la herencia que recibí de mi padre es sustancial. No tanto como la de mi abuelo, pero habría sido más que suficiente para vivir tranquila, tal vez en una casa modesta. Posiblemente tendría que compartir la piscina con otras familias e ir a un gimnasio pagado. Y limitar los empleados a dos o tres.

—¿Cuánto es en realidad la herencia que recibiste de tu papá? —preguntó Matías riendo, feliz de que Emilia volviera a su curioso sentido del humor.

—Ni tus hipotecas le hicieron mella, aunque va a representar con suerte el

uno por ciento del total de mi fortuna una vez que se haya oficializado la herencia Mackenna. ¿Recuerdas que te dije que poseía el cinco por ciento del banco de manera personal y el treinta y cinco a través del grupo?

—Entonces, Emilia Larraín Pérez está nadando en dinero. No necesita ser profesora y ganarse un sueldo.

—No —Emilia negó con la cabeza—, pero me imagino que disfrutaría mucho de su vida. Tranquilidad económica y profesión a gusto. Llevaría una vida normal y corriente, siempre lo habría hecho y sabría exactamente quiénes son sus amigos y quiénes no. No habría tanta gente detrás de ella por su dinero.

—No estás tan mal, entonces, tienes tranquilidad económica, te gusta lo que haces y aunque tienes pocos amigos, sabes quienes son. La mosca en la sopa es tu último punto. Hay mucha gente detrás de ti por dinero. Incluso se me podría incluir a mí.

—Tú no estabas detrás de mí por mi dinero; fui yo quien te atrajo con él. Aunque viene a ser casi lo mismo, si le preguntas a las personas adecuadas.

—¿Quiénes, por ejemplo?

—Partamos por la madrastra de Cristóbal. Podríamos seguir con mi primo. Y tanta gente que no vale la pena enumerar, estaríamos aquí hasta que se congele el infierno.

—¿Quién te hizo tanto daño, Emilia? —preguntó Matías susurrando entrecortado.

—¿Aparte de mi abuelo, dices? —La ceja levantada de Emilia intentaba ocultar el dolor de su voz—. En estos momentos recuerdo, por ejemplo, algunas de mis compañeras de la básica en Chile. Pensaba que por fin iba a tener amigas y me encontré con un muro infranqueable. Arribismo puro. Ellas pensaban que mi timidez se debía a que yo creía que era mejor porque tenía más dinero. O algunos muchachos del colegio donde estudió Cristóbal. Él me llevó a algunas fiestas, cuando mi abuelo me llevaba amarrada a Chile desde Suiza. Lo hacía para alegrarme, pero no sabía lo que ellos pensaban y decían

de mí.

—¿Cómo qué, por ejemplo?

—Cosas bien bonitas la verdad, por ejemplo, que sería bueno que usara un bozal, así no necesitarían escucharme mientras ellos... bueno, usa tu imaginación. También decían que era una lástima que fuera tan tonta, porque era bastante... digamos, bonita, y que toda mi fortuna bien valía la pena el sacrificio.

—¿Tonta? ¿Ellos pensaban que eras tonta?

—O miradora en menos, porque ni les hablaba. El problema es que no sabía de qué conversar. Solo se me ocurría plantearles ideas de los grandes pensadores de todos los tiempos. Por ejemplo, discutir los méritos reales de las teorías de Newton.

—¿Y qué pasaba con la magnífica educación que estabas recibiendo en Suiza, Mili?

—Nada. No pasaba nada. No me servía para relacionarme con ellos. Especialmente con los hombres. Con las mujeres ya no tenía problemas.

—¿Por eso es que tú nunca has tenido un amante? ¿Qué dices no apreciar el sexo?

—No sabría ni como besar a un hombre.

—Eso no es cierto. Tus besos son maravillosos. Dulces y cálidos.

—Bueno, tal vez sí sabría cómo besarlo, pero nada más. Sé dar instrucciones, tomar decisiones, hacer tiritar a hombres ricos y poderosos con mi sola presencia. Me parece que cada día me parezco más y más a mi abuelo. Hasta tú eres una prueba de que mi primo Guido tenía razón.

—¿A qué te refieres?

—Mi abuelo casi compró a mi abuela. La conoció en un baile y ella era hermosa, pero no lo tomó en cuenta. Él era algo mayor que ella. Y cuando rechazó sus atenciones, mi abuelo puso en jaque a mi bisabuelo, hasta que consiguió que la obligaran a casarse con él.

—¿Qué pasó con ella? Siempre me he preguntado por qué tuvieron una hija

y nada más.

—Es que mi abuela se murió producto del parto de su segundo bebé. Era un niño, pero sobrevivió a su madre por unas pocas horas, nada más.

—¿Y tu abuelo no volvió a casarse?

—No. Antes incluso que mi abuela falleciera tenía relaciones extramaritales. Cuando ella murió, simplemente contrató más niñeras y siguió edificando su imperio. Tal vez creía que tendría tiempo más adelante para tener otros hijos. O que mi mamá le daría el heredero que tanto ansiaba.

—O tal vez tuvo un hijo o sospechaba que tenía un hijo de alguna de sus relaciones extramaritales y por eso escribió la cláusula esa, que si tú no cumplías con tu parte, la fortuna la heredaría el primer hombre que tuviera derecho al apellido Mackenna.

—No lo había pensado, la verdad.

Emilia siguió en silencio unos momentos, considerando, analizando las posibilidades de que fuera cierto lo que Matías decía, pero llegó a la conclusión de que era imposible. Si su abuelo hubiera sospechado algo similar, le habría arrebatado el bebé a la madre.

—No me terminaste de contar qué sería de Emilia Larraín Pérez —dijo Matías unos minutos después.

Emilia lo miró sin entender de qué hablaba. Cuando se dio cuenta qué era lo que decía, pensó su respuesta por unos segundos.

—Como no tendría problemas económicos, podría trabajar en alguna escuela pública.

—Similar a la de Carolina.

—Claro.

—Yo pienso que es probable que fuera el alma de las fiestas. Y la profesora más admirada y querida de su escuela. Habría sido todo un éxito en la universidad, también. Y habría vuelto loco a todos los compañeros y a varios profesores, además.

—Posiblemente —dijo Emilia con una sonrisa coqueta—. Tal vez también

habría causado estragos entre sus colegas varones en el colegio. —Hizo una pausa y lo miró—. Tal vez se habría enamorado ella misma de uno de ellos. Tal vez del profesor de educación física.

Matías sintió que el corazón le dejaba de latir y luego comenzaba una loca carrera. ¿Le estaría diciendo lo que él creía?

—O tal vez se habría enamorado de algún apoderado —Matías se acercó un poco a ella—. Tal vez de un pobre padre soltero, cuya hija sería su alumna favorita.

—Tal vez. Sería muy bueno —dijo Emilia respirando con dificultad, tratando de desenredar sus tumultuosos pensamientos, viendo como Matías se acercaba cada vez más—. ¿Qué serías tú si no fueras tú? ¿Qué te gustaría ser? —preguntó nerviosa, cambiando el tema.

—Creo que estoy satisfecho con mi vida en general, aunque me gustaría hacer algunos cambios —le estaba siguiendo el juego, pero quería volver a llevarla por el camino que habían tomado.

—¿Por ejemplo?

—Me gustaría ser tu esposo. Tu esposo de verdad.

Ahí estaba, la oportunidad que Emilia quería, pero que no sabía cómo pedir.

Y en ese momento era tan fácil. Si tan solo levantara una mano y la acercara a Matías. Si tuviera la fuerza para levantarse del sofá y guiarlo al dormitorio.

Después de lo que pareció una eternidad, se puso de pie, pero en vez de tomar su mano se giró hacia el fuego, del que quedaban solo rescoldos.

Trató de controlar el temblor de su cuerpo empuñando las manos.

—Nuestras vidas son como son y punto —declaró con mucha dificultad—. No ganamos nada con soñar imposibles. —Escuchó que él se ponía de pie y sintió el calor de las manos masculinas sobre sus brazos.

—Mili —dijo Matías. Su voz era un susurro, una tormenta.

Emilia luchó por controlar las lágrimas que amenazaban con huir de sus ojos. Subió la mano derecha hasta su brazo izquierdo, rozando los dedos con los que Matías se aferraba a ella.

—No puedo, lo siento —murmuró ella—. Me encantaría ser Emilia Larraín Pérez, la profesora de Carolina. Me encantaría haberte conocido en otras circunstancias. Tal vez de esa manera...

—Yo no la quiero a ella. —Matías se acercó hasta apoyar su pecho en la espalda de Emilia—. Te quiero a ti, Mili. Eres tú la que me quita el sueño por las noches. Eres tú quien no me deja concentrarme durante el día. Eres tú, solo tú. —A medida que hablaba, Matías bajaba las manos por los brazos de Emilia y depositaba una seguidilla de besos en su pelo, nuca y a lo largo de su cuello.

—No, Matías, por favor —suplicó Emilia. Nunca jamás había suplicado, pero en ese momento estaba dispuesta a hacerlo. Necesitaba que la dejara ir.

—Eres mía, Emilia, ya sea que lo sepas o no, ya sea que lo admitas o no. Eres mía —le habló con una voz dura, desconocida para él. Soltó sus brazos y se alejó un par de pasos—. Y cuando estés lista para aceptarlo, para ser quien en verdad eres, voy a estar esperándote. Te lo dije una vez y te lo puedo repetir hasta el cansancio. Solo tienes que pedirlo. Y ni siquiera eso. Solo un gesto, simplemente tomar mi mano y yo sabré lo que quieres decir, lo que quieres de mí.

Al sentirse alejada de su calor, Emilia comenzó a temblar. Caminó en dirección a la escalera, pero antes de subir se detuvo.

—Me imagino que da lo mismo dormir en el sofá del dormitorio o en el del *living* —dijo con tanto control como fue capaz—. Siempre le podemos decir a Carolina que te quedaste dormido y no tuve más remedio que dejarte ahí. De ninguna manera podría llevarte a la cama.

—Por supuesto, Emilia, tú eres la jefa —respondió Matías falto de toda emoción.

—Gracias. Te voy a dejar tu almohada y cobertor en la silla que está en el pasillo.

Sin volverse a mirarlo y sin agregar otra palabra, Emilia subió la escalera dejándolo más desolado que nunca.

\*\*\*

Para la tercera y última semana de vacaciones tenían reservado un crucero por aguas caribeñas.

La única que lo disfrutó fue Carolina.

Tanto Emilia como Matías estaban ensimismados, encerrados en sus propios pensamientos.

Matías se preguntaba cómo era posible que las cosas se hubieran enredado tanto. Y en tan poco tiempo.

Volvían a los días posteriores a su matrimonio, cuando ni siquiera se hablaban, cuando todo era fingimiento y mentiras. Una actuación para el público.

Emilia intentó divertirse durante el viaje, pero no era capaz de hacer otra cosa más que tenderse al sol, cerca de una de las piscinas del crucero y tomar jugos de fruta todo el día.

Durante los primeros días de crucero perdió algo de peso y se puso muy morena. Matías estaba preocupado por ella, con su piel tan blanca podía tener muchos problemas, pero no podía decirle nada; no podía hablarle sin recordar la última conversación que habían tenido, las risas y secretos compartidos, los maravillosos sueños que se habían atrevido a soñar, pero no a realizar.

Finalmente, el sentido común se impuso.

—Emilia —le dijo una mañana antes que ella dejara el camarote—. No quiero que vayas a enfermar, por favor come algo aparte de esos jugos. Y no tomes tanto sol.

—No tienes derecho...

—Me preocupo por ti, Emilia. —Matías no la dejó hablar—. Si es un crimen, demándame.

Emilia se detuvo por unos instantes sin saber qué decirle. No sabía qué le molestaba más, que él tuviera razón o que la interrumpiera una y otra vez y pensara que era apropiado contradecirla y no rendirle pleitesía. En resumidas

cuentas, que no actuara como todos los demás en su vida.

—No voy a permitir que Cristóbal pierda el tiempo con algo tan tonto como demandarte —replicó altiva, mirándolo por encima de su hombro.

—Eso sonó casi humano de tu parte, Emilia —dijo Matías con una sonrisa abierta y franca—. Si lo intentas un poco más, seguro que vuelvo a pensar que eres una máquina sin corazón, como tu Madame Chantal.

—No te hagas el gracioso conmigo, Matías. —Emilia no pudo evitar volverse para mirarlo.

—Te propongo un trato. Yo no me hago el gracioso contigo; no te digo todas las cosas que necesitas escuchar. Y hasta te juro que no pienso y ni sueño contigo las veinticuatro horas del día. A cambio, tú eres tú siempre que estés conmigo a solas, de la misma manera que lo eres con Carolina en la casa y donde sea. En tus reuniones de negocios puedes ser la señorita Larraín Mackenna tanto como quieras.

—No sé de qué hablas, Matías. Yo soy la señorita Larraín Mackenna.

—Tú sabes tan bien como yo que eres dos personas. La señorita Larraín Mackenna, que es la perfecta egresada del perfecto colegio en Suiza donde te mandó el asistente del Diablo. Y también eres Mili. Que juega con nieve y en una piscina, que hace muchas cosas entretenidas y normales con su hija. Que es buena, dulce y generosa. Y tímida, pero muy inteligente. Yo sé que eres así y no sacas nada pretendiendo otra cosa conmigo.

—Tú...

—No te voy a dejar fingir, Mili. No voy a ser como Sofi, Marcos, Berta o Cristóbal, que saben quién eres y dejan que te refugies en tus mentiras.

—No sé quién crees tú que eres —dijo Emilia muy molesta.

—Tu esposo. Y no me creo. Lo soy. Debería ser la persona más cercana a ti. —Emilia tomó aire muy rápido, asustada—. Pero no te preocupes, tengo claro que no quieres que seamos un verdadero matrimonio. A pesar de esto, tenemos que estar casados dos años y no llevamos ni tres meses. Y han sido los tres meses más difíciles de mi vida. Ya acepté que no podemos ser una pareja

normal, pero creo que por nuestra propia tranquilidad deberíamos al menos tratar de ser amigos.

—No necesito que seas mi amigo, Matías.

—No es cuestión de necesitar, es cuestión de poder convivir sin sobresaltos, sin amargura.

Emilia lo miró por unos momentos, evaluando lo que decía, evaluando si sería ella capaz de llevar una relación con Matías como la que él describía, sin sucumbir al terrible deseo que sentía por él, a esa ternura que le inspiraba.

—Tienes que prometerme que haga lo que haga, tú no vas a malinterpretar mis gestos. Y que sin importar lo que diga, jamás vas a intentar llevar esta relación a un nivel más personal e íntimo.

—Puedo prometerme que no te presionaré, pero no que no aprovecharé la oportunidad, si llegas a dármela. —Las palabras de Matías sonaban tan sinceras. Y su propuesta era tan atrayente. Podría disfrutar de su compañía sin preocuparse de nada más, solo disfrutar. La decisión estaba tomada.

—Amigos, entonces —aceptó Emilia, tendiéndole la mano.

—Amigos —dijo Matías, aprovechando para acariciar su piel con el pulgar—. Ahora, vamos a disfrutar del penúltimo día de crucero.

## Capítulo diez

De vuelta en Chile, en su casa, Emilia tuvo que aceptar que el acuerdo funcionaba mejor de lo que creyó.

Con Carolina de vacaciones y el gimnasio cerrado, los días en casa estaban llenos de risas y juegos, como nunca habían estado, mucho menos en los tiempos en que Emilia era niña.

Emilia se levantaba muy temprano y se iba a la oficina, con la intención de terminar luego con sus obligaciones y volver a casa, para disfrutar del atardecer con su familia.

Su familia. La mención de la palabra la emocionaba. Excepto por esa semana en la cabaña, Emilia nunca había sido tan feliz. Se sentía querida. Y lo que era mejor aún, se sentía aceptada tal como era. No por su dinero o poder. Solo por ser Mili.

Había algo que la inquietaba. Seguía sin compartir con Carolina y con Matías las visitas al cementerio. Siempre les decía que iba a trabajar. Lo mismo que cuando iba al asilo. Y le encantaría llevar a Carolina a visitar a los ancianos. De seguro les iluminaría la tarde con su sonrisa y sus presentaciones. Pero como siempre, se imponía la costumbre, tan arraigada, de dejar a todos fuera.

El último viernes de enero era el cumpleaños de Carolina, y Emilia quería celebrarlo por todo lo alto.

Arrendó juegos, contrató entretenimientos, compró todo lo que se le ocurrió

que podría servir para agradar a los invitados, entre los que se contaban algunos compañeros del colegio nuevo de Carolina y algunas amigas del antiguo. También estaban invitados los directores y gerentes del grupo Mackenna que tuvieran hijos en la edad de la niña.

Esto último fue motivo de discusión entre Matías y Emilia. A Matías no le interesaba que Carolina se relacionara con gente que a él le provocaba tantos reparos. Sobre todo Federico y sus hijas. No quería que la pelea entre los primos pasara a la siguiente generación.

—Precisamente por eso, Matías —razonó Emilia—. Debemos incentivarlas para que se hagan amigas de pequeñas. Lo mismo con los hijos de los otros directores. No quiero que nadie llegue a negar la validez de los derechos de Carolina en el grupo Mackenna. Es lo mejor que podemos hacer.

—Está bien —dijo finalmente Matías—. Lo acepto, pero te aclaro desde ya que si veo una actitud reprochable en alguno de ellos, como las que tuviste que sufrir tú, me voy a llevar a Carolina lo más lejos que pueda.

—Si pasa algo por el estilo, tanto el niño como sus padres van a ser invitados a retirarse de la fiesta.

La determinación que Matías vio en los ojos de Emilia fue más que suficiente para tranquilizar sus inquietudes.

—Creo que vas a hacer mucho más que echarlos de tu casa —le dijo con una sonrisa traviesa.

—Seguro.

La celebración se iba a llevar a cabo el día siguiente al cumpleaños, pero para ese día, Emilia también tenía preparadas algunas actividades. Comenzando por su ausencia en la oficina.

Estaban tomando el desayuno al lado de la piscina. Odette, la cocinera, se había superado a sí misma y les había servido un exquisito desayuno, con todos los platos favoritos de la cumpleañera.

—Vas a tener que estar a dieta una semana para que bajes todas estas comidas, Carito —dijo Matías, sin estar en realidad preocupado.

La niña solo se rio y se sirvió más panqueques con manjar y azúcar flor.  
Emilia estaba feliz. Muy, muy feliz. Y también Matías.

Antes del desayuno habían jugado un rato en la piscina y los tres estaban con trajes de baños y camisetas o pareos. Emilia y Carolina estaban descalzas. Ambas tenían el pelo húmedo y suelto sobre su espalda, el rostro de la mujer estaba absolutamente limpio de maquillaje y él sentía que se enamoraba más y más de ella, aunque estuviera rompiendo su promesa.

La niña le estaba dando a Emilia una galleta cuando Matías notó que tenían una visita. Después de tantos comentarios burlones por parte del abogado, Cristóbal y él habían comenzado a entablar una buena amistad. Cada vez que se veían conversaban y se reían, más aún desde que Cristóbal asistiera a los últimos tres almuerzos dominicales. Algo le pasaba, aunque él no decía nada. Ni siquiera a Emilia.

Y Carolina lo adoraba. Siempre que iba a almorzar le llevaba algún pequeño regalo y jugaba con ella toda la tarde, como si fuera su sobrina favorita. Matías se imaginaba que ese día no iba a ser una excepción.

—Hola —saludó Cristóbal cuando llegó al lado de la mesa.

—Hola, Cris —respondió Emilia.

—Hola, tío Cris —dijo Carolina, con el mismo tono festivo de Emilia.

—Hola, Cris —agregó Matías uniéndose a sus mujeres—. Llegaste justo, apenas quedan dos o tres toneladas de la exquisita comida que nos preparó Odette.

—Me imagino que tendré que conformarme. —Cristóbal acercó una silla a la mesa y tomó un plato para servirse algo de comer—. Te tengo algo especial para hoy, Carito.

—¿Sí? ¿Qué? —preguntó la niña expectante.

—Bueno, tengo que aclarar que no es solo para ti —agregó el joven entregándole una carpeta a Emilia.

La mujer tomó la carpeta que Cristóbal le pasó y comenzó a leer. En la segunda línea cambió su rostro de felicidad a incredulidad y luego de vuelta a

la felicidad. Con una sonrisa enorme miró al abogado.

—¿Es verdad? ¿Está listo? ¿Es oficial?

—Faltan sus firmas y llevarlo al archivero judicial y al registro, pero sí. Es oficial —respondió Cristóbal tan tranquilo como acelerada estaba Emilia.

—¿Y cómo lo conseguiste tan rápido? Ya empezaba a preocuparme. — Emilia no podía ocultar su excitación.

—Usé tu tarjeta de crédito —le explicó Cristóbal sencillamente. Matías no entendía nada de nada. Menos aún, Carolina.

—¿Cristóbal! Sabes que no me gusta...

—Para llevar a cenar a un juez y su señora y hacerles la pelota hasta que firmó —interrumpió el joven riendo—. ¿Qué pensabas? ¿Qué me había juntado mucho con mi madrastra?

Emilia rio y se acercó a su amigo para abrazarlo y besarle en la mejilla.

—Eres el mejor —le dijo, antes de volverse hacia Matías y Carolina que la miraban expectantes—. Esto es maravilloso. Y no podría haber pasado en un día más propicio.

Volvió a mirar a Cristóbal y tendió su mano. Cristóbal sacó un lápiz del maletín que tenía a su lado y se lo pasó a Emilia. La mujer apoyó la carpeta en la mesa, removiéndole las hojas hasta que llegó a la última y firmó.

—Matías, por favor —le pasó la carpeta y el lápiz y se quedó mirándolo, mordiendo su labio inferior un poco nerviosa.

Matías tomó las cosas que Emilia le pasaba y miró la primera hoja de la carpeta.

—¡Dios! —exclamó—. Sí que es apropiado.

—¡Papá! —gritó Carolina—. Yo creía que tú me ibas a decir qué pasaba.

Emilia y Matías se miraron, compartiendo el secreto. Luego Matías apuntó a Carolina con la cabeza, como pidiéndole a Emilia que lo revelara.

—Esto, querida hija mía —dijo tomando la carpeta, donde Matías ya había estampado su firma—. Es un acta de adopción. Bienvenida al mundo, Carolina del Río Larraín.

Carolina demoró un par de segundos en entender lo que Emilia le decía, pero todos los presentes, y algunos de los trabajadores que estaban en el patio, supieron cuál fue el momento exacto en que la niña comprendió que ya era legalmente hija de Emilia.

Gritó, feliz, y se puso de pie con tanta velocidad que la silla salió volando. Por suerte, Matías pudo afirmarla antes que hiciera algún otro desastre, como volcar la mesa o caerse en la piscina.

Cristóbal observó cómo Emilia se fundía en un emotivo abrazo con su familia. «Un gigantesco paso hacia delante, lástima que tenga que interrumpirlos. Voy a darles un par de minutos», pensó.

Con la inmensa felicidad que sentía dibujada en su rostro, Emilia volvió a sentarse. Y con una profunda inquietud, notó algo más en el abogado. Después de todo, lo conocía apenas toda su vida.

—¿Qué? —le preguntó sin aguantar más.

—Lo siento, Mili, no me gusta tener que hacer esto, menos hoy, pero necesito que veas otro documento.

Se inclinó por tercera vez hacia su maletín y sacó otra carpeta. Se la pasó a Emilia y quedó esperando el cambio drástico que iba a darse en ella.

Y no esperó mucho. Apenas Emilia leyó el título, la felicidad se esfumó como si se tratara del humo de un cigarro.

Y cuando leyó más abajo aún, Matías, que nuevamente no entendía que se traían los otros dos, comenzó a preocuparse. Los ojos de Emilia se llenaron de lágrimas, pese al esfuerzo de la mujer por controlarlas.

—¿Cuándo pasó? —preguntó.

—Durante la noche —le respondió Cristóbal—, la directora me llamó hace un par de horas, ni siquiera he comenzado los trámites.

—De acuerdo —dijo Emilia tomando el lápiz y firmando el documento. Luego, se puso de pie e intentó sonreír—. Si me disculpan, tengo una llamada telefónica que atender.

Se alejó de la mesa y entró a su estudio por la puerta que daba al patio

trasero.

—¿Qué pasó, Cristóbal? —Matías estaba preocupado y un poco enojado con el abogado.

—Lo siento, pero no te lo puedo decir. —El hombre movía la cabeza negativamente, con auténtico pesar—. Aparte del secreto profesional, son cosas de ella; es ella quien tiene que contártelo, si quiere. Lo único que puedo decir, es que con toda seguridad va a necesitar tu apoyo.

—No preciso que me lo digas. —Las palabras de Cristóbal, lejos de calmarlo, lo enfurecieron más—. No tengo que conocerla hace treinta años para saber que le pasa algo muy, muy malo y que necesita a su esposo más que nunca. Hija, quédate acá y no te metas en la piscina, ¿de acuerdo?

—Sí, papá —dijo la niña, más obediente de lo que Matías recordara.

—Yo la vigilo un rato —ofreció Cristóbal—. Y tal vez consiga llenarle de mermelada el pelo a la cumpleañera —agregó riendo y amenazando a la niña con un trozo de dulce.

La niña lo miró incrédula, pero cuando comprendió que no era una simple amenaza, comenzó a correr por el pasto, siendo perseguida por Cristóbal, que se tomaba muy en serio el rol de tío.

Cuando Matías entró al estudio, confirmó todas sus preocupaciones.

Apoyada en el borde de la mesa, Emilia daba rienda suelta al llanto más amargo que Matías hubiese escuchado.

Se acercó a ella y, sin decir palabra, la abrazó, acariciándole la espalda. Dejó que llorara hasta que no le quedaban lágrimas, hasta que sus ojos estuvieron rojos e hinchados.

—Háblame, Mili —le dijo con suavidad, sin presionarla—, cuéntame.

La mujer tardó unos minutos en calmarse lo suficiente para mirar al hombre, que esperaba pacientemente por ella. Tomó un pañuelo de papel de la caja que tenía sobre el escritorio y se limpió la cara y la nariz. No hizo muy buen trabajo, por lo que Matías tomó otro pañuelo y terminó el trabajo.

—Creo que lo mejor es que empiece por el principio —susurró con la voz

aún estrangulada—. Todo comenzó hace siete años ya. Después de una pelea con mi abuelo, agarré un automóvil y comencé a manejar por la ciudad, sin rumbo fijo, hasta que me quedé sin combustible. No tenía un teléfono conmigo, menos aún documentos o dinero. Me acerqué hasta una enorme casa en la cuadra del frente de donde me detuve, que resultó ser un hogar de ancianos. Quería ver si me prestaban el teléfono para llamar a la grúa y a Marcos, para que me fuera a buscar, pero conseguí algo mucho mejor. Me atendió una mujer, que se presentó a sí misma como la directora del asilo. Y me dijo que lamentablemente no tenían teléfono, se lo habían cortado por no pago, pero tenía, en algún lado, un poco de combustible, que me podía dar, para que llegara a la bomba de bencina que había a unas pocas cuadras. Fuimos a la bodega y la ayudé a buscar el combustible. Resultó ser algo más que un poco, era suficiente para llegar hasta casa o muy cerca al menos. Yo me comprometí con ella a volver, para pagarle el combustible, pero ella me pidió que no me molestara, tampoco tenían vehículo; se les había estropeado más de un año atrás y no habían podido repararlo. Después comencé a mirar con más atención el hogar y me di cuenta de que estaba en muy mal estado. No tenía las comodidades necesarias para atender a los seis abuelos que tenían internos. Sus ingresos eran muy exigüos, me contó la mujer, apenas alguna ayuda del gobierno, unas escasas donaciones y la jubilación de dos de los ancianos los sustentaban. Me explicó que ella vivía ahí porque sus hijos estaban en el extranjero y no tenía a nadie más. Que todos los otros trabajadores que veía eran en realidad voluntarios. Y todo lo que tenían lo gastaban en comida, pañales y medicamentos. No puedo explicarte la pena que me dio, lo mal que me sentí. Yo había arriesgado mi vida, conduciendo muy imprudentemente, porque mi abuelo se había enojado conmigo por un negocio en el que no conseguí ganar más que el triple de lo invertido, cuando él aseguraba que podría haber ganado diez veces más y ahí estaba esa increíble y generosa mujer que se dejaba la piel por cuidar a unas personas que no eran nada de ella y aún le alcanzaba para ayudar a una pobre niña rica en medio de una

pataleta.

—¿Qué hiciste, Mili? —preguntó Matías con increíble suavidad, casi como si quisiera transmitir sus pensamientos, no hablarlos.

—Tomé el combustible, me fui a casa y comencé a hacer llamados. El primero fue a un constructor, el mismo que está trabajando en el gimnasio, para que fuera a evaluar la casa e hiciera sus propuestas. Lo segundo fue hablar con Cristóbal, para que consiguiera darle personalidad jurídica al asilo, de tal manera que pudieran conseguir más ayuda del gobierno y donaciones particulares. Después llamé a un concesionario automotriz para encargarme un vehículo pequeño, para que la mujer tuviera movilidad de manera rápida y segura y un minibús, para que pudieran sacar a pasear a los ancianos. Tomé una camioneta y fui a un supermercado que había cerca del asilo y compré cuatro carros llenos de alimentos, pañales, artículos de aseo y cuánto se me ocurrió que podrían necesitar. Cuando llegué al asilo me estaba esperando el doctor Benavente, que es mi médico de cabecera, con dos enfermeras y un geriatra. Los había llamado antes de salir de casa. Ellos dedicaron varias horas a revisar a los residentes hasta cubrir el último milímetro de piel. Después fuimos a una bodega farmacéutica donde compramos todos los medicamentos e insumos necesarios para los tratamientos que habían prescrito. Y encargamos varios aparatos imprescindibles en un hogar de ancianos. Contraté tres enfermeras para que hicieran turno las veinticuatro horas del día y al geriatra para que fuera una vez a la semana a hacer chequeos.

—Me imagino que la mujer estaría muy feliz —dijo Matías sonriendo.

—No tanto como yo. En esos momentos, lo que me hacía más feliz era imaginar la cara que pondría mi abuelo al saber que en un par de horas había gastado o me había comprometido a gastar mucho más de lo que había ganado en el negocio de la discordia. Verás, en esos meses de agosto en que mi abuelo me obligaba a venir a Chile, también me obligaba a hacer trabajo voluntario. Él quería que le diera la correspondiente dimensión a nuestra fortuna, que

reconociera todo lo que él hacía por mí y por mis maravillosos privilegios. Pensaba que yo era una malagradecida, porque renegaba de mi nombre y posición. Lo único que consiguió fue que fuera feliz, realmente feliz, por primera vez en mi vida. Iba a un campamento y ayudaba a los niños con las tareas escolares. Conversaba con las madres y escuchaba sus problemas. Y después llegaba a casa y fingía una apatía que no sentía. Y le preguntaba a mi abuelo algunas cosas que a él lo llenaban de orgullo, por ejemplo, ¿Por qué inventó Dios a los pobres? ¿No se da cuenta, acaso, de lo molestos que son?

—¿Qué pasó ahora? —le preguntó Matías, después de dejar de reír.

—Uno de los internos, que había cedido su jubilación completa, era un profesor de matemáticas. Cuando comenzó con problemas físicos, tomó la decisión de irse a vivir en la casa de la señora Gloria. No tenía familia ni nadie, así que no tenía quien lo cuidara. Jamás perdió su lucidez, muy por el contrario. Todos los domingos me esperaba con el tablero de ajedrez preparado, aunque nunca conseguía ganarme. Una vez...

—¿Todos los domingos? ¿Ese es tu gran secreto? Vas los domingos a visitar a tus abuelos, eso es lo que haces. —Matías comenzó a reír profusamente, una mezcla de felicidad y alivio inundaba su cuerpo. En ese momento entendía el comentario de Sofía—. Dios, Emilia, sí que eres complicada, como dice Cristóbal.

—¿Cuándo te dijo eso Cristóbal? —Emilia sonaba un poco avergonzada.

—El día que nos casamos. —Matías entrecerró los ojos haciendo memoria de la primera vez que había pasado—. Y cada vez que viene a almorzar. Dos veces el día de tu cumpleaños.

—Creo que tengo unas cuentas que arreglar con el niño mimado ese —masculló Emilia, recuperando por unos instantes su autoritarismo, con las mejillas arreboladas.

—Olvídate de eso. Me decías que una vez... no sé qué...

—Una vez, después de escuchar a don Julio despotricar toda la tarde porque le había ganado en menos de diez movimientos, lo dejé ganar. Y él se

enojó más aún conmigo. «Eres inteligente y fiera, la mejor estratega que conozco —me dijo—. Cuando te dejes ganar, que sea por algo por lo que valga la pena, no por un viejo que no puede con su amor propio, porque una niñata rubia le pateó el trasero en lo único en lo que ha sido bueno en la vida». No sabes la cantidad de veces que soñé que él era mi abuelo, no el asistente del Diablo, como le dices tú.

—¿Falleció? —preguntó Matías, comprendiendo por fin lo que pasaba.

Emilia no le contestó, al menos no en palabras, pero una nueva riada de lágrimas le dio la respuesta que buscaba. Abrazó a la mujer y le acarició la espalda, depositando una centena de afectuosos besos en su frente. De pronto, Matías sintió que algo cambiaba en ella, no solo se dejaba abrazar, sino que cruzó los brazos sobre la espalda de Matías y apoyó la cabeza en el pecho masculino, buscando su calor.

—Bésame —le pidió alzando la cara hacia él.

—Emilia... —no dudaba porque no quisiera besarla; dudaba porque ella no estaba en la mejor forma, estaba muy emocional y podía no saber lo que estaba pidiendo.

—Por favor —agregó con su voz aterciopelada—. Por una vez, solo bésame.

Matías no podía soportar esos hermosos ojos rojos de lágrimas y brillosos de deseo, la boca que lo buscaba tímidamente, el cuerpo que se apoyaba, suave y cálido, contra él.

Bajó su cabeza y tomó los labios de Emilia dentro de un beso lento, acariciándolos con su lengua, apretándola aún más. Emilia abrió la boca con un gemido, buscándolo, ansiándolo, pidiéndole más. Matías no se hizo esperar y penetró su boca con la lengua, bajando las manos por la tierna espalda, acariciándola una y otra vez, hasta llegar al trasero.

La tomó hasta dejarla sentada sobre el escritorio, ubicándose entre sus piernas, acercándose, acercando el endurecido miembro a la entrada de su cuerpo.

Con un suspiro, casi un quejido, abandonó los labios para bajar por el largo y delicado cuello, sintiendo contra la boca la sangre de Emilia correr errática.

Sin saber qué hacía, tomó el borde del pareo y lo subió hasta sacarlo por la cabeza de la mujer. Volvió a besarla, con más ardor y pasión de la que jamás había sentido.

La amaba; estaba seguro, y lo que pasaba en esos momentos era solo la manifestación física de ese amor. Así, sus manos viajaban abrasadoras por la espalda de la mujer, quemando la piel, haciéndola arder bajo su calor.

Emilia nunca supo cómo pasó, pero de pronto se encontró casi desnuda en los brazos de Matías, solo la tanga del traje de baño separaba el casi de la totalidad.

Sabía que tenía que poner freno a esa locura, que no podía permitir que pasara. No sobre ese escritorio, el escritorio de su abuelo, y no cuando cualquier persona podía entrar en el estudio, incluyendo algunos trabajadores temporales.

Pero cuando sintió los labios de Matías sobre sus pechos, no pudo hacer nada más que arquear la espalda, buscando un mayor contacto con él.

Cuando la lengua acarició los rosados pezones solo pudo gemir de satisfacción. Sentía su masculinidad tan cerca de ella, con dos insignificantes trozos de telas separándolos, que deseaba, realmente deseaba, deshacerse de ellos y pedirle a Matías que la tomara ahí mismo, que la hiciera suya por fin. Su esposa, su mujer.

Pero la cordura volvió en la forma y sonido de una llamada telefónica. Berta sentía mucho tener que interrumpir un día de descanso, pero necesitaba que contestara enseguida un correo electrónico que le había enviado.

Cuando Emilia colgó el teléfono, alcanzó su pareo sin atreverse a mirarlo. Una vez que estuvo un poco más cubierta, se giró para enfrentarlo, aunque no sabía qué decir. Buscó refugio, una vez más, en su cobardía y mentiras.

—Haz roto tu promesa —le dijo sin mirarlo, sin darse cuenta de que él tampoco la miraba.

—No en realidad, si lo piensas bien. Prometí no presionarte, pero también aclaré que no iba a dejar pasar ninguna oportunidad que me dieras. —Matías recuperaba de a poco su voz. Levantó la mirada, para comprobar que ella lo evadía, una vez más—. Y tú lo pediste, tú me pediste que te besara, aun sabiendo que no tengo ningún control sobre mí mismo cuando de ti se trata, Mili.

—¿Entonces ahora la culpa es mía? —preguntó Emilia, con ironía—. Te aprovechaste del mal estado emocional en el que estaba, por la muerte de un querido amigo, y la culpa es mía. Seguro que muchos violadores le dicen lo mismo al juez. «La culpa es de ella, señorita, yo le quité la ropa y la tomé en contra de su voluntad, pero la culpa es de ella».

—No, la culpa es mía. Debería haber sabido que esto iba a pasar. Y ya debería haber obligado a mis esperanzas a morir. Por suerte, Berta te salvó a tiempo, lo que la hace más inapreciable aún.

Emilia lo miró fijamente, escuchando más que las palabras, escuchando su voz apática.

—No te preocupes —continuó Matías—. No me hago ninguna ilusión. Aunque espero que podamos darle vuelta a la página y seguir con nuestra amistad.

—Por supuesto —dijo Emilia, fría, recuperando rápidamente su otra personalidad, reconstruyendo las defensas en torno a ella—. Después de todo, no pasó nada. Esto no significa nada.

Comenzó a caminar hacia la puerta, con la cabeza elevada, altiva como siempre.

—Voy a ducharme; tal vez tenga que ir a la oficina unos momentos. Y tengo que ir al hogar, a despedirme. Si me disculpas.

Sin mirarlo, abrió la puerta y salió, dejándolo solo, una vez más comiéndose la rabia.

\*\*\*

A Matías le tocó explicar a Carolina el porqué del repentino cambio en Emilia. La niña lo comprendió inmediatamente. Aún tenía fresco en la memoria la muerte de sus abuelos, tres años antes.

Cuando Emilia volvió del hogar, la estaban esperando sentados en la escalera de acceso a la casa. Dos segundos después de que Emilia bajara de la limosina, Carolina se tiró a los brazos, rodeándola por la cintura y apoyando su cabeza en el pecho de la mujer.

—Lo siento, mamá —le dijo, con pequeñas lágrimas brillando en sus ojos—. ¿Lo querías mucho?

—Sí, hija. Mucho, era como un padre para mí —respondió Emilia con voz estrangulada.

—Me habría gustado conocerlo. —Carolina tiró de su mano, para que la siguiera al interior de la casa —dice mi papá que tú lo ibas a ver todos los domingos, a él y a otros abuelitos que viven juntos en una casa, porque no tienen quién los cuide.

—Así es. Ahora me arrepiento de no haberte llevado nunca a conocerlo. — Emilia buscó el consuelo que necesitaba acariciando la cabeza de la niña, siguiéndola por el pasillo que llevaba a su estudio.

Por algún motivo que Emilia no acertaba a entender, a Carolina le gustaba su oficina. Tal vez porque ahí estudiaban juntas los sábados en la tarde y cualquier otro día que Carolina necesitara ayuda y Emilia no permitía que nadie las interrumpiera. En el estudio, era solo para Carolina.

Cuando entraron, lo primero que vio Emilia fue el escritorio, donde estuvo sentada besándose con Matías. Sabía que había quedado algo desordenado y que había olvidado sobre él la parte superior de su traje de baño, pero en ese momento estaba ordenado y el bikini había desaparecido. Esperaba tener que agradecerse a Matías y no a Sofía o a cualquier otra empleada.

Conversó con la niña un rato, y ella le comentó que había estado hablando con Matías y que ambos querían acompañarla, tanto en el funeral como en sus posteriores visitas al hogar.

—Mi papá dice que tengo que pedírtelo yo, porque es algo muy tuyo, que no te gusta compartir, y que si te lo pide él, probablemente digas que no.

—Tu padre es un hombre muy sabio, Carolina —dijo Emilia, sonriendo por primera vez en varias horas.

—¿Qué significa eso, mamá? —preguntó la niña.

—Significa que tiene razón. Siempre he ido sin compañía al hogar, a visitar a mis abuelos, y me cuesta pedirle a alguien más que vaya conmigo.

—Pero a mí no me lo estás pidiendo. Al revés, yo te lo pido a ti, mamá. Me gustaría acompañarte. Y a mi papá también. ¿Puede él venir con nosotras?

—Tal vez no quiera —digo Emilia cauta.

—Sí que quiere —insistió la niña.

—Pero... —comenzó a decir Emilia, mas no pudo terminar. Escuchó un carraspeo proveniente de la puerta que había olvidado cerrar.

—Sí que quiero —confirmó Matías, que estaba cruzado de brazos, apoyado en el umbral de la puerta.

—¿Ves, mamá? Te lo dije —agregó la pequeña, tan segura del cariño y entrega de su padre, que Emilia no pudo evitar sentir envidia.

—Bueno, si quieren...

—Claro que queremos, ¿verdad, papá? —preguntó la niña mirando al hombre.

—Claro que queremos —respondió Matías, mirando a su hija—. Y ahora, ¿por qué no vas a la cocina a molestar un poco a Odette y Sofía y nos dejas a tu mamá y a mí tener una conversación de adultos?

—Sofí siempre me dice que no molesto —replicó la niña con altivez. Matías hizo una mueca que Emilia interpretó como fastidio, ya que era algo que Carolina evidentemente había aprendido de ella.

Cuando la niña desapareció por el pasillo, Matías entró a la oficina y cerró la puerta.

—Espero que no te moleste, pero me tomé la libertad de ordenar tu escritorio —le dijo Matías a Emilia, avanzando unos pocos pasos hacia ella

—. Y tu traje de baño lo dejé en el cesto de la ropa sucia.

—Te lo agradezco —Emilia respiró profundo y lo enfrentó—. La verdad, me avergonzaba un poco la idea de Sofía limpiando el escritorio y descubriendo... bueno, lo que hubiera por descubrir.

—Me lo imaginé. —Matías se detuvo a escasos metros del sofá en el que estaba sentada la mujer—. Emilia, quiero disculparme por...

—No hay nada por lo que tengas que disculparte, Matías. —Emilia levantó una mano para que no siguiera hablando—. Pero yo sí. Tenías razón. Tengo que reconocerlo al menos ante mí, tenías razón, yo te lo pedí, aunque en esos momentos no era consciente de lo que pedía, ni tampoco lo quisiera...

—No sigas disculpándote, por favor, eres malísima —dijo Matías riendo—. No mala en disculparte, sino mala para mi maltrecho ego.

—Te entiendo, aunque no comparto tu opinión. —Emilia bajó rápidamente la mirada—. Iba a decir que no lo quisiera admitir. No me vas a escuchar decir esto de nuevo, pero la verdad es que eres un hombre muy atractivo y lo que me haces sentir... bueno, me encanta, pero también me da miedo. Pero no es a ti a quien tengo miedo, sino a mí misma. Temo perderme y no volver a encontrarme. Temo convertirme en mi madre, que amó tanto y de forma tan desesperada a mi papá que no pudo seguir viviendo sin él.

—Mili —le dijo Matías, tomando su mano—. ¿Por qué no tratas de convertirte en ti misma? Tienes miedo de convertirte en tu abuelo, tienes miedo de convertirte en tu madre y al final no vives; no eres feliz porque no te dejas ser tú.

—¿Y quién se supone que soy yo? —preguntó Emilia.

—¿Quién soy yo para decirte quién eres? —la interrogó Matías a su vez—. Eso lo tienes que descubrir tú. Y ya te he dado mi parecer, en todo caso.

—Mili —dijo Emilia—, no la señorita Larraín Mackenna.

—Exacto. —La miró y luego agregó con esperanzas renovadas y una sonrisa traviesa—. O tal vez quieras convertirte en la señora Larraín Mackenna. Yo gustoso te ayudo.

—Ay, Matías, no conozco otra persona más optimista que tú —le respondió Emilia, también sonriendo.

—Por supuesto. —Matías apretó más su mano—. Me acabas de decir que me encuentras atractivo y que te encanta lo que te hago. A eso lo llamo un buen comienzo.

Emilia lo miró por largo rato; le parecía estar viéndolo por primera vez. Le gustaría saber qué sentía en verdad por ella. ¿Sería solo deseo carnal o sería otra cosa, más profunda y terrorífica? Fuera lo que fuera, admiraba la franqueza con la que Matías lo admitía. Y ella, que había necesitado ver muerta a una persona muy querida, para siquiera reconocerlo ante sí misma.

Ella sabía ya que lo que sentía por él no era simplemente atracción. Lo encontraba muy atractivo, eso sí, pero había algo más, algo a lo que no conseguía ponerle nombre.

Por un tiempo creyó que le bastaba con llamarlo atracción o deseo, porque lo sentía. Aunque desde que volvieron de su viaje y eran amigos, permitiéndole relajarse en su presencia y conocerse realmente bien, la atracción se había profundizado cada vez más.

En esos momentos pasaba el día esperando estar con él. Se engañaba y se decía que quería estar con Carolina, que era a ella a quien extrañaba.

Pero por una vez no podía mentirse, tenía que admitirlo, era él con quien quería estar. Quería ser el objeto de bromas y miradas. Quería que tomara su mano y que caminara con ella. Que se sentara a su lado en el sofá y la abrazara mientras veían una película. Que la besara, prometiéndole lo que vendría a continuación, después de que acostaran a Carolina.

Quería dormir en sus brazos después de hacer el amor con pasión. Quería despertar para verlo dormir aún, para besarlo y ver sus ojos somnolientos oscurecerse a causa del deseo.

Ansiaba todo eso y mucho más. Pero no podía. Nunca podría obtenerlo. El miedo, un miedo visceral, la mantenía arraigada a la antigua costumbre de no permitir que nadie se le acercara tanto para que pudiera hierla.

Exhaló y cerró los ojos. Sentía el calor de la mano masculina extenderse por todo su cuerpo hasta llegarle al corazón, atravesando todas las barreras que ella había fabricado. Una pequeña lágrima rodó por su mejilla.

—¿Quieres hablar de eso? —le preguntó Matías al limpiarle la lágrima—. Seguro que te hace bien. Una pena compartida es más liviana.

Emilia agradeció que Matías malinterpretara su llanto, que creyera que era por el amigo perdido, no por el amor que jamás podría alcanzar.

—No sufrió nada. Anoche se acostó temprano, porque estaba cansado. Habían ido de paseo a la playa, a Valparaíso. Una enfermera fue a visitarlo a las doce de la noche, le tocaba un medicamento, pero él estaba tan dormido que tuvo que darle la dosis vía intravenosa. Él hizo un pequeño gesto de dolor, pero siguió durmiendo. Cuando la misma enfermera fue a visitarlo hoy en la mañana, ya había partido. Llamaron al médico para que lo constatará. Y después la directora se puso en contacto con Cristóbal, que se encarga siempre de estos trámites, pero principalmente para que él me contara lo que había pasado. Yo ni lo dejé hablar.

—En esos momentos no podías —dijo Matías consolándola.

—No, pero bien que me las apañé para tirarme en tus brazos.

—Es que están siempre abiertos, esperándote.

Guardaron silencio unos momentos. Fue Matías quien lo rompió.

—Me encantaría irme así, quedarme dormido y no despertar más —forzó a las palabras a pasar a través de un nudo en su garganta—. Lo único lamentable sería no poder despedirme de mis seres queridos. Por eso es importante decirles todos los días que los quieres.

La frase quedó bailando entre ellos. El «Te quiero» no dicho. Matías quería decirlo; lo sentía, pero se contuvo pensando que haría a Emilia sentirse más incómoda. A pesar de todo, ya se sabía correspondido, pero era demasiado importante para forzar cualquier acción por parte de la mujer. Le resultaba tan extraño que Emilia pudiera ser tan decidida con algunas cosas, mientras que de otras no podía ni hablar. Una vez más, maldijo al abuelo de Emilia y a

todos los imbéciles que dañaron a una criatura tan delicada. «Pero no importa —pensó—, ya llegará el día en que me diga mil veces que me ama. Y yo se lo diré mil veces más».

—¡Mamá, papá! —Se escuchó la voz de Carolina en el pasillo—. Dice Sofi que más les vale venir a almorzar inmediatamente, porque las papitas fritas se van a enfriar.

—¿Papitas fritas? —preguntó Matías—. ¿Es que estas mujeres no tienen límite? ¿No saben que mi hija es deportista y no puede comer tanta basura en un día?

—Lo saben, por lo general cocinan sano, pero hace años que no tenían alguien para poder malcriar —le dijo Emilia sonriendo alegre—, y cuando yo era niña tenían que hacerlo a escondidas, porque mi abuelo las hubiera despedido si las llegaba a sorprender. Y entonces, ¿quién me hubiera regaloneado?

—Bien, pero que quede claro que no voy a admitir que los otros trescientos sesenta y cuatro días la ceben. —Matías se puso de pie y le ofreció la mano, que Emilia aceptó gustosa.

—Más te vale no meterte en mi dieta, entonces, porque me encantan las papitas fritas —Emilia lo desafió como si fuera una niña pequeña, hablando con su padre—. El último que llega a la cocina no come papitas —gritó antes de salir corriendo.

En el pasillo, Matías trató de adelantarla, pero ella le impedía el paso moviéndose de un lado a otro. Antes de llegar a la puerta de la cocina, que estaba abierta de par en par, Matías tomó a Emilia por la cintura, la levantó y la dejó atrás de él, entrando primero en la habitación.

—¡Te gané! —le gritó burlesco.

—Pero hiciste trampa. ¡Tramposo! —reclamó Emilia con la cara roja.

—¿Y tú no, acaso? —le dijo Matías abriendo sus brazos e impidiéndole continuar.

—¡Niños! —gritó Sofía—. Déjense de pelear. —Al ver que su reprimenda

no rendía frutos, volvió a gritar—: ¡Emilia Antonia Larraín Mackenna, compórtate como la señorita que crie!

—No me molestes, Sofi, no soy señorita, soy señora y el malvado de mi marido quiere dejarme sin mis papitas fritas —replicó Emilia que había comenzado a corretear por la cocina perseguida por Matías.

—Hay papitas para todos —anunció Carolina, que estaba dividida por el deseo de comenzar a comer y por las ansias de unirse a sus padres en el juego.

—La única niña tiene razón —confirmó Sofía, que se había unido a las risas de los otros tres—. Almuercen y después pueden salir a jugar.

—Dile a Matías que deje de perseguirme —pidió Emilia.

—Díselo tú —replicó la mujer, feliz—. Es tu marido.

—Hija, ayúdame —pidió Matías, mirando a Carolina. La niña se unió rápidamente al juego, permitiendo a su padre alcanzar a Emilia y tomarla en brazos—. Ahora vas a ver lo que le pasa a las tramposas.

Matías salió de la cocina y se dirigió a la piscina. Sofía caminó en dirección contraria a buscar algo de ropa seca para todos, después de intercambiar una mirada intencionada con Odette, que estaba esperando para servir.

Cuando Matías llegó al borde de la piscina, Emilia gritaba y se reía. Amenazaba y disfrutaba como nunca en su vida.

—No te atrevas, Matías Alejandro del Río Álvarez, que te desheredo —gritó.

—Hazlo, no me importa, ya he sido pobre una vez y puedo volver a serlo —replicó Matías, estirando los brazos y poniéndola sobre la piscina—. Uno...

—¡NO! —gritó Emilia, aferrándose con los brazos a su cuello.

—Dos... —Matías continuaba el implacable conteo, pero antes de que pudiera decir tres, algo imprevisto pasó.

Carolina, la no tan obediente hija, lo empujó, provocando que cayera en la piscina con Emilia en los brazos.

—¡Carolina! —gritó, cuando consiguió salir a la superficie, pero su enojo

se pasó tan rápido como había llegado cuando vio a Emilia riendo. Y se unió a las risas cuando Carolina saltó a la piscina, en un bombazo genial, esparciendo agua y volviendo a mojar la cara de Matías y de Emilia.

Diez minutos después estaban sentados comiendo una chorrillana enorme, un plato a base de papas, carne picada, cebolla y huevos, todo frito y revuelto, que Odette había preparado.

—Es una chorrillana especial —anunció la cocinera—. Tiene carne de vacuno, cerdo, ave, vienasas, chorizos.

—Espero que haya preparado suficiente, Odette —dijo Matías—, porque el baño me dio hambre.

Carolina y Emilia no podían hablar, competían por determinar quién comía más papitas fritas, solo asintieron en silencio y siguieron comiendo.

—Tengo otra fuente parecida esperando para ser llevada a la sartén —anunció Odette—. Si no pueden con ella ahora, bien le pueden dar el bajo más tarde.

—*Me pafece u'a i'ea ge'al* —Carolina habló con la boca llena.

—Hija, tus modales —Matías la corrigió sorprendido.

—Déjala —Emilia tragó con dificultad—. Es su cumpleaños. E igual va a perder —agregó, pinchando muchas papitas fritas y trozos de carne con el tenedor y llevándoselo a la boca.

Matías solo pudo sonreír ante el cambio operado en Emilia. Al mirar a Sofia, que limpiaba el mesón, la mujer le sonrió y le guiñó un ojo. Recordó las palabras, casi proféticas, de la mujer. «El día que lo sepa, va a ser un hombre muy feliz. Y va a estar a un paso de ganar lo que quiere de la niña».

En la tarde, volvieron a la piscina, jugaron muchas horas, hasta que los tres tenían los dedos convertidos en auténticas pasas.

Fueron a sus respectivas habitaciones a ducharse y vestirse. Matías se quedó esperando a Emilia sentado en el sofá del living de la suite. Cuando ella apareció, le ofreció la mano y bajaron a cenar así, con los dedos entrelazados. La cena, obviamente, fue otra enorme chorrillana.

Al terminar de cenar, fueron al pabellón de los invitados, donde estaba la habitación que Emilia había reformado después de la muerte de su abuelo, para convertirla en una cómoda sala de cine.

A Matías le encantaba el lugar. Tenía una enorme pantalla, un proyector y varios parlantes distribuidos en forma estratégica para conseguir un sonido envolvente. Cómodos sillones y un enorme sofá los invitaban a sentarse y disfrutar de la película que decidieran ver.

Nunca le había hecho comentario alguno a Emilia sobre esa habitación, pero creyó que ese podía ser un buen día para compartir sus pensamientos.

—¿Sabes que me encanta esta habitación? —le dijo—. No tiene nada que ver con el resto de la mansión; está tan fuera de lugar que parece otro mundo.

—¿Verdad que sí? —le preguntó traviesa—. Solía ser una especie de teatro, pero para el tipo de espectáculos que solo disfrutaban los hombres, así que fue lo primero que cambié después de que mi abuelo murió. Ya tenía la forma apropiada y estaba la tarima, así que comenzaron los trabajos de inmediato. Él odiaba el cine y la televisión, ni siquiera permitía a los empleados verla. Solo en la cocina había un aparato pequeñísimo y se encendía en forma exclusiva para ver las noticias. O eso era lo que él creía, ya que había varios televisores ocultos por la casa y todos, yo en especial, disfrutábamos de las comedias televisivas a sus espaldas.

—Me parece que toda tu vida hiciste cosas a espaldas de tu abuelo. Cosas que tú disfrutabas mucho y que él odiaba. —Matías frunció ligeramente el ceño—. Y cuando él murió hiciste muchas cosas a propósito, solo para fastidiarlo después de muerto.

—Por supuesto —dijo Emilia con una enorme y franca sonrisa—. Y, créeme, él te habría odiado con todo su ser. Creo que es una de las cosas que más me gustan de ti.

—¿Por qué me habría odiado?

—Comencemos por el hecho que eres deportista. Él pensaba que el único deporte que valía la pena era el golf, siempre que pudiera andar de hoyo en

hoyo en uno de esos tontos carritos y cerrar varios negocios millonarios en torno a una partida. Segundo, porque odiaba comer sano. Eso fue lo que lo mató. Tuvo dos triples by-pass en su vida. No alcanzó a hacerse el tercero. Pero no permitía que yo comiera como cerda, porque no es apropiado en una señorita. Otro punto en contra tuyo es Carolina. Él no concebía que un hombre tuviera que atender a sus hijos. Con hacerlos y poner el dinero de la manutención bastaba. Yo soy una prueba viviente de eso. Vino a tomarme en cuenta de verdad cuando salí de la universidad y estaba en posición de comenzar a trabajar para el grupo Mackenna.

—Algo así como tu primo, me parece.

—No te confundas: Federico es un ángel comparado con mi abuelo. Al menos él es cariñoso con sus hijas e intenta pasar algo de tiempo con ellas. Yo creo que es gracias a mi abuelo.

—¿Por qué dices eso?

—Es que vio lo poco que tomó en cuenta a mi mamá y a mí, y el desastre en que nos convertimos ambas, así que... —Emilia encogió los hombros, desde su punto de vista, no requería mayor explicación.

—Tú no eres un desastre —dijo Matías, alargando una mano para tomar la de Emilia.

—Sí, desde el punto de vista de Federico. Recuerda que nunca lo dejo hacer lo que quiere en el grupo Mackenna y como controlo el cincuenta y un por ciento de las acciones, no saca nada con convencer a los otros accionistas en mi contra. Hasta en las votaciones en las que se requiere un ochenta por ciento para ganar, me basta un par de personas que me apoyen y listo.

—Bueno, dime qué más puedo hacer para fastidiar a tu abuelo y encantado de la vida lo hago —pidió Matías riendo.

—Vas muy bien, pero si se me ocurre algo más, te lo comunico enseguida.

—Está listo —anunció Carolina, llamando su atención. Ambos se giraron hacia la niña sorprendidos. No se habían acordado de que estaba ahí, con ellos, por lo compenetrados que estaban en su conversación.

—Bien —Emilia fue la primera en recuperarse—. ¿Dónde nos sentamos?

—En el sofá —dijo Carolina—. Siempre nos sentamos en los sillones, cada uno por su lado, hoy quiero que estemos todos juntos.

—Bueno. —Emilia fue inmediatamente a sentarse en un extremo del sofá.

—No, mamá, yo quiero sentarme ahí, en la punta.

—Pero te puedes sentar al otro lado —le respondió Emilia, muy tranquila.

—Yo voy ahí —explicó Matías—. Es una tradición. Carolina a un lado y yo al otro.

—Siempre nos sentábamos así cuando mis abuelos vivían —le explicó Carolina—. Convencíamos a uno de ellos para que se sentara en el medio, para poder molestarlo. Ahora te toca a ti.

—¿Pero me van a molestar todo el rato?

—Cariño, tú mejor que nadie sabes que es mejor fastidiar a los abuelos —le dijo Matías sentándose en el sofá y tirando de un brazo de Emilia para que quedara en el centro.

—Con los padres no resulta muy entretenido, porque ellos te pueden castigarte y quitarte tu juego favorito —agregó Carolina, sentándose al lado de Emilia—. O prohibirte que te bañes en la piscina.

—Hija, se dice «te pueden castigar» o «pueden castigarte», no «te pueden castigarte» te lo he dicho muchas veces —corrigió Emilia.

—Escucha a tu madre, Carito —dijo Matías—. Ella te puede dejarte sin fiesta mañana.

—¡Matías! —exclamó Emilia con sorpresa. Nunca lo había escuchado hablar así.

—Creo que al ayudante de Satanás le fastidiaría mucho si habláramos mal, ¿no lo crees, Mili? —Cuando la mujer, muy a su pesar, asintió, Matías continuó hablando—. *Po' eso le popongo que le hablemo lo má mal poible lo que le que'a 'e la noche* —agregó Matías, comiendo eses y erres a propósito y usando cuanta palabra incorrecta se le ocurrió.

—¿Y quién é il ayuante di Sátanas? —preguntó Carolina, imitando a su

padre.

—Ya sabes —dijo Emilia apresurada, no quería que la niña supiera de quién hablaban—. El que tiene la lista de los que se tienen que ir para abajo por portarse mal.

—¡*EMILIA!* —gritó Matías—. *Si ice «Ya sabí, el que le ice al que se le tiene que irse pa'ajo por ser tirrible é malo»*

—Hija, puedes, por favor, poner la película para que tu papá deje de hablar tan atrocemente —pidió Emilia.

—¡*Aaaaa-má!* —gritó Carolina indignada.

Emilia se vio superada por ambos y sus triquiñuelas, por lo que decidió unirse al juego.

—*Mi 'ija, podí prendé esa custión pa' que tu apá 'eje di hablá ca'eza de pesca'ó* —pidió Emilia entre risas.

—Claro, *amá* —dijo la niña, tomando el control remoto y activando la película.

Fueron dos horas de risas y jugarretas, de bromas y hablar lo peor posible. Y Emilia no sabía qué le molestaría más a su abuelo: Matías, Carolina, las malas palabras, la película que estaban viendo o toda la comida grasosa que habían tomado durante el día. El resultado era el mismo. Si la combinación de esos elementos no conseguía que el viejo se levantara de su tumba, nada lo conseguiría.

Después, eligieron una tierna y antigua película de dibujos animados, que Carolina insistió en ver, a pesar de que era obvio que se dormiría antes de terminar, como indicó su padre.

Media hora después, las predicciones de Matías resultaron ciertas. La pequeña se acomodó en las piernas de Emilia y comenzó a adormilarse.

—¿Estás muy incómoda? —le preguntó Matías, susurrando para no despertar a la niña.

—No, pero me gustaría estirarme más —respondió Emilia de la misma manera.

Matías pasó su brazo sobre los hombros de Emilia, dejándole más espacio. La mujer giró la espalda, hasta que quedó parcialmente apoyada en el pecho masculino. Luego disfrutaron del resto de la película.

Cuando terminó, él, con mucho pesar, tuvo que mover un poco a Emilia, que también estaba adormilada.

—¿Ya se acabó? —murmuró somnolienta.

—En efecto —dijo Matías, se inclinó y le dio un beso en la coronilla—. Necesito que te muevas un poco.

—No puedo, Carolina llega a echar humo de lo dormida que está —respondió Emilia, acariciando la cabeza de la niña.

—Por lo mismo. Tú te mueves un poco, y yo puedo ponerme de pie para tomar a Carolina en brazos y luego podrás levantarte también.

Con mucho cuidado y dificultad hicieron lo que Matías sugería. Luego llevaron a Carolina a su dormitorio y se dirigieron a la suite.

Cuando llegaron, Emilia estaba muy nerviosa. Si Matías intentaba retomar lo que había quedado pendiente en el escritorio, ella no podría detenerlo. No querría detenerlo. Y aunque era lo que más deseaba en el mundo, la llenaba de pavor.

Matías, leyendo en los ojos de Emilia el miedo que sentía, se inclinó y besó con delicadeza sus labios. A continuación se volvió a alejar de ella.

—Hasta mañana, Emilia, que descanses. —Le dio la espalda y caminó hasta su dormitorio.

—Hasta mañana, Matías —dijo Emilia sin estar segura de cómo sentirse.

Si eso era lo que quería, entonces ¿por qué se sentía tan decepcionada?

## Capítulo once

El día sábado fue muy ajetreado. La misma Emilia prohibió que le dieran un desayuno y almuerzo alto en calorías a Carolina.

—A la tarde, cuando lleguen los invitados, vas a comer hasta reventar, estoy segura —dijo Emilia, cuando Carolina le reclamó—. Así que tenemos que controlarte mientras podamos.

Como su padre estuvo de acuerdo y Sofía y Odette aceptaron rápidamente el razonamiento de Emilia, no hubo nada que la niña pudiera hacer para convencerlas de darle panqueques con manjar y leche con chocolate de desayuno.

A las tres y media de la tarde estaba todo listo para recibir a los invitados.

Las primeras en llegar fueron las amigas del antiguo colegio de Carolina. Tomando en cuenta la distancia desde sus casas a la mansión, Emilia le indicó a Marcos que fuera a buscarlas en la limosina. Las niñas estaban muy felices y algo cohibidas, cosa que Emilia y Matías se encargaron inmediatamente de subsanar, mostrándoles la casa, presentándoles al personal e indicándoles donde podían cambiarse de ropa para ir a jugar a la piscina, de tal manera que cuando los otros invitados llegaran se tuvieran que unir a ellas y no ellas a los otros invitados.

—Fue una idea genial —le dijo Matías a Emilia, dándole un beso en la sien — el mandarlas a buscar un poco antes.

—Es bueno saber que lo apruebas. —Emilia levantó sus cejas en un gesto

irónico. Y nervioso. Estaba acostumbrada a cerrar tratos multimillonarios sin pestañear, pero saber que Matías encontraba «genial» una idea tan simple la cautivaba.

Otro grupo que Emilia envió a buscar fue el constituido por los futuros compañeros de curso de Carolina. Emilia había conseguido ponerse en contacto con la profesora jefe y con varios de los apoderados. «El objetivo es bien simple —explicó Emilia cuando le preguntaron por qué los invitaba—: así pueden conocerse sin la presión del primer día de clases».

—Y a Carito no le viene nada de mal que sus compañeros sepan que la mamá está podrida en dinero —agregó Matías burlesco.

—Nada de mal —confirmó Emilia.

Entre el arribo de ambos grupos, llegaron algunos otros invitados, entre ellos Cristóbal y una nueva compañera. Ya era la cuarta o quinta que Matías conocía. También llegó Berta con Pedro y sus dos hijos, un niño de trece años guapo y simpático que dejó a la cumpleañera y a sus amigas suspirando y susurrando, y una niña de nueve años que era la viva imagen de Berta.

De todos los directores y gerentes generales y sus familias, solo unos pocos merecieron la aprobación de Matías.

—Son arribistas a más no poder —le dijo a Cristóbal, que estaba sentado a su lado bebiendo una cerveza—. Si hasta compiten por los méritos de los regalos que le trajeron a Carolina.

—Y tú que pensabas que mi madrastra era mala. —Cristóbal miraba a la mujer contando fantásticas historias de su infancia, cuando ella era la máxima promesa de la gimnasia en Chile.

Los hombres escucharon atentamente lo que decía. Matías no hallaba donde ir a esconderse para ocultar la vergüenza que el ridículo actuar de la mujer lo hacía sentir.

—¿Qué? —le preguntó el abogado.

—Es que está hablando de ejercicios que ni siquiera existen —confidenció Matías—. Y yo espero que mi hija no la escuche, porque no tiene mucho

tacto...

—Tiene doce años —aportó Cristóbal.

—Eso. Pero no cambia el hecho de que si la escucha va a ser evidente que tu madrastra o miente o está loca, Blanca Nieves.

—Ni Blanca Nieves ni Cenicienta la tuvieron tan difícil como yo —replicó Cristóbal, suspirando—. Ella espantó a mi princesa y quiere casarme con cualquiera de las diez mil hermanastras malvadas.

—Pobrecito —le dijo en broma, pero realmente compadeciéndose de él—. ¿Y todas estas tipas con las que te he visto, quiénes son?

—Mujeres de lo más inadecuadas, según Patricia, mi querida madrastra. Ella, por ejemplo —apuntó a su compañera de la tarde—, es educadora de párvulos. ¿Recuerdas a la muchacha que traje el día de tu matrimonio? —Matías asintió sin hablar—. Es asistente de un dentista, pero su verdadera aspiración es ser actriz.

—¿Eres Emilia, fastidiando a tu abuelo? —preguntó Matías risueño.

—Algo así —respondió Cristóbal—. Son todas agradables y bellas, pero no estoy seguro de si las invitaría, sino fuera porque sé que a la querida Patricia le molestan mucho.

—Tu princesa —Matías hizo una pausa, inseguro— ¿es la doctora que se fue de Chile?

Cristóbal se giró rápidamente para ver a Matías de frente.

—¿Y tú cómo sabes eso? —interrogó exaltado.

—Me lo contó Sofía —confidenció— y después Emilia lo confirmó.

—Bueno, sí es ella —corroboró Cristóbal más tranquilo—. Por un momento pensé que... no sé qué pensé.

—Dime una cosa, si tienes tantos recursos a tu disposición, incluyendo el detective de Mili que conoce la vida de Federico al revés y al derecho sin que él se entere, ¿por qué diablos no la buscas?

—Volvió a Chile, ¿sabes? Antes de Navidad, cuando ustedes estaban de viaje —le contó Cristóbal con un tono extraño—; el papá estaba muy enfermo.

—¿La viste? ¿Y qué haces aquí con la señorita educadora de párvulos?

—¿Tú crees que ella quiere verme, siquiera? —Lo miró unos momentos como evaluándolo—. ¿Eres capaz de ocultarle algo a tu amada esposa?

—Lo dirás de broma, ¿verdad?

—Tienes razón. Mili todavía no sabe que estás loco por ella, incluso desde antes que se casaran.

—No sé si loco sea la mejor palabra —dijo Matías después de un largo trago de cerveza—; desembucha.

—Considerando que eres el esposo de mi mejor y única amiga, me parece que es justo considerarte un buen amigo. Tiene un hijo —agregó suspirando—. Y yo, a pesar de estar absolutamente convencido, revolví la bodega en casa de papá para encontrar los álbumes de mi infancia, hasta que encontré el que corresponde a mi tercer año de vida. El niño es mi vivo retrato. Es mi hijo, estoy seguro.

—¿QUÉ? —gritó Matías, escupiendo un poco del líquido que bebía—. ¿Y qué vas a hacer? —consultó cuando pudo dejar de toser.

—No sé —Cristóbal encogió los hombros con pesar—. Ella niega todo. Dice que es hijo de un tipo que conoció en Estados Unidos. Y que no quiere nada conmigo. Aunque el niño fuera mío, igual no querría nada conmigo.

—¿Pero las fechas?

—Lo mismo le dije yo; si lo conociste en Estados Unidos, entonces Cristian, así se llama mi hijo, nació prematuro. Y en el certificado de nacimiento que Gustavo, el detective, me consiguió, dice que es embarazo de treinta y ocho semanas, es decir, de término.

—¿Y ella que te respondió?

—Me preguntó que cuando había aprendido a contar un abogadito esnob como yo. —Matías se rio—. Gracias, amigo.

—Hablando de eso, ¿no conocen los abogaditos esnobs como tú las pruebas de paternidad?

—Sí que las conozco, pero si vieras a Cristian, sabrías que no es necesario

hacerla. Y no quiero que ella llegue a pensar que yo dudo de mi paternidad. Y hay otra cosa...

—¿Qué? —dijo Matías después de que Cristóbal guardara silencio por algunos minutos.

—Yo... yo fui el primer hombre en su vida. Y, a pesar de lo que ella diga, fui el único hasta que ella se fue de Chile. —Matías sonrió recordando su propia situación—. Lo sé —agregó Cristóbal—. Una vez, en broma, le dije a Mili que si quería yo me podía encargar de su pequeño problema. Me empujó a la piscina y era agosto. Casi me dio pulmonía.

—Al menos a mí todavía no me empujan a la piscina. Bueno, al menos Emilia aún no me empuja a la piscina —dijo Matías con una sonrisa franca—. Déjame adivinar, el detective no encontró evidencia de la existencia de otro hombre en Estados Unidos. Lo que te lleva a concluir que sigues siendo el único hombre en su vida. Si pides una prueba de paternidad, pones en duda su honra. Si no la pides, ella no va a reconocer nunca que el niño es tuyo. Lo que, de una u otra manera, te deja fuera de su vida y de vuelta a las señoritas que fastidian a Patricia.

—Ella, Elizabeth, es la que más la ha fastidiado, porque ha obtenido todo lo que ha querido de la vida por mérito propio, sin necesidad de andarse acostando por ahí con hombres a los que no aguanta y fingiendo estar embarazada.

—No, ella pudo atraparte con un embarazo auténtico y no quiso.

—Tienes razón. Ella pudo, pero no quiso.

—¿No te alegras ahora de que haya aparecido en escena? —preguntó Matías, golpeándole la espalda a Cristóbal—. Si no hubiera sido así, ahora estarías casado con Emilia.

—Esa es solo una razón más para estar feliz por tu aparición, Matías, aunque ciertamente se pone muy alto en la lista.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer?

—No sé, ya se me ocurrirá algo. De momento, fue bueno hablar contigo; al

menos me alivió un poco la carga.

—¿Te doy un consejo? Bueno, dos. Uno es mío y el otro es algo que diría Mili.

—A ver, estoy abierto a cualquier sugerencia.

—Parte por dejar de salir con estas señoritas. Elizabeth no va a creerte nunca si sigues haciéndolo.

—¿Y qué hago con mi madrastra?

—Dile la verdad, que Elizabeth volvió a tu vida y que tiene un hijo tuyo, que quieres estar con ella y con ninguna otra, así que tiene que encontrar a otro para hacer de casamentera.

—Cabe la posibilidad de que le dé un síncope. Me gusta tu idea. ¿Qué más?

—Contrata un buen abogado —agregó riendo— y haz tu testamento. Déjalo como heredero único de todos tus bienes. Eso fue lo que me convenció a mí, para dejar que Emilia adoptara a Carolina. Puedes decirle que, aunque el niño no sea tu hijo biológico, como dice ella, igual quieres que sea tu hijo legal.

—Pero es mi hijo...

—Le dices exactamente eso, que sabes que es tu hijo, que no importa lo que ella diga, por eso lo nombras tu heredero. Para ustedes, los ricachones, eso es significativo.

—Me gusta, me gusta mucho. Gracias. Y guárdame el secreto.

—Tal como tú guardas el mío, aunque no es tan, tan secreto.

—¿Qué se traen ustedes dos? —preguntó de pronto una voz femenina, asustándolos. Emilia había saltado encima de ellos.

Ambos hombres se dieron la vuelta con la culpabilidad escrita en cada línea de su expresión.

—Mili —dijo Cristóbal reprendiéndola—. ¿No sabes que eso podría matar a un hombre?

—Eso no, pero esto sí —replicó la mujer, al tiempo que reventaba un globo lleno de agua en la cabeza de cada uno—. O eso —agregó apuntando hacia delante de ellos.

Los dos, tontamente, se giraron para enfrentar a Carolina, a Pedro, el hijo de Berta, y varios niños más armados con pistolas de agua, que no tuvieron ningún reparo en vaciarlas sobre los hombres, riendo y provocando la risa de algunos asistentes.

Lo que siguió fue un pandemonio. Matías le gritó «Traidora» a Emilia y salió corriendo tras ella, que iba gritando y azuzando su persecución, hasta que Matías la tomó en brazos y saltó con ella a la piscina, siendo muy pronto imitado por Cristóbal que tomó a Carolina y a otra niña y saltó con ellas. Los demás niños no se hicieron esperar y saltaron por propia voluntad, sin importarles su ropa.

Al final de la tarde, la fiesta fue considerada todo un éxito. Berta, tan previsora como de costumbre, había comprado todo tipo de vestimenta en varias tallas.

—Conozco a los niños, mis hijos son así —explicó cuando Emilia le preguntó por qué—. Sabía que iban a terminar empapados y aquí estamos tan cerca de la cordillera que suele refrescar de noche, aún en verano.

Cuando estaba anocheciendo, los niños recibieron su ropa seca y fueron enviados a distintos cuartos a cambiarse. Luego, los camareros se encargaron de darles bebidas calientes.

Después, quedaba el acto final. Marcos y José, ayudados por Sofía y Odette sacaron una torta de tres pisos con un número doce hecho de velas en la parte superior.

Mientras los asistentes cantaban el cumpleaños feliz, se acercaron hasta Carolina, que radiante apagó las velas y pidió graciosamente que repartieran la torta entre sus invitados.

Unos momentos después, Emilia pidió que apagaran la música, arrastró a Matías para que la acompañara y tomó el micrófono.

—Hoy es un día muy especial —dijo a la concurrencia—. No solo es el cumpleaños de Carolina, a quién considero mi hija, sin importar la biología. Sino que hoy, un juez me dio la razón. Eso es justo el motivo que lo hace más

especial. A partir de hoy, Carolina es mi hija legalmente. Les pido que brinden con nosotros, por nuestra familia. Y que disfruten.

Cuando iba a terminar de hablar, le hizo un gesto a un hombre que estaba a pocos metros de ella y tenía una radio en la mano. Él se acercó la radio a la boca y dio una instrucción. Volvió la música y dos segundos después, los fuegos artificiales iluminaban el cielo, mientras un grupo de camareros repartían champaña entre los adultos y bebida entre los niños.

—Lo tenías bien guardado —le dijo Matías, tomándola por la cintura.

—Soy una caja de sorpresas —replicó Emilia con una sonrisa traviesa.

—Una hermosa caja de sorpresas —le corrigió Matías, antes de besarla. Su intención era rozar los labios con suavidad, sin exigencias, pero la respuesta de Emilia fue inequívoca. Pasó sus brazos por los hombros de Matías y se entregó al beso con ardor, sin importar el público.

La fiesta siguió por un tiempo más, pero luego se notó que la energía de los niños no estaba a la altura de sus ganas de seguir jugando, por lo que de a poco, los invitados empezaron a retirarse. Tanto Marcos como Andrés, uno de los pocos guardias que Matías identificaba como tal, sacaron los vehículos para llevar a los compañeros de Carolina a sus casas.

—Veo que estás más cerca de lo que pensaba —le dijo Cristóbal a Matías al despedirse—. Suerte la tuya. La luz de los fuegos artificiales fue suficiente para que todos viéramos el verdadero espectáculo —explicó cuando Matías lo miró interrogante.

—La suerte no tiene nada que ver. Es paciencia, constancia y mucho, mucho aguante —respondió Matías—. Y lo voy a conseguir, créeme.

—Me gustaría tener esa confianza tuya.

—Simplemente, relájate y sé tú mismo. Y una última cosa, Cristian es muy parecido a Cristóbal, tiene que ser significativo. Ya sabes cómo son las mujeres con esas cosas. Yo no lo entiendo, pero sé que es así.

Cristóbal lo miró y su rostro se iluminó con la idea.

—Era el nombre de mi madre, ¿sabes?

—¿Cómo? —preguntó Matías.

—Cristina, era el nombre de mi madre. —Con un movimiento de la mano, se despidió.

Después de que Carolina cayera rendida en la cama y somnolienta declarara que había sido el mejor cumpleaños de su vida, Emilia y Matías se dirigieron a la suite tomados de la mano.

Al verla, Matías supo que Emilia aún no estaba preparada, pero él sabía esperar. Se inclinó y le dio un beso en los labios y se retiró hacia el dormitorio.

—Hasta mañana, dulce Mili —le dijo antes de cerrar la puerta—. Duerme bien.

—Hasta mañana, Matías —replicó Emilia, viendo su musculosa espalda desaparecer.

«Si sigues así —continuó hablándole en silencio—, vas a conseguir que me vuelva loca de deseo y frustración. Tal vez suene como un buen plan para ti, pero no para mí. Definitivamente no para mí».

\*\*\*

Todo lo alegre que tuvo el sábado, lo tuvo de triste el domingo. Salieron temprano de casa, Emilia con un riguroso negro, a pesar del calor. Matías vistió un traje oscuro e intentó no quejarse de la corbata. La niña seleccionó un vestido que era blanco completo, sin dibujos ni volantes y pidió a Sofía que pusiera un trozo de terciopelo negro en torno a su cintura.

Fueron a la misa en una iglesia cercana al hogar, donde los acompañaron Cristóbal y la directora del hogar, junto con dos de las enfermeras, algunos voluntarios y residentes que no tenían muchos problemas de movilidad.

Luego se trasladaron al cementerio cercano, donde dejaron en tierra los restos mortales del querido amigo y compañero de mil batallas ajedrecísticas, como dijo Emilia.

Pequeñas lágrimas rodaron por sus mejillas. Carolina la abrazó por la cintura y apoyó la cabeza en el pecho de la mujer. Matías rodeó los hombros de su esposa y le prestó el suyo para que ella se apoyara en él.

—Lo hizo muy feliz, señora Emilia —le dijo Gloria al finalizar el servicio—, mucho.

Matías, corriendo un riesgo enorme según sus propias consideraciones, pidió a Sofía y a Odette, que trasladaran el almuerzo familiar del domingo al hogar e incluyeran a todos los residentes y el personal de ese lugar y de la casa.

Cuando la limosina se detuvo frente al asilo, Emilia frunció el ceño.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó.

Matías le tomó la mano, se la llevó a los labios y le dio un beso en el dorso

—Confía en mí —le pidió.

Abrió la puerta y salió seguido de Carolina y de una reticente Emilia.

—Vayan a cambiarse de ropa —les indicó a las mujeres—. En la oficina de la directora hay un bolso para ustedes.

Cuando Emilia volvió, vestía sus característicos jeans y zapatillas del domingo por la tarde.

Vio, con un enorme placer, las preparaciones que había hecho su esposo. Varias mesas cubiertas con toldos adornaban el patio, donde estaban sentados los abuelitos junto con el personal. Y los trabajadores de la casa los atendían con alegría.

La comida no era nada extraordinario. Puré de papas con un pastel de carne, ensaladas y de postre flan de vainilla. Sin embargo, Emilia declaró que era el mejor almuerzo que había tomado en mucho tiempo.

Durante la tarde, todos se dedicaron a entretener y conversar con los ancianos. Matías había llevado algunas colchonetas, cintas, aros y otros elementos, para que Carolina hiciera una demostración.

Cristóbal insistió e insistió, apoyado por Carolina, Emilia y Sofía, hasta que consiguió que Matías también mostrara algunas pruebas, principalmente de

fuerza en piso.

En la noche, antes de acostarse, Emilia tomó las manos de Matías.

—Gracias —susurró, antes de acercarse a él para besarlo y apoyar por un instante sus pechos sobre él—. Hasta mañana, Matías, dulces sueños —agregó al momento de retirarse.

—Hasta mañana, Mili —respondió él, con voz estrangulada.

## Capítulo doce

Febrero llegó con más trabajo que enero. Emilia salía de casa antes de las siete de la mañana y normalmente llegaba después de la cena y hasta más tarde. La mayor parte de los días no alcanzaba a ver a Carolina despierta.

Llevaba casi dos semanas con ese mismo ritmo, cuando incluso empeoró.

Pasada la medianoche del trece de febrero, llegó a la suite para encontrar a Matías dormido en el sofá.

Se acercó a él y lo removió con una mano.

—Matías —le habló con voz suave—. Matías, anda a acostarte a la cama. Matías —volvió a moverlo hasta que el hombre abrió los ojos.

—Mili —dijo Matías con voz somnolienta—. ¿Qué hora es?

Emilia miró su reloj y le respondió:

—Las doce de la noche con veinticinco minutos.

—¿Recién llegas? —Matías se sentó y se restregó los ojos con los dedos—. ¿Por qué?

—Pareces un marido celoso.

—Soy un marido celoso, Mili, pasas más tiempo con tu computador. Demasiado tiempo con tu computador. Me dan ganas de instalarme un teclado y un ratón, a ver si quieres quedar conmigo para mañana.

—Lo siento, pero febrero es un mes de mucho trabajo en la oficina.

—¿Cómo pasa eso? Yo pensé que febrero era el mes seleccionado por todos los ejecutivos para vaciar Santiago.

—Pero eso es solo en el hemisferio sur, en el norte están en pleno invierno; nadie viaja a la playa. La empresa tiene que seguir funcionando y, efectivamente, todos los ejecutivos salen en febrero de vacaciones.

—Excepto tú.

—Nos tomamos tres semanas en diciembre, ¿No lo recuerdas?

—Parece que fuera el siglo pasado, no hace dos meses. —Matías le sonrió y le tomó la mano —. Te he extrañado mucho estos días. Este es el segundo sábado que trabajas, aunque nunca tan tarde como hoy. Carito también te ha extrañado.

—En marzo vuelvo a mi ritmo normal.

—Eso quiere decir que tengo que aguantar dos semanas más sin ti. ¿Y Berta? ¿Tomó vacaciones?

—Ella siempre sale en julio o agosto, a Pedro le gusta ir de vacaciones a Acapulco, vivió muchos años en México y aún tiene amigos allá. Además, los padres de ambos se jubilaron y se fueron a México.

—Ya.

—Berta lo acepta, porque le encanta huir del invierno.

—¿Por qué llegaste tan tarde? —preguntó jugando con sus dedos

—Tenía que esperar que amaneciera en Australia, despedí a un gerente allá. Antes de que empieces a poner cara de pena, déjame aclararte que este sí se merecía que lo despidieran. Fue negligente con la seguridad en un laboratorio y provocó diez muertes. Y después de eso, tuve que hablar con la mitad de Australia. El primer ministro se salvó por pura suerte.

—¿Qué pasa con las familias de los fallecidos?

—Tenemos seguros y pagamos las compensaciones necesarias, pero nada les va a devolver a su ser querido.

—¿Todavía engañas a alguien con tu otra personalidad?

—Chistoso. Y sí. Jenny todavía tiritita. Más le vale.

—¿Por qué?

—¿De verdad la encuentras bonita?

—Es bonita. Pero no eres tú. —Le besó la mano—. Tú eres perfecta. Hasta tus ojeras, como las que tienes ahora, son perfectas.

—Más te vale.

—¿Celosa?

—No la verdad. ¿De qué tiene que estar celosa la mujer perfecta?

—De nada. ¿Qué vas a hacer mañana?

—Trabajar, ¿Qué más?

—¿Sabes qué día es mañana?

Emilia miró su reloj y se dio cuenta de lo que hablaba Matías. Sin embargo, quiso jugar un poco con él.

—Quince de febrero —dijo con el tono más neutro que pudo.

—¿Quién se hace la chistosa ahora?

—En estos momentos son las cero horas con cuarenta minutos del catorce de febrero, hora oficial en Chile continental. Mañana es quince de febrero.

—¿Qué vas a hacer más rato? —preguntó Matías. No quería discutir por naderías.

—Ahora mismo, acostarme y dormir.

—¿Qué vas a hacer a las ocho de la noche de hoy, catorce de febrero? Y me refiero a la hora en Chile continental —replicó Matías, empezando a perder la paciencia.

—No tengo ningún plan. ¿Y tú?

—Podríamos salir a cenar. Solo tú y yo, nada de restaurantes exclusivos, o excesivamente elegantes, nada de hijos ni empleados ni llamadas intercontinentales, ni hacer tiritar a ningún jefe de gobierno.

—Matías, yo...

—Imagina que eres una hermosa y joven ejecutiva. Recién saliste de la universidad...

—¿Con treinta años cumplidos?

—Con veintidós años, en tu primer trabajo y un amigo especial te invita a salir, no porque sea el día de los enamorados, simplemente porque quiere

estar contigo.

—No sé...

—Anda, di que sí.

—¿Tú sabrías que no es el día de los enamorados, sino cualquier otro día?

—Eso es problema mío.

—Déjame pensarlo, ¿está bien?

—Está bien. —Matías se puso de pie y tiró de su mano para obligarla a hacer lo mismo—. Para que lo pienses —susurró al tiempo que rodeaba la cintura de Emilia y se acercaba a ella, besándola en los labios, siguiendo la columna de su cuello hasta la base y volviendo a subir—. Hasta mañana, querida Mili. —Se alejó de ella antes de no poder hacerlo en absoluto.

—¿A las ocho dijiste? —preguntó Emilia con un nudo en la garganta—. Cuenta conmigo.

\*\*\*

—No, Berta, bajo ningún aspecto, no hoy —le dijo Emilia a su ayudante y amiga antes del mediodía la mañana siguiente.

—¿Tú crees que a mí me hace gracia? —respondió la mujer—. Yo sé que quince años de matrimonio deben sonarle muchos a una pareja que va a pasar su primer día de los enamorados juntos, pero ya hasta tengo niñera para toda la noche. Y una reserva en un hotel magnífico. Lo lamento, tenemos que ir. Sí o sí. Y lo sabes.

—Lo sé —una Emilia absolutamente desganada, apoyó la frente sobre el borde del escritorio antes de aceptar un deber ineludible—. Prepara todo y déjame tranquila cinco minutos. Tengo que llamar a Matías.

Matías estaba decepcionado y molesto. Y así se lo hizo saber a Emilia.

—Lo siento —susurró ella, acongojada—. Lo siento de veras. Quería salir contigo hoy, pero no puedo, tengo que ir allá. De anoche a hoy han pasado muchas cosas, los muertos aumentaron a quince. Y el primer ministro quiere

hablar conmigo. No puedo decirle que no.

—Pero puedes decirle que no a tu marido —respondió Matías enojado.

—Matías, lo siento, tú sabes que si pudiera evitarlo lo haría, pero... —De pronto, se le ocurrió una idea maravillosa. O al menos así la consideraba ella —. Ven conmigo —le pidió—, considerando lo largo del viaje y todo lo que tengo que hacer allá no voy a volver nunca antes del veinte. No podemos estar casi una semana separados. Ven conmigo.

—Estás loca, Emilia —dijo Matías riendo—. ¿Qué voy a hacer yo en Australia? ¿Y qué hago con Carolina? Tengo una hija, ¿recuerdas?

—Vamos por parte —replicó Emilia, más segura aún de la conveniencia de su plan—. Sí, recuerdo que tenemos una hija. Y también tenemos diez o doce empleados en la casa, según que turno toque, incluyendo a Sofía que me crio a mí; ellos pueden encargarse de la niña por un par de días.

—Seis días, como mínimo.

—Bueno, seis días. Y tú puedes ir a las playas, conocer un poco el país. Podemos ir al teatro en Sídney. Puedes hacer turismo mientras yo estoy en reuniones fastidiosas y lateras, y en la noche podemos estar juntos, los dos solos.

—Suenan tan tentador, Mili, solos tú y yo. Y no sé cuántos millones de australianos. Pero no puedo. No te he querido decir nada, pero Carolina amaneció ayer con un poco de fiebre. Y hoy está peor; me preocupa, ella nunca se enferma. Quiero llevarla al médico. Me dijo Marcos que podíamos ir donde el doctor Benavente, sin importar que hoy sea domingo.

—Sí, llévala hoy mismo. Le voy a pedir a Berta... no Berta está con todo el problema del viaje. Yo misma voy a avisarle enseguida al doctor para que se reúna contigo en la consulta. No puedo dejar de ir a Australia, pero apenas aterrice allá te llamo para saber cómo está Carito.

Diez minutos después tuvo la confirmación del médico. Atendería personalmente a Carolina.

Pasaron tres horas más antes que el avión privado estuviera listo y con

todos los permisos necesarios para despegar, alejándola de su familia, que la necesitaba más que nunca.

Cuando Berta vio los ojos brillosos de Emilia, le sonrió comprensiva.

—Bienvenida a la maternidad, Mili. Te estaba esperando.

—No sé cómo te la arreglas, Berta —dijo Emilia, limpiándose los ojos.

—Y eso que tú te saltaste la parte de los dientes, los cólicos, enseñarles a ir al baño, a comer sin terminar pringada de esos asquerosos purés que hay que darle a los niños y fuiste directamente a tener una hija preadolescente.

—¿Y eso no es peor? ¿En especial con una niña?

—¿La verdad? Cualquier etapa de la vida es difícil y lo sabes. Si tus padres hubiesen estado vivos el año pasado, habrían tenido un gran disgusto cuando te casaste por la estúpida herencia de tu abuelo.

—Si mis padres hubieran estado vivos, no habría existido la cláusula del matrimonio.

—¿Me estás diciendo que, por primera vez en tu vida, estás conforme con la muerte de tus padres? Después de todo, Matías...

—Cállate, Berta y déjame dormir, en Australia es de noche, tenemos que acostumbrarnos al nuevo horario.

—Como quieras, Emilia; tú eres la jefa.

—Y harían bien en recordarlo, todos ustedes. Me voy a mi dormitorio — agregó cuando vio la señal de los cinturones de seguridad apagada.

\*\*\*

Emilia pudo solucionar todo, sin grandes problemas y, aunque el costo económico fue mayor del que esperaba, no permitió que la preocupara.

Por fin, cerca de las seis de la tarde del día veinte de febrero, Marcos estacionaba la limosina frente a la casa. Emilia bajó del vehículo y se dirigió a las escaleras de acceso. Quería darse una ducha, comer algo y acostarse. Tal vez hasta reuniera el valor para meterse en la cama de su esposo.

Cuando abrió la puerta, todos sus planes se fueron al país del olvido. Se escuchaba claramente la voz de Matías y los aporreos a una puerta.

—Carolina Andrea, ábreme la puerta ¡ya! —gritaba en el segundo piso. La respuesta de Carolina no se hizo esperar, a pesar de que Emilia no entendió nada de lo que decía—. Abre la puerta, te digo.

—Llevan así quince minutos —le contó Sofia, que la había alcanzado a mitad de la escalera.

Al parecer, Matías ya se había cansado de la confrontación, porque su voz se volvió a escuchar, esta vez calmada e intentado convencer, no obligar, a Carolina a abrir la puerta.

—Hijita, por favor, abre, ya va a llegar tu mamá y no quiero que nos escuche pelear, menos en su primer día de vuelta a casa.

—¿Qué pasó? —preguntó Emilia a Sofia, la mujer se encogió de hombros—. ¿Cómo ha estado Carito, qué dijo el médico?

—No le encontró nada y ordenó a hacer algunos exámenes. La niña ha estado bien, a pesar de todo. A veces un poco decaída, se ha negado a practicar y ni siquiera quiere jugar en la piscina. Lo único que hace es encerrarse en el dormitorio. No es la primera vez que Matías le grita para que abra la puerta.

—Lo siento, Sofí. —Emilia subió dos peldaños más.

—¿Por qué, niña?

—Por todas las veces que yo me comporté así cuando... ¡Dios! ¿Ya? —Miró a Sofia, que entendió inmediatamente lo que Emilia trataba de preguntarle.

—No es lo mismo con todas —replicó Sofia, viendo a Emilia subir la escalera muy acelerada—. Voy a preparar algunas cosas.

—Y manda a Marcos al supermercado.

—¿Todas?

—Sí, que ella elija después.

Emilia llegó al segundo piso, dio la vuelta hacia el descansillo y luego tomó

el pasillo que llevaba al dormitorio de Carolina.

—¡Mili! —exclamó Matías, sorprendido—. Pensé que llegarías en una hora más.

—Tuvimos suerte con el vuelo. ¿Qué pasa?

—Carolina se encerró en su dormitorio y no me deja entrar, no abre la puerta y me ha gritado lo que ha querido. No sé qué hacer.

—Déjame a mí. Me parece que sé lo que le pasa. Carito, hija, soy yo, Emilia —dijo suavemente, golpeando la puerta con un dedo—. Abre, cariño, por favor.

—¡No quiero! —gritó la niña a través de la puerta.

—Amor, por favor, que te he extrañado mucho y muero de ganas por abrazarte. —Emilia casi suplicaba. Haría cualquier cosa con tal de que Carolina abriera la puerta.

—Te abro a ti, pero no a mi papá, no quiero verlo —replicó la niña, ya más calmada.

—Tu papá no está aquí, ya se fue. —Emilia le hizo un gesto con la mano a Matías para que se retirara.

—¿En serio?

—Sí, cariño, ábreme la puerta.

Por fin escuchó el cerrojo abrirse y vio la madera moverse. Rauda, entró, para que Carolina no viera a su padre, que seguía a unos pasos de la puerta.

\*\*\*

—¡Media hora! ¡Cómo puede estar media hora encerrada en su dormitorio conversando con ella! No lo entiendo —gruñía Matías, mientras se paseaba de un lado a otro de la suite, deteniéndose a cada rato, tratando de escuchar el más mínimo ruido proveniente del pasillo.

Quince minutos más de paseo y por fin su espera fue recompensada.

Emilia abrió la puerta y entró en la suite, más cansada de lo que nunca la

había visto.

Lindo esposo estaba hecho. Su mujer volvía de un viaje agotador, una semana al otro lado del planeta y él la esperaba con una bonita escena.

—¿Qué pasó? —le preguntó cuando estaba a pocos pasos de alcanzarlo.

—Será mejor que te sientes —le dijo Emilia— y que pidas un whisky u otro licor fuerte. Lo vas a necesitar.

—Sabes que aparte de una cerveza de vez en cuando, no bebo.

—Bien, otro motivo para que mi abuelo te odie. Me gusta eso, ya sabes.

—Quieres decirme que pasa de una buena vez.

Emilia se sentó en el sofá, se sacó los zapatos de tacón, desabrochó algunos botones de la chaqueta y se restregó la cara con las manos.

—Tu niña ya no es niña, es una señorita. —Lo miró de reojo.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que no debemos dejarla que juegue a la mamá y al papá, porque nos puede hacer abuelos.

—¿Por qué les gusta a las mujeres hablar como si la vida fuera un puzle? —preguntó Matías disgustado.

—Es increíble que seas tan lento, Matías. Carolina tiene su primer período. Ya sabes, su amigo Andrés, el que te visita una vez al mes.

—¿¡QUÉ?! —Matías saltó del sillón—. ¿Mi hija? Pero es tan niña.

—Como bien me recordó Sofía hace un rato, es distinto para todas. Aunque la genética es importante. No creo que sepas la edad a la que tu mamá o la mamá de Carolina tuvieron su primera menstruación.

—Ni lo uno ni lo otro. ¿Eso es lo que le pasaba? ¿Por eso el doctor no pudo encontrar nada? Bueno, claro, es obvio. Encontró algo. Dijo que tenía una pequeña inflamación abdominal y que podía ser muchas cosas, por eso le mandó una serie de exámenes y dos interconsultas. Una a un gastroenterólogo y la otra a un ginecólogo. Al primero fuimos, pero al segundo no. Carolina no quiso ni escuchar hablar hasta que no llegaras tú.

—Por eso mismo se encerró hoy en su dormitorio. No sabía qué hacer

cuando vio que tenía manchada la ropa interior. No quería decirte a ti. Y le daba vergüenza pedirle ayuda a Sofía, a María o a cualquiera, en realidad. Como sabía que yo llegaba hoy, estaba dispuesta a quedarse encerrada hasta que estuviera aquí.

—¿Qué hiciste?

—Antes de subir tuve mis sospechas, así que mandé a Marcos al supermercado a comprar todas las toallas higiénicas que encontrara. Abrimos todos los paquetes y le enseñé como usarlas, eligió una y listo. Se puso pijama y se acostó. Sofía le va a subir la cena y helado de chocolate de postre. No digas nada —advirtió antes que Matías comenzara a reclamar por el régimen alimentario—. Lo necesita, créeme. Hay días que lo único que como en la oficina son litros y litros de helado de chocolate, con galletas de chocolate rellenas de chocolate y salsa de chocolate. Y para que no digan que no como fruta, le pongo un marrasquino encima.

—Bonita dieta —le dijo Matías, volviendo a sentarse a su lado, relajado—. Lo único que te falta es esparcirle azúcar flor, por si acaso no te queda lo suficientemente dulce.

—¡Qué buena idea! ¡No se me había ocurrido! —respondió Emilia riendo.

—No sé qué hubiera hecho de estar solo en casa. Posiblemente maldecir por dos horas al borracho desgraciado que atropelló a mi mamá —dijo Matías unos momentos después—. No me mal interpretes, nunca me he arrepentido de haberme casado contigo, pero hoy lo agradezco más que nunca —le tomó la mano—. Con toda probabilidad, habría sido una mujer carabinero la que hubiese solucionado el problema de estar solos los dos.

—¿Por qué una mujer carabinero? —preguntó Emilia, entre sorprendida y divertida.

—Con el escándalo que hubiera hecho Carolina, seguro algún vecino llama al 133 para acusarme de violencia intrafamiliar.

Emilia se rio y apretó su mano

—Pobre padre soltero —canturreó Emilia, burlándose de él.

—Bueno, al menos nadie me podría acusar de darle hormonas a mi hija para evitar que crezca, como pasa con algunas gimnastas.

Estuvieron unos momentos en silencio, solo compartiendo la tranquilidad que en ese momento reinaba en la casa, hasta que Emilia comenzó a acomodarse en el sofá, vencida por el cansancio.

—Anda a ducharte y acuéstate. Yo le pido a Sofi que te traiga una bandeja —dijo Matías moviendo su hombro.

—Ducha y cama sí. Creo que voy a pasar con la cena, comí en el avión. ¿Tú qué vas a hacer? —le preguntó repentinamente nerviosa.

—Creo que voy a ir a tomar ese whisky; me lo merezco.

—No, por favor, que mi abuelo estaría muy orgulloso de ti —pidió Emilia.

—Bueno, una cerveza, entonces, y un plato de papas fritas al lado de la piscina, tal vez después un baño

—Bien, nos vemos mañana, entonces. —Emilia se puso de pie reticente.

—Bien. Hasta mañana, Mili. Bienvenida a casa. —Se inclinó y le dio un pequeño beso en los labios y salió de la suite.

Emilia lo vio irse y se golpeó la frente.

—¿Qué creías, tonta, que te iba a decir? «Me voy a meter en la ducha contigo y después en la cama»

Se maldijo una vez más por su cobardía, cuando la imagen del cuerpo de Matías húmedo y cubierto solo con el traje de baño invadió su mente.

—¡Dios! ¿Cómo se le dice al esposo: «Ven, acuéstate conmigo»? Se supone que eso está implícito.

«No después de haberlo rechazado tantas veces», le respondió una voz dentro de su cabeza, que, cosa curiosa, sonaba parecida a Berta.

—¡Cállate! —gritó Emilia.

Después, se tapó la boca, sintiéndose absolutamente ridícula por estar de pie, en medio de la suite, hablando sola y en especial, gritándole a un ser imaginario.

\*\*\*

Nunca el fin de febrero era bien recibido por los chilenos. Significaba el término del verano y de la temporada de playas y piscinas. No habría más vacaciones para los trabajadores y para los estudiantes. En las semanas siguientes volverían el caos vial en las grandes ciudades, el abandono en los pequeños pueblos costeros que vivían del turismo, levantarse temprano para todos los niños y quedarse encerrados en escuelas o casas, con las narices metidas en los libros en vez de jugando en las calles o con sus computadores o videojuegos.

Nunca el fin de febrero era bueno.

Pero ese año, el fin de febrero fue particularmente malo, para siempre quedarían grabados en la memoria colectiva de Chile algunos tristes números, comenzando por el día, veintisiete de febrero. Siguiendo por la hora, las tres treinta y cuatro de la madrugada. Luego vendría ocho coma ocho, la graduación en la escala de Richter del terremoto que remeció al país. Y, al final, el número de muertos que se contaron por cientos.

Matías dormía plácidamente, al igual que el resto de los habitantes de la mansión. Considerando la hora, casi toda la población hacía eso. Dormían. Soñaban, tal vez.

El primer remezón consiguió despertarlo. Siendo Chile un país sísmico, no le dio gran importancia. Al escuchar un golpe al otro lado de la pared, supo que Emilia también había despertado y se levantó, tal vez ella sí le tuviera miedo a los temblores. Una vez que estuvo de pie, sí que se preocupó.

El ruido subterráneo era espantoso, parecía que la Tierra intentaba abrirse con un feroz rugido. Mantenerse en pie requería de toda la fuerza que tenía en su cuerpo. En una ocasión había intentado aprender a surfear. Bueno, no había sido tan difícil como esto.

Como pudo, avanzó los metros que lo separaban de la puerta, la que consiguió abrir recién en el tercer intento. Salió al *living* de la suite,

golpeándose fuertemente el estómago contra una mesa que separaba ambos dormitorios, y que en esos momentos bailaba como una adolescente lejos de la mirada vigilante de sus padres. De hecho, todos los muebles se movían sin que nadie los empujara. Antes que él llegara hasta la puerta que Emilia intentaba abrir, la mujer consiguió su objetivo.

—¿Estás bien? —preguntó estirando una mano para tratar de alcanzarla.

—Sí ¿Tú?

—Perfectamen... —No alcanzó a terminar, porque en el mismo momento ocurrieron tres cosas. El ruido subterráneo alcanzó un nuevo nivel, el movimiento telúrico se intensificaba y un grito infantil llenó la noche.

—¡Carolina! —gritaron al mismo tiempo.

—Quédate aquí, yo voy —agregó Matías usando el apoyo de los muebles y las paredes para avanzar con mayor seguridad y rapidez.

Emilia intentó imitarlo, con no tan buenos resultados, pero consiguiendo por fin su objetivo, que era el dormitorio de Carolina. Cuando llegó al lugar, notó que Matías estaba sentado en la cama, con la niña refugiada en sus brazos.

—¿Por qué no termina? —preguntaba Carolina con su aguda voz cubierta de nerviosismo.

—Tranquila, hija —susurraba Matías acariciándole la espalda—. Ya va a parar.

—¿Dónde está mi mamá?

—Aquí, Carito, aquí. —Emilia hizo un último esfuerzo y se sentó en la cama, apoyando un brazo sobre la pierna de la pequeña, mirándola con sus claros ojos que reflejaban el temor y la preocupación que todos sentían.

Cuando por fin el movimiento terminó, Emilia se puso de pie inmediatamente y salió al pasillo. Desde el primer piso se escuchaban pasos y la voz de Marcos preguntando si estaban todos bien.

—Sí —gritó Emilia—. ¿Ustedes?

—Ningún problema —replicó el hombre—. Pero en la cocina quedó todo el piso regado de vidrios, así que no bajen hasta que les avise.

—Acá se cayó un cuadro y se quebró un florero, pero no veo nada más — dijo Emilia desde su posición, a pocos pasos de la puerta del dormitorio de Carolina.

—Hija, voy a ver qué puedo hacer, quédate acostada —pidió Matías, tratando de soltar a la pequeña, pero ella tenía otra idea y se apretó más fuerte contra el pecho de su padre.

—No me dejes sola, papá. ¿Y si tiembla de nuevo?

—Tranquila hija, no va a pasar nada más.

Lamentablemente, Matías no tuvo razón. Las réplicas los acompañaron toda la noche, y siguieron por días, meses incluso.

Bajó a ayudar al personal a repartir luces de seguridad por la casa antes de poder arrancar el generador de emergencia, mientras Emilia batallaba por comunicarse con alguien, quien fuera. Pero ninguna línea telefónica funcionaba. El teléfono fijo estaba muerto, las líneas móviles copadas. Internet tampoco servía de mucho. Solo los teléfonos satelitales parecían dar algún resultado. Lo malo era que solo tenía uno con la batería cargada. Dos más seguían en su empaque.

—Nunca pensé que llegaría a usarlos en casa —gruñó Emilia, mirándolos frustrada.

Cada tanto, un nuevo remezón movía la casa, arrancando gritos de los habitantes. Carolina no se despegaba de las piernas de su padre, aunque estuviera medio dormida.

Finalmente, Emilia consiguió comunicarse con Berta, con el jefe de turno de seguridad del edificio y con Cristóbal, que estaba en la casa de Viña del Mar. Gracias a Dios, todos estaban bien y solo había que lamentar algunos vidrios quebrados y muebles fuera de lugar.

Pero el país estaba sumido en el caos y el desastre. La Facultad de Química de una universidad había explotado, generando un enorme incendio. Un apagón generalizado dejó a todos casi incomunicados por un par de horas. Después se enterarían por las noticias que eso no era tan malo, ya que una gran porción

del tendido eléctrico había colapsado, generando chispazos como fuegos artificiales y hasta pequeños focos de incendio. Que estuvieran sin energía impidió que el caos fuera incluso mayor. Calles quebradas con enormes socavones provocaron innumerables accidentes. Puentes caídos dejaban algunas ciudades aisladas. Las pérdidas económicas serían millonarias.

Pero lo peor, de lejos, fue el tsunami que arrasó con pequeñas ciudades costeras e inundó el archipiélago de Juan Fernández, llevándose un enorme número de víctimas.

Los medios de comunicación se encargarían de recoger tristes historias de familias separadas, rotas para siempre. Con un padre desaparecido acá, un hijo perdido allá.

Por supuesto, también saldrían a la luz héroes anónimos. Una pequeña que salvó la vida de cientos de personas al hacer sonar una campana, para avisar de la inminente llegada de la gigantesca ola. Bomberos, carabineros y otros rescatistas, incluso perros, sacando vivos y muertos de los escombros.

Un desastre de tal envergadura saca lo mejor y lo peor de las personas. Pronto, los saqueos a supermercados y grandes tiendas llenaron las pantallas de los chilenos. La desesperación por un poco de leche para un bebé y el abuso de aquellos que aprovecharon el desorden para robar televisores y otros electrodomésticos hicieron salir a las calles a las fuerzas del orden, no para ayudar esta vez, sino para detener los asaltos y arrestar a los responsables.

El toque de queda fue declarado en varias comunas del sur del país, dando poder al ejército para salir a las calles, garantizando la seguridad de los ciudadanos y la mejor entrega de ayuda y retiro de escombros.

Matías veía como el trabajo de Emilia en vez de disminuir, aumentaba. No solo tenía que lidiar con el desastre en Australia, sino con muchas situaciones producto de la catástrofe en Chile. Si trabajaba veinte horas al día era poco.

Ni el aeropuerto ni las carreteras prestaban sus servicios de la mejor manera, lo que obligaba a Emilia a viajar en helicóptero a cualquier parte del país donde fuera requerida su presencia, por lo que pasaba muchas noches en

el departamento del edificio corporativo, en el que había un helipuerto. Matías incluso había llegado a dudar que Emilia durmiera un par de horas cuando no iba a la mansión.

Por eso, un día fue a la oficina. Nadie lo detuvo, estaban todos demasiado ocupados. Suponía que la misma Emilia lo estaría, pero saludó a Berta a lo lejos, con un gesto de la mano, ya que ella hablaba por teléfono, y no se detuvo hasta estar en el interior de la oficina de su esposa.

La mujer estaba sentada de cara al enorme ventanal, con la mirada perdida y los ojos rojos.

—Mili, ¿qué pasa? —preguntó Matías, muy preocupado.

—Acabo de llegar del sur —respondió Emilia con voz mustia—. Es un infierno. Ni te lo imaginas.

—Por lo que se ve en la tele...

—Lo bueno de las noticias es que no puedes oler —dijo Emilia cortándolo de golpe—. El barro salado, la muerte que ronda... No puedes hacerte una idea.

—¿Qué pasó específicamente? —Matías tomó una mano. La conocía lo suficiente como para saber que había presenciado algo que la perseguiría por mucho tiempo. A veces, una memoria tan privilegiada como la de Emilia era en realidad una maldición.

—Vi a un hombre... mayor... —Nuevas lágrimas le enrojecieron los ojos. Ese... ese día llevaba a su nieto de la mano y con la ola se le soltó. Ni siquiera han encontrado el cuerpo del pequeño. ¿Cómo puedes mirar a una madre y decirle que todo va a estar bien, que tu empresa multimillonaria va a ayudarla a reconstruir su casa si el mar le arrebató su más preciado tesoro?

—No hay nada que puedas hacer, amor —dijo Matías, acariciando la mano de la mujer con suavidad—. El gobierno...

—Son un montón de inútiles burócratas. —Emilia volvió a cortar de raíz a Matías, en el mejor despliegue de la señorita Larraín Mackenna que había visto en semanas.

—Bueno, entonces tú tienes que hacer algo. Después de todo, eres Emilia Larraín Mackenna, ¿no?

—Claro que lo soy —replicó Emilia, poniéndose de pie.

—Probablemente vamos a tener que apretarnos el cinturón —comentó Matías un poco más tranquilo viendo que el pesar quedaba atrás y una nueva resolución batallaba por tomar el mando—. Según todo lo que he escuchado, entraremos en una crisis económica.

—Eso es casi seguro —Emilia mordisqueó su labio inferior, con los ojos entrecerrados, pensando.

—¿Qué? —preguntó Matías, por el curioso gesto de su esposa—. Mili, ¿en verdad podríamos tener problemas económicos? ¿Nosotros? —frunció el ceño y la miró atento—. Bueno, no te preocupes, nada más fácil: devolvemos a Carolina al colegio antiguo, no contratamos...

—¿Sabes cuánto gana el Grupo Mackenna a la semana? —interrogó Emilia con el pequeño tirón de una sonrisa formándose en la mejilla.

—Ni idea —repuso Matías, encogiendo los hombros.

—CRPC es una de las empresas más pequeñas del grupo. En un año normal, es decir, sin crisis económica, gana alrededor de un millón de dólares al mes.

—¿QUÉ?

—Tal como lo escuchas. Mackenna controla el 80 % del capital de CRPC, es decir, la ganancia anual sobre esa empresa es de casi diez millones de dólares. O sea que yo gano unos cinco millones al año. Cien mil a la semana.

—Vaya... —Matías no salía de su asombro—. ¿Y en un año de crisis?

—Bueno, CRPC no es un buen ejemplo en ese sentido, ya que en un año de crisis suele tener una ganancia neta de unos quince millones de dólares.

—¿¡QUÉÉÉÉÉ?! —Todos y cada uno de los músculos del cuello de Matías quedaron marcados con su grito—. Emilia, ¿Cómo puede ser eso? Se supone que en las crisis las ganancias bajan, no suben.

—Estás pensando en pequeño. Las grandes empresas, como el Grupo Mackenna, en realidad ganan más durante una crisis. Toma, por ejemplo, las

divisiones bancarias. Es decir, piensa en ti mismo. Y como tú, cuántas personas más pierden sus propiedades por no poder pagar la hipoteca en los tiempos de crisis. Sobreviven los que son capaces de apretar los dientes y aguantar.

—Pero...

—¿O piensas que las riquezas desaparecen durante una crisis? Matías, no desaparecen... a menos que aparezcan en mis bolsillos y en los de otros más poderosos que yo. Después de todo, en el concierto mundial, Chile es un país pequeño, tradicionalmente aislado del resto del mundo porque tenemos esa enorme mole que llamamos cordillera de los Andes al oriente y el océano Pacífico al poniente. Somos, realmente, un pequeño rincón del mundo.

—Santo Cielo, no sé si tenga espacio en mi cerebro para tantos ceros — dijo Matías poniendo los ojos en blanco.

—Negociaste un muy mal acuerdo prenupcial, qué quieres que te diga.

—Mili, si piensas que eso me interesa, es que no eres tan inteligente como crees. —Acarició la tersa mejilla de la mujer, perdiéndose por un momento en sus ojos risueños y rojizos, más allá de las lágrimas—. Ven a casa, estás muy cansada. Nosotros también te necesitamos.

—No puedo, Matías. Confío en que puedas mantener el fuerte mientras yo arreglo el mundo.

—Después de todo, eres Emilia Larraín Mackenna.

—¡Presente!

—Mira, no te voy a raptar ahora, pero ven a casa, ¿sí? —Con un dedo en su mentón la forzó a levantar la cara—. Hasta tu cama te extraño. Yo te extraño.

—Mat...

—Shhh —puso un dedo sobre sus labios—. Te extraño. Simplemente, ven a casa —se inclinó y le dio un tierno beso antes de alejarse.

Claro que iba a arreglar el mundo, se dijo Emilia con decisión. Por él, por Carolina, por todos los padres que habían perdido a sus hijos.

## Capítulo trece

A pesar del exceso de trabajo que tenía en la oficina, Emilia se hizo el tiempo para acompañar a Carolina el primer día de clases.

—Gracias —le dijo Matías, cuando estaban de vuelta en la limosina.

—De nada, pero ¿por qué?

—Por estar aquí, por esta maravillosa oportunidad en la vida de mi hija, por ser tan inteligente que invitaste a sus compañeros al cumpleaños. Me imagino que viste a ese grupito que la saludaron alegres y a la otra niña que se le acercó para guiarla por el establecimiento.

—Es mi hija también, recuerda. Solo trato de hacer lo mejor que pueda para ella. Hablando de lo cual, necesito que vengas conmigo a la oficina. Llamó Berta. El entrenador y su esposa llegaron al aeropuerto, se adelantaron unos días, porque escucharon que el aeropuerto estaba abierto y no quisieron dejar pasar la oportunidad, por si volvían a cerrarlo.

—¿La casa está lista?

—Ni la casa ni el gimnasio. Berta llamó a los supervisores de las obras, para que contraten más personal. Y de momento mandó un automóvil al aeropuerto, con instrucciones de llevarlos a un hotel. Quiero que te llesves el limo y les muestres el estado de las obras y los llesves a comprarse sus vehículos. Esa mujer no termina nunca de decidir qué quiere, piensa que no tengo nada más que hacer que complacerla.

—Mili, ¿cuándo vas a bajar el ritmo? En un mes has trabajado tantas horas

que ya perdí la cuenta. —Matías no le estaba reclamando, ni estaba enojado, como sonaba, sino que estaba muy preocupado. Emilia seguía bajando de peso, toda su ropa le quedaba suelta. Y en ese momento sí que el maquillaje le cubría las imperfecciones de la piel. Las enormes y oscuras ojeras.

—La próxima semana voy a tener el personal ejecutivo al completo. Después de eso, tengo la junta de accionistas y después vuelvo a mi horario normal. Lo juro. —Emilia lo miró temerosa, nunca lo había escuchado así de molesto. Ni siquiera antes de Navidad.

—¿Y te vas a tomar un par de días de descanso?

—Tal vez, no lo sé aún.

—¡Emilia!

—Lo voy a intentar.

Ya en la oficina, se rio, ante la mirada curiosa de Berta. «Quien lo iba a creer —se dijo—, la señorita Larraín Mackenna escucha a su esposo. Y le obedece».

—¿Qué? —le preguntó Berta.

—Nada, trabajemos un poco.

\*\*\*

A media mañana de un día miércoles, casi finalizando marzo, Matías estaba tomando un café en la terraza, junto al comedor de diario, cuando pasó algo que hizo a su corazón acelerarse como nunca en la vida. La corta carrera y el salto de un par de metros no tuvieron nada que ver.

En vez de parar frente a la puerta de la casa, la limosina rodeó el garaje y estacionó cerca de la puerta que llevaba hasta la lavandería, pero Emilia no bajó. Marcos salió del vehículo y se dio la vuelta, para llegar a donde estaba ella. Abrió la puerta y se metió en la limosina. Cuando volvió a salir llevaba a Emilia tomada de la cintura y la ayudaba a caminar.

En un tiempo récord, que seguramente habría establecido una marca

mundial, Matías llegó a su lado y la tomó en brazos.

—¿Qué pasó? —le preguntó a Marcos.

—Según Berta, le ha dolido la cabeza toda la semana, pero hoy era peor. Dice que hasta tenía los ojos vidriosos del dolor, pidió dos analgésicos, un café y siguió trabajando, hasta que ella la encontró medio desplomada sobre el escritorio. Me llamó y la traje a casa. No quiso ir al médico.

—No me interesa lo que quiera —dijo Matías cuando ya iba por la mitad de la escalera que llevaba al ala de los niños—. Llama el doctor Benavente, anda a buscarlo, lo que sea, pero lo quiero aquí enseguida.

—Claro, Matías. —El hombre siguió su camino hasta llegar a la cocina, ni siquiera se atrevió a mencionar el ascensor que estaba a escasos metros, por donde él pretendía subir.

\*\*\*

Emilia no recordaba nada, ni siquiera sabía dónde estaba. Lo último que tenía en la retina era un informe escrito en un inglés tan malo que su primer instinto fue llamar al autor y despedirlo. O mandarlo a tomar clases de gramática.

Abrió un poco sus ojos y vio un entorno familiar, pero no conseguía darse cuenta de donde estaba. La tenue luz que había en la habitación destrozaba lo poco que quedaba de ella. No se sentía tan mal desde el día que se emborrachó para celebrar la muerte de Felipe Mackenna. Necesitaba que la gente pensara que se sentía mal y fue lo único que se le ocurrió.

En vez de lengua, tenía un estropajo dentro de su boca. Igualmente la pasó sobre sus labios tratando de refrescarlos. Por supuesto, no lo consiguió. Trató de moverse, pero el cuerpo le dolía tanto o más que si tuviera cada milímetro cubierto de agujas.

Una salvadora y generosa mano se posó en su cuello. Trató de sonreír al alma caritativa que la ayudaba, pero solo salió una mueca.

—Bebe esto —le dijo una voz cálida y seductora. ¿Seductora? ¿Emilia

Larraín Mackenna pensando en sexo? ¿Y cuándo había pasado eso?—. Un poco más, cariño, así. —¡Por supuesto! Mili, la esposa de Matías, sí pensaba en el sexo con su marido, aunque nunca lo hubieran hecho. Pero lo pensaba, estando en la oficina, en la piscina, en la ducha, en la cama, en la limosina. Y se imaginaba haciéndolo en la oficina, piscina, ducha, cama, limosina y muchos lugares más. Arriba de un escritorio, agregó a la lista.

—¿Matías? —preguntó con un graznido. «¿Y qué fue de mi voz perfecta?», pensó.

—Sí, cariño, aquí estoy. —¡Dios! Podría llorar. Nunca nadie le había hablado con tanta ternura, como si en verdad la quisieran.

—¿Dónde estoy? —graznó Emilia—. ¿Qué pasó?

—Estás en tu dormitorio. Te enfermaste en la oficina y Marcos te trajo a casa —explicó Matías con su voz cálida, cariñosa y seductora. «Hablando de perfección», pensó Emilia—. Vino el doctor Benavente, dijo que tu estrés había superado cualquier rango mínimamente aconsejable. Te puso una inyección, una combinación de analgésicos, relajantes y somníferos. Y te indicó una semana de reposo absoluto, te dejó medicamentos para estos días y luego control.

—No puedo faltar a la oficina una semana —murmuró Emilia, sin preocuparse en realidad por ese hecho.

—Ya llamé a Berta y le dije que hasta el lunes no volvías, que te amarraba a la cama si era necesario y que se las arreglara como pudiera. Lo mismo te digo a ti. Ahora, sé buena niña y tómate la leche y el sándwich que te dejó Sofía, no has almorzado y ya son las cinco de la tarde.

—No pueden ser las cinco, cuando miré el reloj faltaban quince minutos para las diez —dijo Emilia, recuperándose un poco y tratando de sentarse. De pronto un sándwich le apetecía mucho.

—Me imagino que así fue, pero siete horas atrás. —Matías le pasó el sándwich y sostuvo la leche más cerca de ella.

Después de comer, Emilia comenzó a sentirse algo mejor, aunque el cuerpo

y la cabeza seguían doliéndole como si le hubieran dado una buena paliza.

En esos momentos comenzó a recordar lo que había pasado en la oficina.

—Apoyé la cabeza en el escritorio un momento —dijo—; estaba segura de que un par de minutos bastarían para que los analgésicos hicieran efecto.

—Pues no fue así.

Emilia comenzó a moverse de a poco, para soltar los músculos, pasó la mano derecha sobre su brazo izquierdo y descubrió que no llevaba la blusa de seda con la que se vistió, sino un suave pijama de satín. Alguien le había cambiado la ropa. Alguien le había quitado el traje, la blusa, hasta el sostén, notó, y le había puesto el pijama. «Dios, por favor que haya sido Sofía», rogó en silencio.

—Dime que fue Sofi —le pidió a Matías, un poco avergonzada.

—Fue Sofi —replicó él inmediatamente, pero era evidente que mentía.

—¡Qué vergüenza, Matías! ¿No podrías haberme acostado con ropa?

—No, habrías dormido muy incómoda —dijo Matías, negando con la cabeza—. Además, no era la primera vez que te veía desnuda, al menos de la cintura para arriba. No te saqué toda la ropa. Y si piensas que la vista de tu cuerpo desnudo mientras estás inconsciente me excita, tienes razón —se puso de pie—. Voy a prepararte un baño de tina y después le voy a pedir a Sofi que venga a arreglar este desastre de cama. Vuelve a recostarte unos minutos.

—¿Matías?

—¿Sí? —preguntó girándose hacia ella.

—Gracias.

—De nada.

Matías salió del dormitorio, dejándola con sus pensamientos más privados. Ese era el día. Lo sabía. Lo sentía. Lo iba a conseguir.

Al fin y al cabo, firmaba convenios multimillonarios todos los días, como quien compra el pan. Seducir a su esposo no podía ser tan difícil.

Unos minutos después estaba en la tina, llena hasta el borde de agua caliente y espuma. Supuestamente para relajarse, pero solo conseguía ponerse más

nerviosa.

Cierto, sentía los músculos menos tensos, pero su estómago era otra cosa. O tal vez era hambre.

Estaba segura del éxito de su empresa. Después de todo, Matías le acababa de confesar que verla desnuda lo excitaba. Y eso era inconsciente. Si ella estaba despierta y cooperativa debía ser mejor.

Por un momento deseó tener algo de experiencia, más allá de las novelas románticas que había leído y de las películas subidas de tono que había visto, todo en los últimos meses.

Por otro lado, pensó que era mejor de ese modo. Haría el amor por primera vez en su vida con un hombre al que amaba. No sería solo sexo.

Ya no se engañaba, sabía que estaba enamorada de Matías. Que lo amaba. Cosas peores ocurrían en el mundo todos los días.

Sutilmente, día a día, con cariño, paciencia, y también con enojos y exigencias, Matías había ocupado un lugar en su corazón, y en toda su vida. No solo como el esposo-trofeo que creyó estar comprando unos meses atrás.

Cerró los ojos y recordó el rostro de tantas viudas y huérfanos a los que tuvo que dar el pésame en Australia. No sabía qué haría si algo le pasaba a Matías. Sobreviviría, eso seguro, pero el precio sería demasiado alto. Siempre había sobrevivido, a cualquier cosa que el mundo le impusiera. Pero ya le había llegado el momento de vivir, vivir de verdad.

Claro que antes tenía que solucionar un par de cosas.

Así, todas las horas de trabajo extra se las dedicó a esos hombres y mujeres que perdieron la vida para que ella fuera un poco más rica. Se sintió sucia e indigna, pero no permitió que eso le impidiera llevar a cabo sus planes.

Había hecho llamar a todos los gerentes de todas las plantas químicas que tenía en el globo. Había reforzado la seguridad en cada una de ellas. Había invertido más de lo que los otros directores y accionistas consideraron necesario. Incluso uno de los gerentes se atrevió a manifestar su descontento por el nuevo protocolo de seguridad. El resultado fue algo que habría hecho

tremendamente feliz a su abuelo, si no hubiese sido por el motivo y los gastos. En menos de un minuto, el hombre fue puesto en la calle, en un país que no conocía, con un idioma que no hablaba.

—Que se las arregle solo —había sentenciado Emilia. Esto es, la antigua y no muy querida señorita Larraín Mackenna—. Y el próximo que quiera alegar algo en contra de las nuevas normas de seguridad o no las cumpla, más le vale no mostrar la cara. Mejor aún, al próximo que le ocurra lo que pasó en Australia, va a desear haber estado en la explosión.

Ya había pasado un mes desde el viaje a Australia, pero ella no podía dormir. Cada vez que cerraba los ojos veía las fotografías, los reportes, los análisis del incidente. Un poco más de preocupación habría sido suficiente para evitar tanta desgracia.

¿Y dónde había estado el gerente en cuestión? En una playa, pasando unos deliciosos días de vacaciones con su amante de turno. O con su pareja amante de turno, ya que el hombre había sido sorprendido en la cama con otro hombre y una mujer que resultaron ser matrimonio.

A Emilia no le importaba en realidad lo que hiciera nadie a puerta cerrada.

—Cada uno es dueño de hacer lo que le plazca en su casa, siempre que no sea ilegal. Yo les pago por hacer lo que corresponda en su trabajo. Jamás les voy a dar explicaciones de mi vida privada y no les voy a pedir explicaciones de las suyas. Simplemente, cumplan con sus funciones y no tendremos problemas.

De esa manera había terminado la reunión de gerencia. Y usó esas mismas palabras para un correo que envió a todos y cada uno de los trabajadores de todas las empresas controladas por el grupo Mackenna. Sin excepción.

Y después, había sobrevenido el desastre en el país.

Se preguntaba cuál sería la siguiente desgracia, si lo que decían era cierto. Que las desgracias nunca vienen solas, siempre vienen de a tres. O tal vez la primera había sido la muerte de Julio.

Lo bueno era que las cosas comenzaban a volver a la normalidad, el país de

a poco retornaría a su ritmo normal. Y tenía que reconocerlo, había sido muy divertido ver a todos los dignatarios extranjeros asustados durante el cambio de mando presidencial, todo por un temblorcito de nada. Antes habría sentido envidia, creía ser ella la que tenía la exclusiva en lo de hacer temblar jefes de gobierno. Una sonrisa triste se dibujó en su rostro.

Estaba haciendo lo que podía, especialmente con los trabajadores del grupo Mackenna que habían sufrido alguna desgracia. Luego, pensaría en grande.

Hizo una mueca dirigida al doctor Benavente. Si él supiera de la carga que estaba soportando no le habría diagnosticado estrés y reposo, sino que una camisa de fuerza y un buen psiquiatra.

Unos golpes en la puerta la sacaron del sopor en el que sus tristes cavilaciones la dejaron, de nuevo sin saber cuánto tiempo había pasado.

—Cariño, ¿te quedaste dormida? —preguntó Matías a través de la puerta.

—No —respondió ella mintiendo descaradamente. Después se reprendió por las malas costumbres de las que no podía deshacerse—. Salgo enseguida.

Diez minutos después salió del baño cubierta solo con su bata, pero peinada a la perfección y perfumada. Le pareció que el maquillaje era excesivo. En todo caso, brillaba de anticipación.

Matías estaba en la terraza, mirando hacia el jardín. La luz del atardecer cubría su cuerpo, arrancando tonos de cobre y bronce de su cabello.

—Hola otra vez —lo saludó Emilia, al detenerse al lado del ventanal.

—Hola, ¿cómo te sientes? ¿Mejor?

—No me atrevería a sentirme mal, con todo lo que me han mimado en el día. —Lo miró fijo, esperaba que transmitiendo un mensaje claro y conciso—. Sobre todo tú. Gracias.

—No ha sido ninguna molestia —caminó hacia ella—. El médico dijo que sería bueno una terapia física con un kinesiólogo, para relajar los músculos profundamente. Yo llamé a un conocido mío, para que venga, pero no puede hasta mañana. Además, me puse en contacto con un instructor de yoga, lo malo es que la única hora que tiene desocupada en estos momentos es al mediodía.

También vendrá mañana y pensaba que tal vez resultaría bueno en la oficina. Puedes tomar una clase de yoga en el departamento, después te duchas, almuerzas y quedas lista para la tarde.

—Sabes que por lo general hago ejercicio en la mañana, antes de ir a la oficina.

—Lo sé, pero en estos momentos no es recomendable que hagas un esfuerzo muy grande, como correr o levantar peso, por eso el yoga es doblemente beneficioso. Con Carolina hacemos yoga dos veces a la semana, nos ayuda a relajarnos y ella, además, con la elasticidad. De hecho, cuando esté listo el segundo piso del gimnasio, quiero incorporar yoga en el horario, para el público general.

—Está bien, acepto con una condición.

—¿Cuál?

—Quiero una cantidad grosera de helado de chocolate de postre a la hora de la cena. Y también mañana al almuerzo. De hecho, para todas las comidas en estos días que me veo forzada a quedarme encerrada en casa.

—Hecho. No te vienen nada mal las calorías extras.

—¿Estoy muy flaca?

—Como siempre, estás perfecta, pero el doctor te encontró muy delgada.

—¿Y tú? ¿Me encuentras muy delgada?

—Yo te encuentro hermosa, igual que siempre, pero no estamos hablando del concepto subjetivo de la belleza, sino de tu salud. Se acabaron las jornadas de trabajo de catorce o más horas. Se acabaron las comidas mal hechas. Desayuno abundante, nada de café y una tostada si te da el tiempo, nada de saltarte comidas, nada de trabajar de lunes a lunes, nada de acostarse a la una de la mañana y levantarse a las seis. Que estés acostada cinco horas al día ya es problema, pero peor lo haces cuando estás toda la noche dándote vueltas en la cama y murmurando no sé qué cosas en no sé qué idioma. Llevas un mes así. Sé que el incidente de Australia te afectó mucho. Peor fue el caso del niño perdido en el mar, lo sé. Pero has hecho cuanto has podido, salvo

inventar una máquina del tiempo. Ya basta, Emilia Antonia.

—Sí, papá —replicó Emilia descaradamente.

—Si fuera tu padre, te pondría en mis rodillas y te daría una buena azotaina —dijo Matías, sonriendo por primera vez en mucho rato.

—¡Por favor! —replicó Emilia, risueña y desvergonzada, con el toque justo de súplica en su voz.

—Eres una... —Matías dejó la frase sin terminar, no sabía cuál era la mejor palabra para terminarla.

—¿Soy una qué?

—Una mujer muy agotada. Como te decía, un amigo que es kinesiólogo viene mañana, pero creo que no te vendría nada mal un masaje antes de volver a acostarte. Lamentablemente no tenemos una mesa apropiada, tendrá que servir tu cama de momento. Ya compré todo lo necesario, lo traen mañana. Mi amigo me indicó que comprar.

—¡Hasta que aprendiste a usar la tarjeta de crédito! —exclamó Emilia feliz. Luego una idea se formó en su cabeza—. ¿Quién me va a dar el masaje? ¿Tú?

—No, Carolina. ¡Claro que yo! ¿Ves a alguien más? Vamos, ponte ropa interior o un traje de baño.

«¡Eso sí que no!», se dijo Emilia. No iba a perder la oportunidad de estar totalmente desnuda, tentándolo.

—Me han hecho masajes antes. Sé que no es eso lo que se acostumbra. — Emilia giró para quedar de espaldas a Matías y que no viera el sonrojo que cubría sus mejillas

—Pensé que te resultaría más cómodo así.

—Como dijiste, no es primera vez que me ves desnuda. Con una toalla en el trasero me basta.

Caminó hacia el baño a buscar la toalla contoneando las caderas, seduciéndolo, excitándolo.

«Pero a mí no», pensó Matías, apretando las manos y tragando saliva. Ya se había arrepentido de su ofrecimiento. Por otro lado, algo le pasaba a Emilia,

tal vez era su día de suerte.

Cuando entró en el dormitorio, ella estaba acostada con la espalda al aire y una pequeñísima toalla cubriendo el redondo y perfecto trasero.

«Reconócelo, Matías —se reprendió—, si fuera el Manto de Turín, lo encontrarías pequeño».

—¿Estás lista? —preguntó Matías carraspeando.

—Todo lo lista que puedo estar.

Matías se acercó a la cama, mirando su piel desnuda, suave, acariciable. No sabía si existía tal palabra, pero describía a la perfección lo que él sentía. Quería pasar las manos por toda la piel de Emilia, acariciar hasta el más mínimo rincón de su cuerpo.

Se puso algo de crema, las apoyó en la espalda de la mujer y comenzó a moverlas con delicadeza, respirando para tranquilizarse. Subió hasta los hombros, hundió los pulgares en la suave carne, detectando algunos músculos endurecidos, trabajando en ellos, profundamente, tratando de escuchar solo a su cerebro y su letanía, sin hacer caso de las reacciones propias de un hombre en esa circunstancia. «Es cualquiera, cualquier persona, no es Emilia, no es mi Mili, yo soy un profesional».

Batallaba contra el creciente deseo que la mujer despertaba en él. «Ayúdame, Mili —suplicaba en silencio—, no lo hagas más difícil».

Pero Emilia, lejos de ayudarlo, lo provocaba más, gimiendo suavemente, con el aliento entrecortado.

«Es la tensión —se decía Matías—, está liberando la tensión. No hay nada más en esos gemidos».

Dio vuelta a la cama para alcanzar mejor el otro lado, pero debido a las dimensiones del mueble, tampoco llegaba. Tenía dos alternativas. O le pedía que se moviera, o se subía en el colchón. Si ella se movía, también se movería la toalla, que era lo único que lo separaba de la locura total.

Decidió, por tanto, subirse a la cama, lo que resultó en otro error. El mismo hundía el colchón, dejando parcialmente descubiertos los pechos de la mujer.

Y podía ver su rostro.

Tenía los labios entreabiertos y en el momento en que volvió a posar sus manos sobre los hombros, un pequeño quejido salió de ellos.

—Mira para el otro lado, por favor —le pidió con una voz que no reconocía como propia.

Emilia giró la cabeza y alivió en parte la deliciosa tortura.

«Bien —se dijo—, otra técnica de evasión. Contar desde cien hasta cero. En inglés. Hay un problema, no sé contar más que hasta diez en inglés. No importa, contaré diez veces y además, contaré las veces que he contado y...».

Cerró los ojos, molesto consigo mismo, por enredar tanto sus propios pensamientos y simplemente empezó a contar. La nueva táctica rindió frutos y casi, solo casi, no se dio cuenta como descendía por la espalda hasta que rozó la toalla con la punta de los dedos.

Apretó las manos y se movió un poco, hasta quedar mejor posicionado. «Bien —pensó, ahora acariciar las piernas—. ¡Masajear!», se reprendió, masajear las piernas. Los pies, mejor, lejos del peligro.

Se bajó del colchón y se puso en el extremo de la cama. Tomó un pie entre sus manos y comenzó a trabajar en el arco, estiró dedo por dedo, hasta llegar al más pequeño. Nunca antes había notado que estirar los dedos de los pies de alguien podía ser una actividad tan emocionante.

Bajó la pierna de Emilia y comenzó a masajear el tobillo y un poco más arriba, hasta que llegó a la rodilla. De inmediato decidió que no llegaría más arriba, de eso tendría que encargarse Marcelo al día siguiente.

Tomó la otra pierna e hizo lo mismo que con la primera, cuando llegó a la rodilla no sabía qué hacer. El masaje estaba casi terminado y él estaba excitado. Mucho. Se sentía tan duro que dolía y su pobre cerebro no era capaz de hilar bien los pensamientos, formando ideas contradictorias e innegablemente abrumadoras.

Quería terminar de una buena vez para ir a refugiarse al dormitorio.

No quería detenerse, quería seguir tocando a Emilia.

Deseaba... No. Ansiaba... Ansiaba que ella se volteara y le pidiera que continuara... en sus pechos. Que los tomara en las manos y los acariciara con la boca, con la lengua. Con lo que fuera.

No se decidió con suficiente rapidez y consiguió lo que quería. Emilia levantó la mitad del cuerpo, tapando precariamente sus pechos con un brazo y una mano.

—¿Terminaste? —preguntó. Matías cometió el error de dejar de mirar lo que alcanzaba a mostrar aún de la espalda y los dirigió al rostro.

Ahí estaba, la mirada. Esa mirada que era su perdición, la misma mirada que tenía ese día en el estudio, cuando le pidió que la besara. Era una mirada cargada de deseo, pero inocente.

No pudo hablar. No quiso hacerlo, ni siquiera intentarlo, sabía que la voz lo traicionaría. Solo asintió con la cabeza.

«Ahora, Matías —se ordenó—. Ahora. Date la vuelta y sal del dormitorio». Pero de nuevo fue muy lento.

—Tienes muy buenas manos —comentó Emilia girándose un poco más.

Matías seguía sin poder decir una palabra.

—Ven —susurró Emilia.

Él negó con la cabeza. Emilia terminó de voltearse sobre el colchón y se expuso a su mirada, totalmente desnuda. Levantó la mano con la que se cubría los pechos y la estiró hacia él.

—Ven —repitió.

—Ni tú puedes ser tan inocente. O cruel —dijo Matías con un nudo en la garganta.

—No lo soy. —Emilia lo recorrió de arriba abajo con la mirada y se detuvo ante la evidencia de su deseo—. No soy *tan* inocente —repitió subiendo los ojos—. Y respecto a cruel, no son mis intenciones. —Pasó la lengua por los labios, humedeciéndolos.

—No sabes lo que estás haciendo, Emilia, estás cansada y vulnerable.

—Y muy excitada, gracias a tu masaje. En realidad, gracias a tu sola

presencia. Tampoco es correcto, nada más tengo que pensar en ti.

Matías cerró los ojos y respiró profundo. No podía tener los ojos abiertos, toda la habitación estaba llena del cuerpo desnudo de Emilia.

—Por favor —murmuró Emilia con voz suplicante—, sé muy bien lo que te estoy pidiendo. Y lo deseo. Te deseo. Pensé que tú también me deseabas.

—Más de lo que te imaginas, Mili.

—¿Entonces?

—No quiero que te arrepientas después.

—No lo voy a hacer, te lo juro.

Matías llegó a junto a Emilia en dos pasos. La miró por última vez antes de enterrar los dedos en el pelo de la mujer y acercar la boca a la de ella, para besarla como si en ello se le fuera la vida.

Acarició sus labios con los de él, jugó con su lengua dentro de la boca de Emilia. La besaba una y otra vez, en la boca, en las mejillas, en el cuello.

Bajó hasta tomar un pecho en la boca y torturarlo con la lengua, sorberlo hasta que Emilia jadeara. Tomó el otro pecho, haciéndole lo mismo. Se apartó unos pocos centímetros cuando sintió la mano de Emilia en la espalda. Se sacó la polera y se sentó junto a ella. Volvió a besarla, acariciando la cintura, subiendo hasta los pechos, bajando hasta la cadera.

Sin poder evitarlo, sin poder soportar un segundo más, llevó su mano hasta el triángulo cubierto por un escaso vello rubio, bajando un poco más.

—Abre las piernas, Mili, déjame acariciarte.

Emilia hizo lo que le pidió, permitiéndole alcanzar el secreto centro de su ser, dejándolo tocarla, dándole libertades que nunca le había concedido a nadie.

—Estás tan húmeda, Mili, tan caliente —susurró Matías antes de tomar la boca femenina en un nuevo beso ardiente y profundo, atrapando un gemido dentro de su beso.

—Matías... Matías, por favor —musitaba Emilia moviendo las caderas, en forma instintiva, dejando que su cuerpo dictara las normas—. No sé... Dime

qué hacer...

—Nada, amor, nada —le respondió empujándola sobre el colchón nuevamente—. Solo relájate y disfruta.

Bajó con sus labios hasta el cuello, recorrió los pechos, se detuvo en uno y luego en otro, bajó por el vientre y volvió a subir. Tomó una mano entre las suyas y besó las palmas, luego el dorso. Cuando comenzó a subir, depositando una seguidilla de besos en el brazo, Emilia le acarició una mejilla y metió la mano en el pelo de la nuca de Matías.

A Emilia siempre le había gustado su pelo castaño y crespo. En especial el pequeño amontonamiento de rizos que se formaban en la nuca. Jugó un rato con los dedos, enredándolos en el cabello, acariciando la piel descubierta del cuello y hombros. Alzó la otra mano y acarició el pecho de Matías, subiendo hasta su cuello, acariciando cada vena, cada montículo, asombrándose de lo terso de la piel sobre los músculos duros, guiándolo para que volviera a unir sus bocas.

Matías deseaba besar y acariciar hasta el último centímetro de Emilia. Se decía que era la primera vez que ella hacía el amor y que debía ser una experiencia inolvidable. Que él estaba dispuesto a todo, con tal de que Emilia sintiera solo placer en el acto, no dolor.

Lo que no reconocía era que también, tocando y besando todo su cuerpo, quería marcarla como suya. No quería que jamás ningún otro hombre la tocara, que ninguno tuviera el derecho a hacerlo. Emilia era suya, solo suya, de nadie más antes ni después.

Se sentía involucionando hasta el hombre de las cavernas, pero nada de eso le importaba.

Volvió a besar cuello, pechos, vientre, recorriéndola con la boca y la lengua, acariciándola con dedos suaves y delicados, como la mujer que lo acompañaba. Siguió sobre sus caderas, por la parte exterior de una pierna y luego por la cara interna, hasta llegar a la unión de ellas.

La tomó de las caderas y la elevó, ayudándola a poner las piernas sobre sus

hombros.

Vio como Emilia abría, enormes, los ojos verdes cuando la comprendió los movimientos de Matías.

—Tranquila, amor —susurró cuando comenzó a acariciarla con los dedos—. Tranquila. No sabes cuánto te deseo. No sabes que deseo hacerte mía en todas las formas posibles. Cómo ansío ver tu cuerpo restregarse contra el mío en espasmos de placer.

Emilia cerró los ojos al sentir el íntimo beso, la lengua de Matías sobre ella, acariciándola, excitándola más allá de la comprensión y la razón.

Sin saber qué hacer o decir, se dejó arrastrar por el deseo y comenzó a moverse sin siquiera notarlo. Con sus caderas empujaba contra la boca masculina, embarcándose en una espiral de satisfacción y más deseo. Se sentía como un buque a la deriva, víctima del fuerte oleaje, sin saber a dónde iba, tratando de no estrellarse contra las rocas.

—Déjate llevar —susurró Matías —Estás preciosa así, agitándote contra mi boca, amor. Déjate llevar, déjate ir, déjame guiarte.

Emilia escuchó esas palabras, sin darse cuenta de que estaba aguantando el aire en los pulmones. Exhaló y subió las manos hasta la almohada que tenía bajo la cabeza. Las apretó contra ella y subió un poco más sus caderas, al tiempo que Matías volvía a bajar la cabeza y acariciaba el clítoris con la lengua, rozando los labios vaginales, subiendo y bajando, yendo de un lado a otro, concentrándose por fin en el endurecido botón, al sentir los músculos de las piernas de Emilia tensarse y apretarlo, hacerlo prisionero y esclavo de su cuerpo, hasta que fue liberado con un profundo y ronco gemido de satisfacción.

Matías bajó el cuerpo laxo de Emilia al colchón, se puso de pie y se desnudó por completo, antes de unirse a su mujer sobre la cama.

Emilia aún no abría los ojos cuando Matías comenzó otra vez el largo viaje de besos y caricias, recorriendo el cuello y los pechos, bajando su mano hasta el vientre de Emilia y más allá.

Al sentirlo acariciándola nuevamente, Emilia salió del letargo en que había quedado sumergida. Abrió los ojos y subió las manos hasta la nuca de Matías, empujando su cabeza contra la de ella, en una muda súplica.

El hombre no demoró nada en satisfacer sus demandas. La tomó en un beso profundo, penetrando su boca con la lengua, en una anticipación del acto carnal que vendría. Acarició su cintura, subió hasta agarrar un pecho y lo acarició, buscando el pezón con el pulgar.

Emilia gimió, ondulando las caderas, separando las piernas. Invitándolo a unirse a ella en una danza ancestral.

—Por favor —susurró, aunque no sabía qué era lo que pedía.

Matías, sin embargo, sí lo sabía. Se acomodó entre sus piernas, apoyando una mano sobre el colchón, para que no cayera todo su peso sobre el cuerpo de Emilia. Siguió acariciándola y besándola; preparándola para su invasión con los dedos.

La penetró con delicadeza, milímetro a milímetro, dejando que se adaptara a él, deteniéndose cuando sintió que no podía avanzar más, no sin provocarle dolor.

—Hazlo, Matías —pidió Emilia mirándolo a los ojos—, hazme tuya, tómame.

Sin dejar de mirarla, transmitiendo todo el amor que sentía por ella, acarició el clítoris con los dedos, dejándola de nuevo en la cumbre del gozo. La besó una vez más, al tiempo que un último empujón de sus caderas rompía toda barrera.

Y comenzó a moverse suavemente, sin salirse, sin dejar de acariciarla y besarla. Sentía los músculos íntimos apretando su erección, impulsándolo a vaciarse dentro de ella. Y ya no podía más, pronto se rendiría en la batalla de la sensualidad.

—¡Matías! —gritó Emilia, una vez más, cerrando las piernas en torno a él, adueñándose de su cuerpo, como ya era dueña de su corazón.

—Mili —gruñó Matías, siendo arrastrado al mayor placer que hombre y

mujer pueden compartir—. Mili —dijo otra vez, enterrando la cara en el cuello de la mujer, cayendo ambos en un orgasmo compartido.

## Capítulo catorce

Matías estaba en el curioso mundo donde los sueños y la realidad se mezclan, donde no se sabe si uno está despierto o dormido.

Había dos cosas de las que estaba seguro. Estaba profundamente feliz y satisfecho y tenía en sus brazos el motivo de tal felicidad y satisfacción.

Emilia, que tenía la cabeza apoyada en el hombro masculino, también dormitaba, por lo que pudo apreciar. De vez en cuando sentía los femeninos dedos moverse sobre su pecho y la oía suspirar, para luego percibir la respiración profunda y aquietada.

—¿Estás despierto? —preguntó Emilia a medida que estiraba un brazo para rodearlo, hasta apoyar una mano en el costado del hombre.

—No —dijo Matías—. Estoy durmiendo y he tenido el mejor sueño del mundo.

—¿Es siempre así?

—No, cariño, no siempre —Matías acariciaba su espalda desnuda—. A veces es tranquilo y sosegado, como ahora, otras es rápido y hasta violento, a veces lleno de risas y bromas. Y también depende de la pareja. Hay gente que practica el sexo casi como si fuera un deporte, una competencia. Quien lo hace más veces o con más personas.

—Si eres el exgerente de la planta química de Australia, te gusta hacerlo con otro tipo mirándote —aportó Emilia.

—Yo creo que ese tipo no sabía lo que le gustaba, por lo que quería tener

una mujer a un lado y un hombre al otro. O tal vez le gusta exactamente así.

Matías sintió la sonrisa de Emilia contra su pecho. Tiró un mechón de pelo para que lo mirara.

—¿Qué?

—Ahora entiendo porque a algunas de mis compañeras les iba tan mal en las pruebas los días lunes.

—¿Cómo?

—En el colegio nos dejaban salir el sábado en la noche y volver el domingo a media tarde, siempre que tu familia y tus custodios lo autorizaran. Y lo único que hacía la mayoría era irse a un internado de chicos que había cerca. A mí me molestaba un poco, porque volvían con aires de superioridad y caras de bobaliconas. Y les iba mal en las pruebas que solían hacernos el día lunes.

—¿Qué hacías tú esos días?

—Estudiar. ¿Cómo crees que aprendí de todo y soy competente en tantas cosas? En la escuela nos incentivaban a estudiar siempre en la misma línea, por ejemplo Humanista, y a aprender dos o tres idiomas además de los de entrada. Eso era el estándar. Casi todas las chicas tenían diez o doce asignaturas a la vez; yo solía tener veinte. Veintidós fue mi máximo, en el último año.

—No sé cómo te las arreglabas, yo con suerte podía con cinco o seis asignaturas.

—Nací así. —Emilia encogió los hombros con sencillez—. Tengo memoria eidética, me basta con leer o ver algo una vez y no se me olvida nunca. Y leo muy rápido. De hecho, muchos profesores se limitaban a darme los libros y el material, yo lo leía y una vez a la semana nos sentábamos a discutirlo. Algunos incluso me evaluaban solo una vez en el semestre o trimestre, dependiendo del régimen de la asignatura.

—¿Y en el colegio no decían nada?

—En general no; cada profesor era libre de hacer las clases como creía conveniente, mientras, al egresar, las alumnas cumplieran con las más altas

expectativas.

—Entonces estudiabas de lunes a lunes. Igual que ahora trabajas de lunes a lunes. No me extraña que estés estresada; lo raro es que no te haya pasado antes.

—¿Quién dice que estoy estresada? ¿No sabes lo gran estratega que soy, acaso? Todo era parte de mi retorcido plan para meterte en mi cama.

—La próxima vez, solo pídelo.

—¡Oh, Matías! —canturreó Emilia. Tiró de él para acercarlo y lo besó, dejando la sábana correr sobre sus cuerpos desnudos.

Era un momento romántico y apasionado, hasta que el estómago de Emilia decidió que había llegado la hora de recibir algo de alimento. Ambos rieron con el rugido.

—Tengo hambre —dijo Emilia, mordiéndose el labio inferior.

—Bueno, yo también. No quería decirlo, pero... —encogió los hombros—. Voy a bajar a pedirle a Odette que nos prepare algo.

—Seguro la cena está lista, me doy una ducha y vamos.

—No, señora, usted se queda acostada y espera que le traiga una bandeja.

—Está bien. —Emilia volvió a recostarse. La verdad, no le agradaba nada la idea de dejar la cama donde Matías y ella habían consumado su amor y su matrimonio—. Y no te olvides de mi helado de chocolate.

—No me olvido.

Cuando Matías volvió con la cena, encontró a Emilia profundamente dormida. Dejó el helado en el frigorífico de la cocina, que se encontraba al otro extremo de la suite. Los platos de ella los dejó sobre el mostrador, cubiertos con unas servilletas. Él no comió, devoró. Fue al baño y volvió al dormitorio de Emilia.

Por un momento dudó si acostarse con ella o en su cama. «Este es mi lugar», se dijo y se metió entre las sábanas revueltas, acercándose a Emilia, apoyándose contra la espalda de ella y rodeando la cintura de la mujer con un brazo. Al escuchar el femenino suspiro, supo que había tomado la decisión

correcta.

\*\*\*

—Esto sí es un desayuno —dijo Emilia después de dar cuenta de todo lo que Matías había pedido: cereales con fruta y yogurt, un jugo de naranja, huevos revueltos y tocino, varias rebanadas de pan tostado con mantequilla, una cantidad indeterminada de galletas caseras y tres enormes tazones de café con leche—. Falta el helado de chocolate y estoy lista.

—Está en el refrigerador esperándote.

—No puedo creer que no me despertaras anoche, Matías del Río.

—¿Con qué ejército? Ni siquiera te moviste cuando me acosté a tu lado —miró a Emilia, que lo miraba coqueta.

—El mejor despertar de mi vida. —Emilia tomó la bandeja y se movió en la cama hasta conseguir dejarla sobre un velador, con un poco de ayuda de Matías. Traía puesta una bata. Bajo ella, sentía un estremecimiento recorrerle la columna y terminar en sus endurecidos pezones.

Matías se había quedado de pie al lado de la cama, muy lejos de ella, para gusto de Emilia, que se arrodilló sobre el colchón y se acercó a él, hasta rodearlo con los brazos.

—¿Recuerdas lo que dijiste de pedirlo? —le preguntó a Matías, con voz estrangulada.

—Por supuesto. —el hombre bajó la cabeza y comenzó a besarla, al tiempo que metía las manos bajo la tela de la bata y acariciaba su piel desnuda. Unos minutos después, y con mucha reticencia, Matías se alejó—, pero no puedes recuperar toda tu vida en un día —agregó con pesar.

—Me conformo con recuperar los últimos cinco meses en cuatro días —dijo Emilia, tirando de su mano, para que volviera a acercarse a ella.

—No estaría tan mal —respondió Matías uniendo los labios.

Por largos minutos se besaron y acariciaron; Emilia le había quitado la

camiseta a Matías y notaba su excitación punzar ahí donde la rozaba. La mujer estaba totalmente desnuda y él estaba a punto de tenderla en la cama, cuando se escuchó un golpe en la puerta de acceso a la suite.

—Deberíamos poner un cartel de no molestar, como en los hoteles — propuso Emilia, al tiempo que Matías apoyaba la cabeza contra su hombro y exhalaba de frustración, tratando de calmarse un poco.

—No es mala idea —le respondió. Se acercó al velador, donde había quedado una botella de agua mineral y se bebió la mitad del contenido de un trago—. Por suerte este pantalón es suelto, sino tendrías que ir tú a ver qué pasa. —le dijo saliendo del dormitorio y yendo a la puerta principal.

Emilia se recostó en la cama, pensando que apenas el intruso se fuera, Matías volvería a su lado para continuar donde lo habían dejado.

Pero la voz de Sofía, que le explicaba que alguien había llegado, la hizo fruncir el ceño.

—Bien —escuchó decir a Matías—. Los estaba esperando. Llévalos a todos al gimnasio, que miren por mientras donde pueden instalar la mesa y las otras cosas, yo bajo enseguida.

Un minuto después, Matías volvía a entrar en el dormitorio con un gesto muy apesadumbrado.

—Llegó Marcelo, el kinesiólogo. Y también llegó el camión con las compras.

—Sabes, no estoy segura respecto de ese hombre. No sé si quiero que un tipo cualquiera ponga sus manos en mi cuerpo.

—¿Y me lo dices a mí? —se sentó en el borde de la cama—. Yo sé que no quiero que otro tipo te ponga las manos encima, pero son órdenes médicas. Deja que él te evalúe y después decidimos qué hacer. Y me voy a quedar a menos de medio metro de ustedes, tenlo por seguro. Anda a ducharte, ponte un traje de baño y baja al gimnasio.

—Te sienta bien —dijo Emilia saliendo de la cama.

—¿Qué?

—Dar órdenes —se rio y caminó hacia el baño.

\*\*\*

Matías fue al gimnasio, saludó a las personas que bajaban del camión los aparatos adquiridos y caminó hasta encontrarse con su visitante.

—Marcelo, un gusto volver a verte —lo saludó, tendiendo la mano.

—Matías, hombre, te sienta bien el matrimonio. —El kinesiólogo, un hombre algo mayor que Matías, con el pelo negro y crespo y una sonrisa bonachona, aceptó la mano que le tendían.

—Gracias, tú también te ves bien. Has bajado algo de peso.

—Por fin decidí hacerle caso a mis propios consejos —dijo Marcelo riendo—. No todos tenemos tu suerte.

—De suerte nada, son veintisiete años haciendo ejercicio todos los días y alimentándome sano.

—Yo no me refería a eso, en todo caso —contestó el hombre mirando en torno suyo— corrieron los rumores más disparatados el año pasado. Yo no me los creí hasta que vi el gimnasio cerrado y en obras.

—¿Y qué rumores eran esos, Marcelo? —preguntó Matías, aun sabiendo de qué se trataba.

—Que te habías casado con una vieja ricachona, que a cambio de que te convirtieras en su perrito faldero, si entiendes lo que quiero decirte, había pagado todas tus deudas y había hecho reformar el gimnasio. Y los rumores ahora son que cambió de colegio a Carito y que le contrató un entrenador uzbeko o algo por el estilo.

—Como le encanta decir a mi amada esposa, vamos por parte. Sí, cambiamos de colegio a Carito, ya que tienen un mejor plan de estudios, con énfasis en los deportes, especialmente pensados para atletas de elite. Y sí, contratamos un entrenador ucraniano. Es lo que cualquier madre haría por su hija, después de todo.

—¿Cómo? ¿Su madre? Pero ¿Katherine, ella... ?

—Tú sabes que no quiso saber nada de mi hija, todo lo contrario de Emilia, que la adoptó legalmente. Ahora los apellidos de mi hija son del Río Larraín y no del Río Álvarez, como la había inscrito al nacer, ya que Katherine no quiso reconocerla.

—Vaya, eso no lo sabe nadie, al parecer.

—Y nadie tiene por qué saberlo. Es algo que atañe solo a mi familia. Y todo lo referente al gimnasio también se podría considerar cierto, aunque en palabras de Emilia, una mujer puede hacerle un regalo a su esposo siempre que quiera. Y lo del perrito faldero. —Matías se rio—. Cuando la veas y la conozcas vas a tener tu propia respuesta.

—Empieza a mover la cola, Matías —dijo el hombre mirando un punto a unos metros de él—. Porque me imagino que esa es tu esposa. Dios, hasta yo querría ser su perrito faldero. Y estoy enamoradoísimo de mi mujer y amo a mis hijos más de lo que puedo expresar en palabras.

Matías se giró para ver a Emilia acercarse a ellos. Se había puesto un ligero vestido veraniego, a líneas amarillas y blancas. Llevaba su largo pelo rubio suelto, un suave maquillaje y sandalias de tacón. Se veía tan radiante que Matías no creería lo mal que llegó a casa, menos de veinticuatro horas antes, si no lo hubiera visto en persona.

—Esa es mi Mili —confirmó Matías, con una sonrisa bobalicona en los labios.

—¿Ya aprendiste a ladrar? —preguntó Marcelo en broma—. Deberías.

—También aprendí a hacerme el muerto, quedarme quieto, llevarle el diario y las pantuflas. Lo que ella me pida.

—Y no le hace ningún daño ser la dueña de la mitad de Chile, por lo que sé.

—Solo la quinta parte. Pero si fuera pobre como las ratas, cazaría un buen gato para ella.

Emilia por fin llegó a su lado y se acercó a él, le tomó la mano y se puso en punta de pie para besar su mejilla. Luego se giró para saludar al kinesiólogo.

—Emilia Larraín Mackenna —saludó, tendiendo su mano libre.

—Marcelo Rojas, señora, un gusto —respondió el hombre al tiempo que tomaba la mano ofrecida.

Emilia desplegó una maravillosa sonrisa. Miró feliz a Matías.

—¿Qué? —le preguntó él.

—Me encanta cuando me dicen señora —respondió Emilia, provocando una carcajada en su esposo. Él sabía que Emilia no se refería solo a su estado civil.

—Estoy un poco confundido —dijo Marcelo—. Me parece que Matías decía que sufría de un cuadro de estrés agudo.

—Pero llevo las últimas dieciséis horas, o algo así, durmiendo y comiendo —confidenció Emilia—. Así que me imagino que ya no es tan agudo. Aunque de pensar en ir a la oficina, me da dolor de cabeza.

—Mili lleva mucho tiempo con una carga de trabajo espantosa, especialmente el último mes, desde el accidente de una de las plantas de la empresa en Australia...

—Recuerdo la noticia —comentó Marcelo—. Fue la segunda semana de febrero, si no me equivoco.

—Exacto. En esas fechas, Mili tuvo que viajar a solucionar todo, y nunca tuvo tiempo de recuperarse del desfase horario.

—Y después, el pequeño remezón... a nadie le sentó bien terminar así el verano —agregó Marcelo—. Voy a ver qué pasa con la mesa y las otras cosas que están instalando y empezamos, aunque aquí no hay mucho espacio.

—Se puede instalar en la otra ala de este edificio —Emilia apuntó hacia donde se refería—. Queda mucho espacio al lado de la piscina techada. Aquí se ha ocupado para poner los aparatos de Carito.

—¿Por qué no se me ocurrió antes? —dijo Matías, golpeándose la frente.

—Estás acostumbrado a este lado, nada más. La piscina ni siquiera estaba habilitada hasta esta semana —lo consoló Emilia cariñosa.

Marcelo carraspeó y se alejó, diciendo que iba a hablar un momento con los

cargadores y volvía.

—Estás radiante. —Matías aprovechó que los habían dejado solos para rodear su cintura con los brazos— Hermosa.

—Si pudiera embotellarte como remedio para el estrés, me haría aún más millonaria. Claro que también tendría que querer —le contestó Emilia al subir los brazos—. Bésame.

—Vuelves a ser la jefa, por lo que veo —susurró Matías justo sobre sus labios, antes de apropiarse de ellos en un beso dulce y apasionado.

Marcelo volvió unos minutos después, haciendo mucho ruido para hacer notar su presencia.

—Está listo —les contó, evitando mirarlos—. Los hombres dicen que necesitan tu firma, Matías, en la guía de despacho.

—Aprovecha y que Odette les sirva alguna colación, cariño. —Emilia no podía dejar de dar instrucciones, por más que lo intentara—, Y saca del galletero, ese con cara de oso, algo de efectivo para que les des propina.

—Seguro Odette ya les tiene algo preparado, se lo pedí antes de venir —le respondió Matías, que ya caminaba en dirección a los hombres—. Y ya tengo lista la propina.

—Me lees la mente —dijo Emilia riendo.

—Ojalá fuera tan fácil —respondió Matías con una carcajada.

\*\*\*

Tres horas más tarde, estaban recostados en unas sillas ubicadas al lado de la piscina techada. Marcelo ya se había retirado y el instructor de yoga les había dado una clase que dejó a Emilia un poco más cansada de lo que esperaba.

—No es tan fácil como suponía —le comentó a Matías.

—¿Qué cosa, Mili?

—Yoga. Yo pensaba que era cosa de pararse en un pie y hacer formas raras con el cuerpo.

—Lo que pasa es que el yoga te obliga a usar músculos que ni siquiera sabes que existen. Pero es buenísimo.

—Para ti, que puedes pararte en el dedo gordo de tu pie derecho sin perder el equilibrio. Yo hice el ridículo.

—Pero yo he practicado yoga dos veces a la semana los últimos cinco años. Y ya sabes que lo del equilibrio es tan natural en mí, como en ti recitar de memoria... bueno, cualquier libro que hayas leído.

—No sé si me guste —respondió Emilia después de hacerle un gesto de burla a Matías.

—Pero ya escuchaste a Marcelo, hay músculos que no tienen nudos, son un nudo, casi atrofiados. Yo pensaba que la rutina de ejercicios que hacías te la había dado un profesional, como nunca me pedías ayuda.

—Tú sabes...

—Lo sé, pero ahora voy a meterme al gimnasio contigo todas las mañanas, así que más te vale acostumbrarte.

—Preferiría que te metieras en mi cama todas las mañanas, a eso me acostumbraría enseguida.

—No te acostumbres, porque me voy a meter en tu cama todas las noches.

—Igual vas a estar en las mañanas.

—Eso también.

Después de un pequeño baño, Emilia y Matías pidieron el almuerzo.

José y Marcos acompañaban a Sofía y a Odette. Los hombres trajeron e instalaron una mesa con cuatro sillas junto a la piscina y las mujeres dejaron los platos, vasos y cubiertos sobre ella.

—Quiero que arreglen acá, Marcos —pidió Emilia—, para que podamos comer siempre que deseemos.

—Por supuesto —respondió el hombre.

—¿Le hicieron la mantención a la calefacción de la piscina?

—Sí, pero deben volver el lunes, ya que encontraron una pieza que no está en buen estado —dijo Marcos—. Dicen que puede funcionar un par de meses

más, quizás toda la temporada, pero yo pedí el cambio de inmediato. Como no traían el repuesto, tuvieron que armar con la pieza antigua por mientras. ¿Quiere que prenda la calefacción?

—De momento no, si es necesario yo la enciendo.

—De acuerdo, señora —Marcos le sonrió—. ¿Necesitan algo más? ¿Voy a buscar a la niña a la escuela?

—No, voy yo —indicó Matías—. El entrenador quiere hablar conmigo —explicó cuando ya estaban solos—. Lo mismo que el constructor. Parece que tuvieron alguna especie de disputa.

—¿Te acompaño? —preguntó Emilia.

—No, cariño, tú te tomas los medicamentos y te acuestas a dormir la siesta.

—¿Sola?

—Lamentablemente, sí. Preferiría quedarme contigo, pero tengo responsabilidades que cumplir. Tú sabes cómo es eso. Dirigir una empresa multimillonaria. Despedir a un par de personas porque me miraron feo.

—¡Chistoso! —Emilia cruzó los brazos sobre su pecho, molesta.

—No se enoje, señorita Larraín Mackenna. —Matías le tomó una mano.

—Señora —respondió Emilia con altivez.

—Mi señora —dijo Matías recalcando la primera palabra—. Mi Mili.

—Siempre me ha gustado como suena eso.

—Mi Mili —repitió Matías—. Mi Mili, mi Mili, mi Mili —se rio—. Parece trabalengua.

—Recuerdo el primer día que me llamaste así.

—No me lo recuerdes, por favor. En ese tiempo era para el público y no me agradaba nada.

—Pero ahora es para nosotros y quiero que me llames siempre así.

—Claro, mi Mili, tú eres la jefa.

—Bésame, entonces.

Matías dejó la silla en la que estaba sentado y la besó.

—Tengo que salir —dijo, unos minutos después, reticente a abandonarla.

—Lo sé —Emilia tomó un trago de jugo—. ¿Qué piensas de la sugerencia de Marcelo?

—¿La del sauna? Me parece genial.

—Aprovecha, entonces y dile al constructor, para que presente el proyecto. Ah, y antes que lo vuelva a olvidar, dile que necesito que venga con la diseñadora. Carolina dice que su dormitorio es muy infantil, ahora que ya es una señorita. A la pobre mujer le va a dar un ataque.

—¿Por qué? —preguntó Matías frunciendo el ceño.

—¿No te pareció extraño que tuviera un dormitorio infantil en mi casa?

—¿Cuándo nos vinimos a vivir acá, dices? En esos momentos no, pero ahora que lo pienso, sí.

—Después de que hablamos, ese jueves por la mañana, la llamé y le dije que quería un dormitorio de catálogo para una niña de once años. Y que tenía ocho o nueve horas para lograrlo.

—Pobre mujer. Ni Jenny sufrió tanto.

—Me dijo que era imposible y que el costo iba a ser elevadísimo. Yo le dije que el costo no me interesaba. Que podía gastar lo que quisiera y más, pero a las ocho de la noche tenía que estar listo. Y que en todo caso el dormitorio en cuestión estaba vacío y pintado blanco, lo mismo el baño que tenía cerámica blanca tanto en piso como en la pared. Una capa de pintura basta y que comprara todo hecho. Que contratara a cuantos hombres y camiones fuera necesario. Incluso le propuse que comprara un camión para poder transportar todo.

—Cuando llegamos estaba listo.

—Es increíble lo que la gente puede hacer con el incentivo adecuado.

—¿Cuál? —preguntó Matías, sospechando su respuesta.

—Diez millones de pesos por un día de trabajo. Además de la factura de la empresa, claro.

—Y ahora va a tener que volver a hacerlo.

—Pero no en un día.

—Pero mi hija va a estar atosigándola; viene a ser más o menos lo mismo. Se parece cada día más y más a su madre —agregó Matías, riendo.

—¿No tienes un compromiso? ¿Responsabilidades que cumplir? —dijo Emilia, fingiendo estar enojada. Le encantaba la idea de Carolina pareciéndose a ella.

—Tienes razón, mi Mili, me quedan cuarenta minutos para llegar a la escuela. Vamos, quiero ver que te tomes los medicamentos y te acuestes.

—Claro, papá.

—Ya te expliqué lo que te pasaría si yo fuera tu papá.

—Y yo te contesté que por favor lo hicieras, ¿no?

—A la noche —Matías se acercó y la tomó en brazos, comenzando a caminar así.

—Prométemelo —pidió Emilia, apoyando la cabeza en su hombro.

—Prometido.

\*\*\*

«El entrenador ucraniano parece una *prima donna*», pensaba Matías, mientras volvía del gimnasio.

Carolina, sentada a su lado en la camioneta, venía amurrada. En las últimas semanas, la habían reprendido como nunca en la vida.

—Si soy tan mala, no debería seguir —masculló.

—Estás loca, Carito —respondió Matías—. Eres muy buena, por eso te reta tanto. Esos días que no quisiste practicar y todas esas calorías extra cobraron su precio, vas a tener que bajar un par de kilos y entrenar más duro que nunca; recuerda que tienes que defender tus títulos en el nacional de gimnasia y en Buenos Aires. Y que además vamos a ir a otras competencias internacionales.

—Quiero hablar con mi mamá. —La niña seguía sin mirar a Matías. Con una sonrisa y algo de pena, Matías recordó el tiempo en que él era suficiente para la niña—. ¿Todavía está enferma?

—Ya está mejor, vamos a ver cómo se siente ahora.

—Pero yo necesito hablar con ella —dijo Carolina al borde de las lágrimas.

—Tranquila, hija, seguro que cena con nosotros y ahí puedes estar con ella un rato. Te tengo una noticia —agregó un rato después, para distraerla—. El sábado va a venir la decoradora de interiores, para que veas con ella como quieres arreglar tu dormitorio.

—Ya —murmuró la niña con apatía.

—¡Adolescentes! —gruñó Matías, muy despacito para que Carolina no lo escuchara—. ¡Y *primas donnas*! ¡Y constructores!

Al entrenador le molestaba todo. Que todavía hubiese obreros trabajando en el gimnasio, aunque estaban en el segundo piso y no en el primero, los novecientos gramos que al parecer tenía de más Carolina, el tutor de español que Emilia había contratado para su esposa e hijos, las escuelas que arrendaban el gimnasio. Según él, cabía la posibilidad de que estropearan los implementos. Matías le dijo que si eso pasaba, compraban otros y punto. Ah, y la guinda de la torta, la esposa había cambiado de opinión y quería una camioneta cuatro por cuatro, no el deportivo que le había comprado. Matías no respondió nada, sus pensamientos eran irreproducibles.

Y el constructor también tenía un par de quejas. La primera era, como no, en contra de la mujer del entrenador. No le había gustado el color de una muralla y quería que la cambiaran.

—Estuve a punto de tirarle la pintura por la cabeza, don Matías —había dicho el hombre—, y yo que pensaba que mi suegra era molesta.

El segundo era contra un proveedor que quería enviar las máquinas antes del plazo estipulado.

—Puede mandarlas cuando quiera —había replicado Matías, molesto—, pero no le pienso pagar un peso más del acordado y no las voy a retirar del puerto antes que el gimnasio esté listo.

Finalmente, acordaron decirle al proveedor que, si no cumplía con lo

estipulado en el contrato, podían rescindirlo. Matías dio gracias por tener el número de la oficina de Cristóbal, no habría sabido qué hacer en caso contrario y no quería molestar a Emilia. «Mi Mili», dijo para sí.

Y el tercer punto era el bendito entrenador, que no quería que siguieran trabajando después de las cuatro, hora en que comenzaba el entrenamiento de Carolina, que se extendía hasta las siete.

—Demasiado tarde para que empiecen a trabajar de nuevo —había asegurado Matías—, pero tal vez podríamos llegar a un acuerdo. Comienzan una hora antes y terminan a las cinco.

—El problema es que no sé si los hombres pueden llegar tan temprano. Ya tienen muchos problemas de movilización —había dicho el hombre.

—Podríamos contratar un minibús que los busque en algún punto cercano a sus casas y que ellos acuerden en conjunto —había comentado Matías—. Déjeme hablarlo con Emilia y con el entrenador, y buscaremos una solución.

Por fin había terminado sus reuniones y se dirigía a casa. Un par de horas más y estaría de nuevo a solas con Emilia. Todavía no podía creer los eventos de las últimas horas, especialmente de la tarde anterior. Seguía costándole muchísimo asimilar la idea. Emilia era suya, por fin. Sonrió, pero al ver el gesto adusto de Carolina, borró la sonrisa de la cara. Nunca podía ir todo bien.

Cuando entraron en la cocina, pudo ver a Emilia comiendo un sándwich y bebiendo un vaso de jugo.

—¡Mamá! —gritó Carolina, abalanzándose sobre Emilia, sin esperar que ella dejara el pan en la mesa.

—Hola, mi amor, ¿Cómo estás? —Emilia abrazó a la niña, al tiempo que Matías rescataba el maltrecho sándwich y le daba un beso en la frente a la mujer.

—Mal, mamá —le respondió la niña con lágrimas en los ojos.

—¿Quieres que vayamos al estudio a conversar un rato, mientras está lista la cena?

—Bueno. ¿Puedo comer un sándwich por mientras? —respondió la niña con un tono tan lastimero, que a Emilia le entraron unas irrefrenables ganas de reír.

—No, hija. —Matías interrumpió a Emilia, antes que pudiera decir una palabra—. Ya sabes lo que dijo Sasha.

—¡Te odio! —le gritó la niña y salió corriendo de la cocina. Se escucharon sus pasos subiendo rápido la escalera.

—¿Qué pasa? —preguntó Emilia frunciendo el ceño.

—¿Aparte de que es una adolescente, me preguntas? —Matías provocó la risa de Emilia y Odette, que había presenciado la escena, tanto con su comentario como con el cómico gesto de fastidio de su rostro—. Según Sasha tiene que perder un kilo, así que va a tener que eliminar algunas cosas de la dieta y hacer un poco más de ejercicio en la mañana, antes de irse a la escuela. Una media hora en la trotadora, tres veces a la semana, bastará.

—Usted dirá, don Matías, que le preparo entonces —propuso Odette inmediatamente.

—Lo mismo de siempre, pero no le dé dulces y galletas, nada entre las comidas, con eso es suficiente por ahora.

—¿Qué más dijo Sasha? —preguntó Emilia.

—Sostiene, como siempre, que Carolina es una gran atleta, pero que se ha puesto floja. Yo te puedo decir que él anda siempre de mal humor porque tiene problemas en la casa, la mujer es una bruja, y está molesto por los trabajos en el gimnasio. Posiblemente esté pagando algo de su mal humor en Carolina.

—Ya —Emilia apretó las mandíbulas—. ¿Y el constructor, qué quería?

—Dice que Sasha reclama veinte veces todos los días por los trabajos y la música que ponen los hombres. Les quita la radio a las cuatro, cuando llega Carolina, pero ayer les reclamó porque el martilleo interrumpía el ritmo de la rutina que estaban ensayando.

—Van a tener que dejar de trabajar antes, el entrenamiento de Carolina es lo más importante.

—Yo le dije lo mismo, pero con dos horas menos de trabajo, la obra se va a

demorar más aún. Le propuse que llegaran una hora antes y se fueran a las cinco. O a las cuatro por último, pero me dice que los muchachos tienen problemas para llegar. Tal vez contratando un minibús para que los recoja se solucione algo. ¿Qué piensas tú?

—Me parece una idea buenísima. Mañana llamamos a Berta para que consiga el servicio.

—Perfecto. ¿Podrías ir...

—¿A ver qué le pasa a Carolina? Ningún problema, para eso estamos las madres.

Emilia se puso de pie y salió de la cocina. Matías se quedó mirando como la falda que llevaba destacaba su estrecha cintura y caía libre sobre las delgadas piernas. Era de un color rosado oscuro y contrastaba de manera maravillosa con la piel blanca de Emilia. Sobre la falda, una blusa de hilo de un rosado más claro cubría lo que parecían ser los pechos desnudos de la mujer. Un nudo se formó en su garganta.

—¿Le sirvo algo, don Matías? —preguntó Odette, que seguía trabajando un poco más allá, interrumpiendo sus pensamientos.

—¿Tienes algo de paciencia que te sobre?

—Lo siento, pero tengo tres hijas y cuatro nietas, sin contar tres nietos y un marido recién jubilado que todos los días me cambia algo en la casa. No me sobra ni un gramo de paciencia —dijo la mujer sonriendo.

—Un café, entonces.

—Inmediatamente.

\*\*\*

La cena fue bastante más tranquila de lo que Matías supuso. Emilia, en aras de la paz mundial, pidió fruta fresca de postre. Sin crema.

Después de acostar a la niña, se dirigieron a la suite. Emilia solo necesitó el corto paseo desde el dormitorio de Carolina para comenzar a temblar de

anticipación.

—¿Sabes? He sido una niña muy, muy mala —le dijo a Matías en el mismo momento en que él cerró la puerta.

—¿Ah, sí? —preguntó Matías cargado de deseo.

—Mucho. Creo que necesito que alguien me corrija —su voz sugerente llevó a Matías casi al borde del precipicio.

Se acercó a ella y apoyó una mano extendida sobre la espalda de Emilia, la arrastró hasta posarla sobre sus nalgas. Una vez ahí, la levantó apenas un poco y dio un mínimo golpe.

Un suave quejido salió de la boca de la mujer junto con un suave susurro.

—Más —pidió Emilia—, he sido muy, muy mala.

Matías volvió a levantar la mano y la dejó caer blandamente.

—¿Qué maldades has hecho hoy, Mili? —interrogó Matías con voz ronca.

—Anoche me porté muy, muy mal con mi marido. —Emilia lo miraba entre las pestañas—. Me quedé dormida y no lo esperé.

—Mala niña —la reprendió Matías golpeándola con suavidad.

—Y hoy perdí toda mi ropa interior —agregó Emilia, mordiéndose el labio inferior.

—No creas que no me di cuenta —dijo Matías, subiendo las manos, metió ambas bajo la blusa. Descubriendo los pechos desnudos, se dedicó a torturar los endurecidos pezones con los pulgares. Siguió con las manos más arriba, hasta que le sacó la blusa.

Cuando tuvo los senos de Emilia expuestos a sus caricias, bajó rápidamente la cabeza para tomar uno de ellos en la boca, lo chupó y mordisqueó mientras ella arqueaba la espalda, buscando un mayor contacto y acariciaba el pelo, acercándolo más y más.

Matías abandonó su pecho para ir a reclamar su boca en un beso apasionado, penetrándola de inmediato con la lengua.

Llevó las manos a la espalda y volvió a bajarlas hasta las nalgas, apretándola contra su erección.

—Te deseo, mi Mili —susurró ronco contra su cuello—. Te deseo tanto.

Emilia no era capaz de hablar, ni siquiera se sentía capaz de pensar, solo de sentir, de disfrutar de las caricias de Matías. Rodeó los hombros masculinos con los brazos y subió una pierna, para apoyarla sobre su cadera, dejando que la falda subiera con ella, descubriendo la satinada piel.

Matías aprovechó el movimiento de Emilia para meter la mano bajo la tela. Apenas unos segundos después se percató de que Emilia había dicho *toda mi ropa*. Bajo la falda no encontró más que piel.

Cogió la otra pierna de Emilia, ayudándola a rodear sus caderas. Volvió a tomarla por el trasero, desnudo bajo la falda, y comenzó a caminar hacia el dormitorio, sin dejar de besarla.

Cuando llegaron al dormitorio, cayeron sobre la cama en un enredo de brazos y piernas, de susurros y besos apasionados.

De alguna manera, Matías consiguió desenredar la falda y dejarla en torno a las caderas de Emilia, que lo tomó por la nuca, acercándolo a su beso, tomando por un momento el control.

Intentó deshacerse del pantalón que Matías vestía, pero sin grandes avances.

—¿Qué fue de los pantalones deportivos, que tienen elástico y nada más? —preguntó Emilia desesperada y risueña.

Matías se separó un instante de la mujer, desabrochó el pantalón e iba a ponerse de pie para quitarlo, pero Emilia tiró de su mano.

—No —exigió—. No me hagas esperar más.

—¿Tú hablas de hacer esperar? —gruñó Matías sobre sus labios antes de volver a fundirse en un beso.

Comenzó a acariciarla íntimamente, preparándola con los dedos para recibirlo una vez más en su interior, pero Emilia estaba lista, así lo demostraba el movimiento de las caderas, su íntima humedad.

Sin esperar más, Matías se ubicó entre las piernas abiertas, en la entrada de su cuerpo. Dentro de su cuerpo. Comenzó a moverse muy suave al principio, cada vez más rápido, mientras sentía a Emilia responder beso a beso, caricia a

caricia, empujón a empujón.

La respiración agitada, el rostro contraído, el cuerpo contorsionado, todo era evidencia del placer que ella sentía, hasta que un gemido y luego un grito le anunció el clímax de la mujer.

Una o dos o cien veces más, no sabía, penetró su cuerpo, hasta alcanzar su propia liberación.

\*\*\*

—No quiero ir a trabajar —se quejó Emilia el lunes muy temprano.

—No vayas —replicó Matías, acariciando su espalda desnuda. De pronto sonó una alarma—. Maldición, tengo que levantarme.

—No te levantes, quédate conmigo.

—No puedo, sabes que tengo que ir a levantar a Carolina; hoy debe empezar con la media hora de ejercicio extra.

—Yo también necesito media hora de ejercicio extra —respondió Emilia sonriendo.

—¿Sabes que te has convertido en una maníaca del sexo? —le preguntó Matías, haciéndola apoyar su espalda contra las almohadas.

—Lo sé. ¿No es lindo? —un gemido escapó de su garganta al sentir la boca de Matías contra la piel del cuello—. Y eso solo en cuatro días —agregó con la voz entrecortada—. Me pregunto qué puede pasar en cuatro meses.

—O en cuatro años —murmuró Matías, antes de tomar un pecho dentro de la boca, siguió acariciándola unos minutos más, hasta que la alarma volvió a sonar—. No, por favor —reclamó cuando se alejaba un poco de ella.

Emilia soltó un suspiro de resignación y se levantó también.

—¿A dónde vas? —interrogó Matías, frunciendo el ceño.

—¿Cómo a dónde? A la oficina.

—El doctor dijo que necesitabas al menos una semana de descanso, vuelve a acostarte, duerme un poco, yo regreso apenas me desocupe.

—Mejor me levanto y me voy a la oficina un par de horas. Tú también necesitas pasar un momento en el gimnasio. Después de almuerzo nos encontramos acá.

—De acuerdo —aceptó Matías, reconociendo, muy a su pesar, que Emilia tenía razón.

Lamentablemente, después de almuerzo se transformó en antes de la cena. Emilia había llegado un poco antes, pero Matías se quedó esperando a Carolina, ya que Sasha había extendido en una hora las prácticas.

Por suerte, el entrenador estaba de mejor humor. Berta, con su eficiencia habitual, había coordinado el transporte para los trabajadores a partir de ese día, por lo que los hombres se retiraron a las cinco y en la última hora no habían hecho ruido. Y había solucionado el asunto del automóvil con un *rent a car*, así, cada vez que la mujer cambiara de opinión, cambiaba de vehículo.

Por varias semanas, el arreglo funcionó mejor de lo que todos esperaban, de tal manera que las obras avanzaron a una velocidad mucho mayor. Tampoco hizo ningún daño las colaciones y galletas que Odette enviaba a los obreros.

Matías había tomado por costumbre ir a almorzar con Emilia a la oficina, a menos que tuviera otro compromiso en el gimnasio. Luego, volvían cada uno a sus labores.

Emilia llegaba todos los días antes de la cena, a veces estudiaba con Carolina, otras simplemente descansaban o jugaban a las cartas. Emilia le estaba enseñando a jugar póker.

De a poco las cosas volvieron a la normalidad. Incluso mejoraron mucho, según Matías. El gimnasio estaba casi listo; Carolina había aceptado su nueva rutina de entrenamiento sin mayores dificultades y hasta comenzaba a llevarse bien con el nuevo entrenador.

Y lo mejor, por supuesto, era lo que pasaba después de la cena.

Como de costumbre, cenaban los tres juntos y conversaban de lo que habían hecho en el día, luego iban a acostar a Carolina, que graciosamente les permitía seguir haciéndolo, a pesar de haber declarado estar muy grande ya

para tales actividades.

Emilia, muy astuta, le pidió que por favor la dejara disfrutar un tiempo más de esa tarea, haciéndole creer que lo hacía por ella, cuando en realidad era Matías quien se sentía muy triste al ver que su hija era ya una señorita y cada día lo necesitaba menos.

Después de acostar a la niña se iban al dormitorio de Emilia, donde se entregaban mutuamente y compartían cálidos momentos.

—Tengo la solución a tu problema —le dijo una noche Emilia, cuando yacían satisfechos tras haberse amado.

—No sabía que tenía un problema. —Matías ocultó su sonrisa entre el cabello alborotado de la mujer. Quería saber con qué iba a salir Emilia. Desde el primer día que habían hecho el amor, estaba más y más bromista.

Lo mejor era que compartía con él todo lo que le pasaba, tanto las penas de su vida anterior, a la que se refería como A.M., es decir Antes de Matías, como las felicidades y problemas de su vida actual, que llamaba D.M., es decir, Después de Matías.

—Me refiero a tu problema con Carolina —siguió Emilia, sentándose en la cama y arrastrando con ella la sábana.

—No es un problema en realidad; siempre supe que tenía que pasar, pero no estaba preparado para que ocurriera de un día para otro.

—Por eso, yo diría que no necesitas acostumbrarte —contestó Emilia con la voz temblorosa—. Lo que necesitas es otra.

—¿Otra qué?

—Otra hija —respondió Emilia, después de soltar todo el aire que tenía en sus pulmones—. O un hijo.

—¿Me estás diciendo lo que yo pienso? ¿Quieres que tengamos un bebé?

Emilia asintió con la cabeza.

—Tú me pediste que tuviera veinte, es decir, diecinueve más y me ofreciste tu ayuda. No sé si podremos llegar a tanto, pero me encantaría tener algunos. Dos o tres, tal vez.

—Bueno, me espera un arduo trabajo por delante, pero alguien tiene que hacerlo. —Matías suspiró, fingiendo resignación, pero después rio y tiró de la mano de Emilia—. ¿Pensaste que no iba a querer? ¿Por eso has estado tan nerviosa estos días?

—Algo así —confirmó Emilia.

La verdad era que, a pesar de sentirse muy feliz y satisfecha, había algo que la inquietaba.

Llevaban varias semanas durmiendo juntos y haciendo el amor a la menor oportunidad, pero hasta el momento ninguno de los dos había dicho nada de sus sentimientos.

Y Emilia comenzaba a temer que todas las insistencias de Matías hubieran sido solo para meterse en su cama. Sabía que le tenía cariño, eso sí, pero no estaba segura de que el sentimiento fuera más profundo. Ni mucho menos que fuera tan intenso como lo que ella sentía.

A veces pensaba que Matías estaba esperando que ella dijera algo, pero de nuevo le faltaba el valor. No sabía qué era peor, si no saber si la amaba o no, o saber sin género de dudas que no la amaba. Que simplemente era conveniente.

Después de todo, estaban casados y era más fácil satisfacer sus necesidades en casa que fuera. Y ella sabía que era bonita, sabía que Matías la deseaba, que siempre lo había hecho y él se lo repetía una y otra vez. A veces la llamaba durante el día solo para preguntarle que ropa se había puesto o para decirle todo lo que pensaba hacerle esa noche.

«Bueno, las cosas pasan en el momento justo, nunca antes ni después», concluyó filosófica, para después olvidarse de todo en el paraíso que Matías creaba para ella.

## Capítulo quince

Un día, casi a fines de abril, una muy inquieta Berta se sentó frente al escritorio de Emilia. Por unos minutos no dijo nada y su actitud era tan extraña que fue la misma Emilia quien exigió un par de respuestas.

—Me imagino que lo recuerdas, pero me siento en la obligación de decírtelo. El próximo mes es el cumpleaños de tu esposo —declaró la secretaria ante la mirada penetrante de su jefa.

—Por supuesto que lo sé —replicó Emilia, sin entender aún el inusual comportamiento de Berta.

—De acuerdo.

—¿Qué? —preguntó Emilia, aguantando las ganas de golpear la mesa. Podía esperar eso de cualquiera, ¿Pero de Berta?

—También espero que recuerdes que pronto será mi aniversario de bodas.

—Estuve ahí, por si no lo recuerdas tú.

—¡Claro que me acuerdo! Es que no eres tú misma este último tiempo... o en realidad debiera decir —Berta hizo una pausa para mirarla— que tal vez eres más tú misma que nunca antes.

—Berta, dímelo de una vez o considérate despedida.

—Ya nadie te cree eso, ¿sabes? Menos yo que he escuchado... ¡Esas puertas no son tan gruesas, que lo sepas! —exclamó provocando un gran sonrojo en Emilia, que tomó nota mental de ir al departamento en el piso superior para «almorzar» con Matías—. En fin... la cosa es que con Pedro

queremos hacer algo especial. Vamos a renovar nuestros votos y a hacer una fiesta. Por supuesto que tú, Matías, Carolina, incluso Sofi y Marcos, están invitados.

—De acuerdo, gracias. Me imagino que ya está anotado en mi agenda.

—¿Con quién piensas que estás hablando?

—Hoy tampoco eres totalmente tú.

—Es que... bueno, mis padres vienen a Santiago para el gran día. De hecho, llegan mañana.

—¿Y eso? Nunca tuviste problemas con ninguno de ellos.

—Es... papá quiere hablar contigo.

—¿Conmigo? ¿Y de qué quiere hablar tu papá conmigo?

—Yo... prefiero que te diga él.

—Está bien, vayan el domingo a almorzar a casa —aceptó Emilia después de pensarlo unos minutos—. Estaría bien que Carito y tus hijos se hagan amigos, ¿no crees?

\*\*\*

Cuando Berta y su familia llegaron a la mansión el domingo al mediodía, Emilia pudo constatar que la jubilación en tierras aztecas trataba muy generosamente a ambos padres de su amiga. Se les veía en maravillosa forma, con un bronceado envidiable. Emilia recordaba con claridad el horrible color rojo que su piel adquiría cuando ella tomaba sol. Hizo una mueca que fue mal interpretada por Berta, quien se apresuró en dejarla a solas con Raúl, su padre.

—Don Raúl —saludó Emilia extendiendo una mano—. No hay necesidad de preguntarle si está bien, lo puedo constatar yo misma.

—Yo podría decir lo mismo, Emilia, querida.

Algo extraño pasó en ese momento. A pesar de llamarla «querida» como había hecho siempre, Raúl no tomó su mano, sino que se acercó para besarla

en la mejilla.

—Cuando Berta me dijo que te habías casado, yo supe, sin que ella lo mencionara, que había sido para satisfacer la estúpida cláusula en el testamento de tu abuelo. —Raúl hizo una pausa, tomó la mano de Emilia y la tiró hasta que llegaron a un sofá—. Ay, niña, no sabes lo enojado que estaba. Tal vez no lo sepas, pero las discusiones más feroces que tenía con tu abuelo eran acerca de tu crianza. Especialmente de la manera en que él te trataba. Yo no era el único, claro, pero éramos muy pocos los que nos atrevíamos a decir algo que contradijera su santísima voluntad.

—Don Raúl, no es...

—Lo sé, no es necesario que te diga nada. Eres una muchachita muy inteligente; de seguro te diste cuenta tú misma. Incluso, recuerdo a don Abel Gumucio riéndose de él, porque no podía tocar la herencia de tu padre.

Emilia lo miró pestañando muy rápidamente. Para ella, eso sí era una novedad. No recordaba al abuelo de Cristóbal riéndose, menos de Felipe Mackenna. Solo había sido el hombre grande con una voz de trueno que la miraba con sus claros ojos, tan parecidos a los de su amigo, y que le aconsejaba en temas legales.

Por otro lado, para ella había sido tan natural asumir la administración de la herencia de Juan Pablo Larraín, que ni siquiera había considerado la idea de que su abuelo se enojara por no poder hacerlo él. De hecho, siempre había creído que él había autorizado a don Abel para que ella dispusiera de todo desde los quince años, ya que pensaba que así Emilia aprendería a invertir fuertes sumas sin arriesgar nada del Grupo Mackenna.

—Tienes que entender, querida, que no había poder sobre la Tierra capaz de sacarle una idea a Felipe de la cabeza.

—Lo sé, lo sufrí en carne propia.

—Por mucho tiempo he querido hablar contigo, incluso cuando tu abuelo aún vivía. Él fue muy cruel con muchas personas, pero tú fuiste su víctima favorita, a pesar de que, como te decía, fuimos varios los que intentamos, sin

éxito, intervenir a tu favor. Después, él se fue y yo pensé... en fin, tal vez no estabas lista aún para escucharme. Ahora, solo puedo decirte que me hace muy feliz ver lo bien que estás, a pesar de todo.

Emilia no estaba segura de qué pensar o qué sentir respecto de lo que el hombre le confidenció. Después de mucho considerarlo, concluyó que por fin podía decir con toda tranquilidad que no le importaba lo que su abuelo le había hecho, ni todo lo malo que fue con ella.

En ese momento era feliz y eso era lo que importaba.

\*\*\*

Matías no quiso una fiesta por todo lo alto para su cumpleaños. Ni siquiera una pequeña, nada más aceptó un almuerzo familiar.

—Solo los tres —dijo—. No necesito nada más.

—¿No me vas a dejar hacer nada especial? —preguntó Emilia.

—Cada día contigo es especial —respondió Matías, besando su mejilla.

En ese momento, a Emilia se le ocurrió que nunca había hecho algo realmente especial por él, algo especial y personal. Como usar lencería. Y también reconoció que aunque a veces ella tomaba la iniciativa, era siempre él quien se encargaba de todo.

Bueno, eso iba a cambiar.

Claro que no sabía cómo ni qué hacer. Ni tampoco adónde podía ir para conseguir lo que necesitaba. Se las arreglaría de alguna manera, después de todo era Emilia Larraín Mackenna. La señora Emilia Larraín Mackenna, pensó con una sonrisa.

El día del cumpleaños de Matías, un domingo, llovió como si fuera el segundo diluvio universal. Carolina lo lamentó mucho, porque quería que lo celebraran junto a la piscina, tal como habían celebrado el cumpleaños de Emilia.

—Pero podemos ir a la piscina techada —le dijo su padre.

—¡Sí! —gritó la niña—. Y podemos jugar en ella toda la tarde.

—Pregúntale a tu mamá si se puede, recuerda que tenemos un compromiso en el asilo.

—¿Mamá? —la niña miró a Emilia esperando su respuesta.

—Fui ayer, cuando ustedes habían ido al gimnasio —respondió la mujer—, así que podemos estar toda la tarde en la piscina.

Así lo acordaron y así lo hicieron, tomaron el almuerzo junto a la piscina techada y después se quedaron toda la tarde ahí.

En un momento dado, Emilia se quedó mirando fijamente a Matías, que salía de la piscina y el agua se escurría por el pecho musculoso hasta llegar a los abdominales definidos, perdiéndose en el cortísimo traje de baño azul, con ciertos sectores muy marcados.

—¿Qué? —preguntó Matías, acercándose a ella, sabiendo que ella lo miraba con deseo.

—Nada —musitó Emilia con voz entrecortada—. O al menos nada apropiado para menores de edad —agregó mirando a Carolina de reojo.

—No me mires así, entonces, que no voy a aguantar hasta después de la cena.

Emilia se rio y apoyó la cabeza en el sillón

—Lo intentaré, querido, pero no prometo nada.

No se percataron cómo la hora pasaba, hasta que Marcos fue a avisarles que la cena ya estaba lista. Se abrigaron y se dirigieron a la cocina, donde cenaron y luego, a sus dormitorios.

Emilia estaba muy nerviosa y le dijo a Matías que no se sentía muy bien, por lo que Matías supervisó el baño de Carolina y la acostó sin ayuda.

Cuando llegó a la suite, Emilia ya se había duchado y lo esperaba vestida con pantuflas y bata. O al menos eso era lo que parecía.

—¿Estás lista para acostarte? —preguntó Matías al verla.

—Casi —respondió la mujer—. ¿Carolina?

—Se quedó dormida apenas tocó la almohada. Me voy a la ducha.

Eso era justamente lo que Emilia esperaba. No sabía qué, pero había algo en el cuerpo desnudo y húmedo de su esposo que la volvía loca. Tal vez era la cantidad de veces que lo había visto así y no había podido acariciarlo.

Se sacó la bata y cambió las pantuflas por unas sandalias de tacón y entró en el baño vestida con un mínimo conjunto de ropa interior de encaje rojo.

Se quedó al lado de la ducha con una toalla en las manos, mientras veía a través del vidrio cubierto de vapor el cuerpo distorsionado de su esposo. Sin embargo, podía adivinar con precisión sus formas, su fuerte espalda a la que tantas veces se había aferrado al hacer el amor, sus brazos musculosos que la habían abrazado y apretado contra él, sus estrechas caderas que rodeaba con sus piernas al tomarlo en su interior.

Estaba en sus ensoñaciones eróticas y no se percató que Matías cerraba el agua y abría la puerta, hasta que él le habló.

—¿Mili? —dijo con voz ronca.

—Servicio de Habitaciones. —Emilia se irguió y se acercó a él con la toalla—. ¿Gusta el señor que lo seque?

Matías salió del cubículo de la ducha y se acercó unos pasos a Emilia, que apoyó un dedo en su hombro, recogiendo una gota de agua y llevándosela a la boca. Luego se acercó más y con la lengua recogió algunas gotas más.

—¿Qué pretendes, Mili? —preguntó Matías con voz gruesa.

—Secarte —respondió ella con los ojos encendidos de deseo— o mojarte. No sé qué puede suceder si paso mi lengua por todo tu cuerpo. Aunque es un experimento que mi antiguo profesor de química no habría aprobado, yo quiero conocer el resultado. —A medida que hablaba, paseó una mano por el pecho y estómago de Matías, llegando un poco más abajo, pero sin alcanzar aún el miembro que estaba más duro a cada momento.

Lo rodeó y comenzó a pasar manos y lengua por la espalda de Matías, dirigiéndolas luego al estómago, marcando cada músculo con la punta de los dedos.

Cuando volvió a mirarlo de frente, notó que Matías tenía los ojos oscurecidos a causa del deseo y apretaba los labios conteniendo la respiración.

Emilia se puso en punta de pie y acercó los labios a Matías. Comenzó a besarlo suavemente, hasta que él abrió la boca, permitiéndole penetrarla con la lengua.

Apoyó los senos aún cubiertos de encaje sobre el pecho de Matías, quien de inmediato trató de sacarle la prenda, pero Emilia lo detuvo.

—No —dijo—. Esto es para ti, quiero hacerte el amor.

—Bueno, si es para mí, me parece que debo decidir qué quiero, ¿no?

—Es justo —sonrió traviesa—. Sobre todo que no tengo ni idea qué hacer. Enséñame.

—Lo primero que tienes que saber es que te ves muy bien con esa ropa, pero más me gustas desnuda.

—¿Ah, sí? —comenzó a caminar moviendo sus caderas, llamándolo a amarse. Soltó el broche del sostén y se lo sacó. Se detuvo un momento, el suficiente para hacer que la tanga bajara por sus piernas y luego siguió caminando hacia el dormitorio.

—¿Sabes que me encanta tu trasero? —preguntó Matías con voz tan ronca, como nunca lo había escuchado antes—. Más aún con esos tacos.

—Entonces ven y tómallo. Él y yo te estamos esperando. —Emilia no dejó de caminar hasta que estuvo de pie al lado de la cama.

Cuando Matías llegó junto a ella, Emilia lo besó y acarició, rozó sus pectorales, bajó hasta su masculinidad y la tomó en la mano.

Le gustaba mucho sentirlo así, sentir la endurecida columna de carne, sabiendo que era ella quien lo provocaba. Comenzó a mover su mano de arriba abajo, apretándolo, rozándolo con el pulgar al llegar a la punta.

—Acuéstate —le pidió, empujándolo hacia la cama.

—¿Qué vas a hacer, Mili? —Matías se recostó sobre las almohadas.

—¿Qué crees tú que voy a hacer, Matías? —Emilia se subió a la cama y se

puso de rodillas.

Lo besó otra vez. Recorrió su cuerpo con las manos y la boca, bajando cada vez más, hasta que nuevamente llegó al duro miembro. Lo guió hasta la boca y lo tomó dentro, paseando su lengua por un costado y luego por el otro, subiendo desde la base hasta la punta, chupando muy suave hasta que sintió la mano de Matías en su nuca. Después, él enredó los dedos en la larga cabellera y la empujó un poco hacia abajo, hasta que Emilia lo tuvo casi completo dentro de la boca.

—Ven acá —murmuró Matías, tirando de Emilia, buscando besarla.

La acarició, tomó los pechos con la boca, con las manos llegó hasta el centro mismo de su feminidad, sintió su humedad y quiso recostarla, pero Emilia se lo impidió.

—No —dijo—. Enséñame.

Matías volvió a recostarse sobre las almohadas, y Emilia pasó una pierna sobre sus caderas. Matías la ayudó a ubicarse para tomarlo lentamente. Cuando por fin estuvo enterrado en lo más hondo en ella, llevó sus manos a las caderas de Emilia.

—Así, cariño, así —gimió a medida que la ayudaba a moverse.

A Emilia le bastaron unos pocos segundos para adaptarse al ritmo. Apoyó las manos sobre el pecho masculino, paseó las uñas por la piel de Matías, subiendo cada vez más a la montaña más alta del placer carnal.

Matías no podía más. Había sido toda una sorpresa verla de pie junto a la ducha. Y cada cosa que le había hecho, cada caricia que le había prodigado lo había convencido del amor que Emilia le profesaba. No se lo decía con palabras, pero sus actos hablaban por sí solos.

Y en ese momento estaba ahí, a punto de explotar dentro de ella. Y era ella quien lo guiaba. No solo lo dejaba acariciarla y poseerla, sino que había tomado la iniciativa y era ella quien le hacía el amor.

Escuchó sus gemidos mezclados con los propios y veía las hermosas cumbres coronadas por duros pezones, tentándolo a subir a ellas. Rodeó la

cintura de Emilia con los brazos y en lo que le pareció un esfuerzo sobrehumano se elevó hasta posar la boca en un seno. Tomó el pezón y comenzó a sorberlo, a pasar los dientes por él. Advirtió el estremecimiento que recorrió la espalda de Emilia y percibió el cambio en el ritmo de sus caderas.

Emilia le rodeó los hombros con los brazos, apretándolo contra sí. Matías enterró la cabeza en el cuello y ciñó sus manos al trasero de la mujer, acercándose aún más a ella. Solo un segundo o todo un siglo y escuchó a la mujer liberar su cuerpo, llevándolo con ella.

\*\*\*

La última semana de mayo, Berta y Pedro hicieron la renovación de los votos matrimoniales.

Durante la ceremonia, Matías había tomado la mano de Emilia y la había besado al finalizar. Quería que se casara con él, esta vez de verdad, en una iglesia, que un sacerdote bendijera su unión, con más testigos e invitados y una auténtica fiesta, no un simple almuerzo, como hicieron el día de sus propias nupcias.

Y también deseaba, aún con más ahínco, tener un hijo con Emilia. Sentía que eso sellaría su unión para siempre, que de alguna manera la haría más suya de lo que nada podría hacer. Deseaba ver su cuerpo crecer con una nueva vida, una vida que sería producto del amor que le profesaba.

Después de la cena, Berta y Pedro iniciaron el baile, con una melodía romántica. Luego, la música se volvió alegre como correspondía a la ocasión, los invitados saltaron a la pista, incluyendo a los más pequeños.

Matías notó que Emilia miraba atentamente a todos los asistentes. Se sorprendió, porque no era la primera vez que lo hacía. Cuando le preguntó qué le pasaba, ella hizo un gesto extraño antes de negar en silencio.

—Es seguro que algo te pasa —insistió Matías, preocupado.

—¿Ves a Cristóbal? Cuando no llegó a la ceremonia me llamó la atención y le pregunté a Berta, pero ella me dijo que le había dicho que vendría. Y acompañado. Pensé que simplemente se había retrasado, pero aún no llega.

—No te preocupes, seguro solo tuvo algún inconveniente.

—Es que... —Emilia suspiró—. Bueno, anda raro hace semanas. Meses, de hecho. ¿O no te has dado cuenta de que no ha almorzado con nosotros desde el cumpleaños de Carolina?

—¿No estuvo de vacaciones en febrero? Dijiste, el día del terremoto, que estaba en Viña del Mar, pero que no había pasado nada.

—Sí, por supuesto, pero ya han pasado casi tres meses desde eso y ni siquiera hablamos por teléfono, excepto cosas laborales. Si no lo conociera bien, pensaría que se está escondiendo.

—Tal vez lo hace —replicó Matías con el inicio de una sonrisa—. Tal vez por fin encontró algo mejor que hacer con su tiempo. Tal vez...

—Tú no conoces a Cris como yo, Matías. Si no aparece por casa dos domingos seguidos, es porque algo grande pasa. Grande y malo.

—Tal vez es algo grande y bueno, Mili —la sonrisa de Matías abarcó toda su cara—. Es un hombre adulto, no tiene por qué darte cuenta de todo lo que le sucede. ¿O es que tú le contaste de la vez que estábamos en el jacuzzi y...

—Cállate, Matías —ordenó Emilia, roja como una amapola.

Matías se felicitó por la excelente distracción que había creado. Él sabía que algo pasaba en la vida del abogado. También sabía lo que era, al menos en parte, solo esperaba que sus múltiples ausencias se debieran a que todo iba saliendo bien para él.

Cuando la música romántica volvió, Matías sostuvo a Emilia muy cerca. Estaba a punto de pedirle que se volvieran a casar, de pronunciar por fin las palabras tantos meses contenidas, cuando se vio interrumpido por Carolina.

Pedrito, el hijo de Berta, trató de que ella bailara con él, pero lamentablemente aún se comportaba como un niño y no sabía que a base de tirones de cabello no iba a conseguir la simpatía de la niña.

Ella, en un arrebato solo atribuible a sus doce años, le había vertido un jugo en la cara. Él, en venganza, había hecho lo mismo, pero en la falda del vestido. Por suerte, Sofía había llevado ropa extra para Carolina y el incidente no pasó a mayores, dejando de lado el hecho de que Matías había perdido una excelente oportunidad. No le importó, ya llegaría el momento preciso.

Además, Matías era un hombre de acción, no de palabras y estaba seguro de haber demostrado fehacientemente la profundidad de sus sentimientos; decirlo era casi un mero trámite.

\*\*\*

Un par de semanas después de la fiesta de Berta, Emilia llegó al gimnasio y lo primero que vio fue a la mujer que acompañaba a su esposo, pero no la identificó. Creía conocer a todas las madres de los alumnos de Matías, pero tampoco veía a ningún niño cerca, ni siquiera a Carolina.

Cabía la posibilidad que fuera alguna futura trabajadora. En dos semanas abrirían el gimnasio al público general, y Matías había comenzado las entrevistas de trabajo.

Cuando estaba aún a varios metros de alcanzarlos, vio algo que la hizo acelerar el paso. Matías se inclinó y abrazó a la desconocida, una mujer pequeña y delgada, de pelo castaño rojizo y rasgos finos y bellos.

—Hola —saludó Emilia al llegar a su lado. Matías soltó a la mujer sin prisas y sin culpas.

—Hola, cariño —le dijo, acercándose a ella para besarla, pero Emilia solo ofreció la mejilla. Matías no tomó en cuenta su actitud; simplemente pensó que no quería que una total desconocida los viera besarse. Algo extraño, pero con Emilia nada era imposible—. Katherine, ella es mi esposa, Emilia. Mili, ella es Katherine.

En cuánto Emilia escuchó el nombre de la mujer, supo quién era. Y le molestó mucho más el abrazo que había visto. No lo creía posible; él le había

dicho que no la había visto en más de doce años. Sin embargo, la certeza de la evidencia era innegable.

—Un gusto, Emilia —junto con sus palabras, la mujer ofreció una mano, pero recibió como única respuesta una fría mirada—. Me voy, Matías, gracias por todo.

—De nada, Kat, cuando estés en Chile, ven a vernos.

Tanto Emilia como Matías se quedaron unos momentos en silencio, viendo como la mujer salía del gimnasio.

—Asumo que es Katherine, la madre de Carolina. —Muchos meses habían pasado desde que Matías escuchara la voz dura de Emilia dirigiéndose a él.

—En efecto —no podía articular otra palabra.

—¿Qué hacía acá?

—Vio a Carolina en la competencia de Buenos Aires el año pasado. Se demoró varios meses, pero finalmente se decidió y vino para conocerla en persona —explicó Matías con voz neutra—. Se casó con un deportista cubano y vive en Miami.

—¿Qué quería?

—Nada, solo verla y disculparse.

—¿La vio? —Emilia apretó las manos, intentando calmarse.

—Sí.

—¿La amas?

—¿Cómo? —Matías frunció el ceño. ¿A qué diablos venía esa pregunta? ¿No sabía acaso la respuesta?

—Te pregunto si la amas. Si estás enamorado de ella. Si amas a la madre de tu hija —parecía escupir sus palabras. Matías sintió que la bilis le llenaba la boca. ¿Qué tenía que hacer para que Emilia lo entendiera?

—Estás hablando puras tonterías, Emilia Antonia.

—¿Tonterías? Respóndeme, Matías.

—Cuando me preguntes algo que valga la pena responder lo haré.

—Respóndeme. ¡Respóndeme, maldición, respóndeme!

—Si la pregunta es si amo a la madre de mi hija; si estoy enamorado de la verdadera madre de mi hija, la respuesta es sí. La amo.

—¿Tanto te costaba decir eso? —Emilia se giró y caminó decidida hacia la salida del gimnasio, ignorando los gritos de Matías. Ignorando incluso el llamado de Carolina.

Llegó hasta la limosina y subió.

—Vamos a la oficina, Marcos. Después quiero que vayas a casa y saques algo ropa y me la llevas al departamento.

—¿Qué pasó Mili? —Marcos se giró bruscamente para mirar a Emilia.

—Nada. Simplemente hazlo.

Emilia apretó las mandíbulas con fuerza. Bajo ningún aspecto iba a derramar una lágrima más por Matías.

Ni siquiera por haberlo perdido.

\*\*\*

Un tanto furioso, con el corazón destrozado y manejando como autómeta, Matías llevó a Carolina a casa. Al entrar en esta, le pidió a María que se encargara de la niña.

Subió a la suite que compartía con Emilia y entró en el dormitorio de ella. Estaba vacío. También fue a su dormitorio, pero el resultado no fue distinto. Probó el despacho, el gimnasio y la piscina techada. Nada.

Cuando caminaba de vuelta a la casa se dio un golpe en la frente. Qué estupidez. Por primera vez notó, al pasar por la cochera, que no estaba la limosina. Emilia aún no había llegado a casa.

Fue nuevamente a la suite y se sentó en el sofá a esperarla. Ya llegaría y podría aclarar todo con ella.

Dos horas después, aún no había ni rastro de su esposa. Escuchó unos golpes en la puerta.

—Pase —dijo ansioso. Sofía abrió la puerta y entró.

—Matías, ¿no va a bajar a cenar? —preguntó.

—No, gracias, Sofi.

—¿Traigo una bandeja?

—No, Sofi, la verdad, no tengo hambre.

—Carito tampoco quiso comer. Pidió un vaso de leche y se fue a acostar.

—¿Está dormida, ya?

—No sé si dormida, pero al menos apagó la luz, según María.

—Ya. Disculpa, Sofi, pero quiero estar solo. Gracias por todo.

No quiso ir a dormir a su cama. No podía. Había pasado los últimos meses durmiendo con Emilia, pero tampoco podía ir a dormir a la cama de ella. No podía dormir en esa cama vacía, pero con el aroma y el cuerpo de la mujer marcados en el colchón, y el recuerdo de su amor vivo ahí.

Por enésima vez se maldijo por la respuesta que le dio. Pero era tan obvio para él lo que intentaba decir, que le extrañaba que Emilia no comprendiera.

Y después tuvo que lidiar con Carolina, que tampoco quería escucharlo y lo culpaba, con mucha razón, por el alejamiento de Emilia.

Se acomodó en el sofá, sin dejar de considerar planes y estrategias para conseguir que Emilia lo escuchara. Se durmió sin encontrar una solución.

A la mañana siguiente, Matías despertó adolorido y con el cuello tieso. Fue a la habitación de Emilia, pero ella no había dormido allí. No podía decirlo con certeza, ya que nunca en realidad se había fijado, pero le parecía que había menos ropa en el armario.

Fue al dormitorio de Carolina, pero ella no estaba. Cuando llegó a la cocina, Sofía le informó que ya había salido a la escuela.

—Le pidió a Marcos que la llevara. Ni siquiera le importó que faltara casi una hora para la entrada.

—Gracias por cuidarla, Sofi. Me quedé dormido.

—Es imposible quedarse dormido si uno no duerme, Matías —dijo la mujer maternal—. Venga, le preparo un buen desayuno. Lo va a necesitar.

—¿Qué pasa?

—Lo siento, Matías, no querría tener que decirle esto, pero llamó la niña. Pidió que fuera a la oficina a las diez.

—¿Llamó?

—Sí —la mujer lo miró, la conmiseración estaba escrita en cada poro de su piel—. Anoche durmió en el departamento del edificio corporativo. Y llamó muy temprano.

—Gracias, Sofi. Creo que voy a pasar con el desayuno.

—Coma algo, Matías. Lo necesita. Usted es el que predica que el desayuno es la comida más importante del día.

—Tendré que tragarme mis propias palabras, entonces.

Después de comer los maravillosos huevos revueltos y el exquisito café de Odette, que en esa ocasión le supieron a cartón, subió a la suite.

Se metió en la ducha y se vistió. Sin estar enteramente seguro de porqué, se puso un traje y corbata. Había ido muchas veces a las oficinas del Grupo Mackenna con ropa deportiva y zapatillas, pero ese día quiso poner especial atención a su apariencia.

Antes de salir de la suite, miró cada uno de los detalles de esta, recordando en cada espacio lo vivido con Emilia ahí.

El día del cumpleaños de la mujer, cuando le regaló la fotografía que adornaba su velador, junto con una rosa. La noche del trece de febrero, cuando él se había quedado dormido esperándola. Y la manera casi instantánea en como ella había decidido aceptar cenar con él después de besarla.

Giró hacia el desayunador y recordó todas las veces en que se habían sentado en ese lugar a compartir una taza de café. Pasó sus ojos por el lugar donde estaba parado el día que Emilia se había enfermado y había salido del baño con una bata y nada más.

Caminó unos pasos y entró en el dormitorio de Emilia. A pesar de todo, aún lo consideraba el dormitorio de Emilia. Pero eso no le había importado el primer día que hicieron el amor en su cama. Ni los cientos de veces después.

Se devolvió sobre sus pasos y observó el cómodo sofá que estaba delante

del televisor y recordó todas las veces que vieron alguna película o simplemente escuchaban las noticias. También sobre ese sofá habían hecho el amor.

Y en muchas ocasiones, Emilia se había quedado dormida ahí. Él la había tomado en brazos y la había llevado a la cama, para pasar el resto de la noche abrazado a ella y soñando con un futuro que en ese momento, probablemente, no llegaría.

\*\*\*

A las diez de la mañana en punto, saludó a Berta y abrió la puerta de la oficina de Emilia.

Ella estaba de pie junto al ventanal, al parecer, contemplando la ciudad, pero Matías notó que su mirada estaba perdida.

De hecho, parecía que ella misma no estaba ahí. Se le veía ausente y ensimismada.

—Emilia —Matías no pudo soportar más la tristeza en el rostro de la mujer.

Ella se volvió para enfrentarlo. Una mirada y Matías supo que estaba en grandes problemas. La mujer perfecta había vuelto.

—Matías, buenos días. Gracias por venir. Toma asiento por favor. —Con un gesto delicado de sus manos, apuntó una silla y se sentó en la de ella—. En la carpeta amarilla que tienes enfrente hay un contrato que quiero que leas.

Matías tomó la carpeta y leyó el título. Miró a Emilia entrecerrando los ojos.

—¿Qué significa esto, Emilia?

—Normalmente, un preacuerdo de divorcio se firma antes que un matrimonio introduzca la demanda ante una corte.

—¿Eres abogado ahora?

—No, pero tengo uno al que puedo levantar a las cinco de la mañana para que prepare lo que necesito.

—¿Qué pretendes, Mili?

—No me llames así —dijo Emilia disgustada. Respiró y continuó hablando tranquila—. Quiero enmendar un error que nunca debí cometer. Como podrás ver...

—Emilia, ¿te das cuenta de que aún no cumplimos un año de matrimonio? Faltan más de cuatro meses —Matías estaba desesperado, no podía creer lo que escuchaba, necesitaba tiempo—. Si nos divorciamos ahora vas a perder todo.

—No todo. Solo las acciones del grupo Mackenna que están ligadas a la cláusula del matrimonio. Como te decía, en la carpeta está el listado completo de mis propiedades...

—¿Estás dispuesta a sacrificar tu amada empresa con tal de deshacerte de mí?

Emilia lo miró un instante, al parecer, sin saber qué decirle. Carraspeó y siguió hablando, ignorando el comentario de Matías.

—Tienes que marcar aquellas que desees conservar...

—Recuerdas que tenemos un acuerdo prenupcial, ¿verdad? En él dice que no podemos divorciarnos antes de dos años.

—Precisamente, cómo no voy a respetar esa cláusula, todo el acuerdo queda invalidado y tienes derecho a la mitad de mis propiedades. Puedes seleccionar las que quieras de ese listado hasta que llegues al cincuenta por ciento. En la última hoja...

—¿Te arrepientes? ¿De lo nuestro, de lo que vivimos en los últimos meses?

—Te dije que nunca me interrumpieras. Ya van cuatro veces.

—No me interesa lo que hayas dicho. Respóndeme, Emilia. Tengo derecho a saber.

—Es justo —dijo Emilia tan calmada, tan perfecta, que Matías tenía ganas de gritar—. Me arrepiento de muchas cosas. De casi todo lo que he hecho en el último año. Hay muy pocas cosas que no cambiaría. Una de ellas es mi relación con Carolina. A pesar de todo, la amo. Aunque no tenga derecho a

ello. Por eso, en la última hoja del preacuerdo, está lo concerniente a mis derechos de visita. Me gustaría verla todos los domingos. O dos fines de semana al mes. Si tomas esta última alternativa, en enero tiene que ser el fin de semana siguiente a su cumpleaños. Además, quiero verla siempre el día de mi cumpleaños y dos semanas durante sus vacaciones de verano.

—Ella no está en juego, Emilia.

—Mira, Matías, tú me diste el derecho de considerarla mi hija al firmar los papeles de la adopción. Si quieres pelea, la vas a tener. Voy a llevarte a la corte hasta las últimas consecuencias y vas a desear no haberme conocido nunca.

—Ya lo deseo. —Tres simples palabras, mas absolutamente sinceras. La amaba más que a su vida, pero deseaba nunca haberla conocido. ¿De qué servía alcanzar el paraíso si después lo expulsaban?—. Y no quiero nada de ti. Puedes ver a la niña cuando quieras. No necesitas un acuerdo, menos aún un preacuerdo.

Matías se puso de pie y comenzó a caminar hacia la puerta.

—Espera —le dijo Emilia tomando la carpeta y avanzando hacia él—. Llévate la carpeta y estudia el documento. Me gustaría que te quedaras con la casa, a Carolina le encanta. Cuando estés listo, comunícate con Cristóbal.

—Ya te dije...

—Llévala de todas maneras, necesito que firmes. Y es imprescindible que me devuelvas tu identificación. Te acompaño a la puerta.

—Como lo desee, señorita Larraín Mackenna, pero no es necesario que me acompañe, le dejo la credencial a Berta.

Matías caminó hacia la puerta sin volverse a mirarla, sin hacer lo que más deseaba, que era tomarla en sus brazos y suplicarle que le diera otra oportunidad. Pero no podía. Por fin había entendido. Su disgusto no se debía a que no hubiera comprendido lo que quiso decirle. Que amaba a la *verdadera* madre de Carolina. No a Katherine, sino que a ella, a Emilia.

Ella lo había entendido y no deseaba su amor.

\*\*\*

El domingo Emilia llevó a Carolina al zoológico. Se daba cuenta de que la niña no estaba auténticamente feliz, solo lo fingía. Cómo no saberlo, si ella era una experta en el tema.

Caminaron por el parque, visitando los animales hasta que las dos, agotadas, decidieron ir a almorzar.

Ya en el restaurante, Emilia no pudo seguir pretendiendo que no notaba la inquietud de la niña.

—¿Qué pasa, Carito? —preguntó Emilia.

—¿Por qué, mamá? ¿Por qué ya no vives con nosotros? ¿Ya no me quieres?

—Por supuesto que te amo, Carito, pero a veces los adultos tienen que tomar decisiones difíciles para todos, pero necesarias.

—Lo mismo dice mi papá. Yo te quiero también, mamá.

—Tal vez sería bueno que te acostumbraras a llamarme Mili otra vez, cariño.

—¡No! —el grito de la niña asustó a la pareja mayor que estaba sentada en la mesa junto a ellas—. Ella no es mi mamá, tú lo eres. Ella nunca me quiso, yo tampoco la quiero a ella.

—Pero Katherine es tu mamá, sea como sea. Te dio la vida.

—No me importa. Yo quiero que las cosas sean iguales que antes que ella apareciera. Ella lo arruinó todo, mamá. Tú, papá y yo, juntos en casa otra vez, con Sofi y Marcos y María y Odette. No quiero volver a vivir en la casa de mis abuelos, sola con mi papá. Él no me quiere, soy una obligación para él.

—No digas tonterías, Carolina —dijo Emilia disgustada—. Tu papá te quiere mucho, toda su vida la ha dedicado a ti.

—Soy una carga para él; yo quiero vivir contigo en tu casa, mamá.

—No, Carolina, tu lugar es con tu padre. Lo de la casa se puede solucionar. Yo se la regalé a tu papá. Es de ustedes. Háblalo con él, dile que quieres vivir allá, convéncelo.

—No voy a hablar nunca más con él, no lo quiero.

—Yo sé que eso no es cierto, algún día se te va a pasar el enojo. Sobre todo cuando sepas que la culpa es mía. Soy yo la que está pidiendo el divorcio.

—Mamá, por favor —la súplica en su voz era evidente. Pero Emilia no podía complacerla. No podía volver a ser la esposa de Matías. No sabiendo que él amaba a otra mujer, aunque su amor fuera imposible. Como quiso decirle ese día en la oficina, la verdad era que estaba dispuesta a sacrificar su amada empresa, para que el hombre que amaba pudiera ser feliz.

—Está fuera de toda discusión, Carolina. Termina tu almuerzo para que nos vayamos.

La despedida de la niña fue muy triste y poco calurosa. Se negaba a aceptar lo que pasaba. Y Emilia no podía culparla, no sintiéndose como lo hacía.

El lunes, Emilia ordenaba algunos documentos en la oficina, intentando tomar sus últimas decisiones como presidente del Grupo Mackenna, cuando Berta entró en la oficina. El nerviosismo de la secretaria era evidente.

—Emilia, llamó el doctor Benavente —indicó apresurada—. Pidió que fueras enseguida a su oficina, que estaba esperándote, porque habían llegado los resultados de tus exámenes.

—¿Por qué? ¿Qué dijo? —preguntó Emilia preocupada. No se sentía mal; los exámenes eran una mera rutina, pero podría suceder que hubiera descubierto algo malo. Precisamente por eso se hacía los exámenes dos veces al año, para advertir a tiempo cualquier problema.

—Nada, eso es lo peor. Solo que habían llegado los exámenes y que fueras enseguida. Lo raro es que no sonaba preocupado, pero sí exaltado, como acelerado.

—Mientras no me diga nada, yo no voy a preocuparme tampoco. Llama a Marcos, que me espere abajo.

—Claro.

Dos horas después, Emilia volvía a subir a la limosina.

—Al gimnasio, Marcos, por favor.

—Claro, Mili. ¿Algún problema?

—Yo no le diría problema. Vamos, rápido, por favor —concluyó con nerviosismo contenido.

Cuando llegaron al gimnasio, Emilia se bajó de la limosina resuelta y entró al lugar. Como no había nadie a la vista, se dirigió a la oficina que estaba en el fondo del gimnasio. Allí encontró a Matías, concentrado en la pantalla de su computador.

—¿Matías? —Estaba tan nerviosa que sus piernas casi no la sostenían.

—¿Emilia? ¿Qué haces acá? —preguntó Matías con el ceño fruncido—. Ya le llevé a Cristóbal la carpeta.

—Me llamó. Me dijo que solo habías aceptado la colegiatura de Carolina y el pago para el entrenador y la clínica deportiva.

—Exactamente. Y respecto a las visitas, te dije que la podías ver cuando quisieras. Aunque te agradecería que no le metieras ideas en la cabeza.

—No sé a qué te refieres.

—A decirle que podíamos quedarnos con la casa. Ya te dije que no la quiero; tengo casa.

—Lo siento.

—No sé qué es peor, que no me hable en cuatro días o que me grite que me odia y que nunca me va a perdonar. —Por un momento, Matías olvidó que ya no era el esposo de Emilia y le habló de sus temores, como lo habría hecho una semana atrás.

—Ella quiere que volvamos a estar juntos.

—Pero es imposible.

—¿Lo es?

Matías la miró con un gesto adusto en su rostro. No la entendía. Había preparado un acuerdo de divorcio y ahora se presentaba en el gimnasio, evidentemente intranquila y haciendo preguntas absurdas.

—¿Qué quieres, Emilia?

—¿Puedo sentarme? —Tomó una silla. Sentía que iba a vomitar, pero suprimió sus ansias respirando profundo. Era muy importante.

—Claro, disculpa. No sé qué me pasa.

—Me imagino que la reaparición de Katherine tiene que haberte afectado —dijo Emilia al sentarse.

Matías la miró sin saber qué decir, qué hacer. Nunca la había visto así. Insegura.

—Es imposible que sepas cuánto.

—Me dijiste que está casada y que vive en Miami, ¿cierto?

—¿Qué quieres, Emilia?

—Dejar de ser una cobarde y obtener de la vida lo que deseo.

—Eso sería bueno, pero no veo qué tiene que ver conmigo.

—Dime, ¿existe alguna posibilidad de que este reencuentro con Katherine te lleve a algo más?

—Eso es imposible. Tal y como lo dijiste, está casada y vive en Miami.

—Si no fuera así, ¿qué harías? ¿Tratarías de volver con ella?

—¿Qué tiene esto que ver contigo? —Matías golpeó la mesa y varias cosas saltaron de su lugar—. Perdón. Por qué no me dices qué quieres para que podamos seguir con nuestras patéticas vidas.

—Quiero que vuelvas conmigo. —Emilia tenía la vista fija en el escritorio, pero reuniendo todo el valor del que fue capaz, levantó su mirada y la fijó en él—. Quiero que volvamos a estar juntos. Que vivamos nuevamente en la mansión, que volvamos a ser una familia. Tú, Carolina, yo y... y nuestro hijo.

—¿Qué? —El corazón de Matías empezó a correr y su cerebro se quedó pegado. No era posible.

—Yo sé que aún la amas y estoy dispuesta a aceptarlo. Estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario para que seas feliz a mi lado. Sé que es egoísta, que debiera dejarte libre para que fueras feliz con quien amas, con quien has amado por tantos años, pero no puedo. Te necesito, Matías, nuestro hijo te

necesita. Yo... verás, yo te amo y no puedo vivir sin ti.

Emilia pensaba que no iba a ser capaz de decirlo. O que su voz iba a traicionarla y comenzaría a morir de a poco, que no podría terminar. Pero sucedió lo contrario. Se escuchaba fuerte y clara. Era liberador poder decir las palabras que llevaba tanto tiempo guardadas, ocultas, en el corazón.

—Emilia, ¿estás...

—¿Embarazada? —Una sonrisa enorme se dibujó en su rostro mientras asentía y comenzó a reír, pero luego las lágrimas inundaron sus ojos. De alguna manera consiguió calmarse y explicarle todo lo que había pasado desde que Berta le explicó la llamada del doctor—. Tengo dos meses. No estoy acostumbrada a tener que estar pendiente de mis períodos. No lo había ni notado. Además, este tiempo, estos últimos meses han sido... no sé. Pero hace diez días me tomaron unos exámenes rutinarios y hoy fui al centro médico a recibirlos. El doctor me esperaba con un ginecólogo y los aparatos preparados. —Metió la mano al bolsillo de la chaqueta, de donde sacó una imagen de la ecografía que le acababan de hacer—. Acá está. Es ese pequeño punto blanco que está ahí.

Le pasó el papel y le indicó lo que decía. Matías lo tomó y en el proceso rozó la mano de Emilia, que se sentía helada. Aun así fue capaz de extender una ola de calor por todo su cuerpo.

—No puedo creerlo. —Matías no conseguía despegar los ojos de la imagen.

—Yo tampoco podía cuando el médico me lo dijo, fue necesaria la ecografía y la opinión de dos ginecólogos para que yo me convenciera. Es verdad, vamos a tener un hijo.

—Por fin vas a tener tu heredero —Matías estiró la mano, intentando devolverle el papel—. Espero que sea niño y que tu abuelo se revuelque en su tumba.

—Veo que mis esperanzas son vanas. —Emilia se irguió en la silla, ignorando a Matías que le entregaba la primera imagen de su hijo—. Al menos tenía que intentarlo. Te cuento que le voy a dar una contraorden a Cristóbal, ya

no me interesa el divorcio, aunque tú puedes solicitarlo si lo deseas. No me voy a oponer. Y si te interesa, podemos llegar a un acuerdo respecto de los derechos de visita del niño, una vez que haya nacido. Tú decides si quieres o no ser parte de su vida. Yo no te voy a obligar a nada.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Matías, después de respirar y exhalar muy profundamente.

—Todo, aunque no sé a qué te refieres.

—¿Me amas, Emilia? Eso es lo único que me interesa saber.

—Para mi desgracia, no pude evitarlo, a pesar de que lo intenté. Dios es testigo que lo intenté. No sabes lo terrible que es amar sin ser amado. — Emilia se pasó los dedos por las mejillas, eliminando unas pequeñas lágrimas que habían caído—. Aunque es peor saber que uno no tiene esperanzas de que algo cambie, porque la persona a la que amas aún está enamorada de otra mujer.

—Mili, has cometido un error terrible —le dijo, poniéndose de pie y dando la vuelta al escritorio.

—Lo sé. —Emilia no se dio cuenta del cambio en la actitud de Matías, como ligera y burbujeante. Tampoco notó que la llamaba Mili—. Y no uno, muchos. Jamás debí pedirte que te casaras conmigo...

—Yo no me refiero a eso. —Se sentó en la silla que estaba al lado de Emilia, puso una mano sobre el reposabrazos para obligarla a girarse y mirarlo de frente—. Has malinterpretado mis palabras. O eres la única que no acepta una verdad irrefutable. Katherine es la progenitora de Carolina, casi como una incubadora humana, no es su madre. La verdadera madre mi hija eres tú. Ella lo sabe, yo lo sé. ¡Todos, menos tú, lo saben! En menos de un año has hecho todo por ella, todo lo que una verdadera madre hace por sus hijos. Y si no fuera porque me enamoré de ti antes de verte con Carolina, me habría enamorado en el momento en que le dijiste que no puede usar dos veces un pronombre reflejo o algo por el estilo, el día que cenamos juntos por primera vez.

—¿Qué? —Era el turno de Emilia de sentir el cerebro hecho de gelatina.

Matías tomó las manos de Emilia y se acercó a ella hasta que sus rodillas se tocaron.

—Te amo, Emilia —sonrió—. No, eso no es correcto. Te amo, Mili. Esa sí que eres tú de verdad. Mili. Aunque te amo te llames como te llames.

—¿Sabes que suena mejor «Te amo sin importar tu nombre»? —una sonrisa traviesa cruzó su rostro.

—¿Estás dispuesta a hacer que siga enamorado de ti toda la vida, verdad? Me encanta cuando me corriges... pero solo la gramática.

—Procuraré hacerlo siempre, entonces. —De pronto la sonrisa, la maravillosa sonrisa de Emilia comenzó a apagarse—. ¿Es verdad? ¿Realmente me amas? ¿No lo haces por el bebé? —Al terminar de hablar, Emilia había recuperado su antiguo miedo, que había ido desapareciendo desde la primera vez que hizo el amor con él.

—Mili, mírame —le pidió Matías—. Mírame —repitió al ver que no lo escuchaba, tomando la barbilla de su esposa—. Te amo, Emilia Antonia Larraín Mackenna, te amo. Recién me dijiste que la visita de Katherine me había afectado. Y yo te dije que no tenías idea de cuánto. No tenías idea, no podías tenerla, porque lo más grande que perdí fue a ti. No puedo negar que quise hacer lo correcto y casarme con ella cuando supe de la venida de Carolina. Tampoco puedo negar que su abandono me dolió más de lo que correspondía al poco cariño que quedaba entre nosotros. Me dolió más como padre que como hombre. Yo no la amaba, nunca la amé; era simplemente adecuada. No como tú, que eres lo más inadecuada posible para mí.

—¡Gracias! —le dijo Emilia recuperando su sonrisa. Ese era uno de los más grandes temores que tenía. Solo ser conveniente.

—Imagínate, una mujer que tiene ¿seis o siete licenciaturas? ¿Que habla seis idiomas? ¿Ella es la mujer ideal para un pobre deportista cerebro de músculo? Si lo piensas bien, nuestra historia parece un cuento de hadas. Una maravillosa princesa encerrada en una torre de marfil, custodiada por un fiero dragón y un

pobre padre soltero, que no tendría donde caerse muerto si no fuera porque el dragón fue tan malo con la princesa que aún después de muerto seguía amarrándola a su torre, aunque con su aliento del infierno la obligó a salir al mundo, y ella fue a encontrar refugio en un caballero con armadura de latón.

—Cuando lo dices así, realmente suena a cuento de hadas. —Emilia lo miró, con todo el amor que sentía por él brillando en sus ojos verdes—. Yo tengo mi propia versión. Viajé buscándote a lo largo y ancho de la Tierra, sin saber que lo que quería estaba aquí, donde nunca miré, en el más lejano rincón del mundo. —Se acercó a él hasta tomarlo por las mejillas—. Sin siquiera saber que era exactamente lo que necesitaba. No solo un tipo con el que casarme y cumplir los designios de mi abuelo, sino que justamente el único capaz de derribar mis defensas. Porque, sabes, estás equivocado. No fue mi abuelo el que me obligó a salir de mi torre solitaria, sino que fuiste tú quien me liberó. —Entonces, sin poder contenerse más, lo besó.

Poco a poco, el beso fue cobrando fuerzas, hasta que Matías tiró de ella haciendo que se sentara en su regazo. Puso una mano sobre el vientre de la mujer, donde crecía su hijo, fruto del amor más profundo.

—¿Cuándo podremos saber si es niño o niña? —preguntó Matías, despegando los labios de Emilia con más curiosidad por saber su respuesta que ansias por separarse de ella.

—Según el ginecólogo, en un par de meses, porque no siempre se mostraban claramente en las ecografías, hasta avanzada la gestación.

—Siento que tuvieras que pasar por esto sola —susurró apoyando su cabeza sobre los pechos de la mujer—. Debí estar contigo, debí obligarte a que me escucharas, ese día en la oficina. Pero pensé que habías entendido lo que trataba de decirte y no querías ser amada en contra de tu voluntad.

—No, no, si lo que más he esperado en estos meses es que me dijeras que me amabas. Estaba segura de que cuando tú lo dijeras las palabras iban a salir solas de mi boca, como un acto reflejo.

—Te amo —dijo Matías.

—Yo también te amo —respondió Emilia, antes que él volviera a tomar sus labios.

Muchos minutos después, Emilia tenía la chaqueta colgando de un brazo y todos los botones de la blusa desabrochados, con sus senos parcialmente expuestos a los besos y caricias de Matías.

—Te he extrañado tanto, Mili —murmuró Matías con voz ronca—. Han sido las cuatro noches más largas de mi vida, sin verte dormida a mi lado.

—Lo sé, amor, lo sé. —Emilia acarició con ternura el pelo de Matías—. Para mí todo era extraño. No era mi casa, ni mi cama y no estabas tú. Fue lo peor de lo peor.

—¿Podemos... ¿qué dijo el médico? ¿Podemos...

—¿Hacer el amor? —completó Emilia con una sonrisa seductora—. Claro, nuestro hijo debe saber que sus padres se aman, que lo aman a él.

Se puso de pie con ella en brazos, hasta depositarla sobre el escritorio. Se estiró como pudo y accionó un botón con el que se cerraba a distancia la puerta del gimnasio.

Volvió a mirar a Emilia y la ayudó a deshacerse de la ropa que estaba a medio sacar, antes de besarla y acariciarla, encendiéndola irremediablemente.

—Espera —pidió Emilia, al cabo de unos momentos. Sacó un teléfono móvil del bolsillo de la chaqueta que había quedado sobre el escritorio y digitó un número. Solo tuvo que esperar un par de segundos antes que le contestaran—. ¿Marcos? Ya no te voy a necesitar por hoy —indicó al aparato y luego de unos segundos más se rio. Terminó la llamada y miró a su esposo, que le devolvía la mirada interrogante.

—¿Qué pasó? —le preguntó.

—Vine en la limosina y no podía dejar a Marcos esperando por mientras.

—Eso me quedó claro, quiero saber por qué te ríes.

—Es que Marcos está a más de tres cuadras de aquí. Me dijo: «Lo sé, Mili, tu marido cerró la puerta del gimnasio. Voy a buscar a Carolina a la escuela, de lo contrario, la pobre niña va a tener que esperar mucho rato»

—Creo que Marcos se merece algún bono o algo por el estilo —opinó Matías, riendo junto a la mujer.

—Claro... después. ¿Por dónde íbamos?

—Creo que estaba a punto de sacarte la falda —respondió Matías con voz ronca—, y también los zapatos y medias. Y voy a tenerte así mucho rato. Llevo meses obsesionado con hacerte el amor sobre un escritorio.

—Nunca debí detenerte ese día. —Emilia elevó las caderas para permitir el paso de la falda.

—No, nunca debiste —confirmó Matías, besando su cuello—, pero después podemos recuperar el tiempo perdido —agregó bajando hasta los pechos y tomando un pezón dentro de su boca.

—Una lástima, en todo caso —dijo Emilia con voz plañidera—. Habría sido la guinda de la torta.

—¿A qué te refieres? —preguntó Matías, subiendo por las piernas ya desnudas.

—Mi abuelo se hubiera vuelto a morir. Imagínate, un pobre gimnasta muerto de hambre seduce a su nieta virgen sobre su escritorio traído de Alemania —le dijo Emilia, mientras bajaba los pantalones y calzoncillo, liberando la erección, acariciándolo, haciéndolo perder el escaso control que le quedaba.

—No nos quedó tan mal, en todo caso. —Matías sacó la tanga, dejándola totalmente desnuda y con las piernas a cada lado de su cuerpo, lista para recibirlo—. Un pobre gimnasta muerto de hambre sedujo a su nieta virgen en lo que solía ser su dormitorio —agregó, penetrándola y comenzando a moverse dentro y fuera de ella.

—Mejor aún —Emilia hablaba entre rápidas respiraciones—. Después la dejó embarazada. Espero que haya sido esa noche, cuando nos quedamos solos viendo una película.

—Emilia —dijo Matías en un quejido que anunciaba el clímax cercano.

—Mmmm... —gimió la mujer.

—Cállate —casi gruñó mientras se inclinaba para tomar un pecho dentro de

la boca y aumentaba el ritmo de sus movimientos.

Emilia nunca supo si reía o gemía, nada más supo que todo su ser respondió al salvaje llamado del hombre que era más importante que la vida misma y se entregaron juntos al dulce placer del amor compartido.

\*\*\*

Dos días antes de Navidad, Matías se asomó por el vidrio que separaba el dormitorio Emilia con la sala de espera, donde un grupo de personas aguardaban.

En los brazos llevaba a su hijo. A pesar de adelantar el nacimiento algunas semanas, el niño era grande y fuerte, como el padre, y una suave pelusilla amarilla oscura le cubría la cabeza.

Carolina se pegó al vidrio para ver más de cerca a su hermano. Cristóbal le puso una mano sobre el hombro, para evitar que se cargara demasiado.

Sofía miraba al pequeño con lágrimas en los ojos, lágrimas que compartía con su marido, a pesar del mal trabajo que hacía Marcos por disimular las suyas.

Con curiosidad, Matías vio a Berta mirar el reloj y comenzar a sacudir la mano, como indicándole a las personas que se movieran. Los adultos hicieron caso, pero con mucha lentitud. Carolina ni siquiera se movió.

El siguiente grupo que se acercó al vidrio estaba formado por una mujer con un aire que recordaba a Emilia, su marido y dos hijos. Otro hombre, muy parecido a la mujer, con tres niños y una mujer algo mayor lo saludaban.

A comienzos de octubre, Matías y Carolina habían ido a España a una competencia internacional. Los resultados de la niña habían sido buenos, aunque no los mejores, pero el mismo entrenador les había dicho que aún quedaba mucho camino por recorrer.

Sin que Emilia supiera, fueron a Turín, ciudad italiana donde aún residían sus primos, Guido y Giarella, junto a sus familias y a su madre Antonella. A

Matías le costó mucho trabajo, pero consiguió convencerlos de que Emilia era la persona más distinta al viejo Felipe, que habitaba la faz de la Tierra.

—Si supieras todo lo que ha hecho, todo por lo que ha pasado —le contó Matías a Guido en un torpe italiano— no tendrías ninguna duda.

—Cuéntame —pidió el hombre.

Habló por un buen rato, como podía, mezclando italiano y español y con un diccionario en mano.

—Hasta que lo consiguió. Yo sabía que así sería —la voz de Giarella, hablando en un fluido español, sorprendió a los hombres, que no sabían que ella los escuchaba.

—¿De qué hablas, Giarella? —preguntó su hermano

—Tú no te acuerdas, por supuesto, Guido, pero yo sí —siguió la mujer, entrando en el cuarto—. Tú no nos escuchabas cuando hablábamos de lo que nos gustaría hacer con nuestras vidas, pero una noche, la última antes que apareciera ese *figlio di putanna*, de hecho, Emilia me dijo que lo que más deseaba en esta vida era un hombre que fuera maravilloso en su sencillez, nada de los tontorrones con los que el viejo asqueroso ese trataba de relacionarla, un hombre que la amara a ella, no a su fortuna ni a su posición, solo a ella. Y me doy cuenta de que ese eres tú, Matías, que estás dispuesto a hacer razonar al cabezota de mi hermano para que podamos volver a ser la familia que nunca debimos dejar de ser.

—*Giarella, ¿che dice?* —por la confusión que reflejaba el rostro de Guido, era evidente que no había entendido todo lo que ella explicaba.

La mujer le resumió lo que le había contado a Matías, agregando que ese era el motivo por el que ella había seguido con las clases de español.

—Sabía que algún día iba a aparecer en la puerta *il huomo*, el hombre.

De regalo de cumpleaños para Emilia, Matías había llevado a toda la familia a Chile. Como ninguno quería dar por terminado el feliz encuentro, se habían quedado para celebrar la primera Navidad en familia.

Otra mujer se acercó al grupo, con un pequeño en brazos. Guido la abrazó,

mientras trataba de que el niño mirara hacia el vidrio, para que conociera a su primo nuevo. La mujer le dijo algo, pero Matías no entendió qué, aunque por los gestos de exasperación de Giarella, era obvio que Guido le decía a su mujer que estaba loca, tal y como lo hacía cien veces cada día.

Berta volvió a mirar el reloj y a indicarle a la gente que se moviera. El tercer grupo que apareció estaba constituido por la familia de Berta en pleno, con Pedro hijo, tironeándole la trenza a Carolina, que se negaba a dejar su lado junto al vidrio.

Matías pudo notar que Berta reprendía al niño, pero que él no le hacía caso, hasta que Carolina, ya muy enojada, se había dado la vuelta y le había propinado una patada en la pierna derecha.

Pedro se enojó y miró a sus padres, pero estaban más que claras las palabras de Berta: «Tú te lo buscaste»

Matías golpeó el vidrio y miró a Carolina, alzando su mano derecha a modo de amenaza.

En ese momento Martín se quejó y emitió un pequeño gritito. Matías lo llevó de inmediato donde la madre.

—Seguro que tiene hambre —le dijo a Emilia—. Carito también quería tomar leche a cada rato cuando estaba recién nacida.

—Ambos lo heredaron del padre —replicó Emilia cuando recibió al bebé en brazos. Se abrió el pijama y puso al pequeño en un pecho, que comenzó a succionar desesperado—. Eso también lo heredó del padre —agregó Emilia riendo.

—Culpable —Matías levantó una mano.

Miró a su esposa. Ya habían pasado veinticuatro horas desde el parto, pero ella se veía aún cansada, pálida y ojerosa. Más hermosa que nunca a sus ojos.

—Tengo un problema —comentó unos minutos después.

—¿Qué? —preguntó Emilia, cambiando al bebé al otro pecho para que siguiera mamando.

—No te tengo regalo de Navidad —respondió Matías, risueño.

Emilia les había prohibido regalarle muchas cosas: ropa que le recordara lo gorda que estaba, zapatos que no pudiera ver por su prominente vientre, dulces que la inflaran más aún y la lista seguía y seguía. Odette estaba a punto de renunciar, ya que Emilia había rechazado mil propuestas de cena navideña.

—¿Qué te parecen un par más como este? —propuso Emilia, apuntando al pequeño Martín con la cabeza y mirándolo con los ojos más cariñosos que nunca.

Matías se sentó en el borde de la cama, rodeó los delicados hombros de Emilia con un brazo y le besó la coronilla.

Recordó el día que apareció en el gimnasio y le habló por primera vez. Ciertamente, era la mujer perfecta.

Para él.

## Agradecimientos

Parto por agradecer a la editorial y a todos los que laboran allí, en especial a Lola, por permitirme darle vida a una nueva historia.

También agradezco infinitamente a mi esposo, a mi familia y a mis amigos por el apoyo, la compañía y, aunque no lo sepan, en algunas ocasiones también por la inspiración.

Y a ti, que me elegiste.

## Nota de la autora

Cualquier persona a la que le interese en algo las ciencias de la tierra habrá escuchado alguna vez hablar del “Cinturón de Fuego”: es como un anillo formado por las costas del Océano Pacífico y del Océano Índico, que se caracteriza por una alta actividad volcánica y sísmica, de hecho, concentra los movimientos telúricos de mayor magnitud a lo largo de la historia.

Y si saben eso (y aunque no lo supieran antes, ahora sí. ¡Viva el aprendizaje!) También sabrán que Chile es un país donde tiembla tanto que tenemos el terremoto más fuerte registrado por instrumental científico. Conocido como “El terremoto de Valdivia”, en el año 1960, alcanzó una magnitud de 9,5 en escala Richter y, literalmente, remeció todo el planeta. Claro, de Valdivia mismo y sus alrededores, no quedó casi nada en pie.

Este es un ranking en el que nadie quiere estar, pero he ahí que estamos de nuevo. El Terremoto del 27 de Febrero de 2010. De este puedo contarles en primera persona y ¡fue HORRIBLE!

Todos los eventos descritos en esta novela en torno al terremoto son verídicos y están basados en ese movimiento telúrico. A pesar de ser un país sísmico, a pesar de ser una población acostumbrada y que, en términos generales, comprende cómo debe actuar en estas situaciones, lo que pasó esa noche y en las semanas subsecuentes... No sé si fui capaz de transmitirles la verdadera extensión del desastre, el horror y la destrucción de la que fuimos víctimas.

Por eso, los invito a buscar videos que puedan testificar esto por mí.

Incluso, existe un documental producido por The History Channel: *Chile 03:34, el terremoto en tiempo real*, que recopila las grabaciones de muchos de mis compatriotas.

Lo único con lo que me tomé ciertas libertades fue con el año en que ocurrió. Aclaro esto, porque no estoy segura de la fecha en qué entró en vigencia la ley de herencia que permite testar en parte los bienes de los chilenos. Ah, y no tengo ni idea si en verdad es posible que les pongan cláusulas como la del viejo Felipe, pero me imagino que un “buen” abogado...

¡Ja! Interrumpo la escritura de esta nota para contarles que acaba de temblar... fue apenas 5,5, así que nada, aparte del susto... si quieren saber qué hice, pues, claro, fui a defender mi LCD... que no soy Emilia y no puedo darme el lujo de perder una posesión tan preciada.

...Les decía que un “buen” abogado (léase “buen” como un tipo sin ética y demasiado conocimiento para su propio bien, porque Cristóbal, en ese sentido es un excelente abogado, toda vez que en realidad es un buen chico y ya tendrán oportunidad de conocerlo mejor) encuentra la manera de satisfacer a un desfachatado como Felipe Mackenna.

Así, querid@s, espero que hayan disfrutado de un nuevo viaje a estas movidas tierras.

Besos,

SH

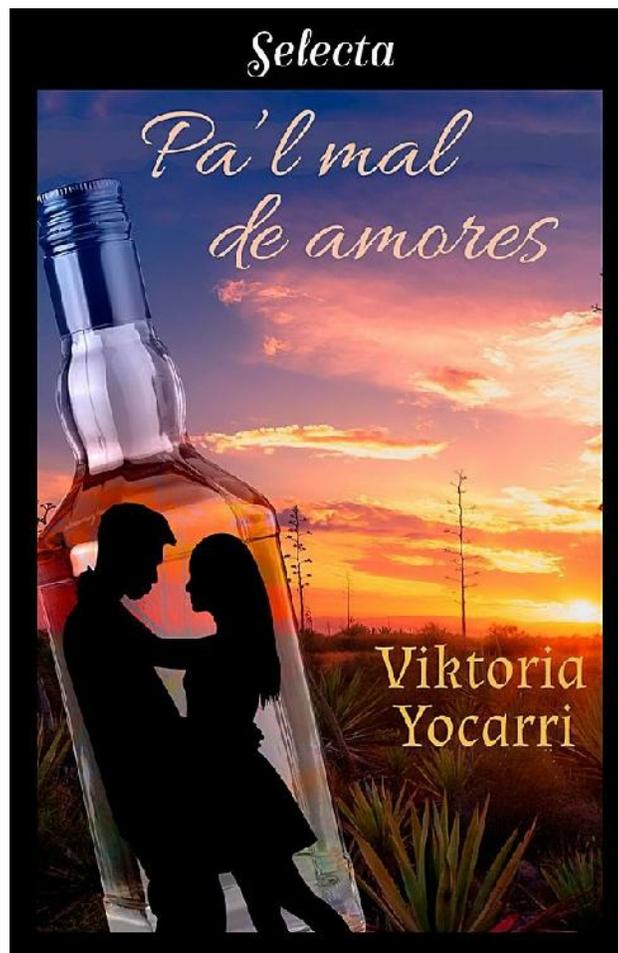
Si te ha gustado

*Un amor perfecto*

te recomendamos comenzar a leer

*Pa'l mal de amores*

de *Viktoria Yocarri*



La leyenda cuenta que el mezcal viene de Mayahuel, la diosa o símbolo de la fertilidad y la embriaguez...

Sucedió que una vez Quetzalcóatl —la Serpiente Emplumada—, convertido en viento, decidió viajar en la noche mientras todos dormían hasta el lugar lejano donde vivía encerrada Mayahuel, quien, además de belleza, poseía una planta mágica que otorgaría alegría a los hombres y muchos dones más.

—Mayahuel... —le susurró.

El melódico murmullo sensibilizó el cuerpo de la doncella hasta tal punto que se obligó a abrir los ojos.

—La cima de tu hermosura diviso —prosiguió diciendo Quetzalcóatl y, de a poco ante la tímida actitud de la joven que, lejos de desalentarlo, lo impulsó a buscar la manera de convencerla, con suaves palabras, la fue disuadiendo de acompañarlo al mundo de los hombres para compartir su mágica planta.

El cuerpo de Mayahuel temblaba de emoción. Aquella voz era una nota sostenida que le producía una extraña excitación hasta entonces desconocida. Así pues, miró a su alrededor y, al ver que sus dos hermanas y su abuela dormían, y so riesgo de enfrentar la furia de esta última, decidió seguir a Quetzalcóatl.

Sucedió entonces que la joven pareja se enamoró sin poder evitarlo. Prometiéndose amor eterno. Al llegar a la Tierra, se transformaron en un árbol de dos ramas. Ocurrió, sin embargo, que la abuela de Mayahuel —una tiztimitl, o demonio celestial, dedicada a impedir la salida del sol— despertó y, al no verla, temerosa del peligro, bajó a la Tierra en compañía de otros demonios, solo para encontrarse con la noticia del lujurioso impulso de su nieta. Furiosa, apretó los dientes y comenzó a destrozar el árbol. Fue en ese momento que las ramas se desgajaron en dos y la anciana diosa reconoció a su nieta. Inmune a la magia de los demonios, la rama de Quetzalcóatl quedó

intacta. Retornando a la forma del viento, reunió los huesos de su amada y los enterró. Y, así, nació el primer «metl» o maguey —una planta de tallo grueso al que están adheridas las hojas o pencas, provistas en sus bordes de espinas a manera de garfios, y en cuya extremidad tienen una púa morena y resistente o piña—, que al fermentarse se utiliza para extraer la mágica bebida del mezcal, considerada por algunos como «el elixir de los dioses».

## ¿Puede el dinero comprar la felicidad?



Emilia Larraín Mackenna lo tiene todo: belleza, cerebro y dinero. Y también tiene un gran problema.

Educada, y manipulada, por su abuelo para ser tan exigente y cruel como él, Emilia vive rodeada de lujos, viajes, ropa exclusiva, con empleados que atienden hasta su más mínima necesidad.

Sin embargo, para tomar el control total de su herencia, debe cumplir un pequeño y casi insignificante requisito que Felipe Mackenna dispuso para ella: antes de que cumpla 30 años debe estar casada.

A semanas de que ese día llegue, su problema ha pasado de grande a gigantesco.

Por lo que más ama en el mundo, su hija Carolina, Matías está a punto de quedar en la calle.

Tanto su casa como su negocio están muy cerca de ser liquidados por la falta de la hipoteca, pero ni aun así él deja de promocionar lo que podría ser una carrera deportiva brillante... si no fuera por la falta de recursos.

Hasta el día que recibe una oferta irresistible.

**Sandra Heys.** Nací en la ciudad de Antofagasta. A veces pienso que me he pasado la vida leyendo. Creo haber leído de todos los géneros habidos, pero siempre mis favoritos han sido la novela policíaca y la romántica, siendo esta última mi preferida. Estudié Contabilidad, creo que hay muy pocas profesiones que sean tan poco románticas como la contabilidad y estaría de acuerdo conmigo misma si no fuera porque a mi amado esposo lo conocí gracias al aburrido trabajo contable.

Edición en formato digital: agosto de 2019

© 2019, Sandra Heys

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-35-7

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

## Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Un amor perfecto

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Agradecimientos

Nota de la autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Sandra Heys

Créditos